TIEMPO de HISTORIA

AÑO VIII
NUM. 86
150 PESETAS



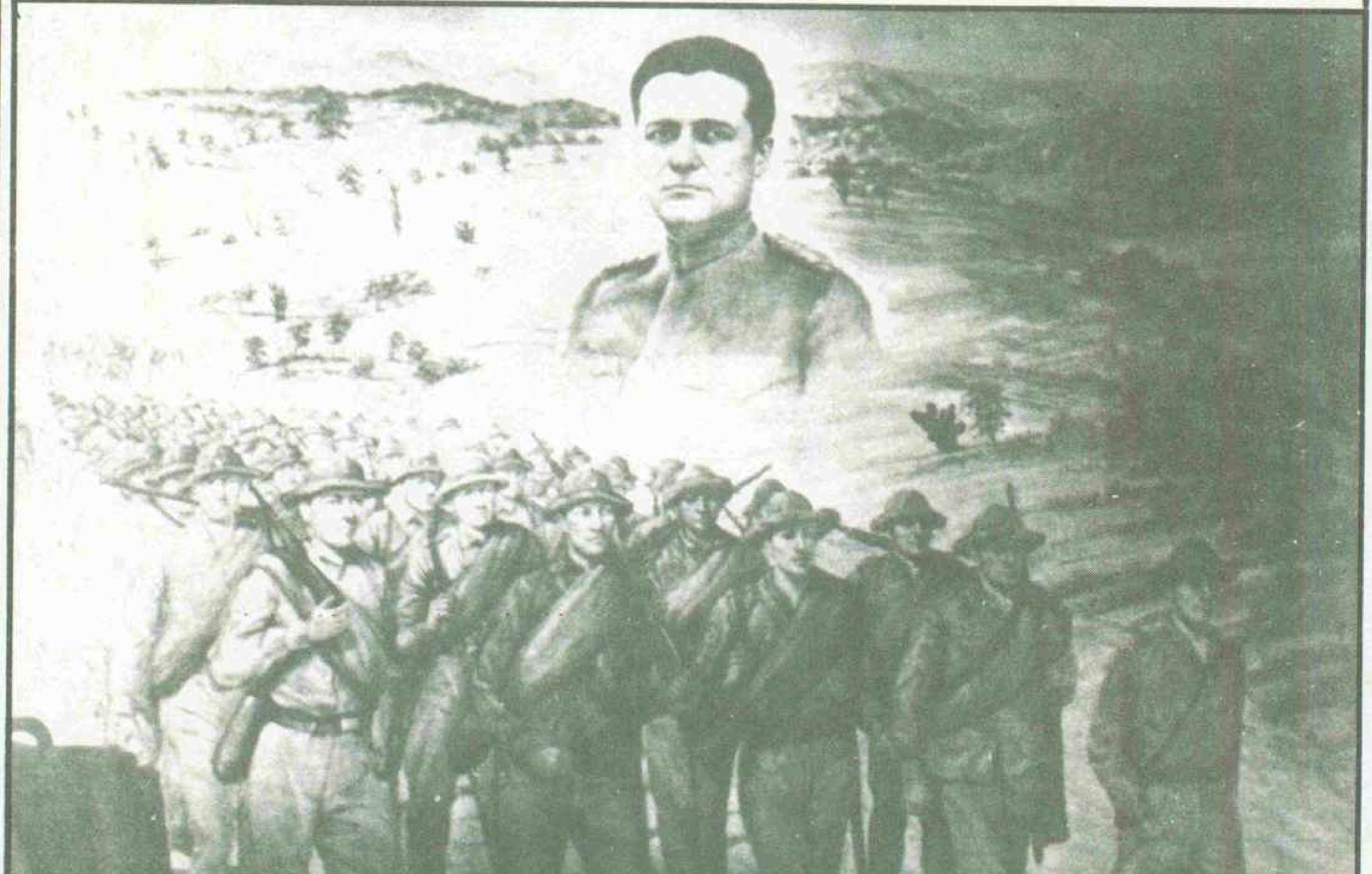
LOS PIONEROS DEL PENSAMIENTO SOCIALISTA ESPAÑOL

EN ESTE NUMERO DE **TIEMPO DE HISTORIA**

Nelson Martínez Díaz

Nacionalismo y petróleo

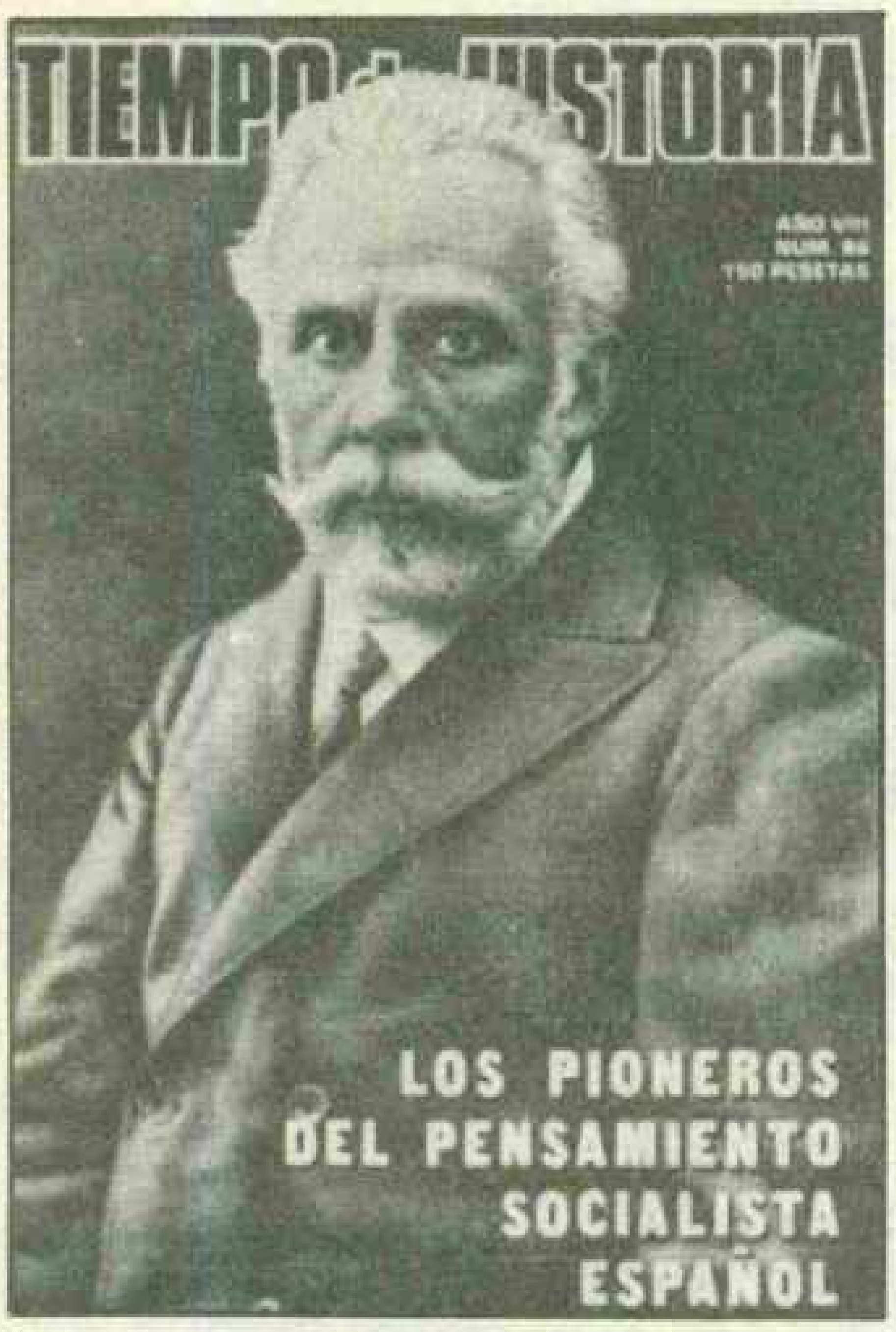
La guerra del Chaco



Tropas del ejército paraguayo marchando hacia el frente sobre el paisaje del Chaco. Arriba, en efigie, el mariscal Estigarribia.
(Mural de Roberto Holden Jara).

SUMARIO

AÑO VIII • NUM. 86 • ENERO 1982 • 150 PESETAS



PORTADA: Una evocación de los pioneros del pensamiento socialista español que, claramente influenciados por las corrientes de la época, llegaron a concretar sus aspiraciones, que en gran medida eran las de las clases trabajadoras, en una doctrina coherente con las necesidades del pueblo español. (Pablo Iglesias, ilustración cedida gentilmente por «El Socialista».)

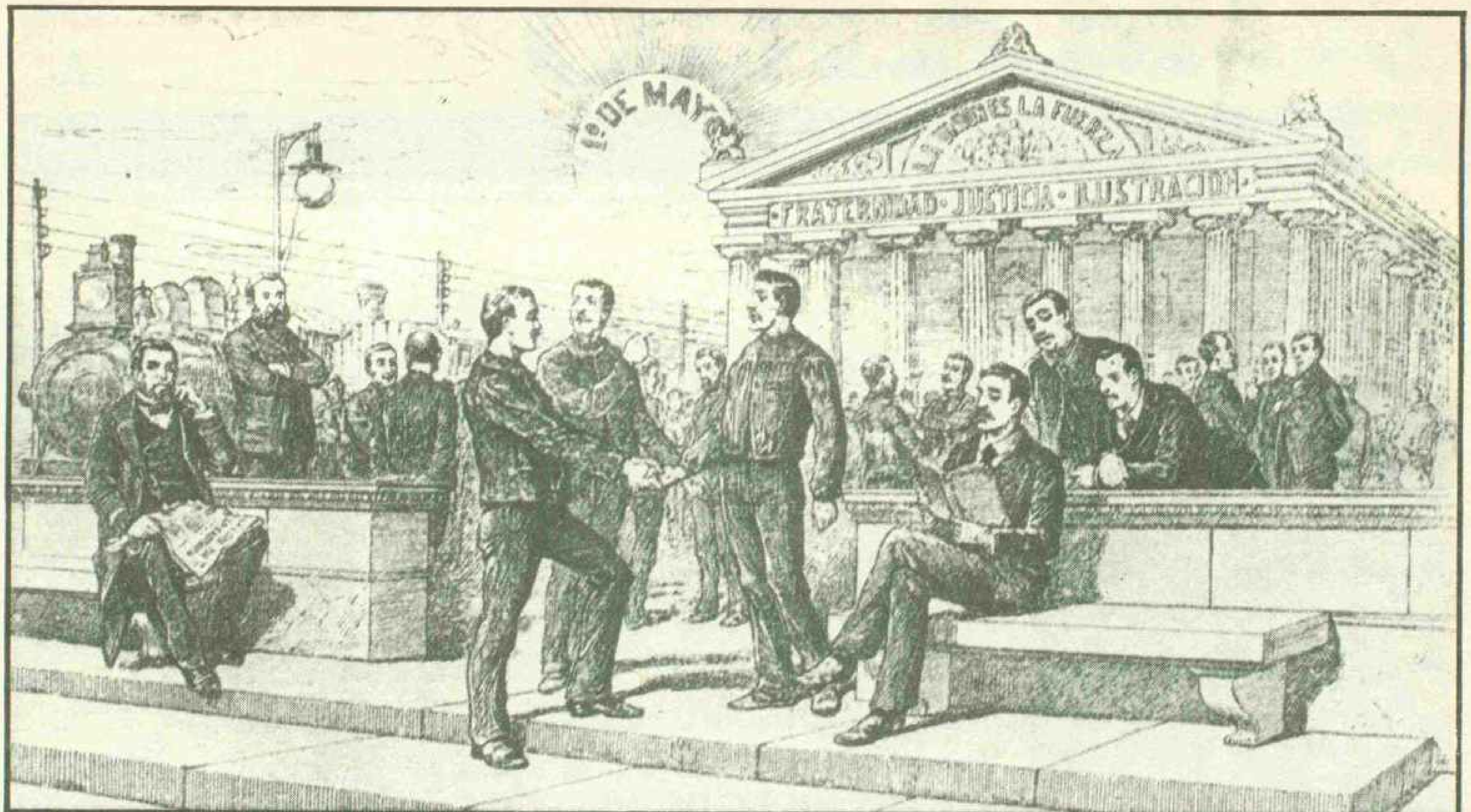

EL PAIS
Madera, 8
EL ESTRENO DE "ELECTRA,,
POR LA LIBERTAD.-EL TRIUNFO DE GALDÓS
POR LA LIBERTAD

APUNTE PARA UNA HISTORIA DEL PERIODISMO ESPAÑOL DE OPOSICION: La Prensa española de oposición ha sido y es el claro exponente de la conciencia ciudadana a lo largo de los últimos ciento cincuenta años de historia nacional. («El País», diario republicano, del 31 de enero de 1901.)

Págs.

DIRECTOR: **EDUARDO HARO TECGLEN.** SECRETARIO DE EDITORIAL: **GUILLERMO MORENO DE GUERRA.** CONFECCION: **ANGEL TROMPETA.** EDITA: **PRENSA PERIODICA, S. A. REDACCION:** Plaza del Conde del Valle de Suchil, 20. Teléfono 447 27 00. MADRID-15. Cables: Prensaper. **ADMINISTRACION:** CEMPRO, Fuencarral, 96. Teléfonos 221 29 04-05. MADRID-4. **PUBLICIDAD:** REGIE PRENSA, Joaquín Moreno Lago, Rafael Herrera, 3, 1.º A. Teléfonos 733 40 44 y 733 21 29. MADRID-16, Emilio Becker, Av. Príncipe de Asturias, 8, pral. 1. Teléfonos 218 42 55 y 218 41 71. BARCELONA-12. **DISTRIBUCION:** Marco Ibérica. Distribución de Ediciones, S. A. Carretera de Irún, kilómetro 13,350. MADRID-34. **COMPOSICION:** Andueza, S. A. San Romualdo, 26. MADRID-17. **IMPRIME:** Gráficas Aragón, S. A. Polígono Industrial «Los Angeles», Getafe (Madrid). Depósito Legal: 350 M. 36.133-1974. **ISSN** 9210-7333. **SUSCRIPCIONES:** Ver página 130. **EJEMPLARES ATRASADOS:** 150 pesetas. Las peticiones de ejemplares de números atrasados deberán ser acompañadas por su importe en sellos de correos.

«TIEMPO DE HISTORIA» es miembro de la Asociación de Revistas de Información, ARI, asociada a la Federación Internacional of Periodical Press, FIPP.



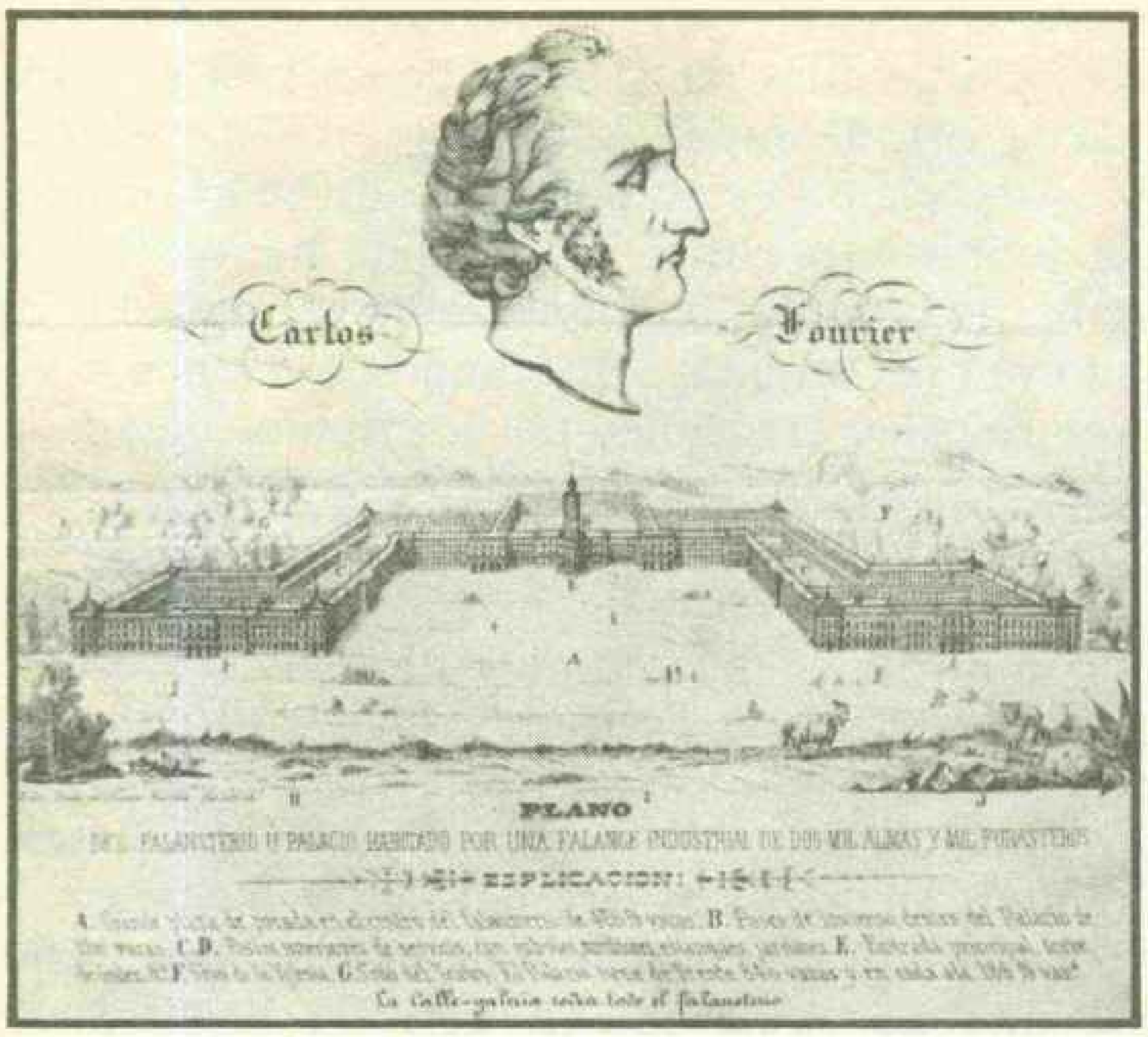
Los pioneros del pensamiento socialista español

José Miguel Fernández Urbina

A mediados del siglo XIX el vocablo «socialismo» era relativamente reciente —no ya en España, sino en Francia o Inglaterra, países en los que este ideario germinó— y sus primeros y escasos usos a lo largo del último cuarto del siglo de las luces surgieron en el contexto de las polémicas sobre la preeminencia y legitimidad de lo individual o lo social en la vertebración de les sociedades, vinculados a esta última opción. Este perfil semántico fue haciéndose más explícito en los primeros años del siguiente siglo, siendo asumido por los seguidores de Owen para denominar así sus experiencias cooperativas y, posteriormente, por los de SaintSimon y Fourier que le dotaron de un significado más preciso.

DE esta forma acabó por englobar a todas aquellas teorías y escuelas de pensamiento que, desde las más variadas perspectivas, cuestionaban los fundamentos ideológicos y sociales del liberalismo, rechazando de plano la relevancia que hasta entonces se había otorgado a los temas y soluciones políticas sobre las sociales para conseguir una más justa ordenación de las relaciones humanas. Generalizando, para los denominados socialistas, lo social debía predominar sobre lo individual y lo económico sobre lo político; la tarea de los hombres de bien debía ser promover la felicidad y el bienestar general, lo que resultaba incompatible con cualquier orden humano fundado en la competencia entre sus miembros y en los sinuosos procedimientos de la política para dirimir sus diferencias.

En una primera aproximación tres podrían ser las características comunes a la multitud de escuelas socialistas anteriores a Bakinin y Marx: el armonismo social, el interclasismo y



Efigie de Carlos Fourier y plano del Falansterio.

el pacifismo como instrumento para conseguir sus objetivos reformadores que más concretamente, podríamos desglosar en otras siete cuestiones presentes con mayor o menor énfasis en todas ellas: continuadores de la lógica ilustrada, racionalistas, antiindividualistas, propagandistas apolíticos, confianza en la filantropía de los propietarios, desvinculación de las luchas obreras y determinismo, en gran medida generado por una fundamentación mística en su misión redentora del género humano, acorde con los designios igualitaristas del cristianismo primitivo, hasta el extremo de terminar por convertirse alguna de ellas en auténticas sectas religiosas o mistéricas, como en el caso de los saint-simonianos (1).

En la mayoría de los casos —como también ocurrirá con los españoles— los pensadores y propagandistas de estas escuelas procedían de las filas del liberalismo radical y del jacobinismo; y, socialmente, del abigarrado conglomerado de intelectuales, burgueses, artesanos y aristócratas hastiados de la vulgaridad y estrechez de miras en que se habían sumido los miembros de sus clases.

En los años precedentes a las conmociones revolucionarias europeas del 48 se hizo perceptible un significativo cambio en la estrategia de numerosos colectivos socialistas que abandonaron su, hasta entonces proverbial apoliticismo, pasando a propugnar una vinculación activa con las luchas políticas, como en el caso de los Blanc, Blanqui, Lasalle, Flora Tristan, Buonarroti, Weitling..., constituyendo una especie de generación-tránsito entre los Fourier, Owen, Cabet, Saint-Simon y el socialismo posterior marxista. Asimismo a partir de estas fechas en torno a las tormentas del 48 puede establecerse la inflexión o inicio de la decadencia de las escuelas que siguieron fieles a la ortodoxia de sus maestros fundadores: la confianza en que era factible la instauración de un mundo armónico y justo gracias al convencimiento y persuasión de los poderosos, se resquebrajó.

Este esquema de la trayectoria del socialismo europeo anterior al 48 es aplicable al caso español, donde las primeras teorías se difunden mediada la década de los años treinta del siglo XIX; es decir, simultáneamente al convulsivo proceso de consolidación del régimen liberal y los primeros pasos de la maquinización intensiva de la industria textil catalana. El retraso de la industrialización en España, en relación con otros países europeos, y el que ésta estuviera centrada casi exclusivamente en Cataluña hasta finales de siglo influyó, lógicamente, en el escaso relieve que alcanzaron las producciones teóricas de los socialistas utópicos españoles, ya que la reflexión sobre la problemática de las clases obreras resultaba menos motivada que la derivada de la sustitución del antiguo orden absolutista por el nuevo régimen liberal, tema que absorbió a la mayoría de los intelectuales y políticos de esa época. Sin embargo, paradójicamente, esta preeminencia reflexiva sobre los temas políticos y el retraso industrializador suscitó en los escasos pensadores españoles que se vincularon al naciente pensamiento socialista a examinar la problemática del nuevo orden económico capitalista con enfoques más concretos y más vinculados a las realidades inmediatas que los de sus homónimos europeos, en muchos casos entregados a fantasiosas construcciones mentales, muy hermosas e imaginativas pero despegadas de las gentes que aspiraban a redimir, o, aún más, ubicadas en lejanos paraísos redentores a los que sólo podían acceder una minoría de aventureros, como fue el caso de la Icaria cabetiana.

Geográficamente, las primeras manifestaciones teóricas socialistas aparecieron en la comarca de Cádiz, a partir de 1836, de la mano de Abreu, de filiación fourierista. Poco después, en la siguiente década, es en Barcelona donde arraiga la corriente cabetiana, y hacia la mitad de los cuarenta en Madrid se consolidó el denominado «Núcleo socialista madrileño», con los Garrido, Cámara, Beltrán del Rey..., constituyendo éstos la ramificación más sugerente del pensamiento socialista español, aunque a partir de su inicial fourierismo fueran luego asimilando otros enfoques procedentes de Proudhon, Blanqui y otros, y acabasen inte-

(1) De la exhaustiva bibliografía sobre el socialismo «utópico» podemos destacar: Bravo, Gian M.: «Historia del Socialismo», Barcelona 1976; Dolléans, E.: «Historia del Movimiento Obrero», 3 v. Algorta, 1960; Morton, A. L.: «Las utopípas socialistas», Barcelona, 1970; Pokrovski, V. S.: «Historia de las ideas socialistas», México, 1976; Cole, D. H.: «Los precursores, 1789-1850», México, 1970; Rema, C. M.: «Las ideas socialistas en el siglo XIX», Barcelona, 1975.

Debido al matiz despectivo que con el tiempo fue adoptando la calificación de «socialismo utópico» frente al de «socialismo científico», acuñado por Marx-Engels, preferimos hablar de «socialismo» sin más para todos los pensadores sociales anteriores a Marx, cuyas teorías de reforma social estaban vinculadas a opciones colectivas; y cuando utilicemos el término «utópico», lo haremos sin menosprecio, sino todo lo contrario.

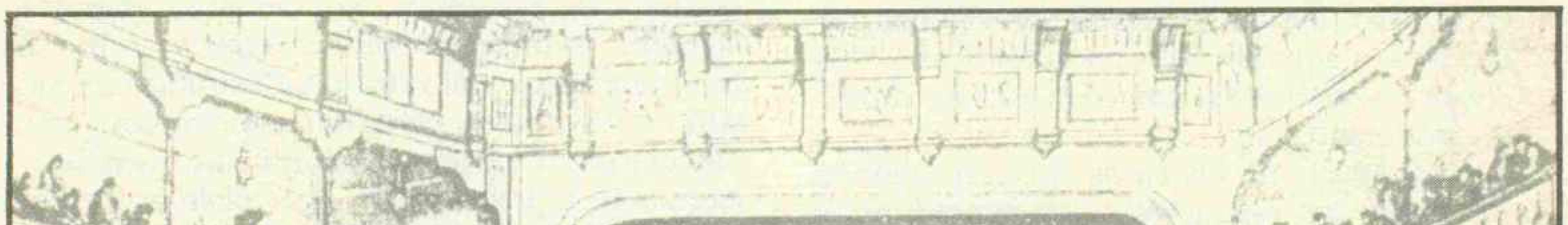


Disturbios en Barcelona en agosto de 1835. («Motín en la Rambla», cuadro de J. Arreu, Museo de Historia de la Ciudad.)

grando las filas del *partido demócrata* ya lejos de la ortodoxia de Fourier.

Además de estos núcleos o escuelas, estaba la solitaria, prolífica e itinerante figura de Ramón de la Satra, unánimemente reconocido como el más original y profundo de los pensadores sociales españoles de la primera mitad de siglo, que resulta imposible de adscribir a una ortodoxia porque es muy variada la influencia que se detecta en su copiosa obra, no exenta de un marcado cariz autodidacta.

Las teorías de Fourier, o mejor el enfoque fourierista, salieron por primera vez a la luz pública en una serie de cinco artículos publicados en el diario progresista de Barcelona «El Vapor» con el seudónimo de «Proletario», bajo el que se amparaba la persona de Joaquín Abreu, entre 1835 y 1836. Abreu, nacido en Tarifa en 1782 en el seno de una familia acomodada, se inició en la vida profesional como militar, carrera que abandonó al filo de los cuarenta años para dedicarse a la política, primero, y a la difusión del ideario de Fourier, después. Vinculado a la fracción más radical del liberalismo conoció su primer exilio al regreso de Fernando VII. Con el pronunciamiento de Riego, le llegó la oportunidad de regresar a su tierra, siendo elegido diputado a Cortes en 1822, en donde desplegó una importante labor legislativa sobre asuntos de comercio y agricultura. Al ser uno de los diputados que votaron a

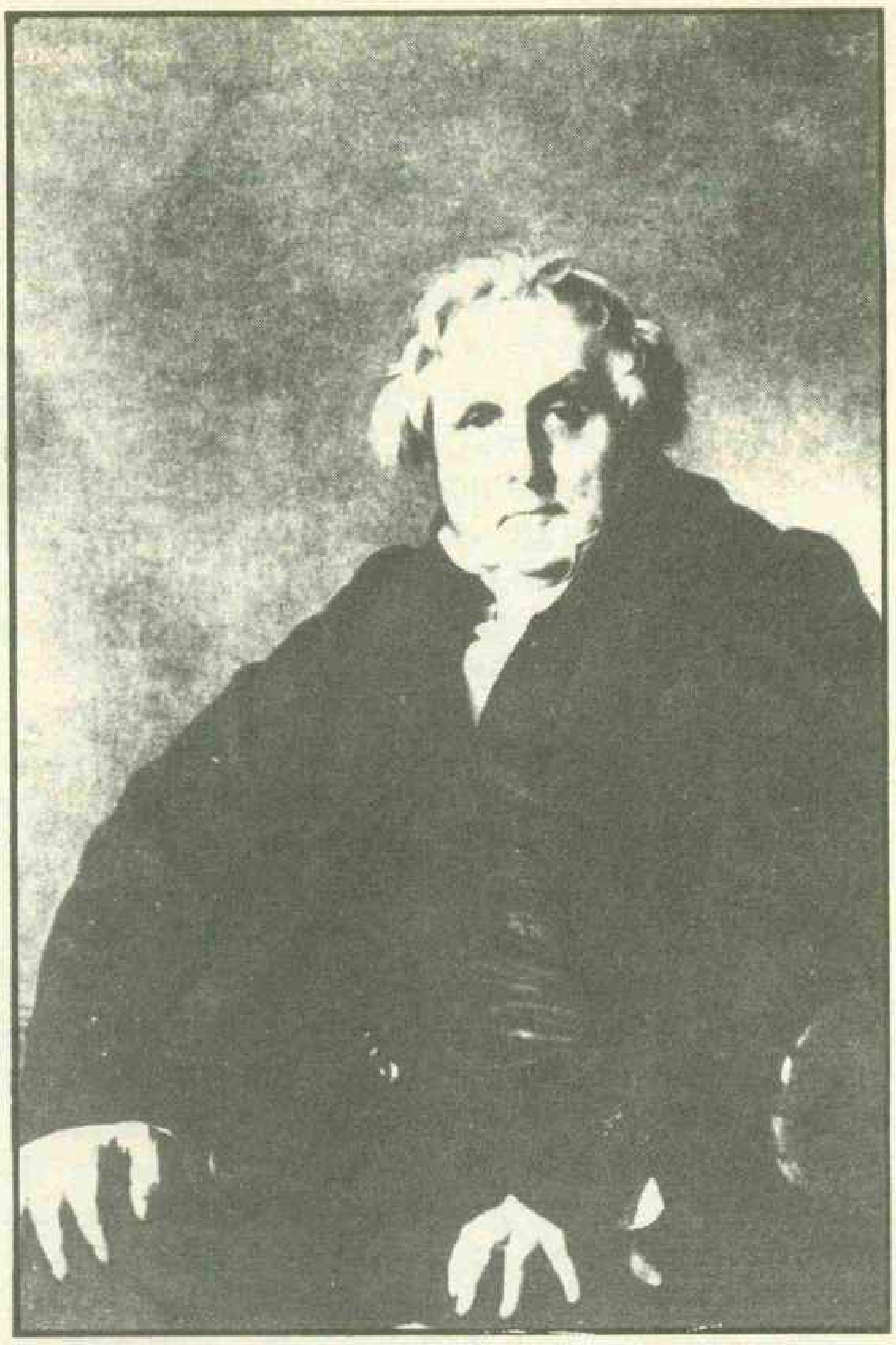


Primer Congreso de Obreros celebrado en Barcelona en 1870. (Litografía de la época.)

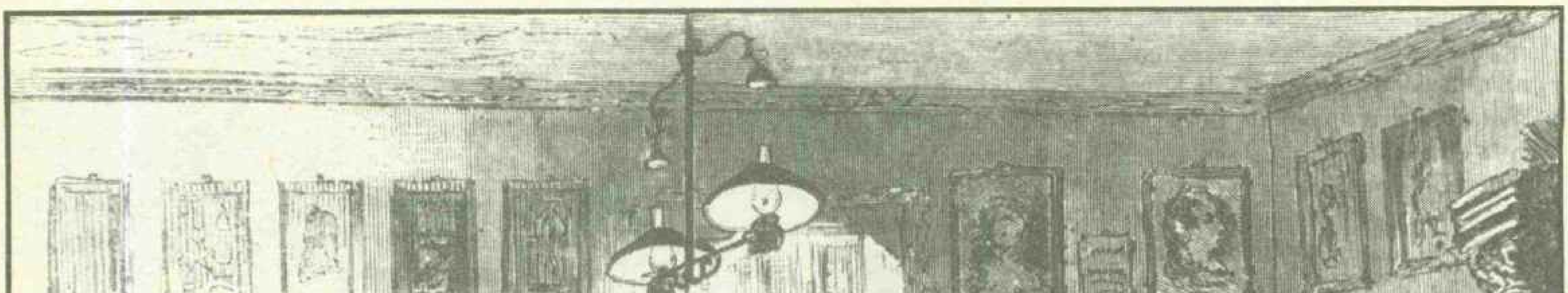
favor de la deposición del monarca absolutista se vio forzado a exiliarse de nuevo cuando éste reinstauró su régimen en 1823. Viviendo en Francia tuvo la oportunidad de conocer personalmente a Fourier, en 1833, del que se hizo un entusiasta discípulo y participó en el experimento de un falansterio, donde intimó con destacados seguidores de Fourier, como Considerant, Devay y otros. Regresa a España a la muerte de Fernando VII, instalándose en Cádiz y, desde entonces hasta su muerte en 1851, se dedicó de lleno a difundir el pensamiento de su maestro. Como hemos indicado más arriba, esta misión comenzó con una serie de cinco artículos en el periódico «El Vapor» que ya habían sido publicados con anterioridad en un pequeño periódico de Algeciras llamado «El Grito de Carteya», sin que apenas trascendieran, al contrario de lo sucedido en el periódico barcelonés.

En ellos examinó «Proletario» desde la óptica fourierista temas como la miseria obrera, la ley electoral, la familia armónica y el incendio de la fábrica Bonaplata en una confusa revuelta luddita, siendo este último el que encolerizó a la patronal y a las autoridades.

Sin citar el nombre de Fourier, expuso las teorías de éste sobre la asociación del capital, el trabajo y el talento, los tres factores concurrentes a la producción de mercancías, cuyo fruto debía ser distribuido equitativamente en



Claude Henri de Rouvroy, conde de Saint-Simon (1760-1825).

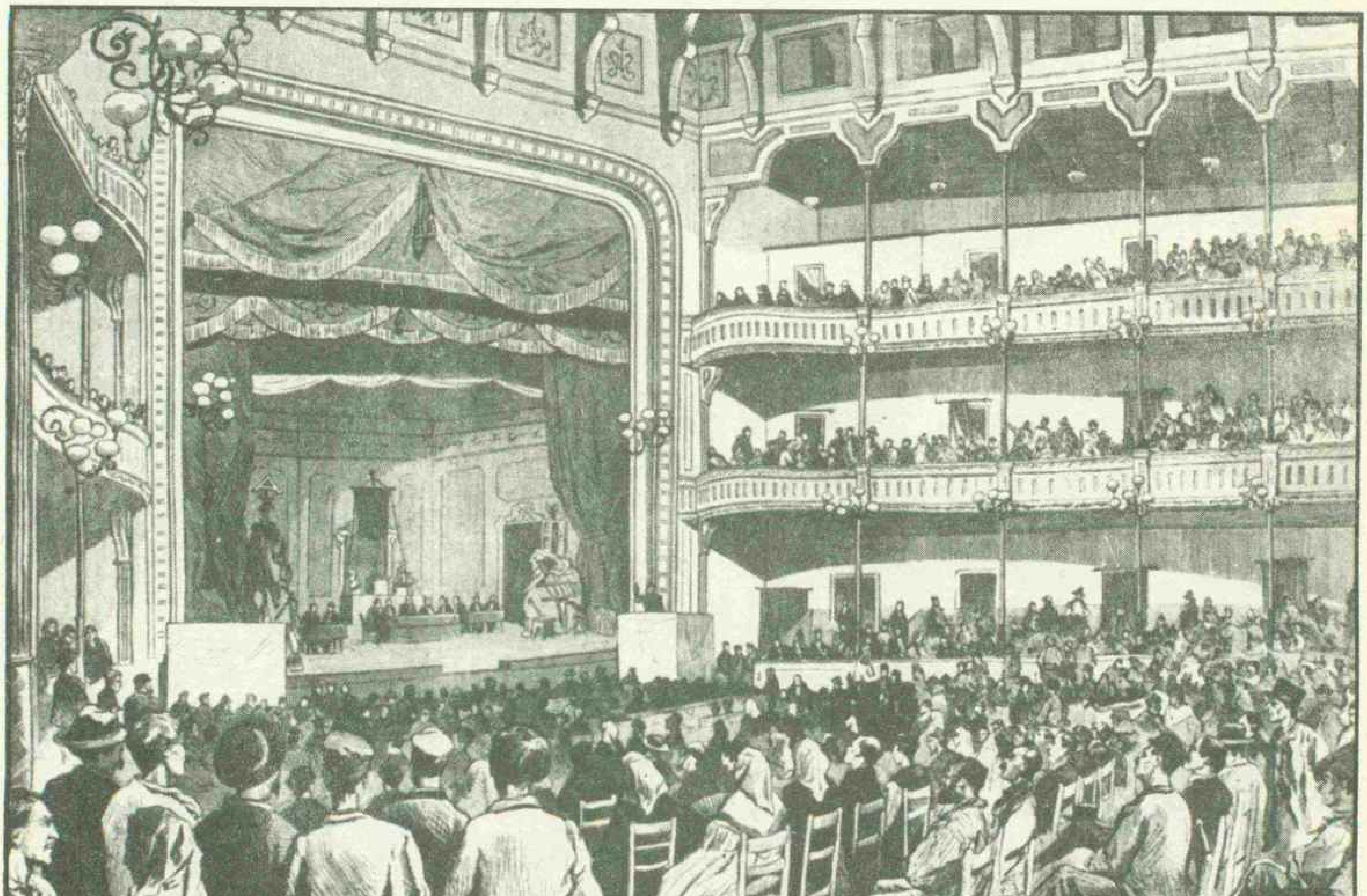


LA FRATERNIDAD, escuela de obreros fundada por el ciudadano Diego María de Quesada en Madrid (Arco de Santa María, 3). Litografía del siglo XIX.

«un reparto proporcional a las funciones de cada uno», pero, sin embargo, proseguía «Proletario», la alianza del capital y el talento, éste a sueldo del primero, determinaban para el tercero de los factores una situación de injusta dependencia: el trabajador, acosado por la necesidad de satisfacer sus necesidades más elementales, se veía forzado a trabajar y recibir «no sobre la parte del fruto que le correspondiera, sino por lo indispensable para mantener miserablemente su existencia». Esta injusticia debía resolverse mediante la asociación armónica de los tres factores, en un orden económico nuevo que asegurara proporcionalmente el reparto equitativo de los frutos de la producción.

En los restantes temas abordados por los artículos, «Proletario» siguió aplicando la perspectiva fourierista para explicar cómo, por ejemplo, la política era ajena a los intereses de los trabajadores; a éstos lo que realmente debía preocuparles era la transformación del sistema vigente por otro en el que el «trabajo atractivo» suprimiera el enajenante vínculo que ataba al trabajador a un solo oficio, a una sola actividad de por vida. Pero como si estos inéditos planteamientos en la prensa española de 1835 no fueran de por sí un revulsivo que los hiciera indigeribles al apenas estrenado liberalismo, Abreu llevó su osadía al extremo de analizar la quema de la fábrica Bonaplata en el artículo publicado el 27 de enero de 1836, situando este acontecimiento en un contexto económico en el que «la distribución no es equitativa, llevándose la mayor parte el capital», el cual, para aumentar todavía más su cuota en detrimento de la de los trabajadores, introducía maquinaria; así «el proletario (que) sufre por su aumento de escasez, mira con disgusto la causa de su mal, y la rompe y desbarata cuando otra fuerza superior a la suya no se lo impide. Esta es la causa verdadera del incendio citado; y si bien se deja ver que los medios empleados para impedir su reproducción no son los que requiere la razón...». Ello colmó con creces la no muy generosa paciencia de los empresarios catalanes que clamaron indignados contra estos escritos; el director de «El Vapor» se vio obligado a revelar la procedencia de los artículos y a no publicar ninguno más. Posteriormente entre 1835 y 1837, en «El Vapor» y en «El Propagador de la Libertad» aparecieron irregularmente colaboraciones de signo saint-simoniano, obviamente menos transgresoras que las de «Proletario».

A pesar de estos reveses Abreu no desmayó en su empresa y aunque se han perdido bastantes artículos que posteriormente siguió publicando, se conocen otros como los titulados «Sobre Fourier y su escuela» (21-XII-38), «Socialistas modernos. Fourier» (12-11-39) y la serie de tres artículos «Fourier» (entre marzo y abril de 1842), todos ellos en las páginas de «El

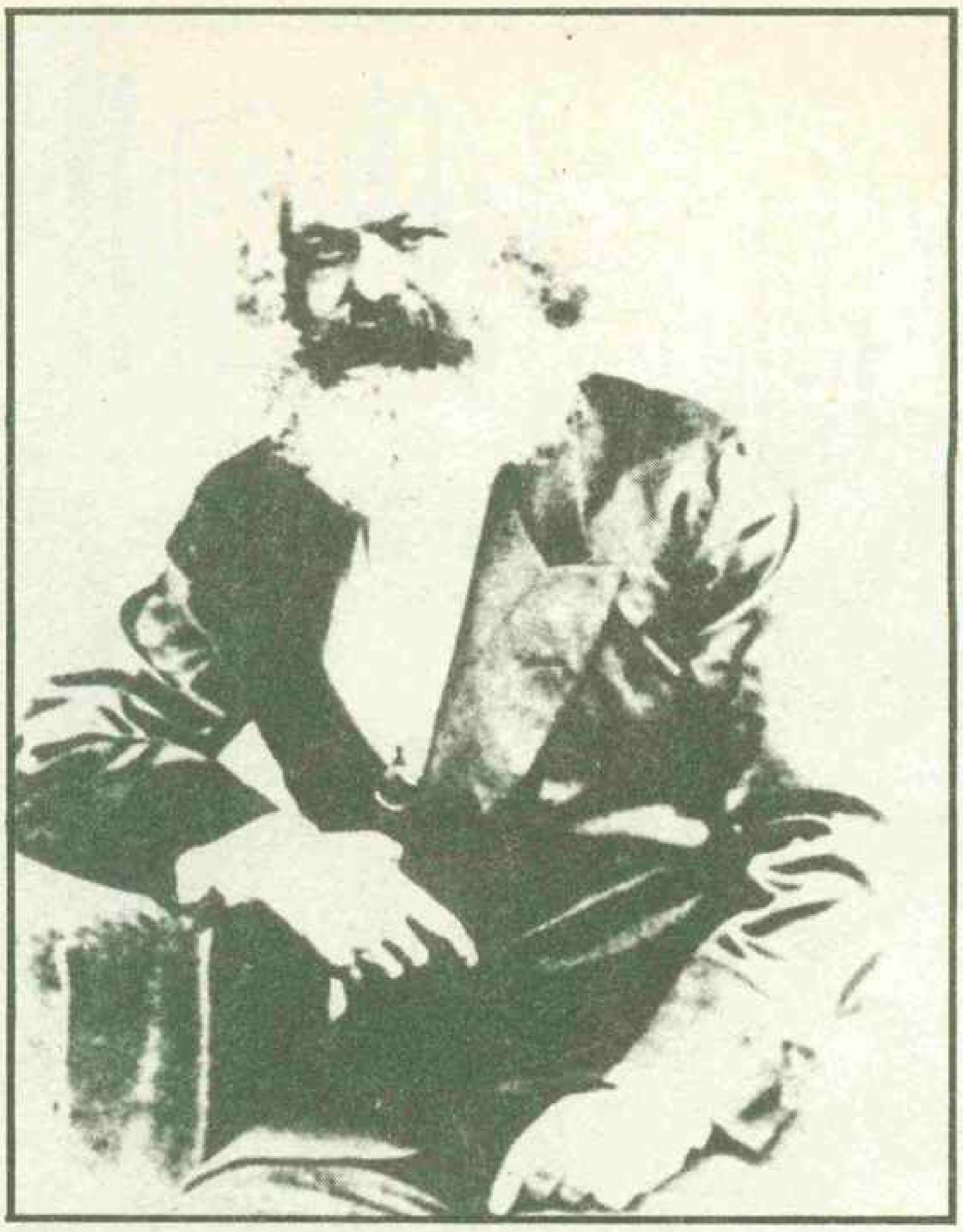


El Primer Congreso Obrero de Barcelona, según litografía de «La Ilustración Española y Americana».

Correo Nacional», dirigido por Andrés Borrego; también son conocidos los de otra serie sobre Fourier publicados en el periódico progresista de Cádiz «El Nacional», y dos más publicados en «La Organización del Trabajo», periódico fundado por Garrido en 1848, en Madrid.

Debemos reseñar que Abreu, como posteriormente, «el núcleo socialista madrileño», a pesar de mantener una fidelidad a la ortodoxia fourierista, apenas abordó las cuestiones fantasiosas o imaginativas que tanto preocuparon a su maestro, como la teoría de las series o la cosmogonía, ni resaltó la aguda y corrosiva crítica de Fourier sobre la moral social, la institución matrimomonial o los usos amorosos establecidos y sancionados. Esto será una constante de la mayoría de los utopistas españoles, que menguará la originalidad y vivacidad de su no muy prolífica obra escrita; pero, a modo de compensación y en no poca medida a causa de la cerrilidad de las clases dominantes, irán más lejos que el propio Fourier en la denuncia de la miserable situación a la que estaban sometidos los trabajadores; además, tampoco mostrarán el rechazo, rotundo y lúcido, con la revolución francesa de Fourier (4).

La labor divulgativa de Fourier, emprendida por Abreu comenzó a interesar a gentes preocupadas por las brutales consecuencias de una industrialización que sólo beneficiaba a los grandes propietarios, mientras sumía en el paro y las jornadas extenuantes de trabajo a los asalariados, bien fueran hombres, mujeres o niños, además de desgarrar una cultura y un sistema de valores que, aunque caduco, había servido para cohesionar a la sociedad española durante siglos. De esta forma, ya en 1837, funcionaba un colectivo fourierista en Cádiz, que mediante conferencias y tertulias divulgaban el ideal falansteriano. Algunos de sus miembros más destacados eran Faustino Alonso, Pedro Luis Huarte, Manuel Sagrario de Veloy y Fernando Garrido, siendo este último uno de los más tardíos en incorporarse al grupo, pero el



Carlos Marx en Londres en 1875.

más relevante en cuanto a la posterior difusión del fourierismo en el resto de España.

Como es sabido, la piedra angular de la alternativa de Fourier era el falansterio, lugar llamado a propiciar la asociación de los tres factores productivos (el capital, el talento y el trabajo) y ámbito en el que habría de constituirse el nuevo tipo de vida, trabajo y moral fourierista..., entre otras muchas de las virtualidades del imaginativo, poético y difícilmente reducible a pocas palabras, falansterio. Pues bien, acorde con tales designios del maestro los utopistas españoles también estaban convencidos de su factibilidad y, sobre todo, de su ejemplaridad propagandística, puesto que una vez que se fundase uno todo su entorno apreciaría las ventajas y se aprestaría a organizar otros falansterios. Sagrario de Veloy, perteneciente al grupo de Cádiz y acaudalado propietario, abandonó sus negocios en 1841 para forjar el primer ensayo de falansterio en España, siendo por lo tanto, uno de los escasos filántropos en los que tanta confianza había depositado el fourierismo, persuadido de la innata bondad de los humanos. En 1841 presentó una detallada exposición a la Diputación de Cádiz sobre las normas que habrían de regirlo y los fines que se proponía, sin que encontrara eco alguno en las autoridades, igual que al siguiente año cuando presentó el proyecto a las Cortes (5). Tras estos fallidos intentos, no se

(2) La bibliografía sobre el socialismo utópico español no es muy abundante, y de la que hay sobresalen:

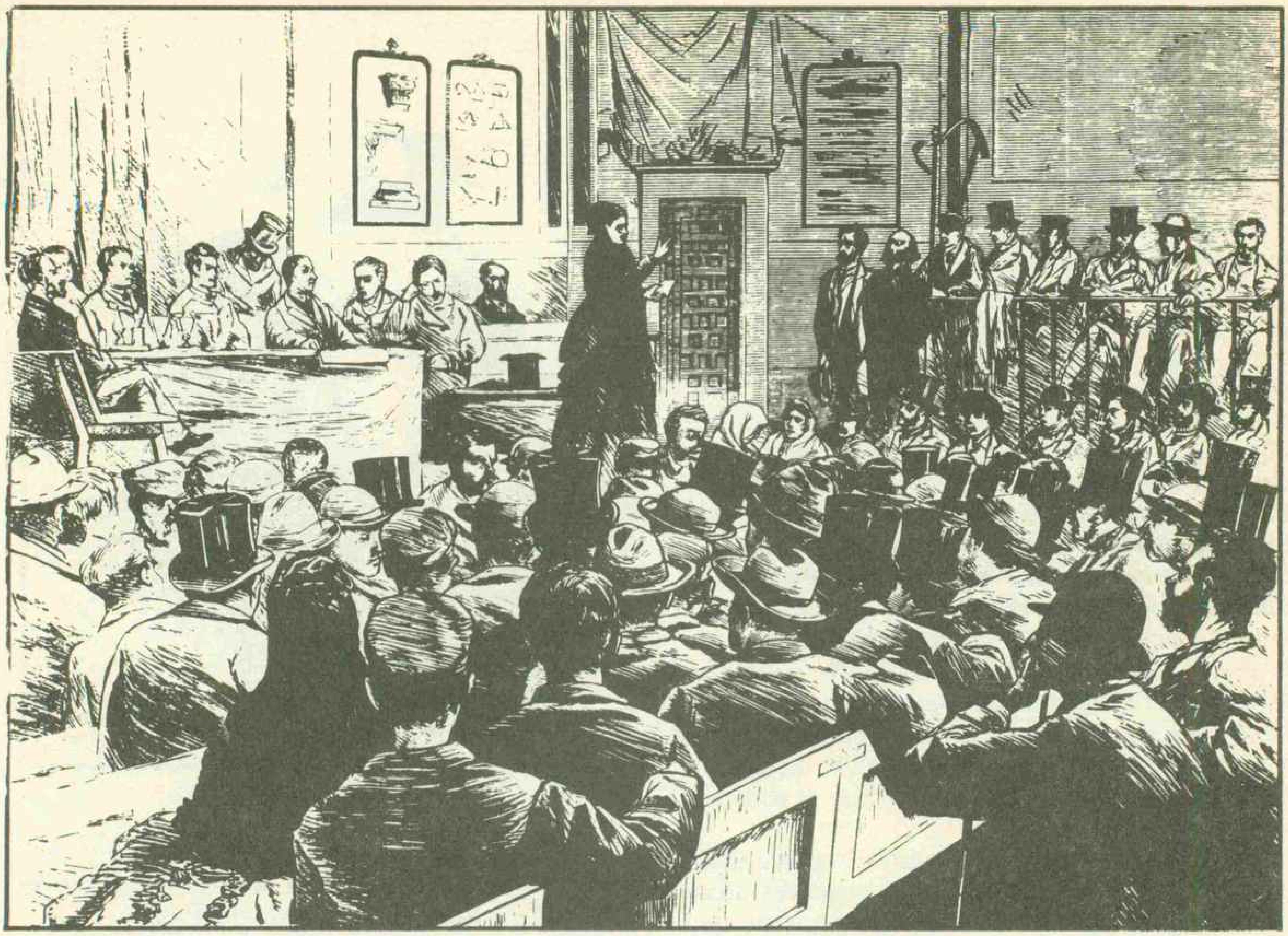
Elorza, A.: «El fourierismo en España», Madrid, 1975; Elorza, A.: «Socialismo utópico español», Madrid, 1970; Elorza, A.: «Sixto Cámara y el primer socialismo español» en «Teoría y Sociedad. Homenaje al profesor Aranguren», Barcelona, 1970; Maluquer de Motes, J.: «El socialismo en España», Barcelona, 1977; Zavala, I.: «Románticos y socialistas. Prensa española del siglo XIX», Madrid, 1972; Ollé i Romeu, J. M.: «Introducció del socialisme utopic a Catalunya», Barcelona, 1969.

También puede consultarse mi tesis de licenciatura: «Sixto Cámara, un utopista revolucionario», Facultad de Ciencias Políticas y Sociología. Madrid, 1980.

(3) Estos artículos han sido reproducidos en Elorza: «El fourierismo en España», págs. 2-10.

(4) «Tras la catástrofe de 1793, las ilusiones se desvanecieron (...) no podía esperarse ninguna felicidad de todas las luces adquiridas», Charles Fourier «La armonía pasional del nuevo mundo», Madrid, 1973, pág. 51; «¿Acaso el nuevo aspecto de los indigentes que llenan las ciudades no demuestra que los torrentes de luces filosóficas no son más que torrentes de tinieblas», Ibid., pág. 66.

(5) El texto del proyecto de falansterio auspiciado por Sagrario de Veloy ha sido reproducido por Elorza en «Socialismo...», págs. 61-65.



Conferencias obreras de San Isidro. (La enseñanza del trabajador había servido con anterioridad a 1868 al proceso de toma de conciencia de la clase obrera.) Litografía de la época.

conocen otros posteriores, aunque no por ello cesase la divulgación del ideal falansteriano a la espera de crear las condiciones propicias para su materialización.

En esta faceta destacaron los discípulos de Abreu, Huarte y Garrido, siendo este último el que se trasladó a Madrid, en 1845, para difundir desde la capital del reino las ideas del grupo gaditano; para ello fundó dos periódicos, con la ayuda del joven Sixto Cámara y otros jóvenes sensibles a la miseria del pueblo trabajador. Sus títulos fueron «La Atracción» (1847) y «La Organización del Trabajo», clausurado gubernativamente al poco de su aparición, como sucederá con los restantes que fundaran hasta 1854 el tándem Cámara-Garrido. Es perceptible desde los primeros ejemplares, y aún más en los periódicos posteriores de este prolífico grupo madrileño, un matiz distinto del de la ortodoxia fourierista, cada vez más impregnado de enfoques políticos. Los socialistas madrileños estarán tiempo después en la fundación del partido demócrata; Cámara y Garrido acabaron por abandonar su apoliticismo, persuadidos de que no podían introducirse reformas sociales sin antes democratizar el régimen político y esto pasaba por la proclamación de la República.

Mas para estas fechas ya había recorrido un extenso y creativo trecho Ramón de la Sagra, quien jamás consiguió organizar una escuela de seguidores a pesar de ser el que lograse «la única síntesis doctrinal autónoma en el marco del pensamiento social de la España de la primera mitad del ochocientos» (6) o de que «su análisis del capitalismo reciente y sus alegatos contra la explotación, sobre todo, por lo que se refiere a sus formas más descarnadas, es seguramente el más lúcido que se realizó en la España del siglo XIX» (7).

Este insólito personaje, que continuamente formulará convincentes llamamientos a las instancias del poder isabelino sobre la necesidad de introducir mejoras o reformas que amortiguasen los motivos de conflictividad social, y que por supuesto, no fue escuchado, será además el teórico social español más viajero y cosmopolita, guiado por su afán de observar y estudiar directamente lo que sucedía más allá de los Pirineos. Y lo hizo demostrando una amplia preparación científica interdisciplinar, abordando una exhaustiva gama de temáticas, desde las estrictamente científico-naturales a las históricas, educativas, socioeconómicas, e in-

(6) *Ibid., pág. 65.*

(7) *Maluquer, op. cit., pág. 216. Este autor dedica un amplio capítulo de su obra a un exhaustivo estudio de la evolución doctrinal de La Sagra.*

cluso, parece ser que, contra lo generalmente aceptado, fue también el primero en dar a conocer en España las ideas filosóficas de Krause, tras años antes de que Sanz del Río fuera pensionado para estudiarlas en Alemania. Desde luego este bagaje de erudicción no pasó desapercibido... en Europa —ya que no en su país—, donde algunos de sus estudios fueron traducidos a varios idiomas; siguiendo con las singularidades de La Sagra, tampoco podemos olvidar su faceta de empresario innovador que incorporó avanzadas técnicas de explotación en la industria azucarera (8).

Sin embargo, al final de su vida a partir de 1856, arruinado y decepcionado con la esterilidad de su magna tarea, pues nadie prestaba atención a sus elaborados estudios, frustrado y amargado, en definitiva, acabó sumiéndose en un artificioso misticismo católico y en un ideario político-social integrista, dando un giro copernicano a su anterior trayectoria intelectual. Mas, para esa fecha, de su pluma ya había surgido una amplia obra entre la que destacan sus «Lecciones de economía social» (1840), la monumental «Historia física, política y natural de la isla de Cuba» (13 volúmenes, 1842-1861), la «Revista de los intereses materiales y morales» (1844) y sus célebres «Aforismos sociales» (1849).

Junto a Fourier fue Cabet el único pensador utópico europeo que logró una cierta audiencia en España. Si el fourierismo había arraigado en la comarca de Cádiz, donde residía una próspera burguesía comercial de honda raigambre liberal, el ideario cabetiano fecundó en Cataluña, única región donde existía un importante contingente proletario.

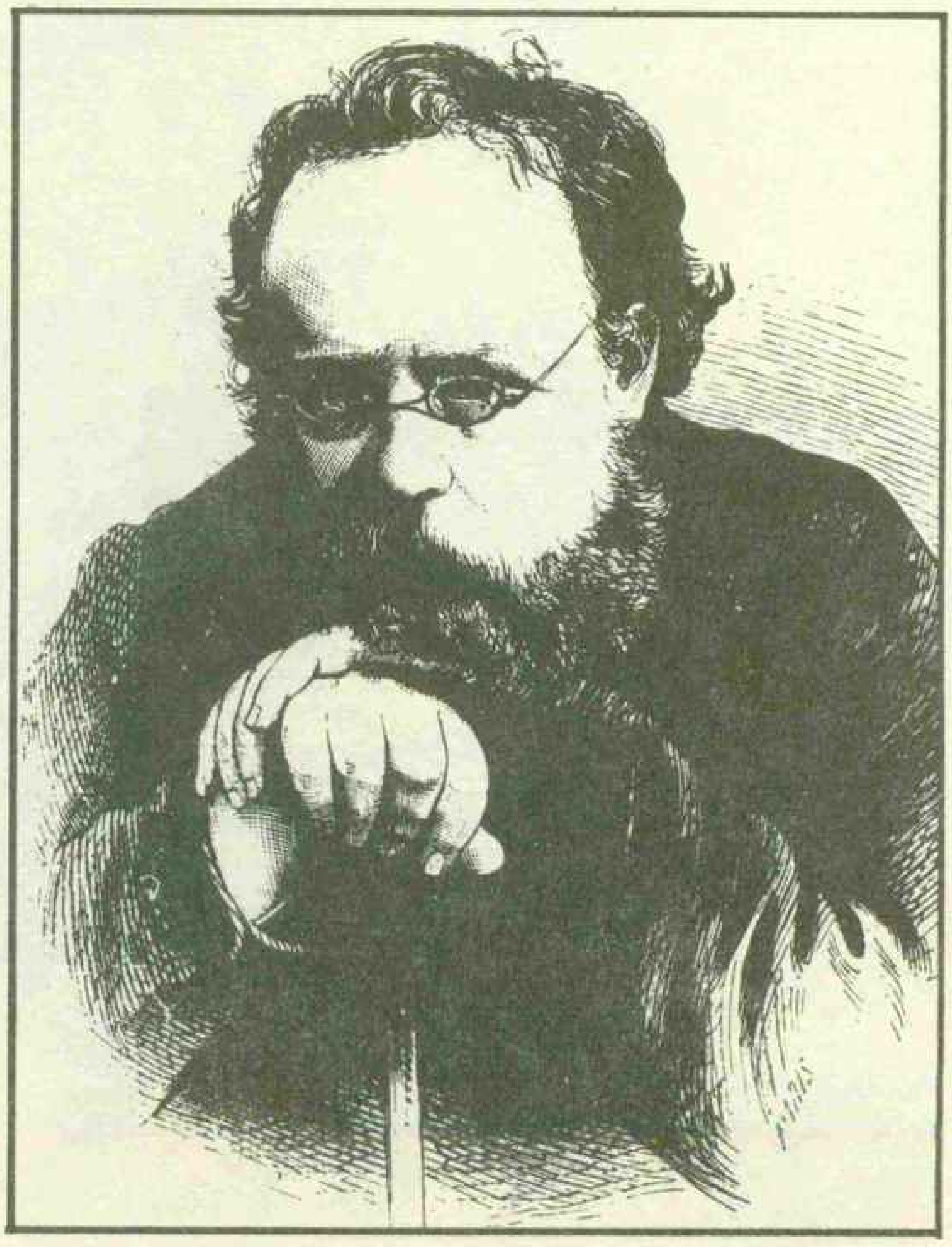
Como es sabido la utopía icariana simultaneaba un igualitarismo radical con un no menos radical pacifismo; de tal menera que si escapando a sus intenciones, servía para perpetuar el orden clasista vigente al proponer la resolución de los antagonismos sociales en un marco lejano, la Icaria, cuyo influjo estaba llamado a generalizar esta experiencia y cambiar la faz de un mundo marcado por la explotación, a la vez introducía entre los trabajadores la más vehemente de las utopías igualitarias: el comunismo. De esta ambivalencia no escapó ni el propio Cabet que fue expulsado por sus discípulos de la colonia de Icaria en Texas, en 1856, en medio de un lastimoso fracaso de la experiencia que había movilizado a entusiastas de numerosos países. Este imprevisible desenlace queda reflejado en el destino de los dos catalanes que participaron en la Icaria: Rovira se suicidó y Montalvo no cesó de conspirar contra Cabet.

Los primeros indicios del ideario cabetiano en España los detectamos en 1839, en Barcelona, año en el que se publicó la traducción de su obra sobre la revolución de 1830 en Francia, aunque este escrito no fuese en realidad representativo de su credo comunista, cosa que sí sucedió dos años después cuando, también en Barcelona, se anunció la venta de sus «Doce cartas de un comunista...». Estas traducciones de Cabet y de otros socialistas europeos estaban animadas y amparadas por sectores del republicanismo catalán, pero no porque hubiera asumido tales ideas, sino como recurso para atraer a sus filas al incipiente asociacionismo obrero. Incluso, el propio Cabet manifestó abiertamente la escasa simpatía que sentía hacia los republicanos catalanes en un artículo que escribió analizando los acontecimientos revolucionarios de 1842 en Barcelona. Desde su óptica pacifista y apolítica, recusaba el insurreccionalismo republicano, llegando a insinuar que éste podía estar haciendo el juego a oscuros intereses (9).

El fracaso de dicha asonada obligó a muchos republicanos catalanes a tomar el camino del exilio y al llegar a Francia se acogieron a la solidaridad de los grupos comunistas cabetianos, lo que impregnó a alguno de ellos de sus ideas, hasta el punto de que Terradas y otros españoles fueron detenidos en unión de otros franceses bajo la acusación de pertenecer a la

(8) *Ibid., págs. 204 y ss.*

(9) *«Está claro "El Republicano" predicaba abiertamente la insurrección y la policía lo toleraba. ¿Era un instrumento involuntario o voluntario de la policía, de los ingleses, de los carlistas, de los cristianos o de alguna potencia?», Cabet. Citado por Elorza «El Socialismo...», pág. 100.*



Pierre Joseph Proudhon (1809-1865).

asociación secreta de «Los Comunistas». Tal y como puso de relieve Iris Zavala (10), de las declaraciones vertidas en el proceso de Toulouse, se desprende que efectivamente se trataba de un grupo de cabetianos, aunque en el caso de Terradas, buen conocedor de la obra de Cabet, no coincidiera con su ideario.

Los animadores del inicial grupo cabetiano eran, en su mayoría, antiguos republicanos procedentes de profesiones liberales: abogados como Monturiol, el inventor del ictenio, y miembro más destacado del grupo, Pedro Montaldo; médicos o estudiantes de medicina, como Rovira, Suñer y Capdevilla; militares ilustrados, como Francisco José Orellana... aunque también los hubo procedentes de ambientes artesanales y obreros, como Clavé, el fundador de los coros.

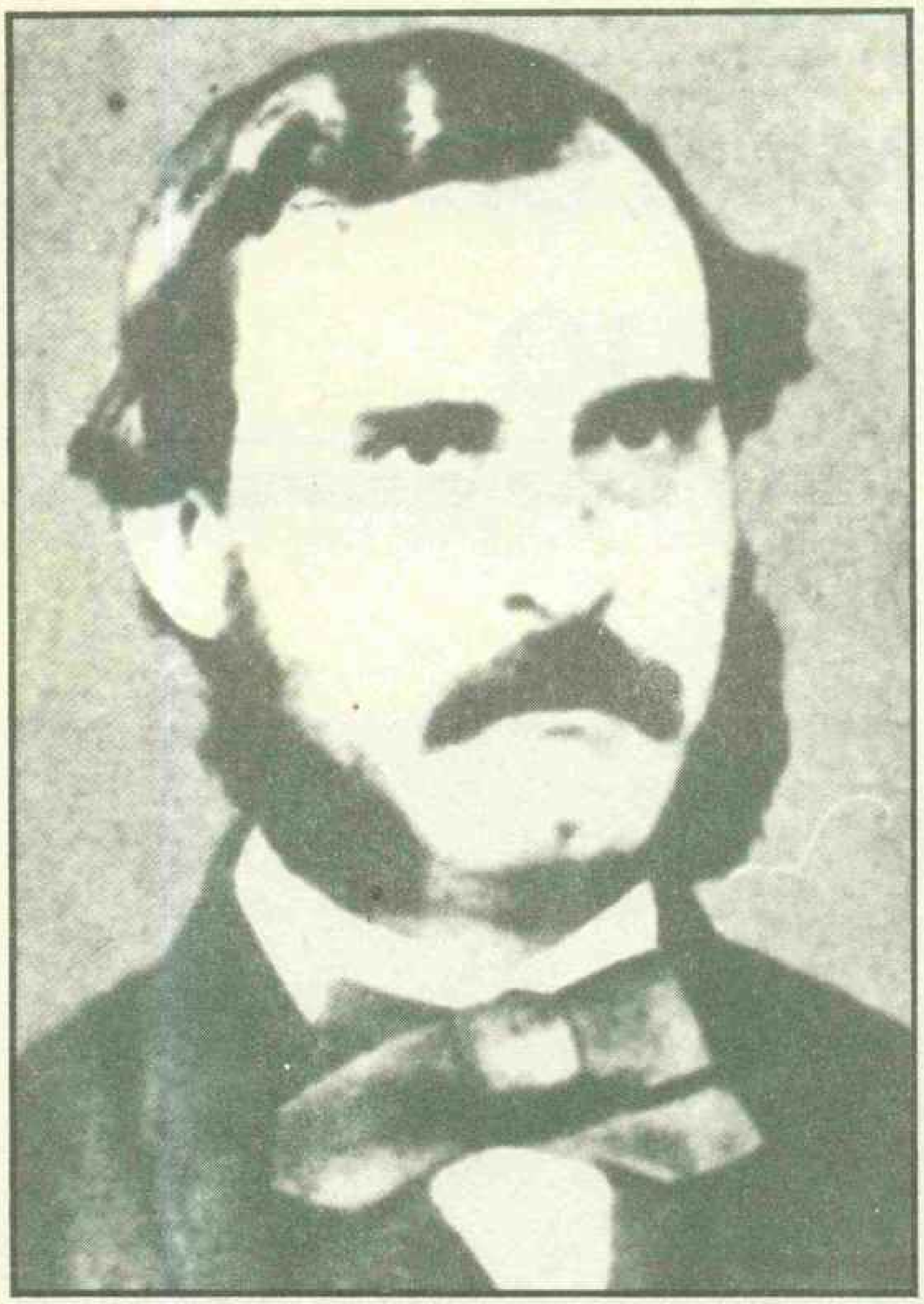
Los cabetianos catalanes forjaron dos soportes para difundir su ideario: en primer lugar, la traducción y edición de las obras de su inspirador, y, en segundo lugar, la fundación de una publicación periódica que llevó por título «La Fraternidad», la cual fue suspendida gubernativamente un año después de su primer ejemplar, en 1868. En ella, básicamente, se recopilaron artículos ya publicados en «Le Populaire» de Cabet, mientras que lo elaborado por los catalanes fueron casi exclusivamente poemas, cartas y textos similares, huérfanos de rigor doctrinal y atravesados de veneración hacia el maestro.

La aparición de «La Fraternidad» significó, además, la consumación de la ruptura entre icarianos y republicanos catalanes, reflejada en la reiterada crítica que albergaban sus páginas a los procedimientos insurreccionales para alterar el sistema establecido, tan gratos a los republicanos. Por otra parte, al proponer en un país lejano la resolución de los problemas sociales les ganó a los cabetianos la animadversión del clandestino asociacionismo obrero, que obviamente no estaba en condiciones de embarcarse masivamente a la búsqueda de la Icaria. Mas este planteamiento era harto difícil de sostener bajo un régimen político controlado por el partido moderado, que había restringido el marco liberal a unos niveles próximos a los del pasado absolutista. Así, no es de extrañar que en marzo de 1848 «La Fraternidad» se descolgase con un entusiasta saludo a la revolución del 48, en Francia, lo que le costó la suspensión, ni tampoco que el dirigente cabetiano

(10) Vid. Zavala, I: op. cit., págs. 132-133.



Huelga general de mayo de 1890 en Vizcaya. (De «La Ilustración Española y Americana».)



Narciso Monturiol (1819-1885).

Monturiol se ofreciera al infatigable conspirador Terradas para colaborar en la insurrección que preparaba.

Finalmente, no podemos olvidar que estos acontecimientos eran coetáneos con los primeros descalabros sufridos por la experiencia icariana en Texas, que enfriaron las ilusiones de los cabetianos que permanecían expectantes en Europa, y ello, posiblemente, explique el tono moderado y escéptico con que Monturiol reanudó la difusión del ideario cabetiano fundando en octubre de 1849 un nuevo periódico, «El Padre de Familia», que aguantó hasta marzo-abril del año siguiente en que fue denunciado, procesado y condenado.

La suspensión de esta cautelosa publicación, pletórica de artículos moralistas y la cerrazón todavía mayor del régimen moderado como reacción defensiva a las tormentas revolucionarias de 1848, acabaron por inclinar a la mayoría de los cabetianos catalanes en una dirección distinta a la de su apoliticismo y pacifismo originarios: en dirección al recién constituido partido demócrata cuyo objetivo primordial era la lucha política e insurreccional para derribar el rétimen isabelino. Lo mismo había sucedido con los socialistas madrileños. ■ J. M. F. U.



Aspecto de la barricada de Sans, momentos antes de ser atacada por las tropas durante los sucesos de Barcelona de 1835. (Litografía de la época.)

Los precursores del socialismo

Juan Valero

EL presente estudio, corto por necesidad, no puede ser un análisis profundo y completo del tema, tan sólo una iniciación a su estudio.

Lamentablemente, tendremos que olvidar a muchos hombres que con justeza deberían figurar entre los socialistas utópicos, para poder centrarnos en los principales, que son reflejo de los demás también. Así pues, en este estudio no entran hombres como Godwin, Paine, Hall, Bray, Buchez, Weitling, Sismondi, Pecquaur...

Sería imposible comenzar a hablar ya de los socialistas utópicos, sin antes rendir homenaje, aunque sea mínimo a aquéllos que en los siglos anteriores iniciaron estas ideas, y las introdujeron en la historia del socialismo.

Me refiero a Tomás Moro, en el siglo XVI. A Campanella, Mably y Morelli en el siglo XVII, y a Rousseau en el siglo XVIII.

Estos hombres no pueden ser clasificados como socialistas, pues a pesar de su actitud no concebían una sociedad socializada. Su crítica era más bien moral, contra las diferencias sociales, contra el lujo y la riqueza.

Eran reformadores utópicos y sus teorías no tuvieron ninguna relación con ningún movimiento social. Se limitaban a criticar una situación que le parecía injusta, a soñar con una sociedad mejor, sin traspasar nunca el umbral de la realidad.

Entremos pues, en el estudio sin más preámbulos.

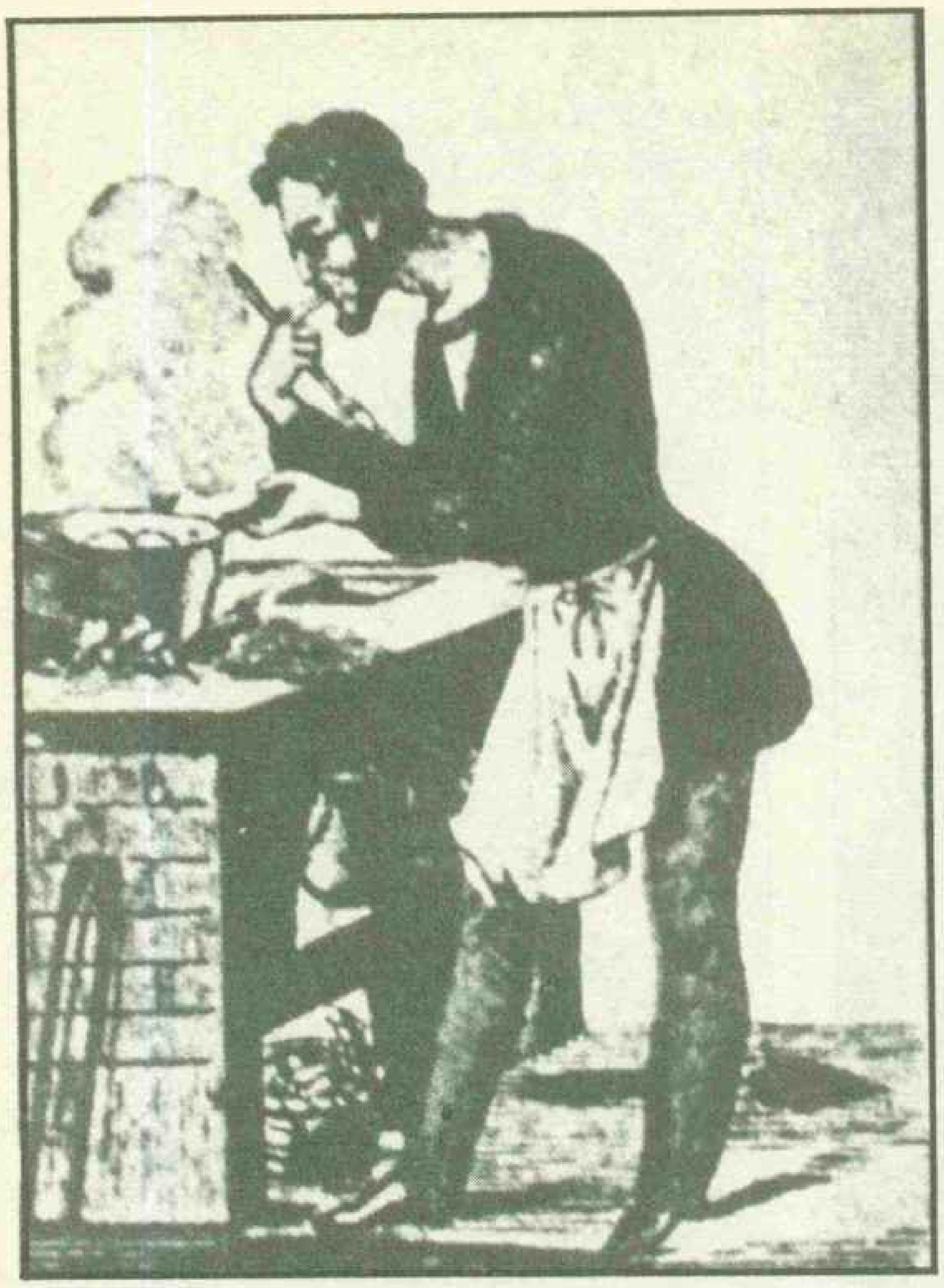
Los pioneros

«Existe opresión cuando una minoría ociosa y ahíta vive de una mayoría que se priva y se agota. Nadie puede privar a otro de la instrucción que le da la felicidad. El fin de la revolución es eliminar la desigualdad y crear la felicidad común».

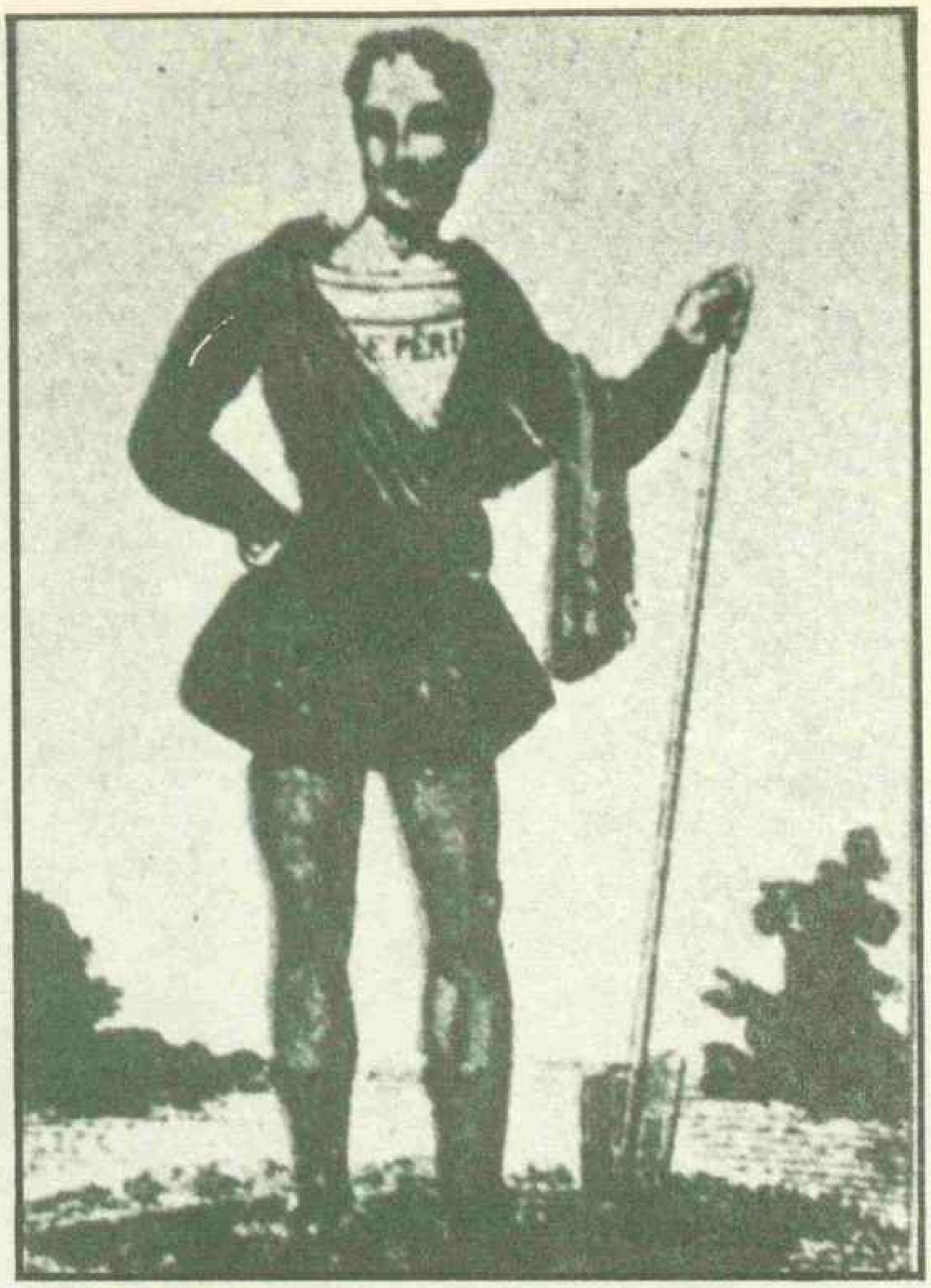
Esta frase pertenece al fundador e introductor de la idea del socialismo en la historia revolucionaria, François-Nöell Babeuf (1760-1797), guillotinado a los 37 años cuando aún no había dado fin ni a su obra ni a su labor revolucionaria.

Fue el aglutinante de todo el sector más radical de la Revolución Francesa que acusaba a los antiguos dirigentes de «traición». Babeuf reclutó con esta idea a quien serán sus compañeros hasta la muerte, Germain, Darthé... aunque ninguno hizo tanto como el hombre a quien conoció en la cárcel de Plesis, Philippe Buonarotti (1761-1837), descendiente del famoso Miguel Angel.

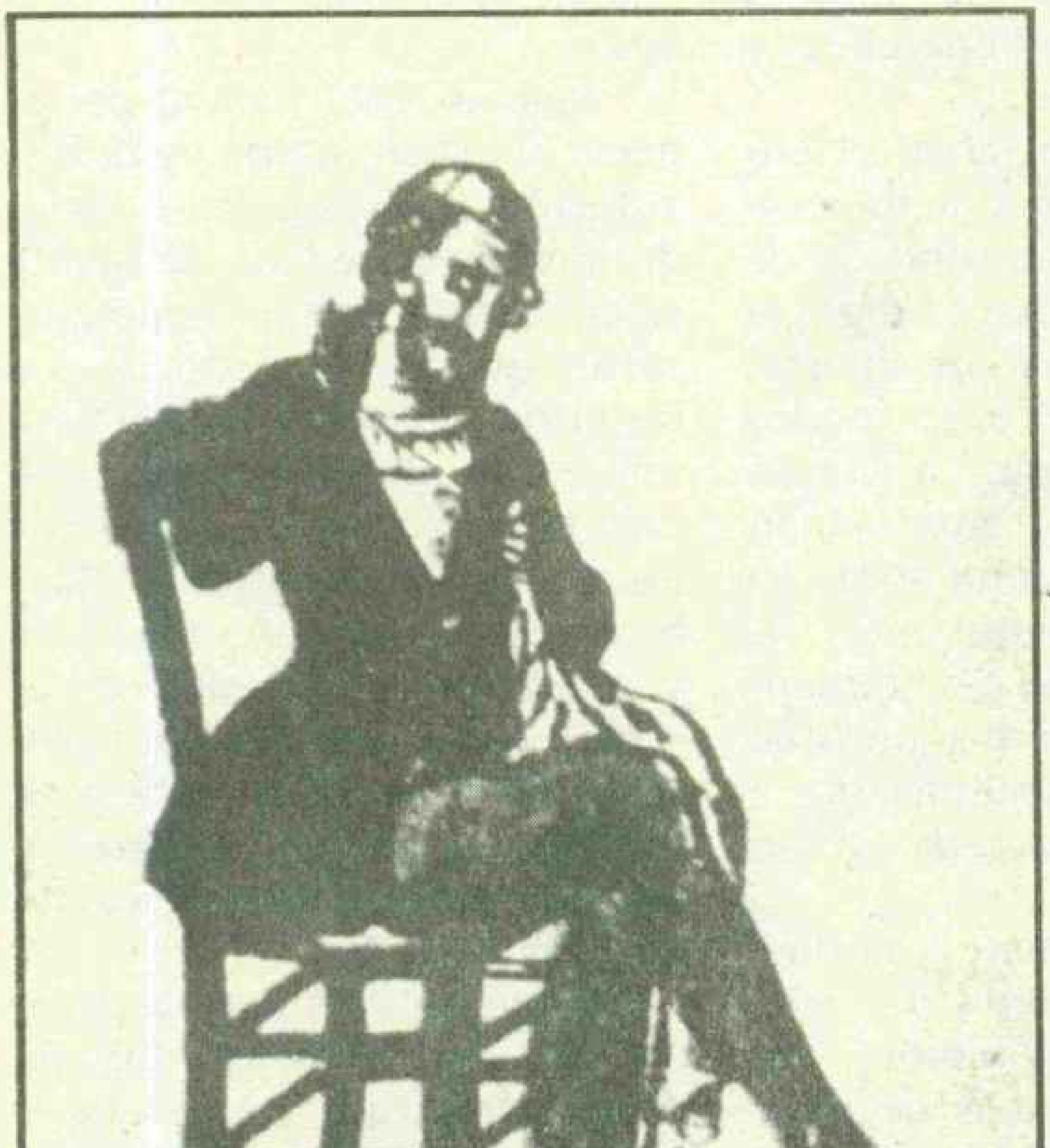
Juntos fundaron la «Societé du Pantheon», donde se formó el Comité Insurreccional tendente a reemplazar el poder de los «nuevos ricos» de 1789. Este Comité, formado bajo las ideas de Babeuf pretendía una



Saint-Simonien faisant la cuisine



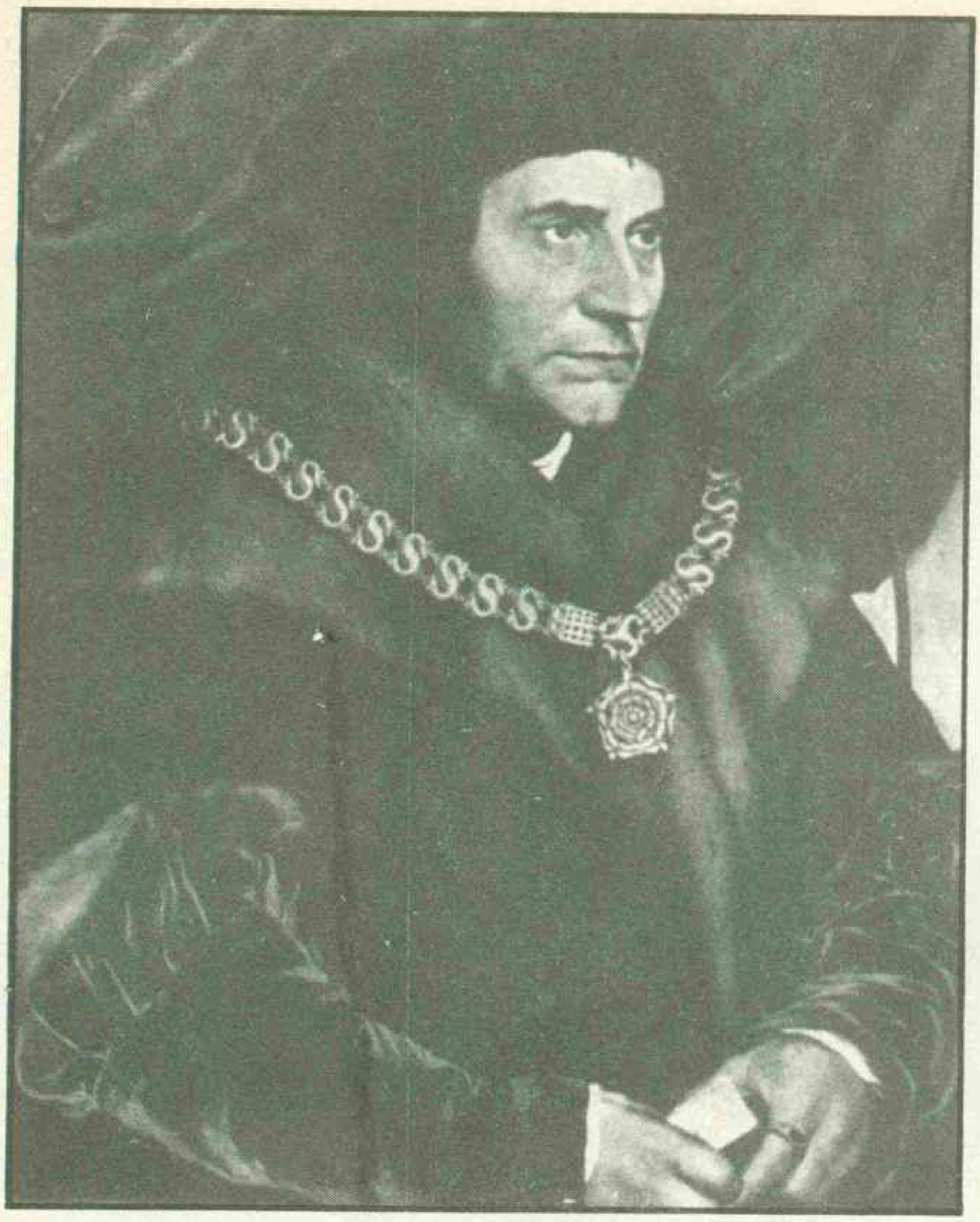
Le Père Enfantin Chef de la Reli
gion Saint Simoniène.



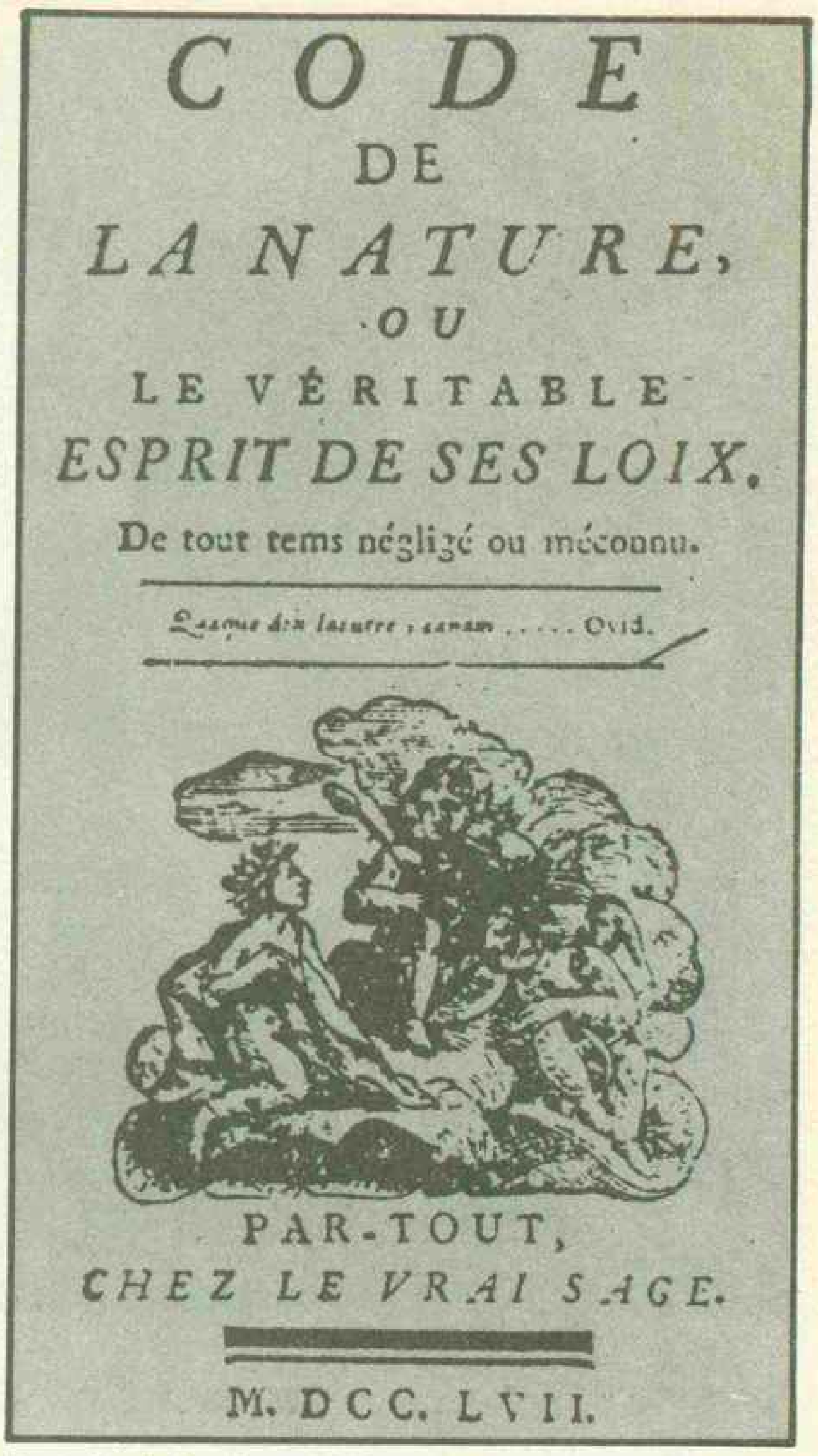
Saint Simonien Linger.



Saint Simonien revenant du Marché



Tomás Moro, canciller de Inglaterra y autor de «Utopía» (1478-1535). Cuadro de Holbein el Joven.



CODE
DE
LA NATURE,
OU
LE VÉRITABLE
ESPRIT DE SES LOIX,
De tout tems négligé ou méconnu.

PAR-TOUT,
CHEZ LE VRAI SAGE.
M. DCC. LVII.

Portada de la obra de Morelly, «Código de la Naturaleza» (1757).

insurrección violenta que ocupara por la fuerza de las armas el poder.

En 1797 todo estaba preparado. Babeuf soñaba incluso con la anulación del dinero, el «corruptor universal» como él lo llama. Se piensa tomar todos los puntos neurálgicos: correos, telégrafos, tesorería... pero el directorio descubre el plan y comienzan las detenciones.

No es difícil abortar el plan, pues aunque Babeuf confiaba en el apoyo de los obreros de París, la verdad es que aquello más que una insurrección, era un complot reducido. El 25 de mayo de 1797, una vez sofocada la revuelta que causó más de 30 víctimas comienza el proceso contra los detenidos, en el que Babeuf y Darthé son condenados a muerte.

El juicio estuvo a punto de convertirse en un ataque frontal al Directorio y tanto Babeuf como Buonarotti fueron obligados a callar varias veces.

Babeuf escribe sus últimas cartas... una a Sepeletier y otra a su familia...

«Aunque no lo sabía a ciencia cierta, no creía que me costaría tanto ver la disolución de mi ser. Por más que se diga, la naturaleza es siempre fuerte. Sin embargo, espero poder conservar energía suficiente para sostenerme, como debo hacerlo, en mi última hora, no se me puede pedir más...», mensaje que como dice Desanti «es el más sincero y puro de los mensajes de sentenciados a muerte, exento de toda ficción de heroísmo».

La carta a su familia la dirige en otros términos:

«Amigos míos, familia, espero que os acordéis de mí y que me mencionéis en vuestras conversaciones. Espero que creáis que os he amado mucho a todos. No concebí otro modo de haceros felices sino a través de la felicidad común. He fracasado, me he sacrificado y muero por vosotros. Adiós, adiós... diez millones de veces adiós.»

François-Nöel Babeuf pertenecía al ala izquierda de la Revolución francesa. Su espíritu de justicia, heredado de Mably es en cierta medida, menos absurdo que en el resto de los utopistas. En sus obras refleja una serie de posiciones que más tarde serían asumidas por los socialistas científicos. Hablaba de la supresión de clases y hasta que se consiguiera el «reino de la justicia» era necesario un período en el que se obligara a los de «arriba» a respetar los derechos de los de «abajo».

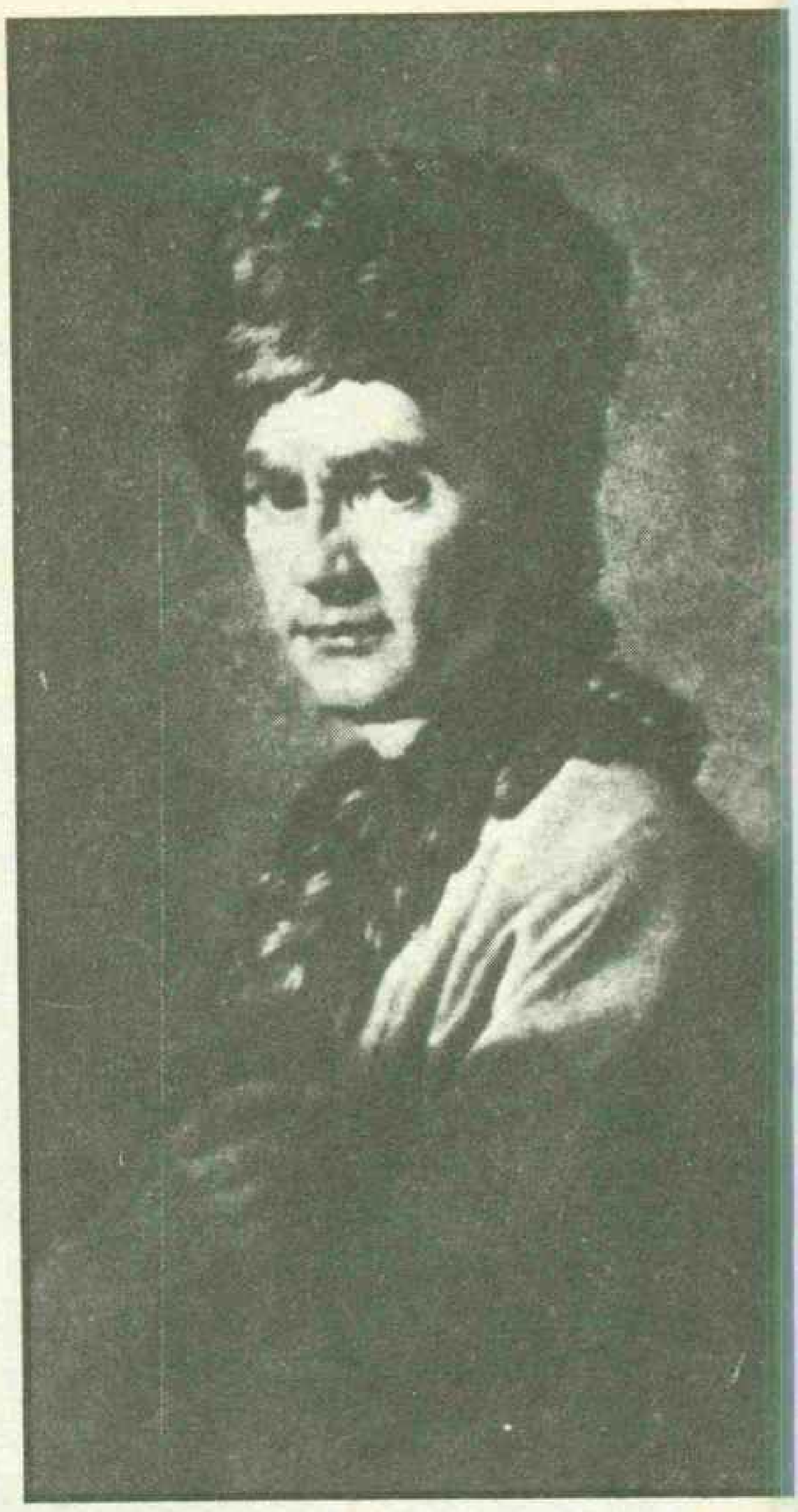
Babeuf confiaba en la victoria de una revuelta, surgida desde abajo que impusiera el reparto de la tierra, la satisfacción de las necesidades primarias... que son dos ideas fundamentales y capitales de su obra.

No sólo creó, junto con Buonarotti la conciencia de justicia en las capas más bajas de la so-

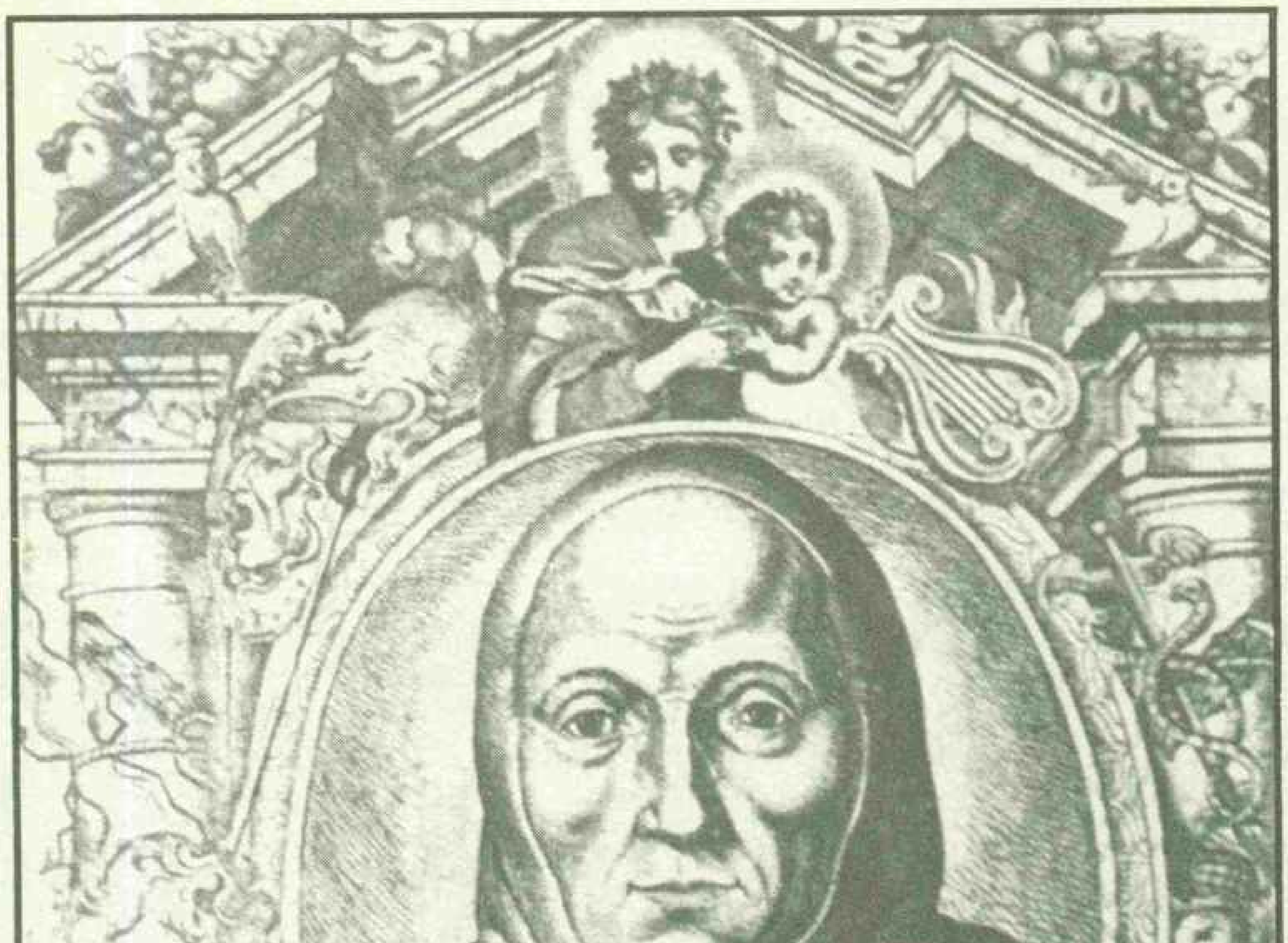
ciedad, sino que intuyeron la «inevitabilidad» de ésta.

«Pretendemos la igualdad y no importa a qué precio. Conquistaremos la igualdad real. ¡Ay de aquéllos que se interpongan en nuestro camino! El pueblo ha pasado por encima de los cuerpos del rey y los curas amotinados contra él: así sucederá con los nuevos tiranos, con los nuevos tartufos políticos sentados en el sitial de los viejos.»

La burguesía triunfante en 1789, que arrastró con ella las ansias de libertad del pueblo, con el fin de aniquilar el poder de los señores feudales y del clero, llevaba consigo su propia contradicción. Frente a la burguesía surge un nuevo enemigo: el proletariado. 1830, 1848 son fechas relevantes del inicio de esta nueva lucha, pero no cabe duda de que en 1797 un hombre confió en ese germen, a él dedicó sus esfuerzos y por él entregó su vida. Ese hombre era Babeuf.



Jean-Jacques Rousseau (1712-1778). Autor de «El Contrato social» y el «Discurso sobre el origen de la desigualdad», entre otras obras. (Grabado de D. Marsín.)



Tomás Campanella (1568-1639), autor de la utopía «Civitas solis» («La Ciudad del Sol»). Retrato al aguafuerte.

Una respuesta francesa

A pesar de que la revolución económica, la revolución industrail se produjera primeramente en Inglaterra de donde pasa a Bélgica, Alemania y Francia, fue en este último país, Francia, donde se generaron las primeras protestas. Una vez sofocada la «Rebelión de los Iguales» de Babeuf, Francia tuvo una época en la que no hubo grandes disturbios, hasta 1830. A esta época pertenece uno de los tres (los otros dos son Fourier y Owen), grandes socialistas utópicos: Henri de Saint-Simon (1760-1825).

Aunque, como veremos más adelante, el término «socialista» es aplicado a Saint-Simon con mucha generosidad, si bien hay que reconocer que sus ideas influenciaron a los socialistas anteriores.

Saint-Simon, que procede de familia con una posición social muy elevada, desde muy joven adopta una posición liberal. Abandona su posición económica y marcha a América a luchar por la independencia. Allí adquiere dos principios que serán fundamentales en toda su obra. Primero el interés por la ciencia y segundo, la necesidad de que no existan «ociosos».

Su interés por la ciencia le lleva a supervalorar todo lo que signifique saber y él mismo destacó en varios proyectos cómo, por ejemplo, hacer llegar el mar hasta Madrid, proyectó que fue rechazado por el rey.

En España precisamente, mientras proyectaba llevar el mar hasta Madrid, le sorprende la Revolución francesa, en la que no colabora pero de la que hereda la mayor parte de sus ideas. Rápidamente se traslada a París y ve la revolución como «la gran conmoción universal que acarreará un mundo infinitamente mejor». En ello, en la creación de ese mundo, Saint-Simon se dispone a trabajar.

Desde sus primeras obras «Cartas ginebrinas» escritas en 1802 Saint-Simon expone su ideal de sociedad: Una sociedad donde todos trabajen, en cualquiera de las tres ramas: industriales, obreros y artistas. Los industriales son para Saint-Simon los dueños de la industria y muy especialmente los banqueros, a los que como veremos da una importancia fundamental. Entre los artistas engloba también a los científicos. Para él todos son «productores» sin diferencias entre ellos. Los únicos que no merecían la vida eran los ociosos.

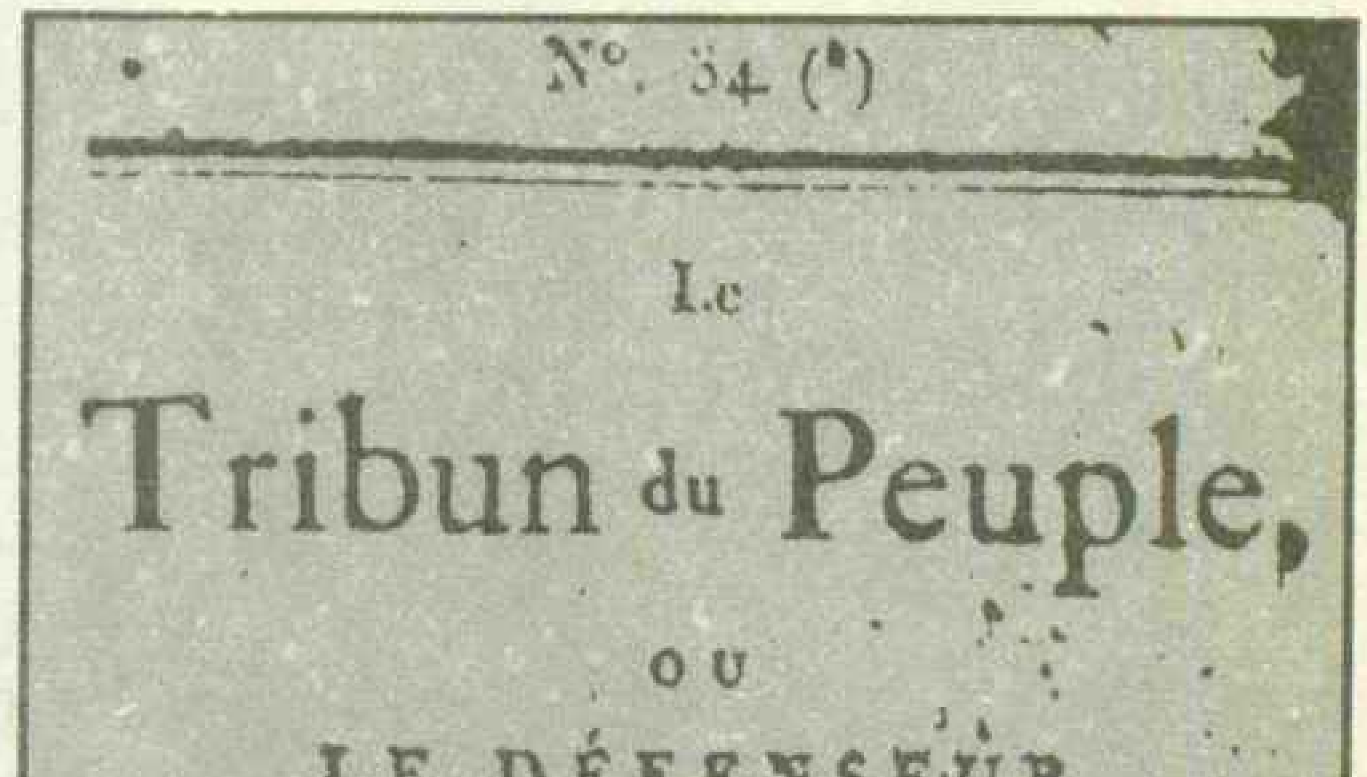
La sociedad de Saint-Simon se regirá por un gran Banco Central, controlado por los banqueros que dará créditos a los industriales. La sociedad será totalmente ordenada, estructurada y con el buen reparto y la equidad que proporcionará la educación.

En Saint-Simon se traslucen muchas ideas, que posteriormente serán transformadas por los socialistas científicos. Su noción de «centralización» de la producción, de «control y equidad» en la producción. Para Saint-Simon las relaciones sociales eran un problema científico, había que estudiarlas como cualquier otro tema referente a la ciencia. No en vano, su más fiel seguidor, Comte, fue el introductor del término «sociología».

Saint-Simon no nombra nunca el problema de las clases, se queja, muy raras veces, de que la mayoría es pobre, pero no plantea nunca la necesidad de derechos políticos. Es más, colaborará con cualquier tipo de gobierno, para él patronos y



François Babeuf (1760-1797), jefe de la «Conjura de los Iguales».



N°. 34 (*)

Le Tribun du Peuple, ou le Défenseur des Droits de l'Homme,

Par Gracchus Babeuf.

Le but de la société est le bonheur commun. Droits de l'Homme, (de 93) art. 1er.

Du 15 Brumaire, l'an 4 de la République.

Primera página del periódico de Babeuf.

obreros eran «productores» no había pues razón para enfrentamientos.

La sociedad saintsimoniana es una sociedad planificada, donde todos trabajan y cooperan y donde a cada cual se le retribuye con respecto a lo que aporta.

Los seguidores de Saint-Simon, reclutados en su mayoría en la Escuela de Ingenieros Enfantin: Olinde Rodrigues, Comte, interpretan cada cual las ideas del maestro.

Comte caminó hacia ideas de justicia, de mayor reparto social, ése es el mensaje que extrajo de Saint-Simon. Sin embargo, el ingeniero Enfantin, junto con varios banqueros e industriales... se dedicaron a la creación de un banco central. Ninguno tuvo éxito entre los obreros, pues ese ignorar la «lucha de clases» les creaba mucha desconfianza.

Sin embargo, otros seguidores como Bazard y Buchez, se alejaron pronto de esta escuela y fueron a parar posteriormente a organizaciones socialistas.



Philippe Buonarotti (1761-1837). Jefe con Babeuf de la «Conjuración de los Iguales».

A modo de resumen, diremos que Saint-Simon tenía ideas confusas. Muchos elementos negativos, entre los que destacan por un lado su desprecio por la capacidad po-

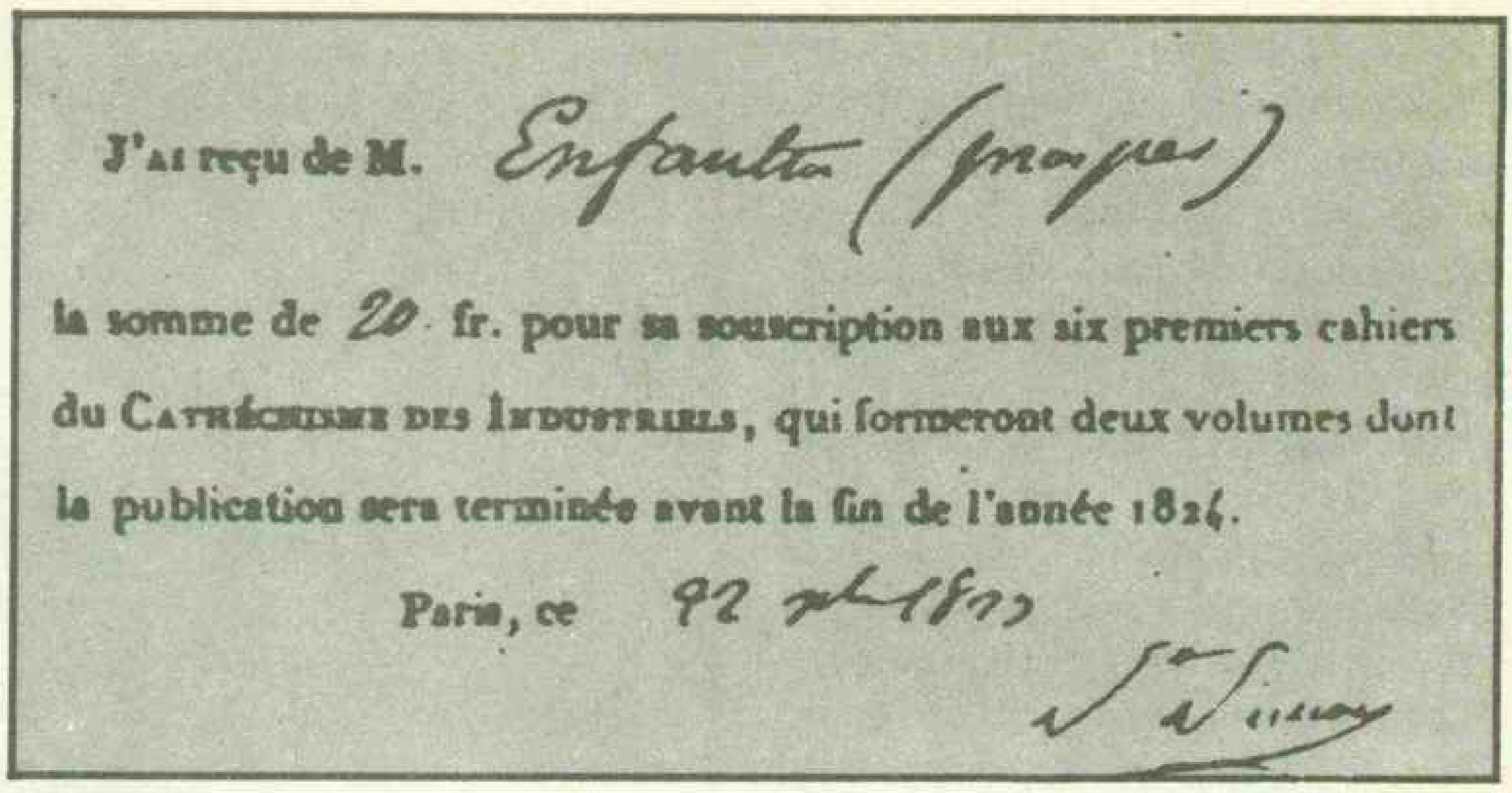


Alegoría del himno revolucionario «La Marsellesa», de Gustavo Doré.



Claude-Henri, conde de Saint-Simon (1760-1825).

lítica de las capas populares y su enemistad por la democracia. Por otro, el creer que los banqueros y grandes industriales como guías de los demás. Saint-Simon no daba importancia a tipo de gobierno que dominara ya fuese monarquía, burgués, sino a la planificación de la economía.



J'ai reçu de M. Enfantin (prosper)

la somme de 20 fr. pour sa souscription aux six premiers cahiers du Catéchisme des Industriels, qui formeront deux volumes dont la publication sera terminée avant la fin de l'année 1824.

Paris, ce

Un recibo extendido por Saint-Simon a Prosper Enfantin, que había abonado el importe de los primeros seis cuadernos del «Catecismo de los industriales».

Pero justo es que reconozcamos las grandes aportaciones de este «ingeniero» a la teoría socialista: la exaltación del trabajo y los derechos de los productores a una retribución equitativa, su oposición a la ociosidad y a la herencia, su insistencia en una planificación económica y por último, su interés en que la sociedad se preocupe en esa clase «más numerosa y más pobre».



B. Prosper Enfantin (1796-1864). En su mesa las tres fuentes de una nueva religión: La Biblia, el Corán y las obras de Saint-Simon.

Un emancipador de la mujer

«La extensión de los privilegios de las mujeres es el principio general de todos los progresos sociales. No en vano, la emancipación de la mujer es el barómetro de la emancipación de la sociedad.» Así concebía Charles Fourier (1772-1837) la liberación de la mujer, descendiente de una familia de comerciantes abandonó cuando pudo esa «horrible profesión que me ha marcado la sociedad».

Fourier, que junto con Saint-Simon se abstuvo de participar en la Revolución francesa, creó otra escuela de socialismo utópico, reñida con la saint-simoniana. Su interés se refleja desde el principio en el estudio de los problemas más sencillos. Se plantea como principal problema la «naturaleza humana» y de este estudio saca sus primeras conclusiones.

Se opuso, al contrario que Saint-Simon a la industrialización, a la producción a gran escala. Consideraba como más importante la agricultura, destacó en su énfasis en la necesidad de que cada uno trabajara en el puesto que le agradara.

Se opuso a la especialización. Cada persona tenía que realizar diferentes tipos de trabajos y todo esto lo concebía a través de la creación de comunidades.

La sociedad, explicaba, debía estar organizada en comu-

nidades, que él llamó «falansterios» que eran una especie de comunidad mixta agrícola-industrial, aunque predominase la agricultura.

Estos falansterios estarían compuestos por unas 1.600 personas, suficientes según Fourier, para que cada persona satisfaciese sus necesidades tanto intelectuales, como recreativas, como de trabajo.

Especial interés posee en la obra de Fourier su preocupación por los problemas sociales, la mujer, la educación, la sexualidad...

Charles Fourier tampoco se apegó a ningún movmiento social. Era característica suya, igual que en Saint-Simon, el odio a la violencia.

Fourier respetaba la propiedad privada, es más, no estaba de acuerdo con la total igualdad de los hombres. Consideraba que el que unos perciban más que otros es justo.

Es muy curiosa la aportación que hace al funcionamiento de un falansterio: Si la riqueza obtenida de la producción era 12. Fourier pensaba que 5 eran para el trabajo realizado, 4 para los que habían puesto el capital y 3 para habilidades especiales tales como gerencia, trabajos penosos... A veces varió las cifras concediendo 6 para el trabajo y 2 para habilidades especiales, pero permaneciendo inalterable los 4 para el capital.

Cuando tenía ya acabado su plan de falansterios se dedicó a buscar un mecenas que ofreciese dinero para comenzar el primer ensayo. Y cuentan sus biógrafos, todos coinciden en que estuvo durante años acudiendo a comer al mismo restaurante esperando a que alguno de los 4.000 hombres que citó acudiera. Nadie le hizo caso. Los falansterios fueron obra de sus discípulos quienes los extendieron por Estados Unidos, Rusia, Rumanía y España.

Al final de su vida se volvió loco. Sus últimas obras están llenas de barbaridades pero es malintencionado quien asegura que Fourier era un pensador trastornado. Charles Fourier era un filósofo y un pensador socialista serio. La profundidad de sus planteamientos, esencialmente los que abordan problemas sociales es difícil de encontrar en aquella época.

Su más conocido discípulo fue Victor Considerant que llevó las ideas del maestro atravesando fronteras. Mejoró su obra y en el libro «Principe du Socialisme» (1847), adelanta algunas de las ideas que Marx razonara más adelante. Considerant participó activamente en el movimiento que culminó en la revolución de 1848.

Fourier fue un sagaz crítico, aunque hoy se le tilde de visionario. En algunas ocasiones hace gala de una aguda inteligencia. «La pobreza brota de la misma abundancia», escribe en su primera obra. Sus ideas fueron recogidas años atrás e influenciaron especialmente en Alemania. Fue un crítico de sus dos compañeros (Saint-Simon y Owen), a quienes no perdonó el que le plagiaran, según él.

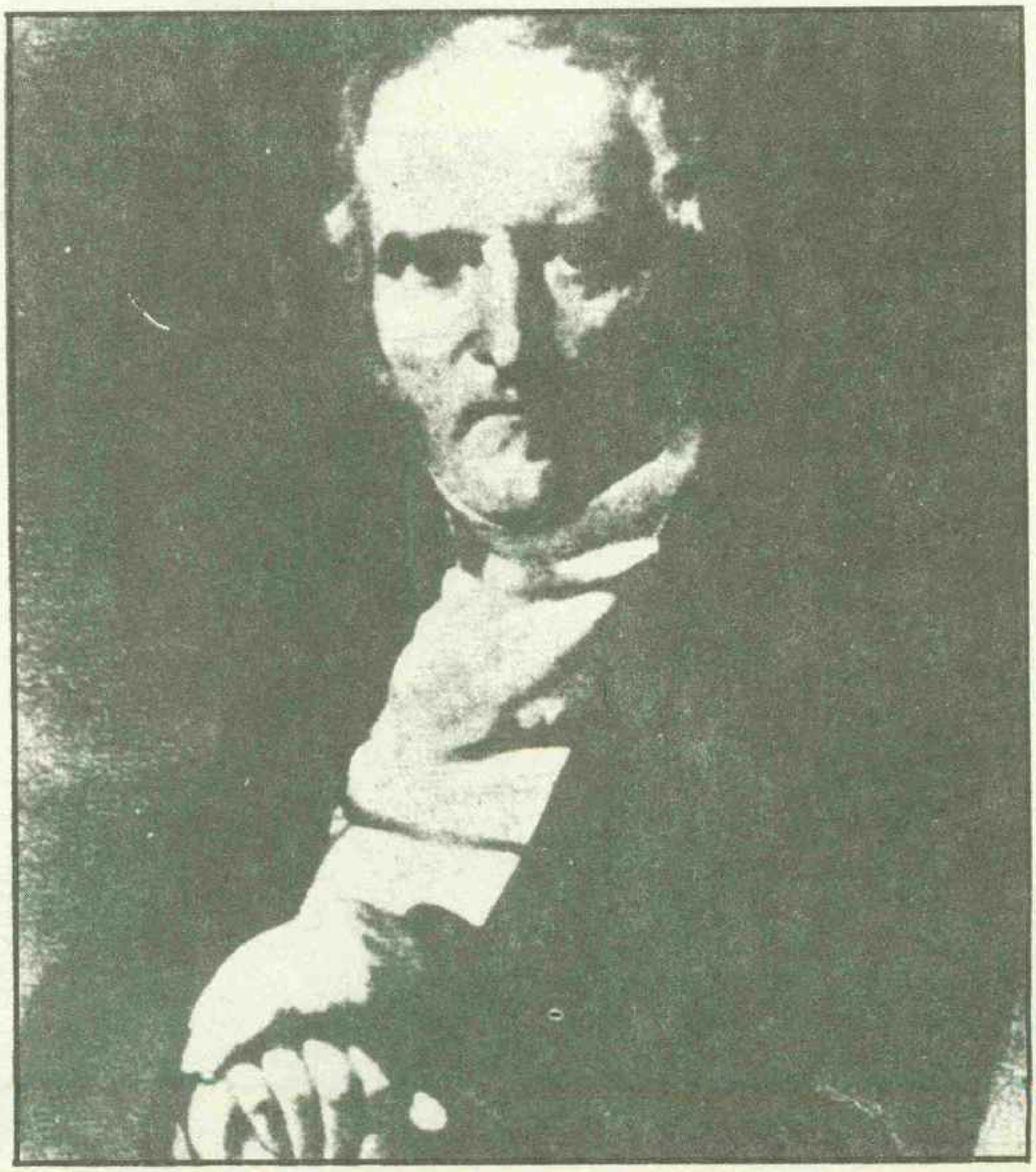
«Hoy se hará un experimento, con 1.6000 hombres, mañana el mundo será la agrupación de millones de falansterios...» Por algo fue... un socilista utópico.

Un crítico de la Revolución industrial

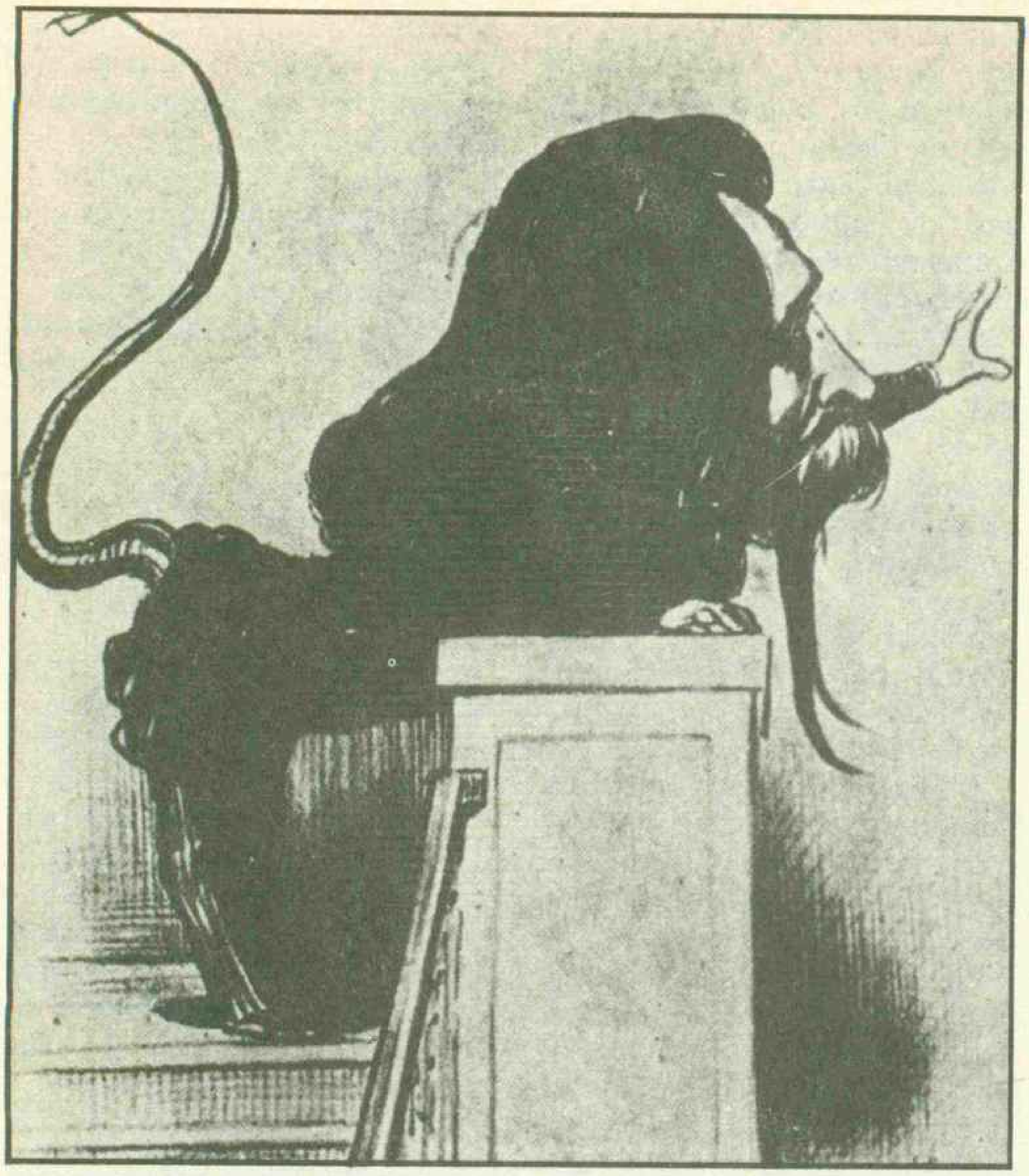
Richard Owen (1771-1858) fue la respuesta inglesa al capitalismo, quizá algo diferente a su contemporánea francesa.

Owen, hijo de familia pobre, comenzó trabajando de aprendiz en una fábrica. Poco a poco fue cambiando de posición social hasta llegar a convertirse en socio de una fábrica de Manchester donde tiene sus primeras experiencias.

Muy influenciado por las



Charles Fourier (1772-1837).



Caricatura de Víctor Considérant (1808-1893).

doctrinas de los filósofos del siglo XVII y XVIII, Owen trata de llevar esas ideas a la práctica. El fracaso en la fábrica de Manchester no tiene gran importancia para él, lo achaca a la «irracionalidad de la sociedad».

No contento ni satisfecho con la experiencia, logra convertirse en director de una fábrica de Escocia, «New Lanark» y aquí tiene la experiencia renovadora más importante de su vida.

«New Lanark» es convertida por Owen en una verdadera colonia de 2.500 obreros. Allí trata de solucionar los problemas que los obreros de la fábrica tenían y crea unas condiciones de trabajo que superan con mucho a las de las fábricas de alrededor.

Quizá con un cierto tono paternalista «New Lanark» crea todo tipo de mejoras: jornadas de 10 horas, mientras que alrededor se trabajaba 14. Escuelas gratuitas para los hijos de los obreros en una época en la



Caricatura sobre las diversas escuelas socialistas y comunistas de la época.

que estudiar era considerado un privilegio...

A pesar de esto Owen no queda satisfecho e intenta llevar más lejos sus ideas. Cuando sobrevino la gran crisis algodonera Owen tuvo que cerrar la fábrica durante 4 meses. Los obreros siguieron cobrando su jornal completo, pero a partir de aquí se le fueron poniendo trabas, principalmente por parte de sus competidores que no hacían sino mofarse de él.

En 1823 crea un proyecto de socializar Irlanda, esto hace llevarse las manos a la cabeza a los poderosos industriales quienes logran que Owen fracase y se venga abajo.

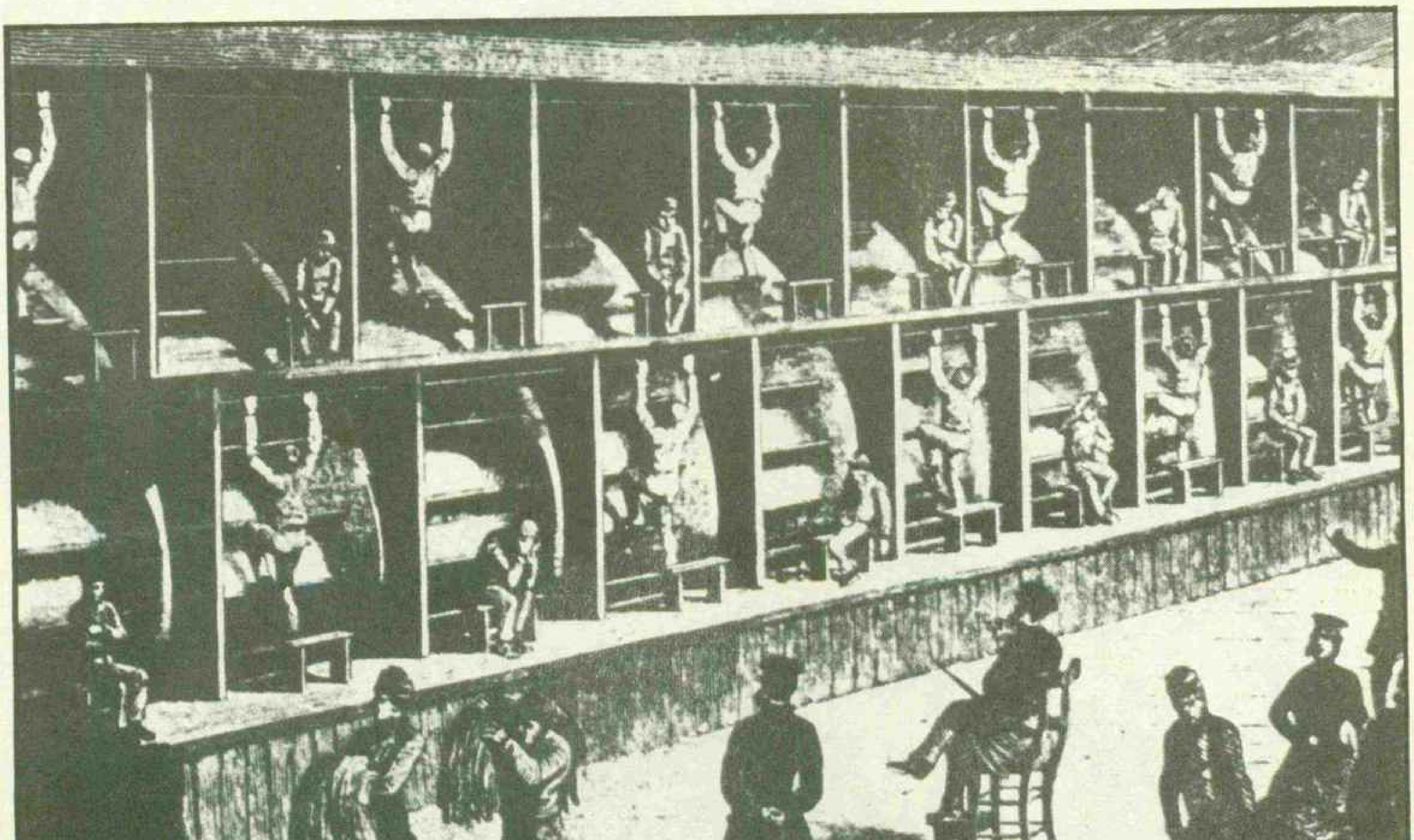
Desesperado Owen se va de Inglaterra y marcha hacia América donde intenta crear una cooperativa de estilo fourierista («New Harmony»), que fracasa.

En ella pierde Owen toda su fortuna y regresa a Inglaterra.

A su regreso las cosas habían cambiado mucho ya comenzaba el incipiente movi-



«Los ingleses en su casa. La miseria y sus hijos». Litografía de Gavarni.



Los molinos de pedales en la cárcel inglesa de Coth-Bath-Field (para delincuentes cuyas penas fueran de gravedad media). Diez minutos de trabajo y diez minutos de descanso era el ritmo requerido.

miento obrero y la crítica al capitalismo por parte de los economistas.

Owen se sitúa a la cabeza durante varios años del movimiento sindical, se convierte por sus ideas en el padre del cooperativismo y desde ahí comienza a descender esta vez motivado por su desfase del movimiento real. Muere alejado de todo, unido a prácticas espiritistas y relegado hasta por sus mismos seguidores.

Owen puede considerarse como el más famoso de los socialistas utópicos. Sus seguidores han sido promotores del movimiento obrero. El mismo puede ser considerado, como hemos dicho promotor del cooperativismo. Su idea era la posesión de las fábricas por parte de todos, que todos fueran socios y trabajadores. En su proyecto para socializar Irlanda, viene marcado el nacimiento de las cooperativas, fábricas de productores asociados.

Atravesó dos épocas bien delimitadas desde 1813 a 1823



Robert Owen (1771-1858).

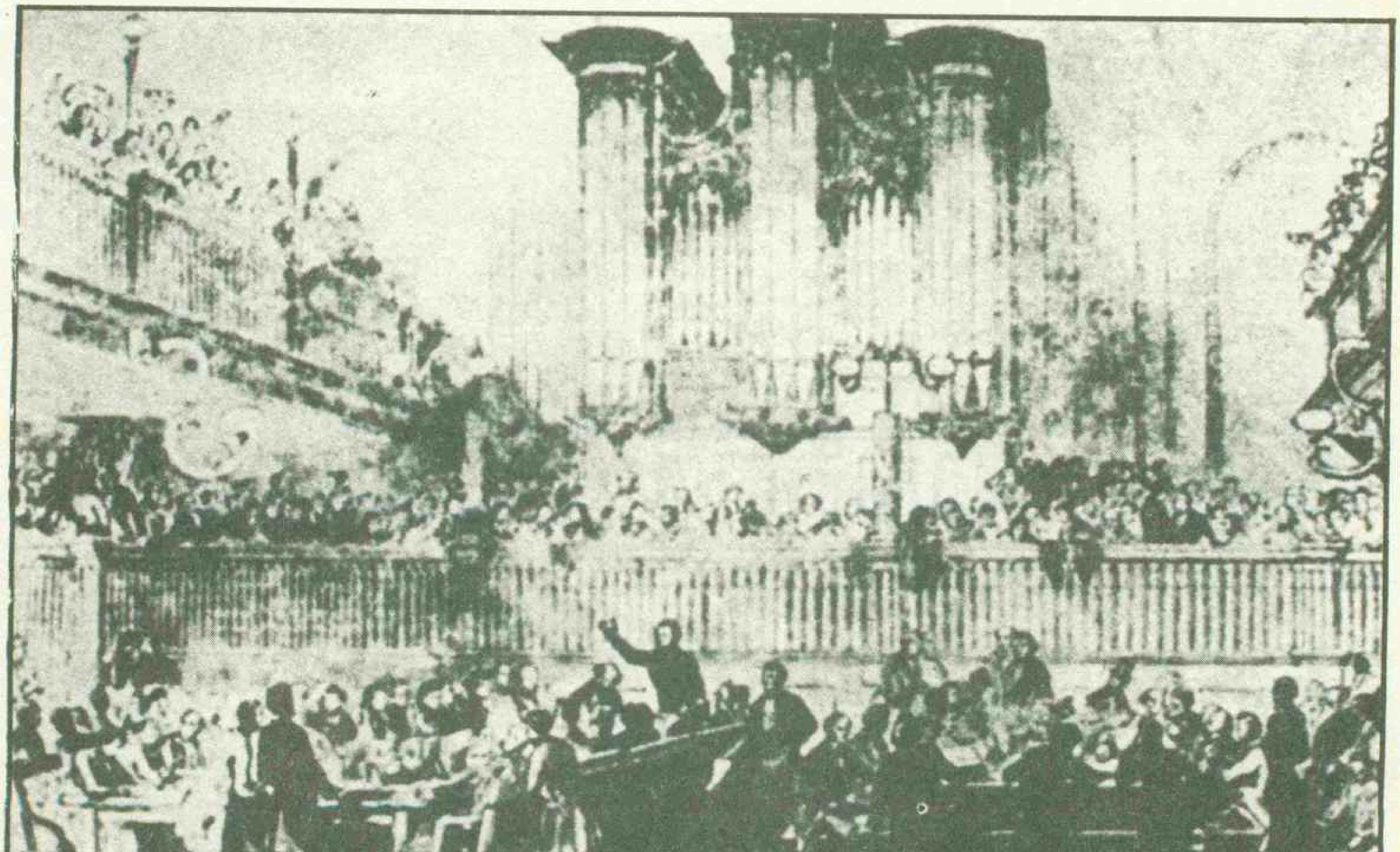
en la que se comporta como un reformador de las condiciones de vida de los obreros, incluso llegó a tener cierto éxito en la legislación laboral de su época.

Desde 1824 a 1840, después de su frustrada experiencia en América en que comprende que la culpa de esas condiciones que él luchaba por mejorar la tenía él mismo sistema capitalista, enseñanza que sacó de los economistas y del movimiento obrero, Owen se convierte en un furibundo anticapitalista.

Pero al contrario que su contemporáneo francés, Charles Fourier, Owen no critica la industrialización, el progreso, sino más bien el sistema creado por él, su tremenda competencia, su comportamiento inhumano.

La última época de su vida carece de importancia, lo cierto es que Owen se convirtió en un mito de los obreros de su época y fue un enemigo de la burguesía a la que no atacaba políticamente. Y esto es importante para comprender que el intento de Owen aunque válido tenía que morir en el reino de la utopía. Enemigo de la violencia, le disgustaba la política. Su fin era predicar con el ejemplo.

Owen fue un crítico de la revolución industrial, aunque su crítica fuera moral. «Los males de la sociedad son causados



La Convención Chartista de abril de 1848, en Londres.

por el afán de obtener una superioridad individual en riquezas, se creará una sociedad que supere esto, donde toda ambición de enriquecimiento personal será eliminada así como cualquier desigualdad en la condición.»

Owen atacaba la existencia de la pobreza, de la ignorancia y consideraba al dinero la raíz de todos los males.

En su libro «El libro del nuevo mundo moral» (1836) sin duda su obra más importante, refleja como será la «futura sociedad». En él se ven muchas de las ideas que los socialistas adquirieron como suyas, aunque no plantease la forma de conseguirlas. El título de «socialista utópico» es, pues, justo.

Es de elogiar como toda la obra, su última frase:

«Amigos míos no temáis. Ha llegado la hora. La victoria está cercana. Y está asegurada de antemano, porque, aunque no constituyan sino un pequeño ejército, numéricamente exiguo, sus soldados se protegen con una armadura impenetrable: la que les proporciona el haber echado por la borda todas las preocupaciones terrenales. Están en vanguardia, han entrado en combate y no cesarán de combatir hasta que la ignorancia, la falsedad, la superstición, el pecado y la miseria hayan sido ahuyentados de las moradas de los hombres. Hasta que la paz, la razón, la verdad, la justicia, el amor y la felicidad reinen triunfalmente y para siempre sobre la gran familia humana. Hasta que la servidumbre, la esclavitud y la opresión o cualquier otra suerte de mal, sean desconocidos completamente para los hijos de los hombres.»

Icaria

Si en 1830 alguien preguntara ¿quiénes son los comunistas? cualquier persona hubiera respondido que los seguidores de Cabet.

Etienne Cabet (1788-1856) fundó la utopía de los filósofos anteriores a él con la realidad del movimiento obrero. Participó como dirigente en las barricadas de 1830 y fue nombrado procurador general en Córcega posteriormente, desde donde defendió a numerosos prisioneros políticos.

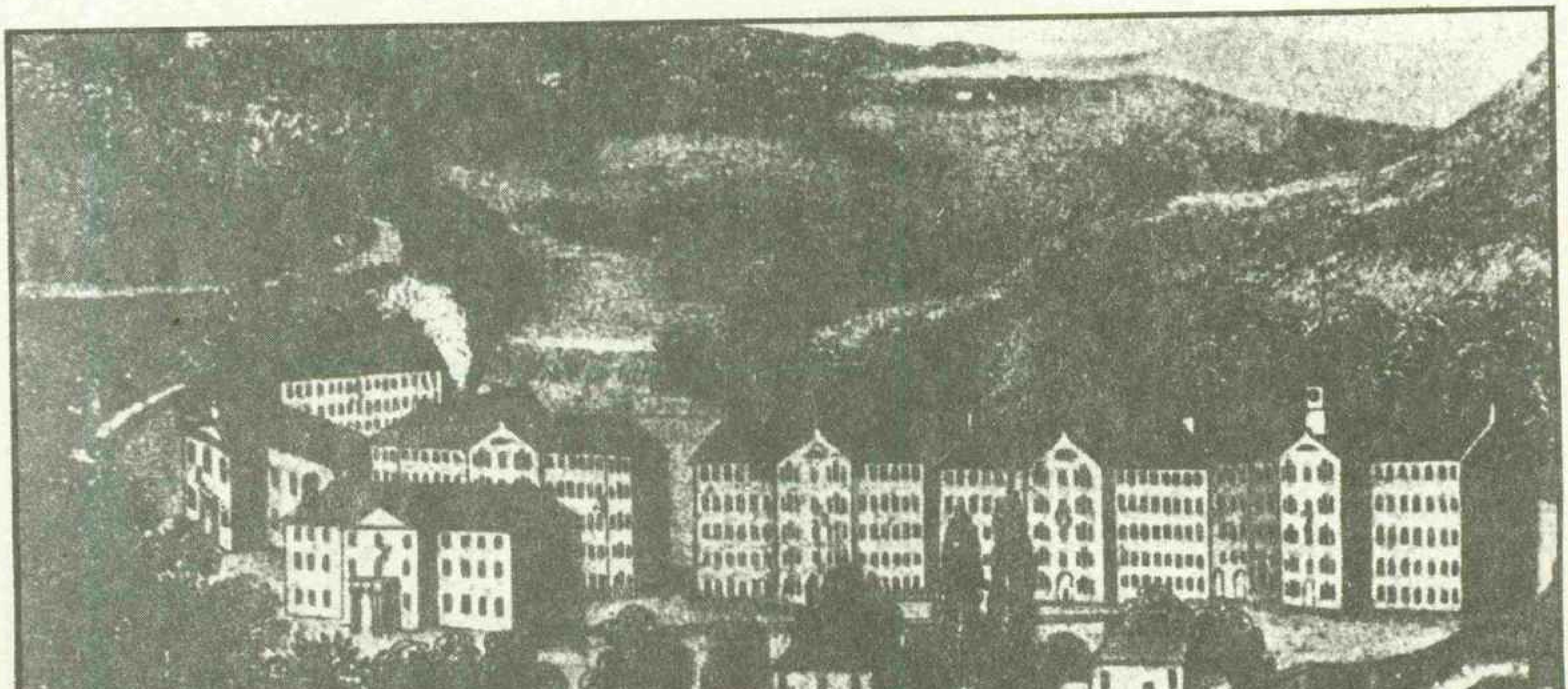
Pero no sólo estuvo a la cabeza de diferentes movimientos, sino que fue el fundador y director del diario «Le Populaire» que llegó, raro en aquella época, a tener una tirada de 28.000 ejemplares. Este periódico, en lucha constante contra el régimen, fue muy leído por los obreros.

Fue condenado en 1834 por propaganda en contra del régimen y tuvo que exiliarse en Inglaterra. Allí conoció a Owen con el que tuvo bastantes ideas comunes y a quien admiró sinceramente.

A su regreso a Francia escribió el libro «Viaje a Icaria» (1840) y se dedicó a reclutar gente para fundar una comunidad, idea que si bien recogió de Fourier, fue mucho menos idealista en sus planteamientos. En 1849 viajó a Texas donde fundó una Icaria, con signo marcadamente autárquico con más de 1.500 miembros. Allí murió defendiendo sus ideas.

Cabet sale ya un poco del «utopismo» socialista. No digo que no lo fuera, pero lo cierto es que se situó mucho más que los otros en el terreno de la realidad.

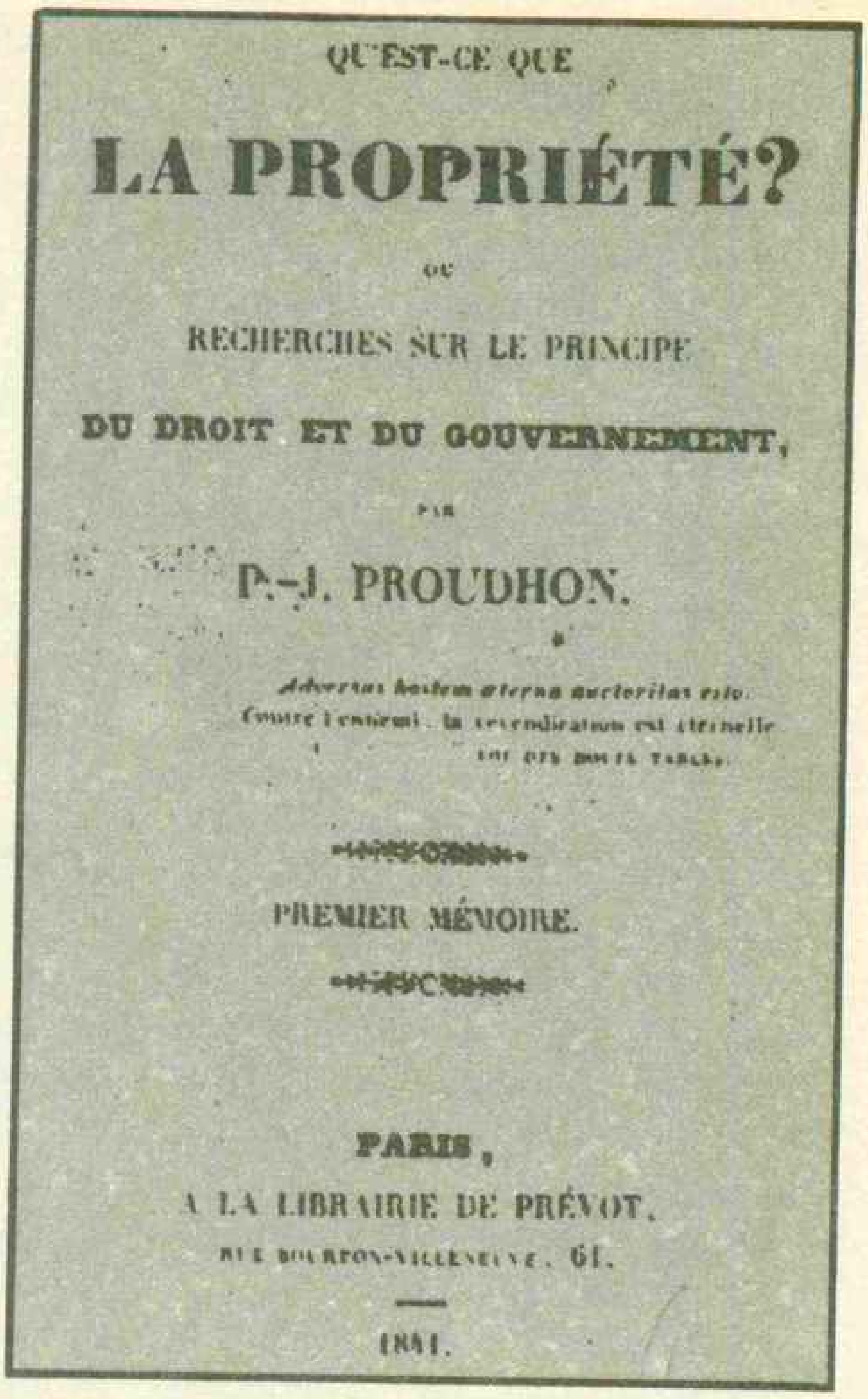
Sus sueños de una sociedad formada por comunidades, la llevó en cierta medida a la práctica. Es, con mucho, más realista que Saint-Simon y Fourier a quienes criticaba el no combatir al régimen. Escribió: «Sueñan, sueñan, no se dan cuenta que el régimen



Vista de New Lanark con fábricas y edificios públicos.



Caricatura de P. J. Proudhon (1805-1865), representado como valeroso destructor.



QU'EST-CE QUE

LA PROPRIÉTÉ?

OU

RECHERCHES SUR LE PRINCIPE

DU DROIT ET DU GOUVERNEMENT,

PAR

P.-J. PROUDHON.

PREMIER MÉMOIRE.

PARIS,

A LA LIBRAIRIE DE PRÉVOT,

1841.

Portada de la obra de Proudhon: «¿Qué es la propiedad? Análisis sobre el principio del Derecho y el Gobierno» (1841).

opresor está ahí para convertir sus sueños en nada».

Este sentimiento le viene, sin duda alguna, de estar más ligado al movimiento popular, especialmente en su primera época.

Etienne Cabet fue un luchador constante contra la opresión, desde su época de «carbonieri» hasta su muerte.

Su «comunismo» no lo fundamentaba sobre una clase, sino sobre el pueblo.

«Concibo una sociedad donde todos los ciudadanos gocen de los mismos derechos, sea cual sea su condición social.»

Fue muy influido por las ideas de Tomás Moro y se propuso organizar la sociedad que éste había soñado. Para Cabet lo importante eran las transformaciones sociales. «No nos interesa un cambio político, sino un cambio social», pero no obstante fue un luchador político. Es incierta la afirmación de Desanti de que Cabet era un luchador anti-estado. Cabet concebía su comunidad con un estado dueño de los medios para producir, un estado que organizara la sociedad. Eso sí, un estado que fuera elegido por el pueblo.

Para Cabet, y algo de todo eso fue realidad en Texas, no debía existir la propiedad privada, ningún tipo de apropiación individual. Todos aportaban su trabajo, todos disfrutaban de los mismos derechos. Una comunidad con unos servicios públicos, para ello el Estado se comprometería, totales y al servicio de todos.

Para Cabet, no debe existir el ejército, sino milicias. No obstante Cabet fue quizá un pacifista. Sólo reconoció en una ocasión que la violencia tuviera efectividad, y pronto se arrepintió de ello, allá por 1830.

«Tarde o temprano, todos los hombres comprenderán que el único camino es la comunidad, entonces se asociarán en comunidades libremente. Estoy convencido de que si se produjera una revolución armada, ésta se vería sofocada de inmediato y los revolucionarios habrían de morir en el exilio.»

Para Cabet los «movimientos revolucionarios siempre han fracasado.»

Cabet confiaba en que algún día todos, pobres y ricos, se convertirían a las ideas de la comunidad que él «Para ello lo único que hay que hacer es propaganda con el ejemplo, dentro de poco todos vendrán pidiendo un sitio en Icaria...»

El mensaje de Babeuf

En 1830, Michelangelo Buonarotti, explicó las ideas de Babeuf a un hombre llamado Louis Auguste Blanqui (1805-1881), quien recogiendo el legado del maestro, intentó transformar el mundo, convirtiéndose en uno de los revolucionarios más famosos del siglo XIX.

Blanqui provenía de familia

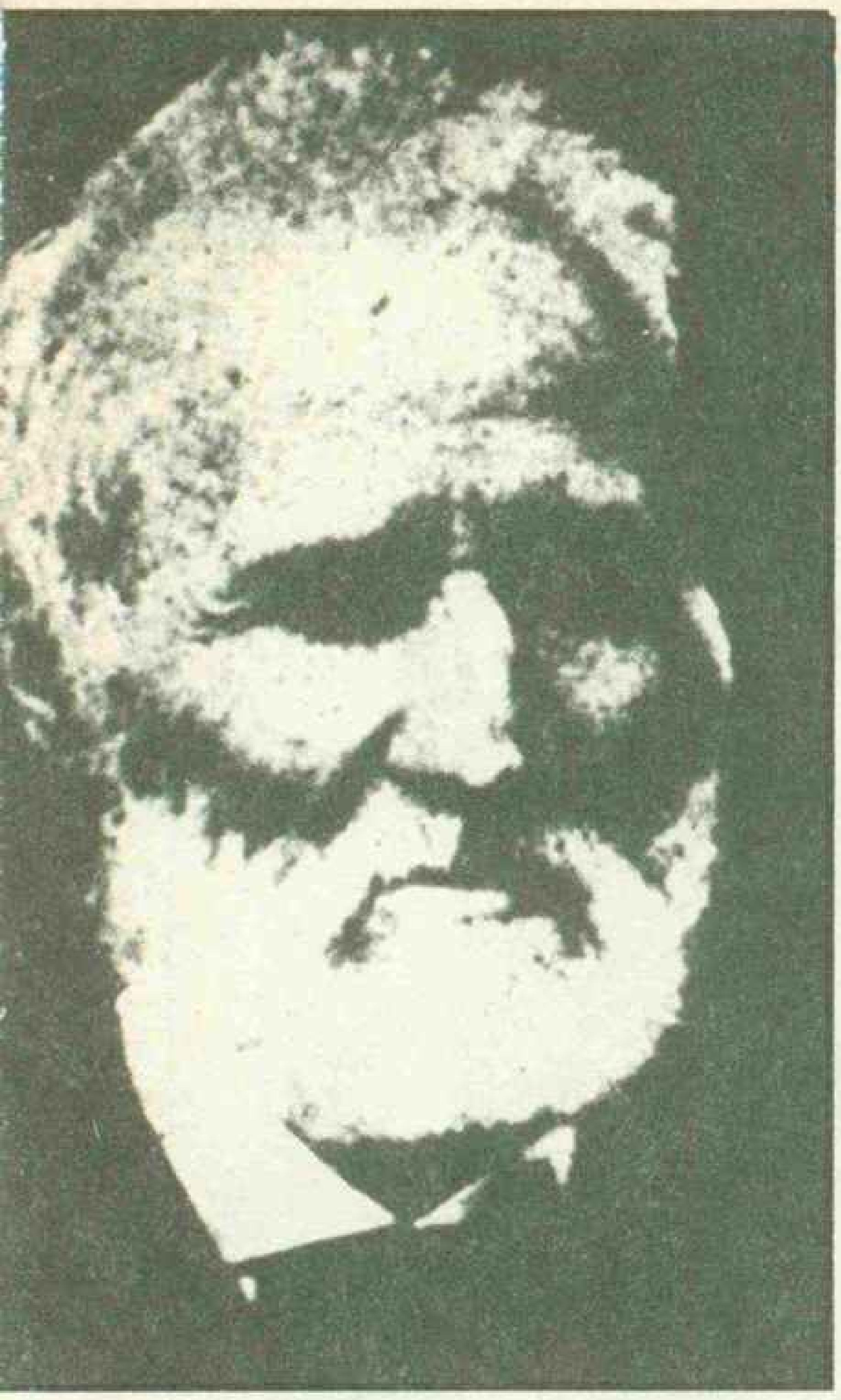


Figuras de ocho representantes del pueblo; entre ellos, los socialistas Proudhon, Louis Blanc y Pierre Leroux.

republicana. Su padre había militado en el ala izquierda de los jacobinos y él pronto empezó a propagar las ideas revolucionarias y se encontró envuelto en los disturbios de la época.

En 1833 fue condenado por su actuación propagandista. En el juicio, al preguntarle el juez por su profesión contestó: «Proletario», y al responder el juez que eso no era una profesión dijo: «¿Cómo que no es una ocupación? ¡Es la ocupación de 30 millones de franceses que viven de su trabajo y que carecen de derechos políticos!».

En el juicio fue absuelto, se dedicó a reunir colaboradores,



Auguste Blanqui (1805-1881).

preparándolos para una insurrección. En 1839 cree llegado el momento, con 600 hombres trata de tomar París. Adquieren armas en el asalto a los cuarteles, pero pronto son reducidos. No se les unieron las masas parisinas, como creían desde el primer momento.

Blanqui y sus más íntimos colaboradores son condenados a muerte, pena que se les conmuta por cadena perpetua.

Ingresa en prisión y en 1844 es trasladado al hospital en estado gravísimo. Su muerte, dicen los médicos, es inminente. Tanto, que se le deja en libertad para que muera en casa, con su familia. Pero Blanqui se recupera y cuando estalla la revolución de 1848 parte hacia París y crea una organización secreta, llamada Sociedad Central Republicana, con la que intenta dar un golpe de estado.

Es detenido en el intento y estuvo preso hasta 1859, en que otra vez, ésta bajo vigilancia, es puesto en libertad.

Una vez fuera, se dedica con intensidad a construir sociedades secretas, con las que intentar de nuevo levantarse contra la tiranía.

Blanqui no es partidario de la república democrática, no cree que las elecciones sean la vía para crear una sociedad mejor. El cree en la dictadura de un grupo de revolucionarios que imponga unas condiciones tendentes hacia una sociedad comunista, se define a sí mismo como comunista. Al hablar de la necesidad de la dictadura es más explícito que Marx, incluso que Lenin, pero difiere enormemente de éstos en los medios para conseguirla y en la composición de ella.

Es detenido nuevamente en 1861, encarcelado, pero pendiente aun de juicio, escapa de prisión por dos veces consecutivas.

En 1870 cree llegado el momento de un nuevo intento, esta vez algo más organizado, pero a pesar de eso el intento es abortado. Blanqui es detenido otra vez y condenado a muerte. Los «comunnards» de 1871 le quieren cambiar por el arzobispo de París, pero Thiers se niega. En 1879 es sacado de la cárcel, debido a la presión popular.

Blanqui funda un periódico llamado «Ni Dios, ni amo», que se difunde mucho.

Murió en 1881, a la edad de 76 años, de los que pasó 33 en la cárcel. Al entierro de este gran revolucionario acudieron miles de personas.

Blanqui no es propiamente un socialista utópico, como tampoco lo fueron Blanc, ni Proudhon. Se podría decir que son la transición entre Saint-Simon, Owen y Fourier al socialismo científico de Marx y Engels.

Sus ideas prevalecen aún hoy y son denominadas como «blanquismo». No creía en un partido de masas, sino en una élite revolucionaria que tras la toma del poder violentamente implantase una dictadura para llegar al comunismo. Desarrolló sus ideas mucho más lejos que sus contemporáneos, habló de economía política, de «alta burguesía» y «pequeña burguesía», de «campesinado»...

Sus ideas se pueden resumir en tres apartados.

A) IGUALDAD. Concebía una sociedad con una igualdad total, este pensamiento es recogido de Babeuf.

B) GRUPOS SOCIETARIOS. Fue el primer fundador de un grupo activamente comunista. No creía en los sindicatos ni en organizaciones amplias, por ello no se afilió a la Primera Internacional de Trabajadores. Blanqui creía en el éxito de grupos reducidos, de revolucionarios organizados secretamente.

C) TOMA DEL PODER, por un grupo armado, para implantar —según él dijo— una «dictadura revolucionaria que dé paso a una sociedad más justa, donde a través de la educación se conciencie a las capas ignorantes de las ideas de libertad y justicia.»

Su vida es acción, es propiamente un insurrecto:

«El comunismo de Cabet y el proudhonismo están a la orilla de un río discutiendo si el campo que está al otro lado es de maíz o de trigo, crucemos el río y veremos.»

La organización del trabajo

Louis Blanc (1811-1882) nació en Madrid, no es un pensador nato sino un recopilador de la obra de Saint-Simon, Owen y Fourier.

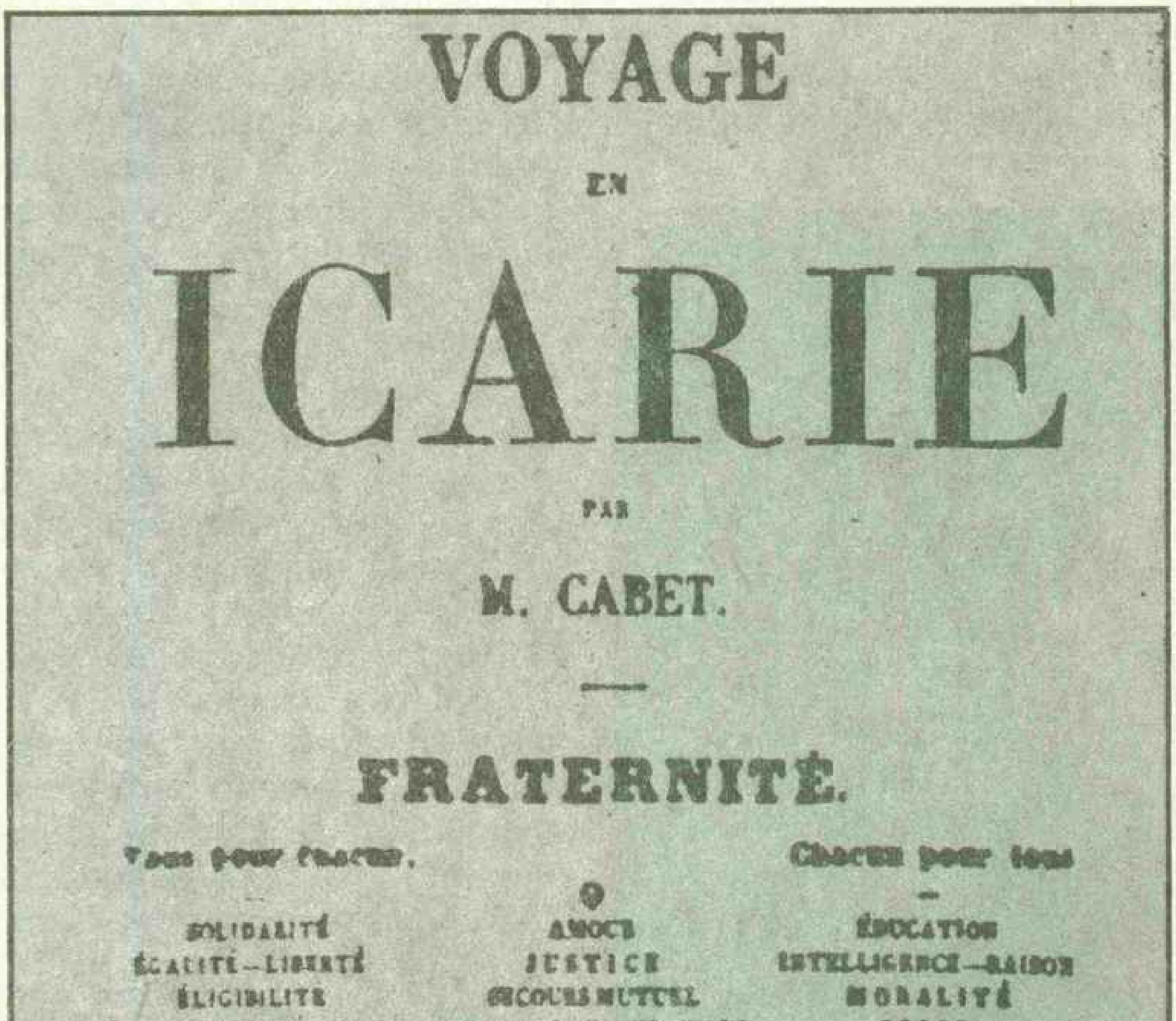
En la efervescencia revolucionaria de 1830 marcha a París.

En 1839 colabora en varias revistas, hasta que su capital le permite fundar una, llamada «Revista del Progreso», donde publicó su libro fundamental «La organización del trabajo», su obra más difundida.

Louis Blanc fue durante to-

da su vida un reformista y es, y así se le considera, el fundador de la socialdemocracia. Tenía gran fe en la democracia parlamentaria y ése era el camino para llegar a una sociedad más justa. Era pues patente su enemistad con Blanqui, quien opinaba precisamente todo lo contrario.

En su libro expone cual sería el programa de acción. Atribuía al Estado la posición principal en la planificación económica. Esperaba que el sufragio universal transformara el estado en un instrumento de progreso y bienestar. Se crearían grandes talleres nacionales a los que irían a trabajar, por el hecho de estar organizada la producción de una forma racional, los mejores obreros. De esta forma, los capitalistas se quedarían sin obreros y no tendrían más «remedio» que


VOYAGE

EN

ICARIE

PAR

M. CABET.

FRATERNITÉ.

Tous pour chacun. — Chacun pour tous

SOLIDARITÉ — AMOUR — ÉDUCATION
ÉGALITÉ—LIBERTÉ — JUSTICE — INTELLIGENCE—RAISON
ÉLIGIBILITÉ — SECOURS MUTUEL — MORALITÉ
UNITÉ — ASSURANCE UNIVERSELLE — ORDRE
PAIX. — ORGANISATION DU TRAVAIL — UNION.
MACHINES AU PROFIT DE TOUS
AUGMENTATION DE LA PRODUCTION
RÉPARTITION ÉQUITABLE DES PRODUITS
SUPPRESSION DE LA MISÈRE
AMÉLIORATIONS CROISSANTES
MARIAGE ET FAMILLE
PROGRÈS CONTINUEL
ABONDANCE
ARTS.

Premier droit, Vivre. — Premier devoir, Travailler.

A chacun suivant ses besoins. — De chacun suivant ses forces.

BONHEUR COMMUN.

PARIS
AU BUREAU DU POPULAIRE, RUE JEAN-JACQUES-ROUSSEAU, 14.
Dans les Départements et à l'Étranger, chez les Correspondants du Populaire
1816

Portada del «Viaje a Icaria», de Etienne Cabet. Las cinco primeras líneas decían así: «Primer derecho; vivir, primer deber: trabajar. Cada cual según sus necesidades. A cada uno según su capacidad. Felicidad común».



Etienne Cabet (1788-1856).

poner sus industrias al servicio de estos talleres nacionales.

Blanc decía: «Hay que prepararse para el futuro, pero sin romper violentamente con el pasado», el método para que su programa se hiciera era la «razón».

Por su pensamiento Blanc debe figurar entre los precursores del socialismo, pero por su práctica no. Jugó un papel contrarrevolucionario para el movimiento obrero de su época.

En la revuelta de 1848, Blanc representaba a un sector republicano; cuando se calmó la situación, Blanc entró a formar parte del gobierno provisional.

Desde allí se le utiliza para calmar al movimiento obrero. Se le nombra director de la «Comisión de Luxemburgo».

Esta comisión estaba encargada de hacer un análisis de la situación de los obreros, y cuando surgía en algún sitio el más mínimo descontento, el gobierno decía que esperasen a que la comisión acabara su in-

forme. Naturalmente jamás se hizo caso a esta comisión, pero Blanc cayó en la trampa.

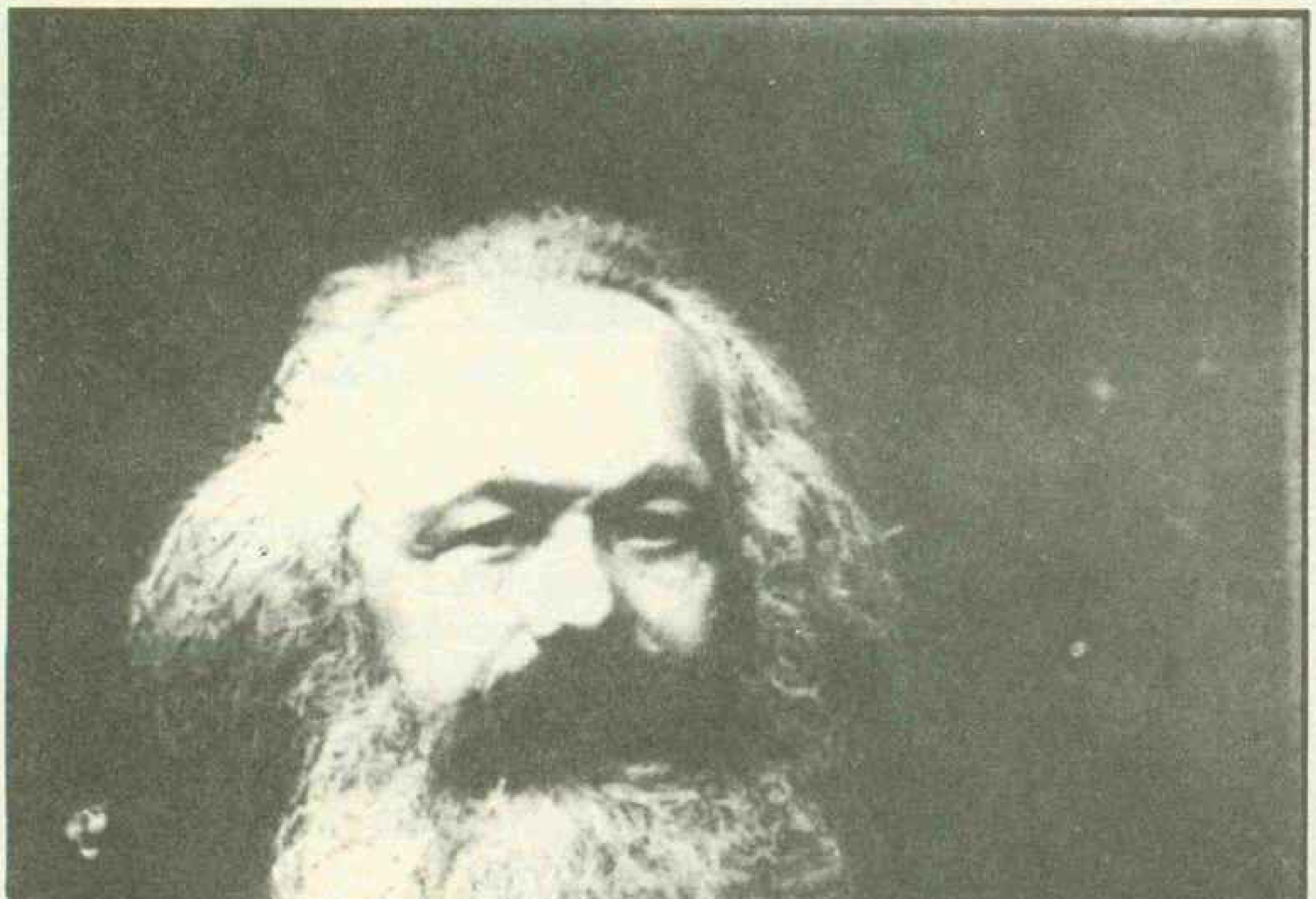
Blanc fue un furibundo atacante del paro, no concebía sociedad y ésta es su aportación principal, en la que no se garantizase el derecho al trabajo.

En 1871 se opuso a la Comuna de París y trató de mediar entre el gobierno de Thiers y los comuneros, con resultados nulos. Poco a poco fue perdiendo adeptos y posteriormente su personalidad recobró valor y es conocido mundialmente como el «padre de la socialdemocracia».

Nace el anarquismo

No se puede cerrar el estudio sin antes hacer referencia al célebre Pierre-Joseph Proudhon (1809-1865), considerado como el fundador del anarquismo, aunque antes de él hubiera otros autores que pusieron en el movimiento socialista, el germen del anarauismo, principalmente William Godwin.

Proudhon era un hombre de una inteligencia poco común, su obra es enorme y en muchas de las ocasiones muy confusa. Sin embargo, es tremendamente contradictorio. Es el mismo hombre el que escribe «Dios es el mal» y posteriormente «el ateísmo es todavía menos lógico que la fe». Es el mismo que en un momento vota contra la constitución de 1848 («no porque sea buena ni mala, sino porque es una constitución») y al mismo tiempo aplaude los acuerdos del Congreso de Viena («porque es el punto de partida de la era constitucional en Europa»).



Carlos Marx (1818-1883).

Proudhon se opuso a todos los socialistas utópicos de su época, se reía de las comunidades de Fourier y de Cabet, de la posición de Owen... porque todos adoraban, según él, a la autoridad.

Se puede decir que Proudhon era un anarquista («la república ideal es la anarquía»), aunque por cada afirmación anarquista leamos seguidamente una afirmación autoritaria. La verdad es que Proudhon no vio salida a partir de 1848, le costaba admitir que la burguesía había tomado definitivamente el poder y no confió como dijo Saint-Simon, en esa clase «más numerosa y más pobre».

«Esa clase —escribe— por el hecho de ser pobre, es la más vil, la más egoísta, la más envidiosa, la más inmoral y la más cobarde. La estupidez del proletariado que se contenta con trabajar y permite que sus príncipes crezcan gordos, no tiene límites».

Sin embargo, a pesar de sus contradicciones, Proudhon es uno de los más grandes de la historia del socialismo utópico. Rechazaba el Estado fuera del tipo que fuera, porque «siempre será opresivo».

Es un ardiente defensor de la familia a la que consideraba absolutamente imprescindible. Esta posición le llevó a enfrentarse con otros socialistas de su época, ya que a pesar de que le dio pie para crear sus teorías del federalismo, también le dio

pie para sus ideas sobre la propiedad y sobre la mujer.

Pese a ser un enemigo de la propiedad, lo era exclusivamente de la gran propiedad, pues consideraba sagrada la pequeña propiedad familiar. Consecuentemente con esto, se opuso al impuesto sobre la herencia porque disminuía la propiedad familiar.

Con respecto a la mujer se enfrentó radicalmente a Fourier, a quien ridiculizaba. Para Proudhon, el sitio de la mujer era la cocina y consideraba la emancipación de la mujer sin sentido, pues la alejaba «de su puesto natural».

Aplaudió la dictadura de Luis Bonaparte en 1851 y le llevó rápidamente un proyecto de mutualismo, inventado por él. Según este proyecto se crearía un banco central, idea que extrajo de Saint-Simon, que daría créditos para la constitución de comunidades que por sí solas eliminarían la necesidad del Estado. Su proyecto no fue atendido.

Proudhon era amante de la libertad total, de la justicia. Fue el creador de la teoría federalista que le llevó a apoyar la pérfida causa de los sudistas americanos.

No podemos dejar a Proudhon sin antes mencionar que gran parte de su teoría fue una crítica mordaz a la religión y a la Iglesia Católica, a la que consideraba germen de muchos males de la sociedad.

Las ideas de Proudhon han tenido una gran influencia, sobre todo en Francia. Su permanente contradicción, quizá no entendida, ha motivado el que entre sus seguidores haya tanto de extrema izquierda como de extrema derecha. Estos últimos debido a su «nacionalismo», sobre todo de su primera época.

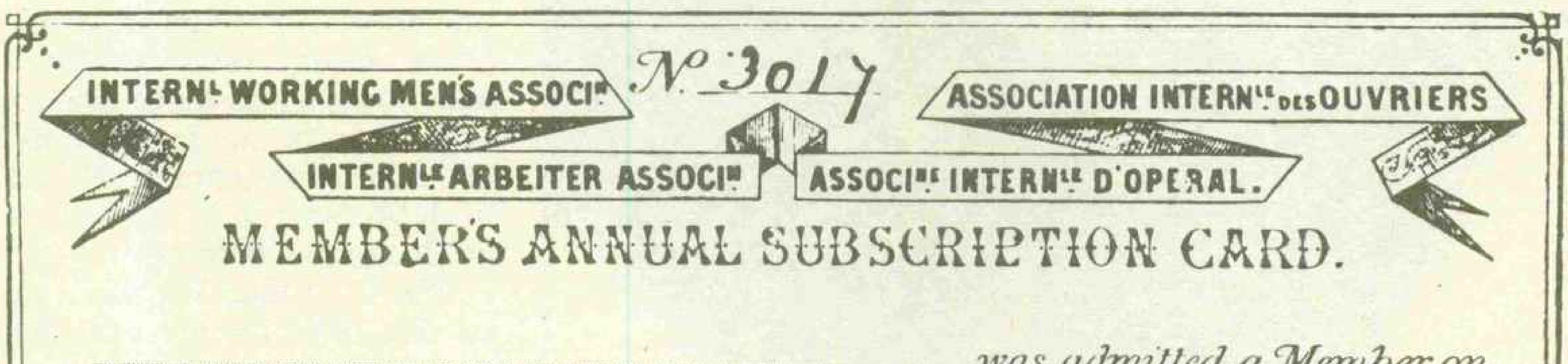
Sin embargo, Proudhon ha sido considerado y en parte con razón como el «primer anarquista» ya que su cofundador, Bakunin, le dio generosamente la primacía.

Los socialistas científicos

No es propósito de este capítulo exponer la teoría de los socialistas científicos, ni siquiera una leve biografía de Marx y Engels.

A partir de estos comienza una nueva época de la historia del socialismo; incluso por sus críticos, Marx y Engels han sido considerados como hombres capitales del pensamiento socialista.

Más bien, este capítulo trata de ser resumen de los anteriores, y exposición somera de las principales ideas que posibilitaron la creación de la teoría

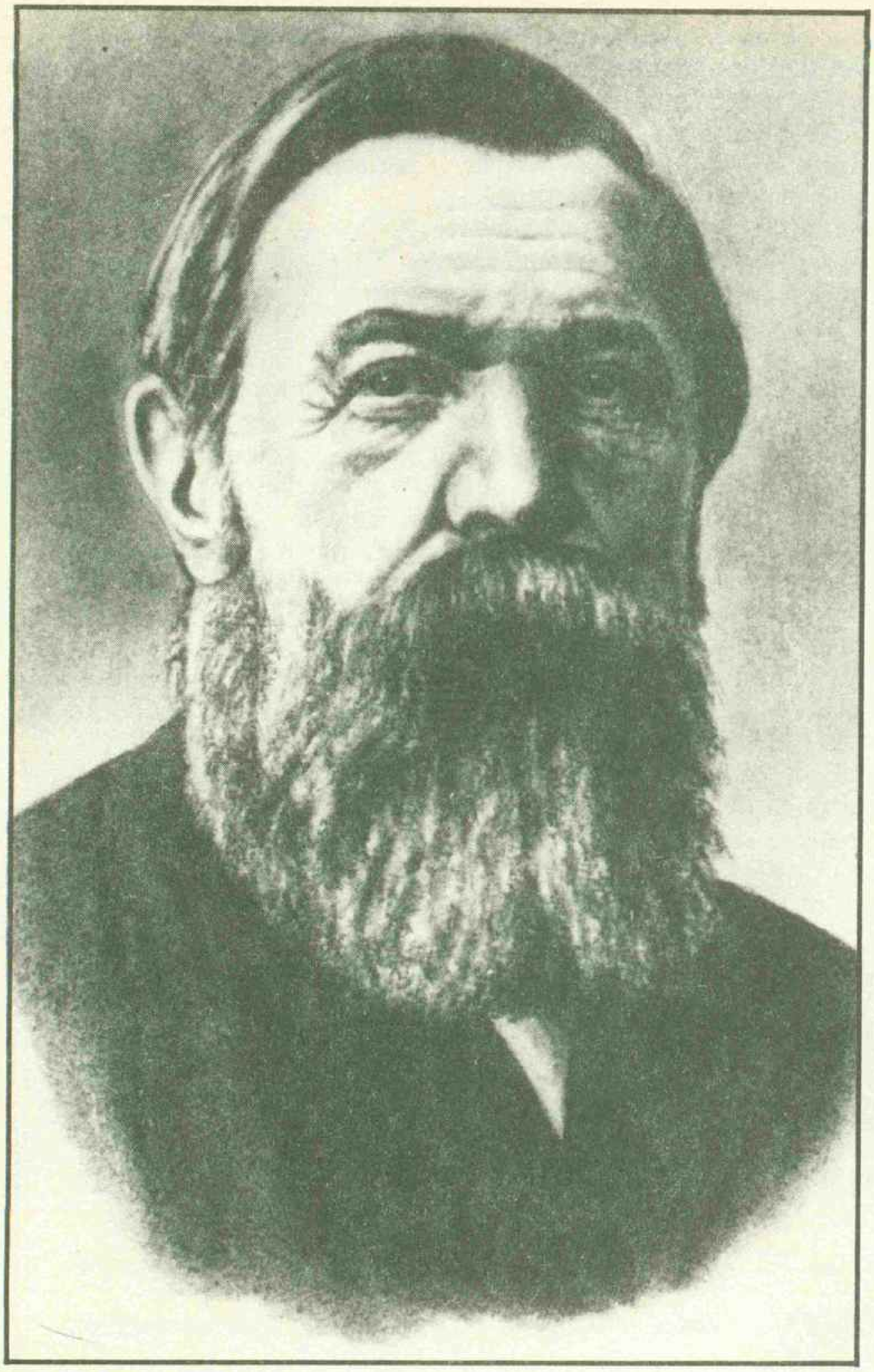

INTERNL WORKING MEN'S ASSOCIN. Nº 3017 ASSOCIATION INTERNLE DES OUVRIERS
INTERNLE ARBEITER ASSOCIN. ASSOCIN. INTERNLE D'OPERAL.

MEMBER'S ANNUAL SUBSCRIPTION CARD.

.... was admitted a Member on the First day of January 186.. and paid as his Annual Subscription £ ....

Geo Odger .... President of Central Council.
G. W. Wheeler .... Honorary Treasurer.
E. Dupont .... Corresponding Secretary for France.
Karl Marx .... Germany.
.... Italy.
Emile Holtorp .... Poland.
H. Jung .... Switzerland.
W R Cremer .... Honorary General Secretary.

Tarjeta de un miembro de la Asociación Internacional Obrera, fundada en Londres en 1864 y de la que Marx fue su jefe intelectual y co-fundador.



Federico Engels (1820-1895). «Co-fundador del Socialismo Científico», amigo y colaborador de Carlos Marx.

socialista basada en el método científico.

Marx, principalmente, y Engels supieron conjugar la filosofía alemana, la teoría económica inglesa y el socialismo francés y, al fusionarlos, crearon el materialismo histórico y el materialismo dialéctico.

La interpretación de la historia por Marx es enorme, es una obra en la que desmenuza todas las contradicciones inherentes en la sociedad, analiza con cerebro de laboratorio la historia. Digamos, pone a la historia a nivel de otra ciencia más.

El socialismo utópico no podía ir más lejos. Lo que se trataba era de descubrir un sistema más justo, más humano de sociedad.

Es utópico porque fundamentalmente trataba de implantar ese nuevo orden social desde fuera, mediante experimentos que sirviesen de modelo. Nacían, como dice Engels «condenados a moverse en el reino de la utopía».

En su «Socialismo Utópico», Engels escribe: «Las teorías socialistas incipientes no hacen más que reflejar el estado incipiente de la producción capitalista, la incipiente condición de clase. Se pretendía sacar de la cabeza la solución de los problemas, latente todavía en las condiciones económicas poco desarrolladas de la época.»

Marx fue capaz de aunar la filosofía alemana, el socialismo francés y la teoría económica británica, porque ambas tenían una raíz común: el liberalismo. Al fusionarlas Marx dejaba al descubierto su pasado y aportaba al movimiento socialista una explicación detallada y una crítica científica a la sociedad burguesa.

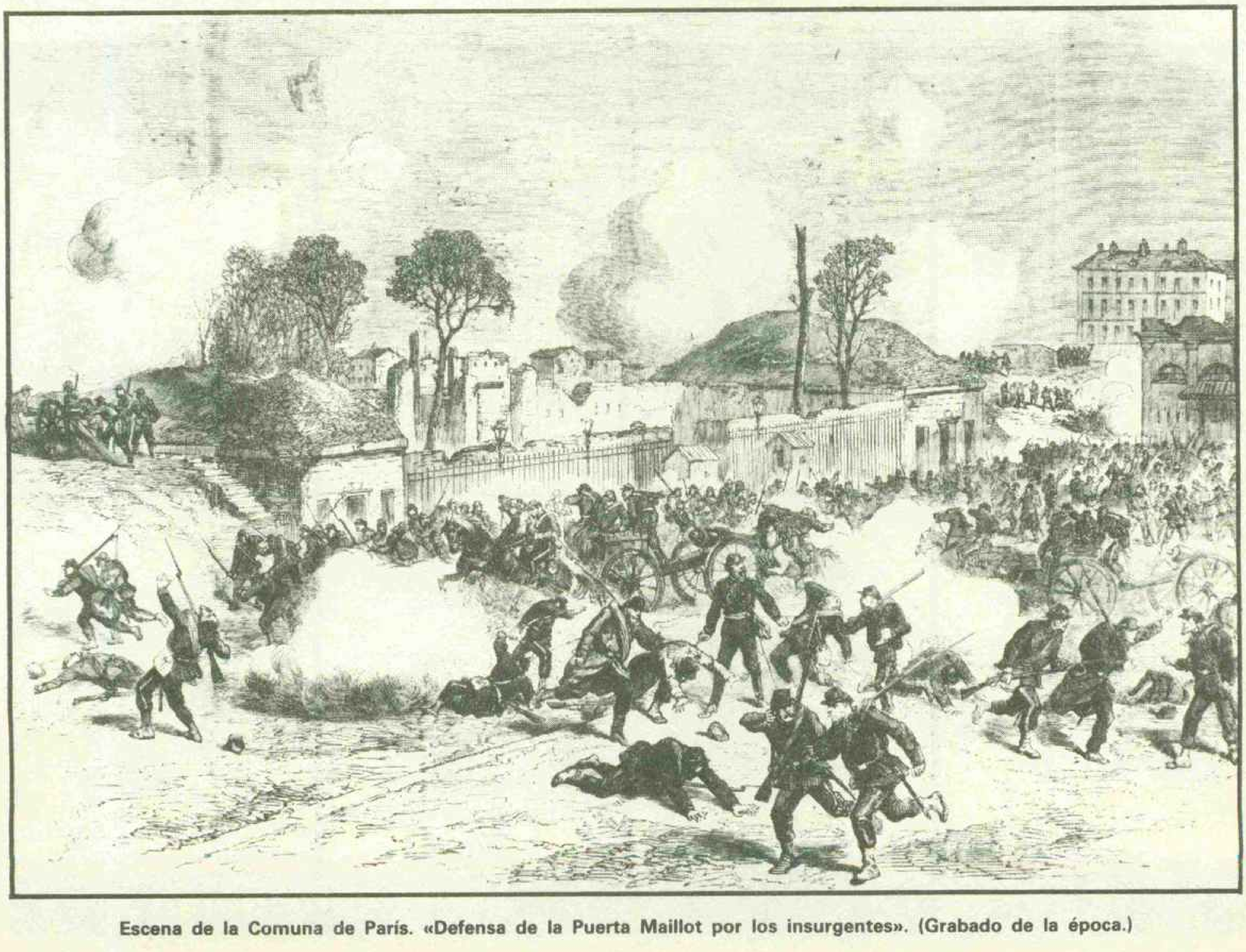
El socialismo utópico había llegado a su fin. Marx descubrió el «velo ideológico» que mantenía intacta la sociedad burguesa. Explicó el funcionamiento de la plusvalía y asentó las bases de la revolución proletaria.

Cerramos este trabajo con una aportación singular, donde Marx resume estas conclusiones. Son páginas concentradas, pero lo único que se puede hacer es copiarlas enteras. Se trata del prólogo a la «Crítica de la Economía Política»:

«En la producción social de su vida, los hombres contraen determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción, que corresponden a una determinada fase de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se levanta la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social. El modo de producción de la vida material condiciona al proceso de la vida social, política y espiritual en general. No es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su ser, sino, por el contrario, el ser social es

lo que determina su conciencia. Al llegar a una determinada fase de desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad chocan con las relaciones de producción existentes, o, lo que no es más que la expresión jurídica de ésto, con las relaciones de propiedad dentro de las cuales se han desenvuelto hasta allí. De formas de desarrollo de las fuerzas productivas, estas relaciones se convierten en trabas suyas. Y se abre así una época de revolución social. Al cambiar la base económica, se revoluciona, más o menos rápidamente toda la inmensa superestructura erigida sobre ella. Cuando se estudia esas revoluciones, hay que distinguir siempre entre los cambios materiales ocurridos en las condiciones económicas de producción y que pueden apreciarse con la exactitud propia de las ciencias naturales, y las formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas o filosóficas en una palabra, las formas ideológicas en que los hombres adquieren conciencia de este conflicto y luchan por resolverlo. Y del mismo modo que no podemos juzgar a un individuo por lo que él piensa de sí, no podemos juzgar tampoco a estas épocas de revolución por su conciencia, sino que, por el contrario, hay que explicarse esta conciencia por las contradicciones de la vida material, por el conflicto existente entre las fuerzas productivas sociales y las relaciones de producción. Ninguna formación social desaparece antes de que se desarrollen todas las fuerzas productivas que caben dentro de ella, y jamás aparecen nuevas y más altas relaciones de producción antes de que las condiciones materiales para su existencia hayan madurado en el seno de la propia sociedad antigua. Por eso, la humanidad se propone siempre únicamente los objetivos que pueda alcanzar, pues, bien miradas las cosas, vemos siempre que estos objetivos sólo brotan cuando ya se dan o, por lo menos, se están gestando, las condiciones materiales para su realización. A grandes rasgos, podemos designar como otras tantas épocas de progreso, en la formación económica de la sociedad, el modo de producción asiático, el antiguo, el feudal y el moderno burgués. Las relaciones burguesas de producción son la última forma antagónica del proceso social de producción; antagónica, no en el sentido de un antagonismo individual, sino de un antagonismo que proviene de las condiciones sociales de vida de los individuos. Pero las fuerzas productivas que se desarrollan en el seno de la sociedad burguesa, brindan, al mismo tiempo, las condiciones materiales para la solución de este antagonismo. Con esta formación social se cierra, por tanto, la prehistoria de la sociedad humana.» ■

J. V.



Escena de la Comuna de París. «Defensa de la Puerta Maillot por los insurgentes». (Grabado de la época.)

Apunte para una historia del periodismo español de oposición

Carlos Sampelayo

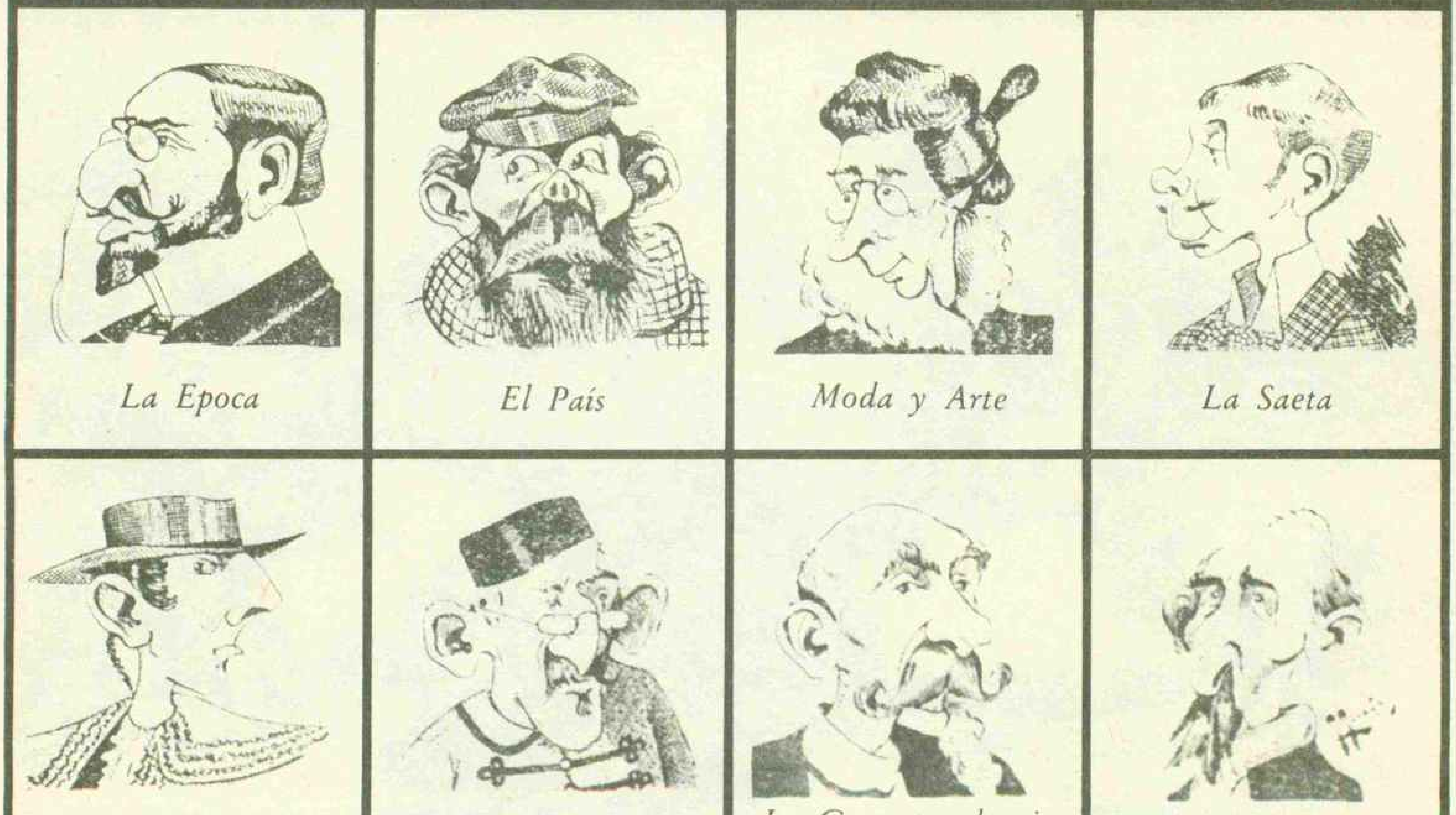
Ardua tarea la de historiar una profesión tan extensa y dispersa. Sólo me propongo reseñar, pues, las publicaciones que fueron más populares y quienes al amparo de ellas consiguieron un nombre periodístico.

EN realidad, nuestra profesión se inicia en España en el siglo XVIII, y su vida va culminando poco a poco hasta desembocar en una fuerza arrolladora superior a los gobiernos y los regímenes políticos, como lo prueba últimamente en el ámbito internacional el insólito caso de haber sido derribado nada menos que un presidente de los Estados Unidos por las consecuencias de una campaña de prensa.

La vida del periodismo se caracteriza por la oposición de uno y otros signo, que históricamente se justifica más que por la busca de la notoriedad del que fustiga, por la trayectoria de la política dictatorial común en todas las épocas y en todos los países.

Si rastreamos en el nuestro nos encontramos en 1719 con el que puede considerarse (salvo error u omisión) padre Adán del periodismo hispano, sobre todo en notoriedad, don Francisco Mariano Nipho, que

Dime qué periódico lees,



La Epoca — *El País* — *Moda y Arte* — *La Saeta*

El Tío Jindama — *La Semana Católica* — *La Correspondencia Militar* — *El Magisterio Español*

y te diré quién eres

nació en Alcañiz en dicho año, y que fue escritor, periodista, fundador de veinte periódicos que escribía él mismo y en los que firmó con una decena de seudónimos. Algunos de los títulos de estos periódicos fueron: «Cajón de sastre», «El murmurador imparcial», «La Estafeta del Hombre», «Correo general, histórico, literario y económico de la Europa», «Diario extranjero», «El novelero de los estrados y tertulias», «El bufón de la corte», el «Correo general de España» y otros etcéteras que no he podido controlar en las hemerotecas. Curiosos títulos en los que se advierte ya el sentido oposicionista de una prensa inquisidora.

Desde luego, nuestro primer diario, que no comienza como tal, es «La Gaceta de Madrid», hoy «Boletín Oficial del Estado» desde la obra y gracia de Franco y Serrano Súñer. Nace de una bastardía real. El hijo clandestino de la actriz «La Calderona» (Antonia Calderón) y el rey Felipe IV, es una de las primeras —quizá la primera— vocación periodística con que cuenta la historia de España. Ese hijo bastardo le pide a su real padre que le permita crear «La Gaceta» y el real padre accede en pago a los muchos favores recibidos de «La Calderona», y —¡cómo no!— porque un padre, por muy real que sea, siempre es un padre hasta de un hijo bastardo, como aquel Juan José de Austria, avispado y aprovechado, que entroniza así la profesión en un contexto genético inconfesable. Todos somos hijos de «La Calderona», la madre Eva del periodismo español.

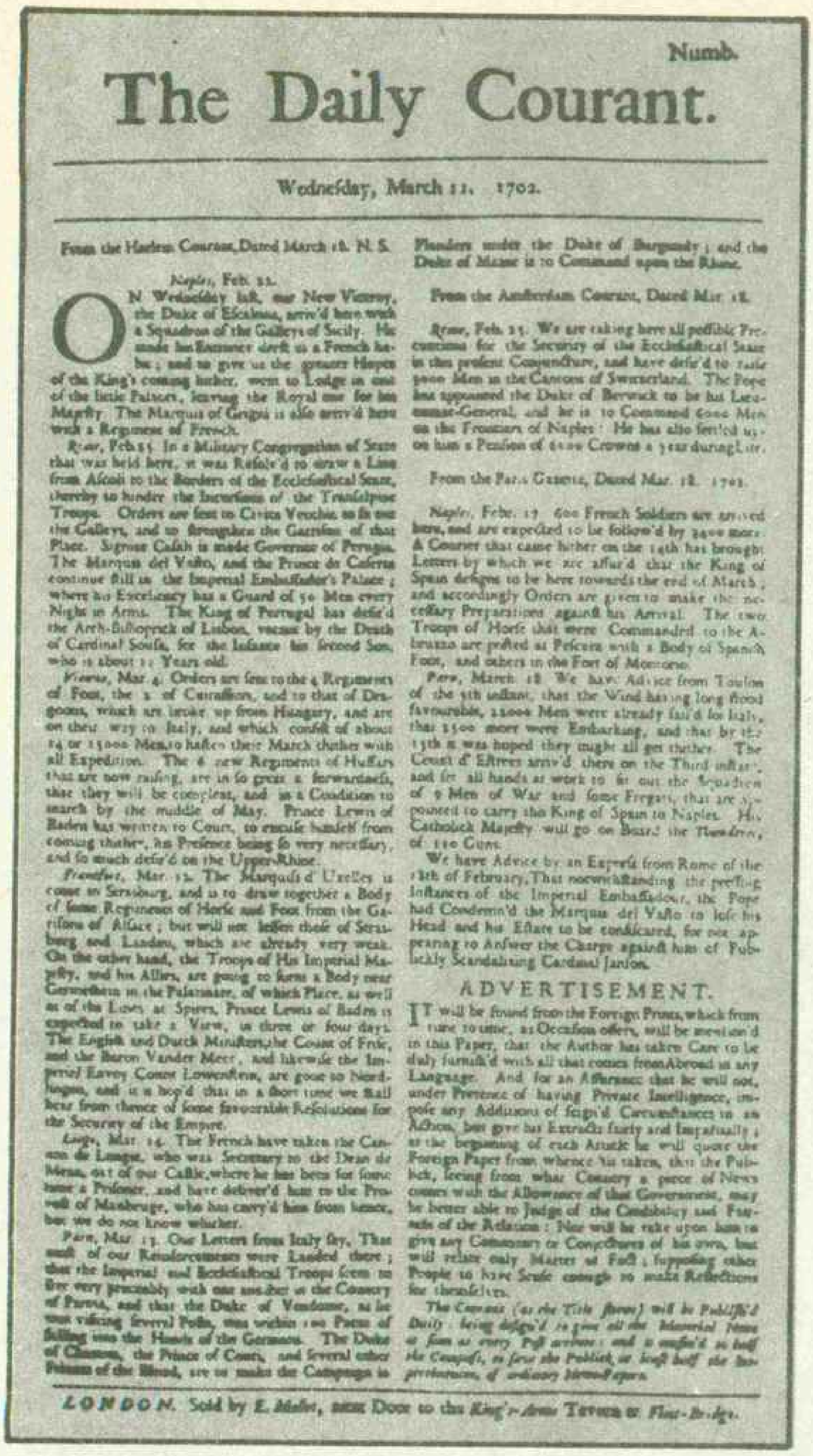
En 1661 sale a la luz el primer número de «La Gaceta». Juan José de Austria, como muchos empresarios actuales, utiliza la publicación para «bombearse», «bombear» a sus amigos, coaccionar e inventar en fin la prensa vanal que tantos seguidores había de tener luego. Juan José de Austria no sentía ningún escrúpulo por encumbrarse a costa del cuarto poder, posiblemente como revancha al origen secreto de su sangre solamente azulada.



Don Juan José de Austria (cuadro de pintor anónimo, que se conserva en el Museo del Prado).

Sin embargo, el primer «medio de comunicación» que sale de entrada diariamente, es el —como su propio nombre indica— «Diario de Madrid», cuyo primer número aparece el 1 de febrero de 1758. Seguramente es, después del «Daily Courant», que sale en Londres en 1702, el segundo diario del mundo. En Francia, el primer periódico que sale todos los días comienza a aparecer en 1777, y en Estados Unidos en 1784.

El «Diario de Madrid» era una publicación sin interés, con artículos sobran las buenas costumbres y política moderada, poesías y anuncios. Su director, el ya nombrado y fecundo don Mariano Nipho, era un hombre de ideas cambiantes y dispersas, que se ocupaba tan poco de este periódico que lo dejó morir lentamente. Le interesaban más para sus intereses personales las otras publicaciones, algunas de las cuales hemos enumerado y de las que fue también creador y guía.



Numb.

The Daily Courant.

Wednesday, March 11. 1702.

From the Harlem Courant, Dated March 18. N. S.

Naples, Feb. 22.

ON Wednesday last, our New Viceroy, the Duke of Escalona, arriv'd here with a Squadron of the Gallies of Sicily. He made his Entrance drest in a French habit; and to give us the greater Hopes of the King's coming hither, went to Lodge in one of the little Palaces, leaving the Royal one for his Majesty. The Marquis of Grigni is also arriv'd here with a Regiment of French.

Rome, Feb. 25. In a Military Congregation of State that was held here, it was Resolv'd to draw a Line from Ascoli to the Borders of the Ecclesiastical State, thereby to hinder the Incursions of the Transalpine Troops. Orders are sent to Civita Vecchia to fit out the Gallies, and to strengthen the Garrison of that Place. Signior Casali is made Governor of Perugia. The Marquis del Vasto, and the Prince de Caserta continue still in the Imperial Embassador's Palace; where his Excellency has a Guard of 50 Men every Night in Arms. The King of Portugal has desir'd the Arch-Bishoprick of Lisbon, vacant by the Death of Cardinal Sousa, for the Infante his second Son, who is about 11 Years old.

Vienna, Mar. 4. Orders are sent to the 4 Regiments of Foot, the 2 of Cuirassiers, and to that of Dragoons, which are broke up from Hungary, and are on their way to Italy, and which consist of about 14 or 15000 Men, to hasten their March thither with all Expedition. The 6 new Regiments of Hussars that are now raising, are in so great a forwardness, that they will be compleat, and in a Condition to march by the middle of May. Prince Lewis of Baden has written to Court, to excuse himself from coming thither, his Presence being so very necessary, and so much desir'd on the Upper-Rhine.

Francfort, Mar. 12. The Marquis d'Uxelles is come to Strasburg, and is to draw together a Body of some Regiments of Horse and Foot from the Garisons of Alsace; but will not lessen those of Strasburg and Landau, which are already very weak. On the other hand, the Troops of His Imperial Majesty, and his Allies, are going to form a Body near Germenheim in the Palatinate, of which Place, as well as of the Lines at Spires, Prince Lewis of Baden is expected to take a View, in three or four days. The English and Dutch Ministers, the Count of Frise, and the Baron Vander Meer, and likewise the Imperial Envoy Count Lowenstein, are gone to Nordlingen, and it is hop'd that in a short time we shall hear from thence of some favourable Resolutions for the Security of the Empire.

Liege, Mar. 14. The French have taken the Canon de Longue, who was Secretary to the Dean de Mean, out of our Castle, where he has been for some time a Prisoner, and have deliver'd him to the Provost of Maubeuge, who has carry'd him from hence, but we do not know whither.

Paris, Mar. 13. Our Letters from Italy say, That most of our Reinforcements were Landed there; that the Imperial and Ecclesiastical Troops seem to live very peaceably with one another in the Country of Parma, and that the Duke of Vendome, as he was visiting several Posts, was within 100 Paces of falling into the Hands of the Germans. The Duke of Chartres, the Prince of Conti, and several other Princes of the Blood, are to make the Campaign in Flanders under the Duke of Burgundy; and the Duke of Maine is to Command upon the Rhine.

From the Amsterdam Courant, Dated Mar. 18.

Rome, Feb. 25. We are taking here all possible Precautions for the Security of the Ecclesiastical State in this present Conjuncture, and have desir'd to raise 3000 Men in the Cantons of Swisserland. The Pope has appointed the Duke of Berwick to be his Lieutenant-General, and he is to Command 6000 Men on the Frontiers of Naples: He has also settled upon him a Pension of 6000 Crowns a year during Life.

From the Paris Gazette, Dated Mar. 18. 1702.

Naples, Febr. 17. 600 French Soldiers are arrived here, and are expected to be follow'd by 3400 more. A Courier that came hither on the 14th has brought Letters by which we are assur'd that the King of Spain designs to be here towards the end of March; and accordingly Orders are given to make the necessary Preparations against his Arrival. The two Troops of Horse that were Commanded to the Abruzzo are posted at Pescara with a Body of Spanish Foot, and others in the Fort of Montorio.

Paris, March 18. We have Advice from Toulon of the 5th instant, that the Wind having long stood favourable, 22000 Men were already sail'd for Italy, that 2500 more were Embarking, and that by the 15th it was hoped they might all get thither. The Count d'Estrees arriv'd there on the Third instant, and set all hands at work to fit out the Squadron of 9 Men of War and some Fregats, that are appointed to carry the King of Spain to Naples. His Catholick Majesty will go on Board the *Thunderer*, of 110 Guns.

We have Advice by an Express from Rome of the 18th of February, That notwithstanding the pressing Instances of the Imperial Embassadour, the Pope had Condemn'd the Marquis del Vasto to lose his Head and his Estate to be confiscated, for not appearing to Answer the Charge against him of Publickly Scandalizing Cardinal Janson.

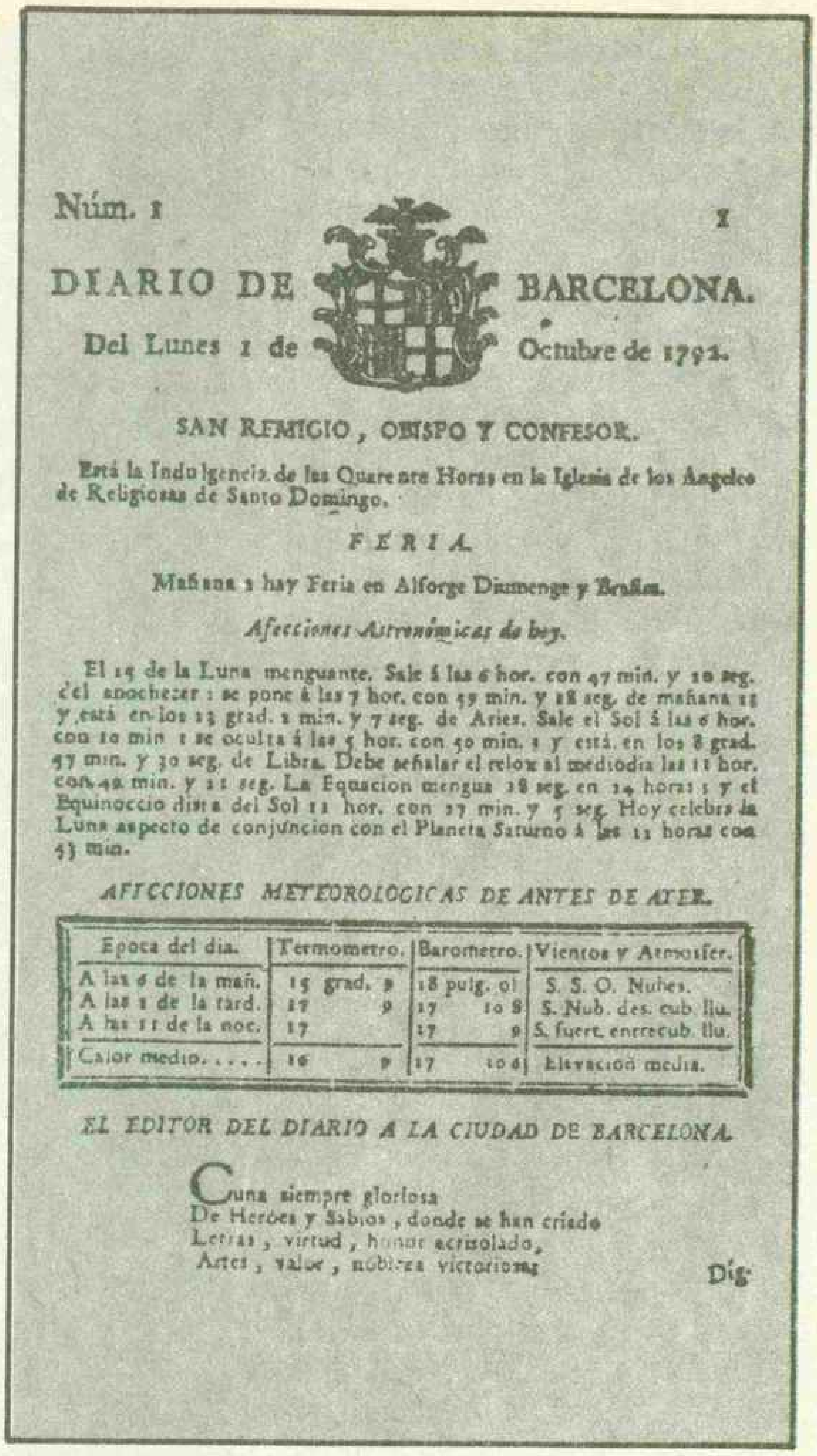
ADVERTISEMENT.

IT will be found from the Foreign Prints, which from time to time, as Occasion offers, will be mention'd in this Paper, that the Author has taken Care to be duly furnish'd with all that comes from Abroad in any Language. And for an Assurance that he will not, under Pretence of having Private Intelligence, impose any Additions of feign'd Circumstances to an Action, but give his Extracts fairly and Impartially; at the beginning of each Article he will quote the Foreign Paper from whence 'tis taken, that the Publick, seeing from what Country a piece of News comes with the Allowance of that Government, may be better able to Judge of the Credibility and Fairness of the Relation: Nor will he take upon him to give any Comments or Conjectures of his own, but will relate only Matter of Fact; supposing other People to have Sense enough to make Reflections for themselves.

This Courant (as the Title shews) will be Publish'd Daily: being design'd to give all the Material News as soon as every Post arrives: and is confin'd to half the Compass, to save the Publick at least half the Impertinences, of ordinary News-Papers.

LONDON. Sold by *E. Mallet*, next Door to the *King's-Arms* Tavern at *Fleet-Bridge*.

Facsímil de la primera página de «The Daily Courant», del 11 de marzo de 1702.



Núm. 1 1

DIARIO DE BARCELONA.

Del Lunes 1 de Octubre de 1792.

SAN REMIGIO, OBISPO Y CONFESOR.

Está la Indulgencia de las Quarenta Horas en la Iglesia de los Angeles de Religiosas de Santo Domingo.

FERIA.

Mañana 2 hay Feria en Alforge Diumenge y Braños.

Afecciones Astronómicas de hoy.

El 15 de la Luna menguante. Sale á las 6 hor. con 47 min. y 10 seg. del anochecer: se pone á las 7 hor. con 59 min. y 18 seg. de mañana: y está en los 23 grad. 2 min. y 7 seg. de Aries. Sale el Sol á las 6 hor. con 10 min. : se oculta á las 5 hor. con 50 min. : y está en los 8 grad. 57 min. y 30 seg. de Libra. Debe señalar el relox al mediodía las 11 hor. con 49 min. y 21 seg. La Equacion mengua 18 seg. en 24 horas; y el Equinoccio dista del Sol 11 hor. con 37 min. y 5 seg. Hoy celebra la Luna aspecto de conjuncion con el Planeta Saturno á las 11 horas con 43 min.

AFECCIONES METEOROLOGICAS DE ANTES DE AYER.

Epoca del dia.	Termometro.		Barometro.		Vientos y Atmosfer.
A las 6 de la mañ.	15 grad.	9	18 pulg.	01	S. S. O. Nubes.
A las 2 de la tard.	17	9	17	10 8	S. Nub. des. cub. llu.
A las 11 de la noc.	17		17	9	S. fuert. entrecub. llu.
Calor medio.	16	9	17	10 6	Elevacion media.

EL EDITOR DEL DIARIO A LA CIUDAD DE BARCELONA.

Cuna siempre gloriosa
De Heróes y Sabios, donde se han criado
Letras, virtud, honor acrisolado,
Artes, valor, nobleza victoriosa:

Díg

Primera plana del primer número de «Diario de Barcelona», 1 de octubre de 1792.

El «Diario de Barcelona»

Está claro, no obstante, que el periódico diario más popular desde finales del siglo XVIII es el «Diario de Barcelona», aparecido en plena Revolución francesa —el lunes 1 de octubre de 1792—, propiedad de la familia Brusi, la publicación más longeva de España, puesto que todavía sigue saliendo a la calle.

Su primer director fue un italiano de Nápoles, don Pedro Pablo Usson, que se hallaba en España desde 1759, en que vino acompañando a Carlos III. Sus primeros números son inefables. Sólo lo constituyen estos temas: «Santoral», «Afecciones astronómicas del día», «Afecciones meteorológicas de la víspera», y un poema titulado siempre «Composición en verso». Su formato es como de un cuarto de tabloide de hoy.

No se convirtió en verdadero periódico de información general, opinión y crítica hasta la guerra de la Independencia, y entonces es como el pan de cada día para los barceloneses. Pero ocurre un fenómeno que no se ha vuelto a repetir en nuestra historia del periodismo. Salen a la calle todos los días dos números distintos del «Diario de Barcelona»; uno afrancesado, partidario de «Pepe Botella», que inspira y regenta el referido Usson; y el oponente a éste, órgano de la Junta Suprema de Cataluña, que rechaza violentamente la colaboración con los franceses, que todos los días ataca a Napoleón, y que inspira y regenta don Antonio Brusi. Era considerado por el pueblo el verdadero «Diario de Barcelona», aunque el otro no carecía de gran número de lectores y la suvención gubernativa, en manos la ciudad y el orden público de las huestes napoleónicas y sus partidarios catalanes. Por lo tanto, el «Diario» de don Antonio Brussi sufría persecuciones constantes, con la única esperanza de que fueran expulsados de España los franceses y la promesa de la Junta Suprema de prohibir entonces

la aparición del «Diario» de Usson.

El «Semanario Patriótico» de Madrid

La misma política del «Diario de Barcelona» ussoniano llevó bastante después en Madrid el «Semanario Patriótico», pero por sus ideas liberales fue tachado por los «ultras» de siempre, de promover para España unos programas revolucionarios que no diferían nada de los franceses de 1792.

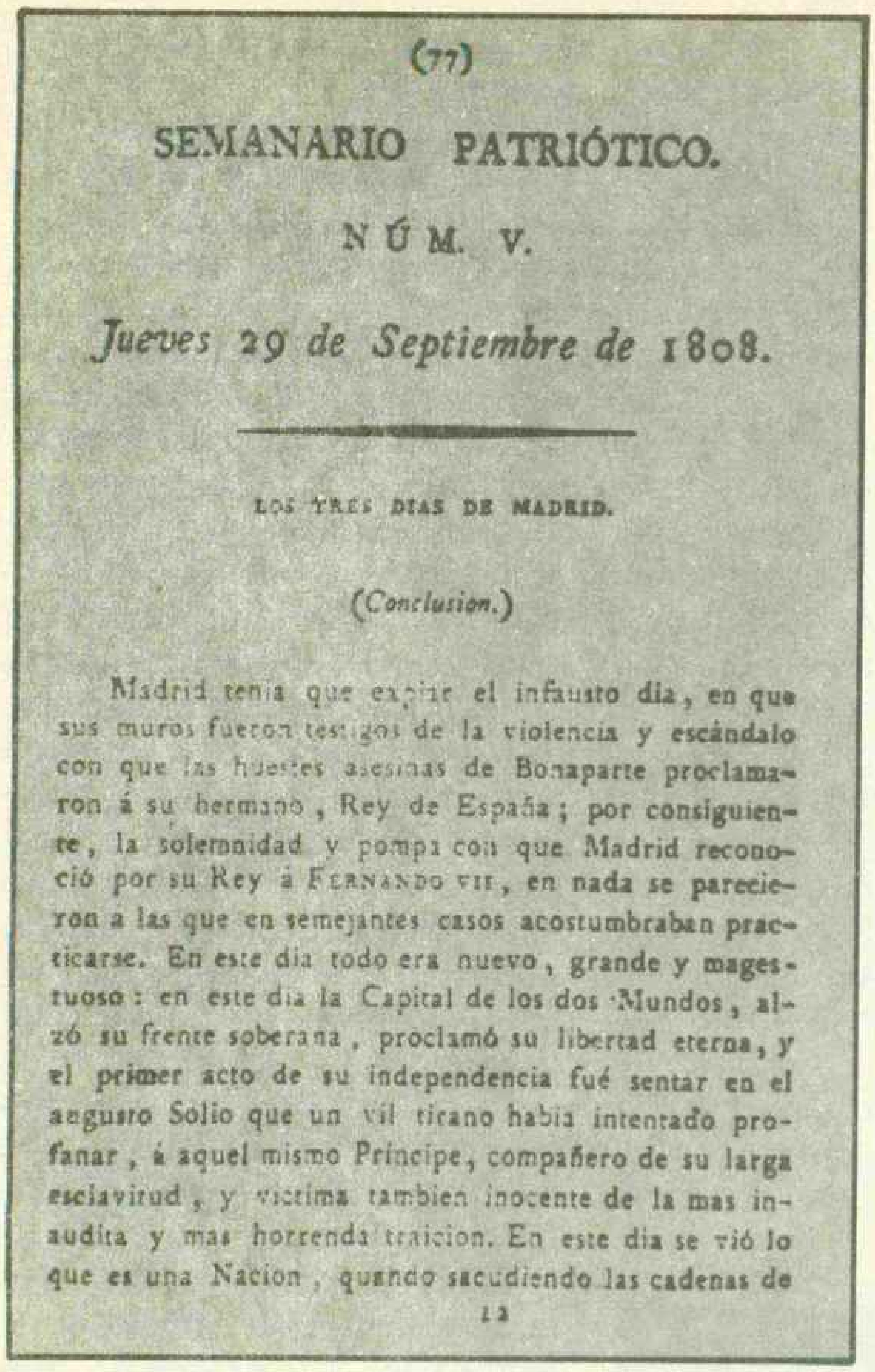
El director y propietario del «Semanario Patriótico» era el célebre poeta coronado de laurel un día por la reina María Cristina —¿o Isabel II?— en una ridícula ceremonia, Manuel José Quintana. Le ayudaban a redactar el periódico otros preclaros como él también poeta de la escuela neoclásica, Nicasio Gallego —«¡Oigo patria tu aflicción...!»— y don Leandro Fernández de Moratín, éste sí el más despierto vanguardista de la época. Siendo aquellos los intelectuales con mayor prestigio de la misma, en el periódico quedó un sedimento de reforma política y social, indudablemente transmitido por la rápida pasada de los franceses por Madrid, ya que esto ocurría al abandonar la capital el 1 de septiembre de 1808, mismo día en que apareció el primer número del «Semanario Patriótico». Habrían de volver los franceses, pero aquéllos no lo sabían, y por eso fue más valiente su posición, sin que por ello ofendieran lo que llamaba «dignidad nacional», consecuentes incluso con el gobierno de Madrid que sucedió a esa primera invasión. A trancas y barrancas el «Semanario Patriótico» desarrolló en aquella situación una campaña muy en consecuencia con nuevas ideas, recabando la atención del público, por sus razonamientos claros, honestos, orientadores. Se publicó primero en Madrid, más tarde en Sevilla y más tarde aún en Cádiz, por la fuerza de las circunstancias de la invasión. A Quintana, dado su prestigio, le dieron un puesto en la Junta Suprema, un puesto comprometido que le obligó a abandonar el periódico, y entonces se encargaron de él José Blanco White y Bartolomé José Gallardo. Blanco dirigía, asimismo, el órgano «El Español», de ideas profundamente democráticas, por lo que se le señaló estúpidamente como fracmasón. «El Español» salió a la luz el 30 de abril de 1810. Blanco White era cura, hijo de español e irlandesa. No obstante su sentido religioso, la gente laica y liberal le ha considerado como uno de los hombres más inteligentes y cultos de su tiempo. Nuestro actual gran escritor Juan Goytisolo se ha ocupado de la obra y las ideas de Blanco en numerosas ocasiones.

Mucho después de su muerte, la «gloria nacional» más reaccionaria del siglo XIX, el polígrafo don Marcelino Menéndez Pelayo, se ensañó con él por sus sentimientos demócratas. No se puede ignorar que don Marcelino tenía alma de inquisidor, y en su plúmbea «Historia de los Heterodoxos Españoles» tachó las acciones de Blanco algo así como de miserables y traidoras a la patria, ya que se desarrollaban durante la invasión napoleónica.

Don Marcelino era, en efecto, un oráculo de la *otra* España, partidaria del absolutismo, la España que creía obra del Diablo la Revolución Francesa, negando la aportación humanística que tuvo para los hombres de la ilustración.



Carlos III. Rey Católico de España de 1759 a 1788.



(77)

SEMANARIO PATRIÓTICO.

NÚM. V.

Jueves 29 de Septiembre de 1808.

LOS TRES DIAS DE MADRID.

(Conclusion.)

Madrid tenia que expiar el infausto dia, en que sus muros fueron testigos de la violencia y escándalo con que las huestes asesinas de Bonaparte proclamaron á su hermano, Rey de España; por consiguiente, la solemnidad y pompa con que Madrid reconoció por su Rey á FERNANDO VII, en nada se pareciéron a las que en semejantes casos acostumbraban practicarse. En este dia todo era nuevo, grande y magestuoso: en este dia la Capital de los dos Mundos, alzó su frente soberana, proclamó su libertad eterna, y el primer acto de su independencia fué sentar en el augusto Solio que un vil tirano habia intentado profanar, á aquel mismo Príncipe, compañero de su larga esclavitud, y víctima tambien inocente de la mas inaudita y mas horrenda traicion. En este dia se vió lo que es una Nacion, quando sacudiendo las cadenas de

12

Portada del «Semanario Patriótico», del 29 de septiembre de 1808.

El «boom» de los periódicos revolucionarios

«La Gorda, La Flaca, Gil Blas
y los semanarios
revolucionarios...»

dice Valle-Inclán en una acotación de «La Reina Castiza».

Estos semanarios aparecen —antes que «La Gorda», «La Flaca» y «Gil Blas»—, al acabar el período napoleónico con la expulsión de España de José I, y el comienzo del reinado de Fernando VII. En todos los tiempos —en el nuestro también— después de una situación política dictatorial ocurre lo mismo, el estallido de un periódico sin prejuicios de ningún género, de un periodismo sin barreras, tan libérrimo que horroriza a la reacción en derrota. Un periodismo que flagela con humor intencionado a los altos poderes, un periodismo vocero de la violencia del



Entrada de Fernando VII en Madrid por la Puerta de Atocha, el 26 de marzo de 1808. (Dibujo de Zacarías Velázquez; grabado de F. de Paula Martín (1813). Biblioteca del Palacio Real de Madrid.

pueblo. Los primeros semanarios de esta característica son: «La Tía Morica», «El tío Tremenda» y «La Pajarera». Las gentes los acogen como un lenitivo a su pasado tenebroso. «El tío Tremenda» define así su postura política:

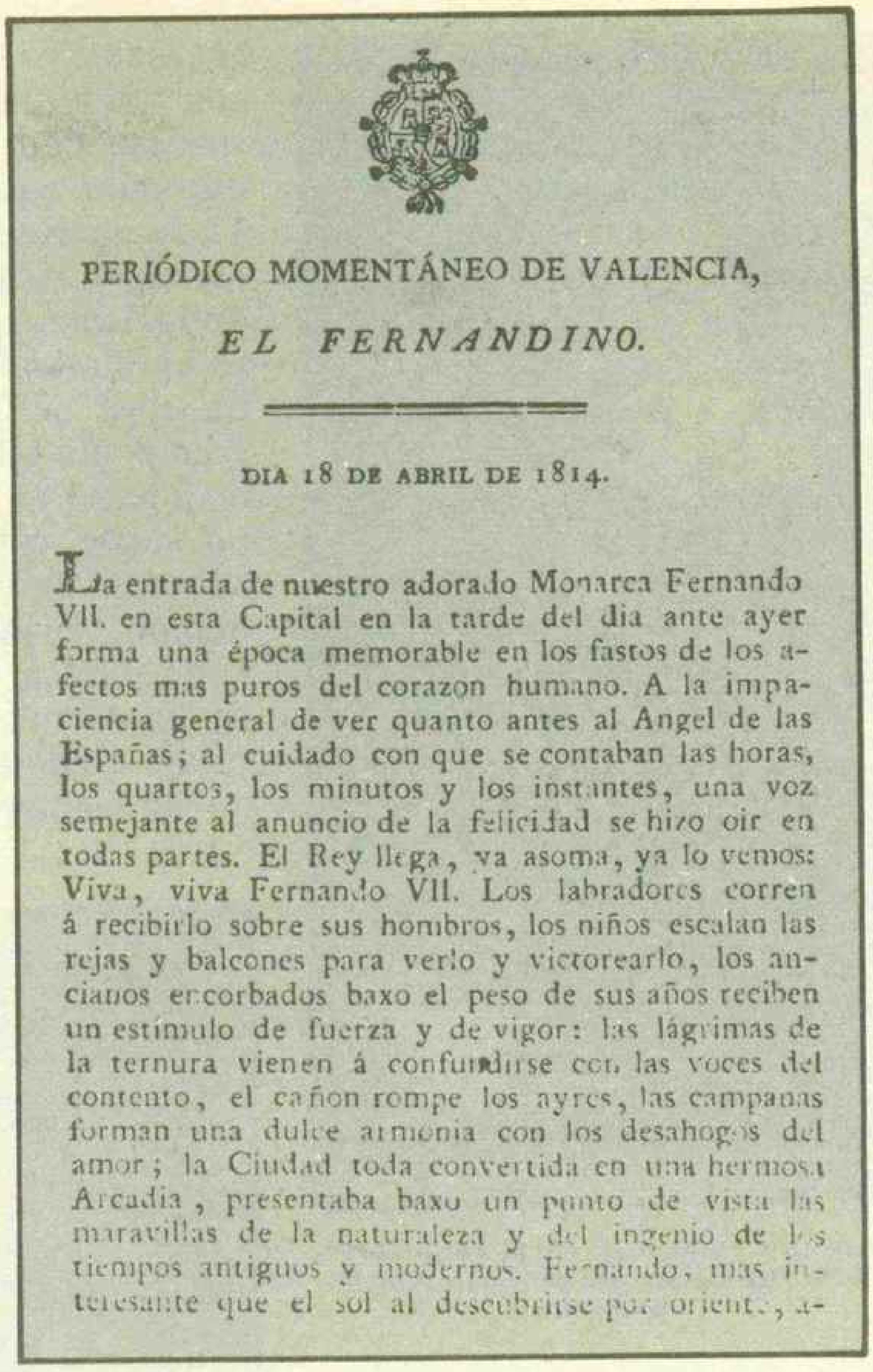
«Yo aconsejaría a los que gobiernan que se publicase un reglamento sobre la *liberta* de *escrebir (Subrayado nuestro). Hoy se está abusando de esta libertá* de imprenta. *Libertá* de *escrebir* sobre asuntos útiles que ilustren al gobierno *e arrempujen* al patriotismo, ya lo entiendo; pero *libertá* de *escrebir* coplas indecentes, sátiras y *esvergüenzas* personales, *caluñas* y *bufonadas,* esa no es *libertá,* sino delito y *mu* grande.»

Como se ve la ironía y el sarcasmo no pueden ser más patentes en ese editorial escrito por «El tío Tremenda».

También en ese primer sexenio del absolutismo los periódicos españoles «se caen de las manos» por su falta de imaginación y por lo tanto de interés. El pueblo no los compra. Son seis años de cortas tiradas, de censura política, de informes oficialistas, de moralidad y asuntos ajenos a la gobernación del Estado, de traducciones. Sólo son buscados aquellos semanarios satíricos editados clandestinamente.

El 2 de mayo de 1815 aparece un real decreto prohibiendo la publicación de periódicos. Unicamente se permite la «Gaceta de Madrid». La mayor parte de los verdaderos periodistas marchan al exilio y desde él siguen imprimiendo sus periódicos e introduciéndolos más o menos clandestinamente en España.

Se produce después una era de libertad un tanto fugaz, los tres años de constitucionalismo, y en todo el país proliferan las publicaciones periódicas. Un humorista llega a decir que «el pueblo no come pero se alimenta de papel». Hay que volver a repetir el razonamiento de que tras cada época de opresión la prensa se toma la revancha inclinándose hacia la izquierda. Los reaccionarios atribuyen este fenómeno al estado permisivo de los regímenes liberales que llevan a lo que llaman el *libertinaje,* cuando en verdad es un movimiento de protesta contra el régimen anterior que no les dejó protestar en sus días. La publicación que entonces incide más fuertemente en el ánimo público es «El Espectador», de Madrid, que comienza su vida el 15 de abril de 1821, bajo la dirección y fundación de Evaristo San Miguel, un un coronel revolucionario, republicano, seguidor de la sublevación de Riego en Cabezas de San Juan. Evaristo San Miguel era muy inteligente y tuvo en su periódico un plantel de brillantes escritores, entre ellos Pedro José Pidal, que más tarde fue Marqués de Pidal. San Miguel hizo el primer periódico de corte europeo y fue creador de una sección hoy común a todos los periódicos: «Cartas al director».



PERIÓDICO MOMENTÁNEO DE VALENCIA,

EL FERNANDINO.

DIA 18 DE ABRIL DE 1814.

La entrada de nuestro adorado Monarca Fernando VII. en esta Capital en la tarde del dia ante ayer forma una época memorable en los fastos de los afectos mas puros del corazon humano. A la impaciencia general de ver quanto antes al Angel de las Españas; al cuidado con que se contaban las horas, los quartos, los minutos y los instantes, una voz semejante al anuncio de la felicidad se hizo oir en todas partes. El Rey llega, ya asoma, ya lo vemos: Viva, viva Fernando VII. Los labradores corren á recibirlo sobre sus hombros, los niños escalan las rejas y balcones para verlo y victorearlo, los ancianos encorbados baxo el peso de sus años reciben un estímulo de fuerza y de vigor: las lágrimas de la ternura vienen á confundirse con las voces del contento, el cañon rompe los ayres, las campanas forman una dulce armonia con los desahogos del amor; la Ciudad toda convertida en una hermosa Arcadia, presentaba baxo un punto de vista las maravillas de la naturaleza y del ingenio de los tiempos antiguos y modernos. Fernando, mas interesante que el sol al descubrirse por oriente, a-

Facsímil de la portada de «El Fernandino», del 18 de abril de 1814.

En su tiempo proliferan también «los semanarios revolucionarios» de ataque violento: «El Garrotazo», «El Gato Escondido», «El Despertador». Y el de tirada más amplia: «El Zurriago», que aparece en 1821. Este tipo de periódicos es repudiado hoy por la inercia de los 40 años tontos. Se le llama «libelo». ¡Qué lástima, cuando tanto ataque justiciero permanece latente!

¿Hasta cuándo será que, doble, insano,
del bien abuse el deleznable humano?
¿Hasta cuándo será que la imprudencia
así vaya apurando la paciencia?
¡Ay del tirano cuando llegue el día
en que se apure la paciencia mía!



Leandro Fernández de Moratín (1760-1828). Retrato pintado por Goya. (Col. Mq. de Silvela.)

Sólo 92 veces salió «El Zurriago» a la calle: 21 en 1821, 60 en 1822 y 11 en 1823. No tenía fecha de salida determinada y lo indicaba así en sus páginas. Su izquierdismo rayaba en la audacia, el arresto y el valor.

Esta apertura de la prensa radical se cerró con la llegada de «Los cien mil hijos de San Luis», que esta vez venían a implantar la dictadura y, como en tantas épocas, la ruptura en la desgraciada España se fue «descomponiendo». Calomarde, jefe del gobierno que había sido tan vituperado, se encargó, al amparo de los franceses, de ir echando el cerrojo una vez más a la libertad de prensa. El rey absoluto, que también nombraba los gobiernos a dedo, y les daba la patada a las primeras de cambio, volvió a prohibir la salida de todas las publicaciones periódicas, exceptuando como anteriormente a la «Gaceta de Madrid», la menos leída de todas, con sólo 6.500 suscriptores obligados, y se mantuvo en esa cantidad con todo y la supresión de sus rivales. Pero en los 10 años que duró aquella dictadura, el 12 de enero de 1833 la «Gaceta» cayó en manos de don Alberto Lista, quien la hizo aparecer diariamente desde el 27 de abril de 1834. Aunque el gran poeta estaba comprometido a hacer un diario oficial, supo darle categoría literaria, abortada en un lapso breve de tiempo, cuando don Alberto Lista pasó a dirigir el «Diario de las Cortes», y la «Gaceta» volvió a adquirir el tono híbrido de siempre.

La regencia

Desaparecido Fernando VII la regente viuda, doña María Cristina, dio las riendas del Gobierno a Martínez de la Rosa (*a*), «Rosita la pastelera», ex romántico a la sazón y por tanto ex liberal hasta el punto de hacerse el sordo a las ansias progresistas, pero no tanto como para no ir comprendiendo poco a poco que al país le convenían unos postulados políticos de bipartidismo —reacción y contrarreacción— siempre dentro de las normas *centristas*



Núm. 37. (2 cuartos.) 263

GACETA EXTRAORDINARIA DE MADRID

DEL DOMINGO 12 DE MARZO DE 1820.

ARTICULO DE OFICIO.

MANIFIESTO DEL REY A LA NACION.

ESPAÑOLES.

Cuando vuestros heróicos esfuerzos lograron poner término al cautiverio en que me retuvo la mas inaudita perfidia, todo cuanto vi y escuché, apenas pisé el suelo patrio, se reunió para persuadirme que la nacion deseaba ver resucitada su anterior forma de gobierno; y esta persuasion me debió decidir á conformarme con lo que parecia ser el voto casi general de un pueblo magnánimo que, triunfador del enemigo extrangero, temia los males, aun mas horribles, de la intestina discordia.

No se me ocultaba sin embargo que el progreso rápido de la civilizacion europea, la difusion universal de luces hasta entre las clases menos elevadas, la mas frecuente comunicacion entre los diferentes paises del globo, los asombrosos acaecimientos reservados á la generacion actual, habian suscitado ideas y deseos desconocidos á nuestros mayores, resultando nuevas é imperiosas necesidades; ni tampoco dejaba de conocer que era indispensable amoldar á tales elementos las instituciones políticas, á fin de obtener aquella conveniente armonía entre los hombres y las leyes, en que estriba la estabilidad, y el reposo de las sociedades.

Pero mientras Yo meditaba maduramente con la solicitud propia de mi paternal corazon las variaciones de nuestro régimen fundamental, que parecian mas adaptables al caracter nacional y al estado presente de las diversas porciones de la monarquia española, asi como mas análogas á la organizacion de los pueblos ilustrados, me habeis hecho entender vuestro anhelo de que se restableciese aquella Constitucion que entre el estruendo de armas hostiles fue promulgada en Cádiz el año de 1812, al propio tiempo que con asombro del mundo combatiais por la libertad de la patria. He oido vuestros votos, y cual tierno Padre he condescendido á lo que mis hijos reputan conducente á su felicidad. He jurado esa Constitucion por la cual suspirábais, y seré siempre su mas firme apoyo. Ya he tomado las medidas oportunas para la pronta convocacion de las Cortes. En ellas, reunido á vuestros Representantes, me gozaré de concurrir á la grande obra de la prosperidad nacional.

Españoles: vuestra gloria es la única que mi corazon ambiciona. Mi alma no apetece sino veros en torno de mi Trono unidos, pacíficos y dichosos. Confiad, pues, en vuestro REY, que os habla con la efusion sincera que le inspiran las circunstancias en que os hallais, y el sentimiento íntimo de los altos deberes que le impuso la Providencia. Vuestra ventura desde hoy en adelante dependerá en gran parte de vosotros mismos. Guardaos de dejaros seducir por las falaces apariencias de un bien ideal, que frecuentemente impiden

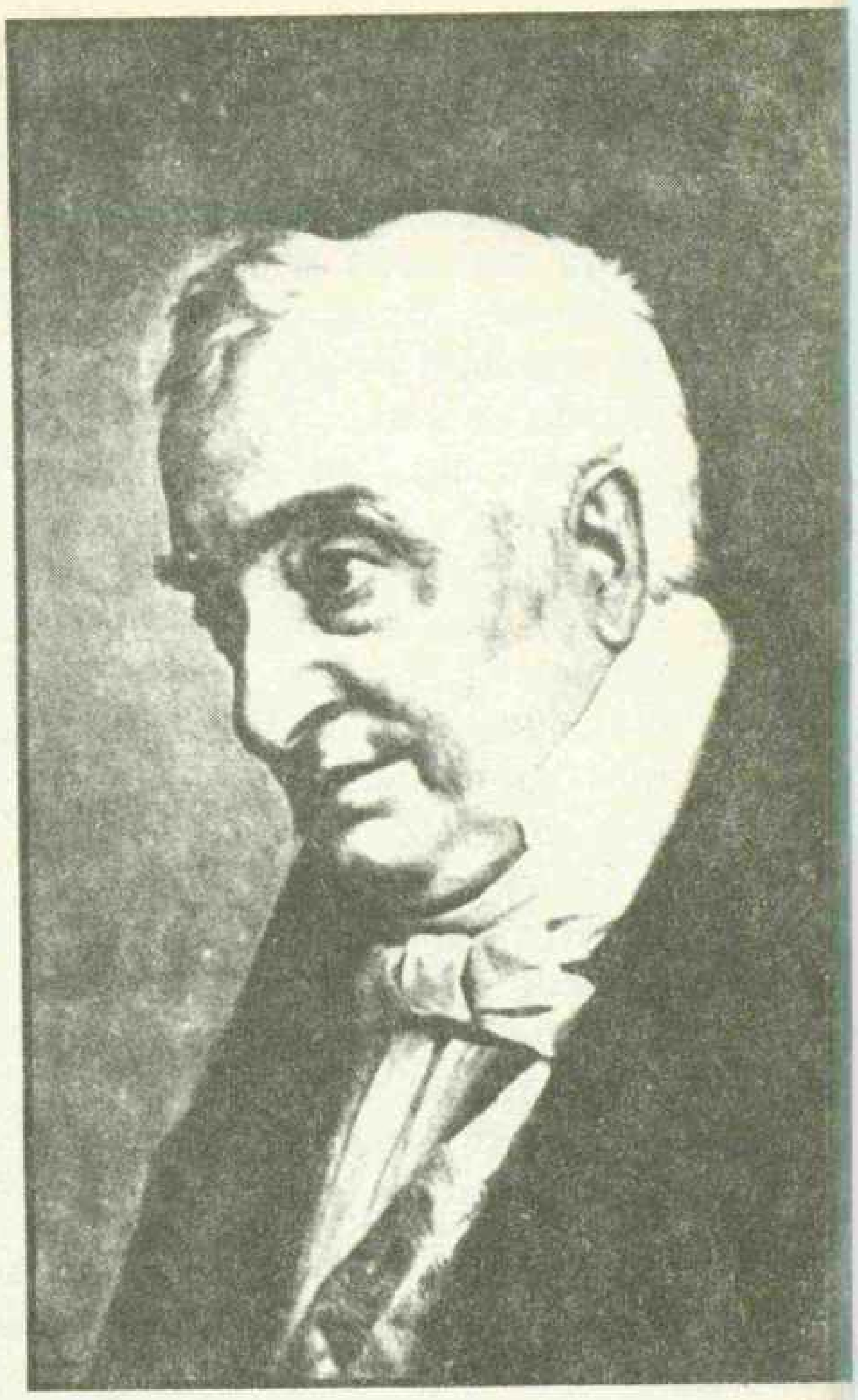
Facsímil de la portada de la «Gaceta Extraordinaria de Madrid», del 12 de marzo de 1820.

que diriamos ahora en parecidas circunstancias.

El mejor diario de entonces es «El Español», dirigido por don Andrés Borrego. Pero su dirección sólo dura desde 1825 a 1838, aunque idefectiblemente dio la pauta de un periodismo más culto y serio, avalado por las plumas del inolvidable Mariano José de Larra, José Zorrilla y el primer Marqués de Valdeiglesias.

Aunque se trató de un periódico *centrista,* Larra desarrolló en él toda la sátira, toda la actitud *contestataria* —también diriamos hoy— de la España de entonces, con sus artículos acerbos, elevándose a la mayor altura entre los cronistas del Romanticismo. Al dispararse un tiro en la sien cercenó todo un estilo de periodismo español cuya desaparición aún se lamenta.

Don Andrés Borrego era un periodista batallador incansable, con vocación profesional que no podía permanecer en silencio, y después de dejar «El Español» en 1836 trabajó para llegar a crear «El Correo Nacional» en 1838, sucesor de aquél, ya que en su aparición insertaba esta nota:



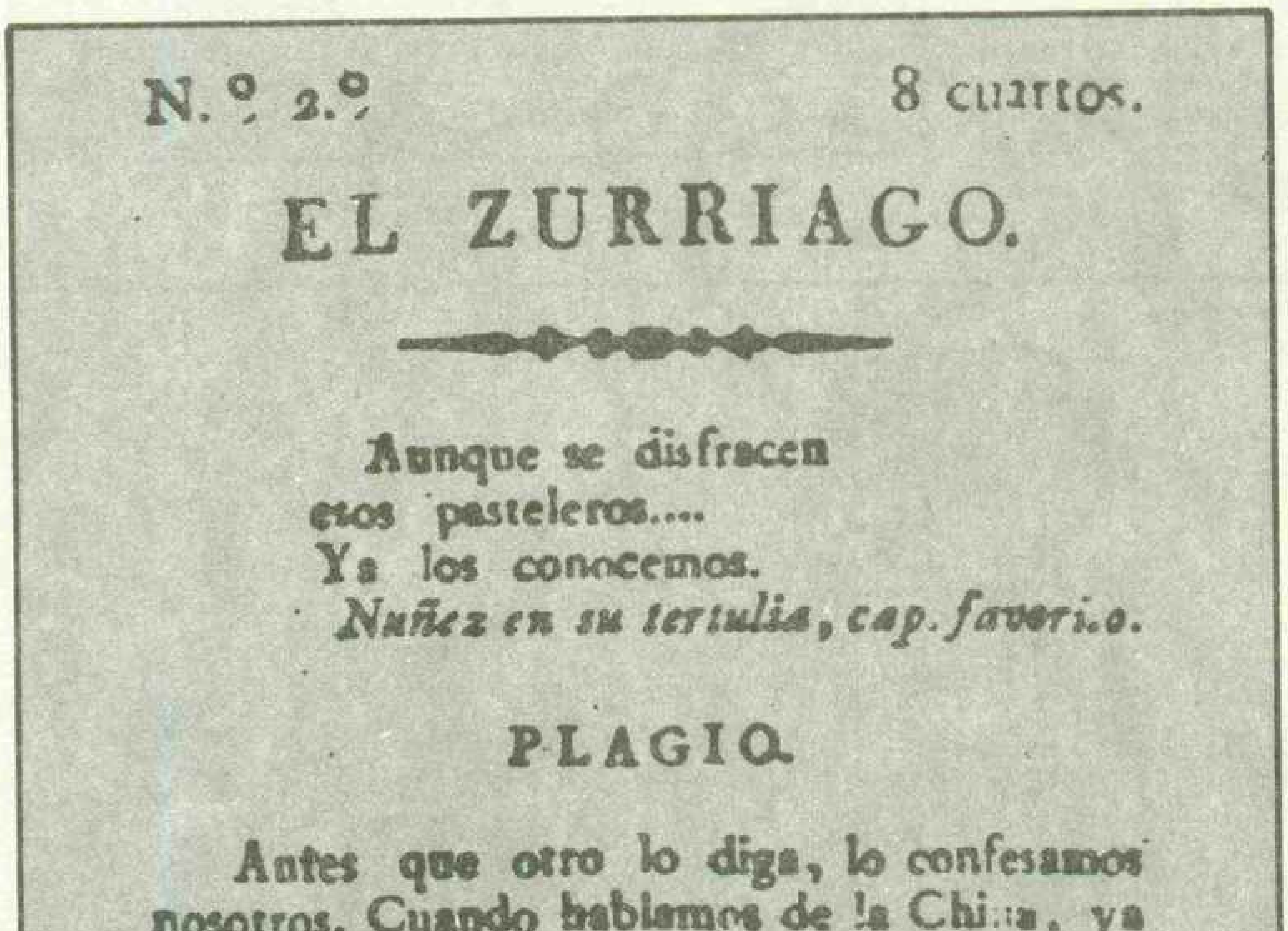
Manuel José Quintana (1772-1857). Retrato pintado por Luis López. (Biblioteca Nacional, Madrid.)

«La publicación de este periódico no es una obra nueva en cuanto al espíritu que presidirá a su redacción ni en cuanto a los principios a que está destinado a servir de órgano.»

La Redacción de «El Correo Nacional» la componían disidentes de otro periódico que se llamaba «La Abeja», afín al gobierno, y de distintas publicaciones más o menos reaccionarias. Entre esos redactores se encontraban elementos como Bravo Murillo, Ríos Rosas, Donoso Cortés... Todos tienen hoy nombres de calles madrileñas.

Es entonces cuando la «Gaceta de Madrid» se convierte en vehículo oficial el 2 de junio de 1837. Transcendental fecha histórica para esa publicación que, sostenida por el gobierno, tiene que insertar necesariamente los decretos del mismo y considerarse como un bando de ordenanza que nadie debe desconocer.

También entonces aparece «Fray Gerundio», el más pres-



N.º 2.º 8 cuartos.

EL ZURRIAGO.

Aunque se disfracen
esos pasteleros....
Ya los conocemos.
Nuñez en su tertulia, cap. favori.o.

PLAGIO.

Antes que otro lo diga, lo confesamos nosotros. Cuando hablamos de la China, ya se sabe que no hacemos mas que copiar retazos de las obras del poeta de aquella tierra, que nos prestó el fraile doctrinero en la Isla de California — A las bodas de un mandarin, hombre de excelentes prendas, de completa instruccion y de un tacto excelente para dirigir la Hacienda, se hizo el siguiente

EPITALAMIO.

Toquen trompas y clarines
zambombas y folias
suenen grescas y alegrias
y echese el mundo á reir.
Que la flor de mandarines
ya provecto y [illegible]

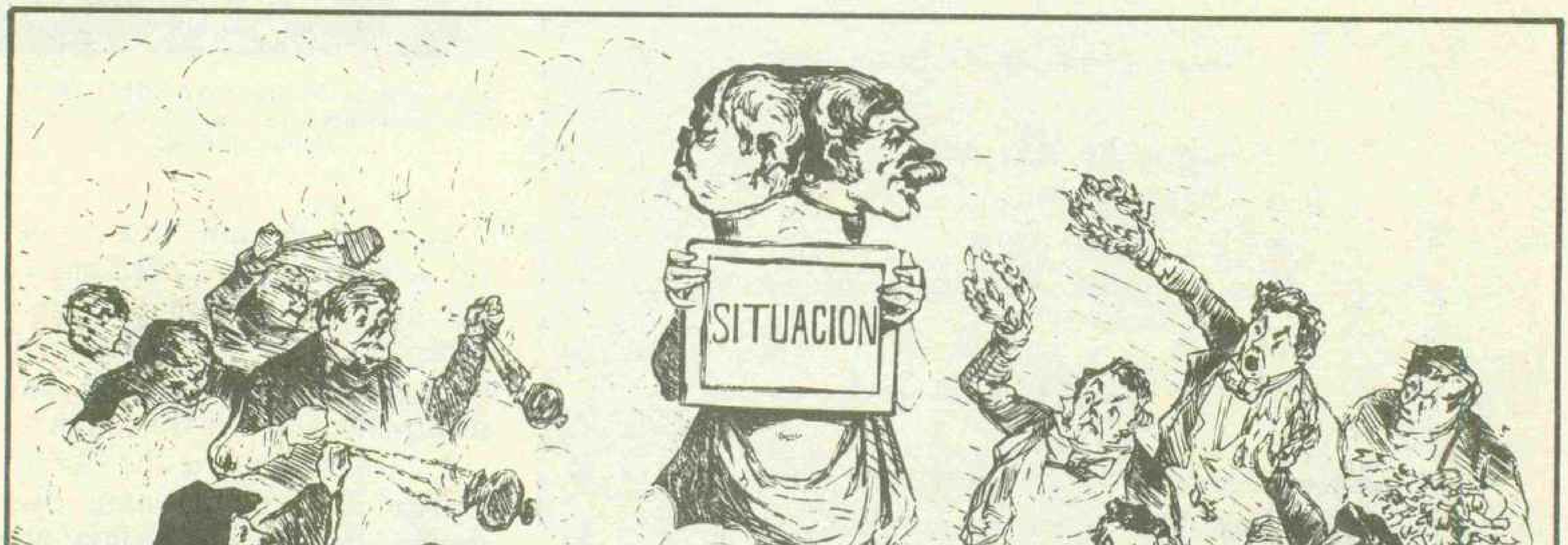
Portada de «El Zurriago».

tigioso flagelo humorístico contra los poderes públicos, fundado y dirigido por un historiador ilustre cuya fama llega hasta nuestros días: Modesto Lafuente, natural del pueblo de Rabanal de los Caballeros, nacido en 1806. Había estudiado para cura en el Seminario de León, y aportó al periodismo del momento un estilo satírico y una actitud pesimista. Publicaba entre otras una sección titulada «Capillazos», la más leída y comentada por el público lector.

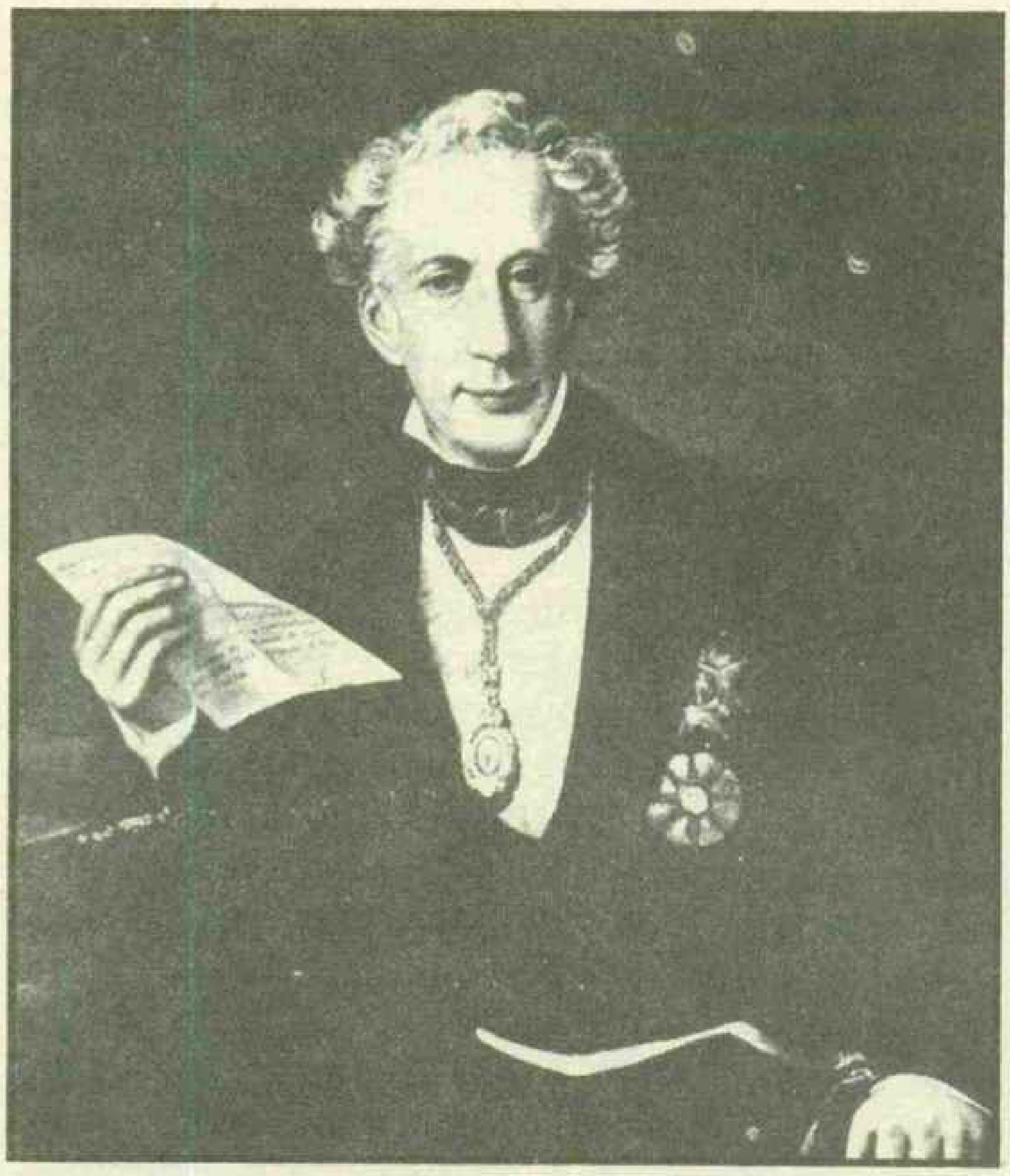
Tras su primera aparición en la provincia, al editarse después en Madrid, «Fray Gerundio» tuvo que aumentar su tirada ante la demanda callejera. Era un auténtico periódico de izquierdas, reformista per-



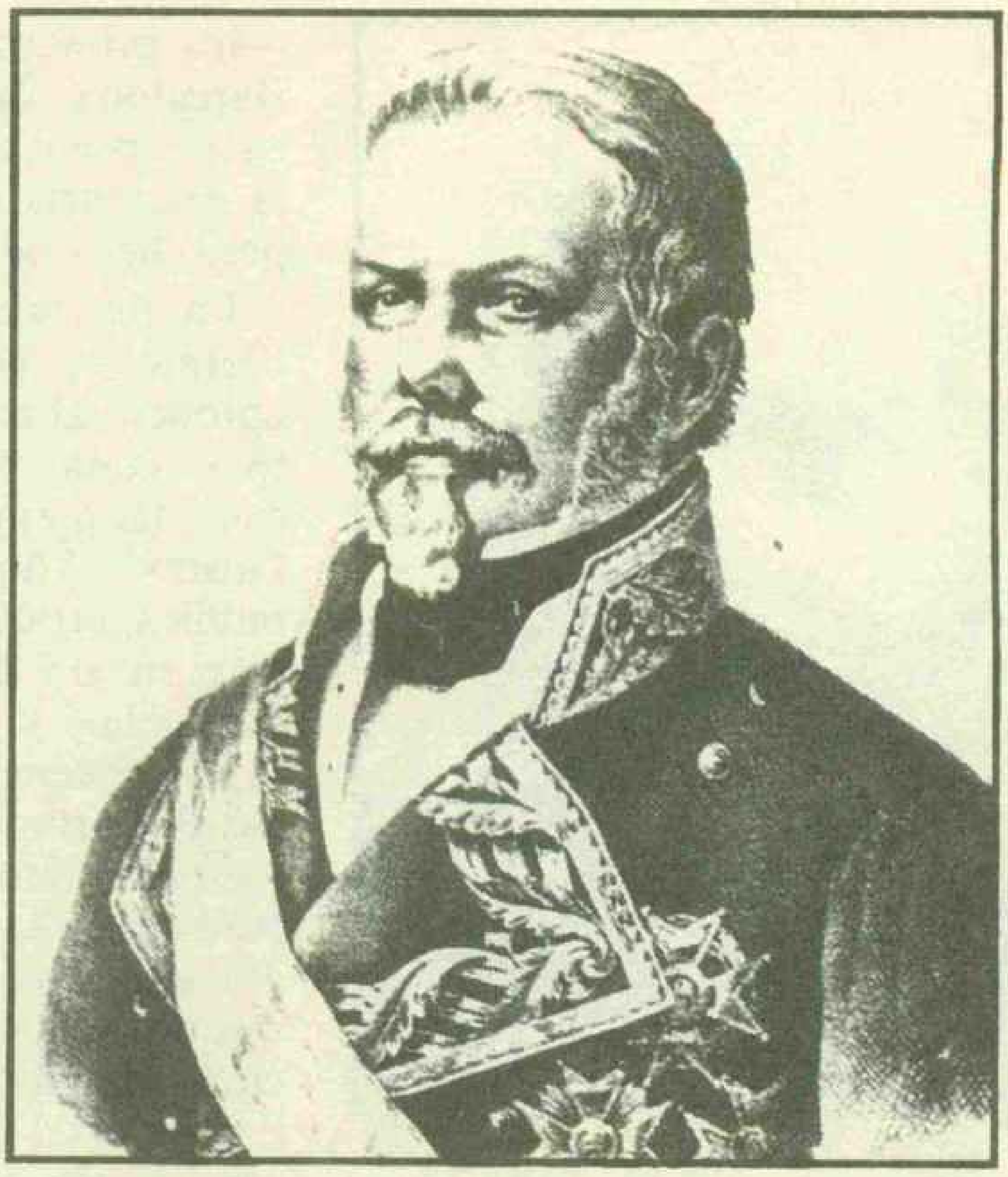
José María Blanco White (1771-1841). Autor entre otras obras de «Cartas de España.



Caricatura política aparecida en el semanario satírico «Gil Blas».



Francisco Martínez de la Rosa (1787-1862). Retrato pintado por el duque de Rivas. (Real Academia de la Lengua Española, Madrid.)



Evaristo San Miguel (1785-1862).

manente, hecho para el pueblo, con *gracia* y *justicia.*

Acabó con él el general Prim, como consecuencia de los violentos ataques dirigidos a una intervención suya en el Congreso, en 1841. Prim incluso quiso batirse con el director del periódico, pero Lafuente rechazó el duelo fiel a los principios de «Fray Gerundio», que sostenía una campaña contra aquella vieja costumbre de dirimir las querellas, impropia —decía— de una época progresiva.

Los periódicos conservadores habían seguido el tono violento de «Fray Gerundio», pero para atraer a Espartero, por liberal. No obstante, esos ataques tuvieron un dique de contención en «El Espectador», que había vuelto a salir, igual que anteriormente dirigido por Evaristo San Miguel, que conservaba una leal amistad con el regente Duque de la Victoria. San Miguel era además en esa época Capitán General de Madrid, y, como se ha dicho, un gran polemista y conductor de periódicos.

La regencia liberal y reformadora atrajo las iras de los periódicos reaccionarios, más violentos cada vez durante los diez años que duró el conservadurismo subsiguiente en los destinos de España. Uno de los paladines de esa reacción fue Jaime Balmes que fundó y dirigió en Barcelona «La Civilización» desde el 1 de agosto de 1841. Balmes era un «ultra» a la manera de los de hoy, contrario al liberalismo, partidario de la «mano dura» en el gobierno, antipartidista, absolutista paternalista, tendencias que disfrazaba con sus llamadas a la fraternidad entre todas las fuerzas políticas del país en favor de la unión y —¿cómo no?— la *moralidad.* De todas maneras, parecido a nuestros «ultras», en su época no se daban las actitudes cerriles de estos.

Asimismo, era importante en esos años el periódico «Las Novedades», de aparición diaria, cuyo director, Fernández de los Ríos —otra calle madrileña—, era lo que hoy podríamos llamar un vaticanista del II concilio, un republicano que aceptaba la monarquia, partidario de la clase obrera, siempre metido en conspiraciones. El más liberal rupturista quizás, fue uno de los responsables de la sedición de los sargentos del Cuartel de San Gil, que tantas vidas costara.

«Las novedades» era un periódico de confección y contenido análogos a los de Europa. Rompió moldes anquilosados, por primera vez en España, renovó y por tanto mejoró la vieja factura de los mismos, y se vendía a un precio mínimo. Su cabecera respondía a una información lo más actual posible tanto de España como del extranjero.

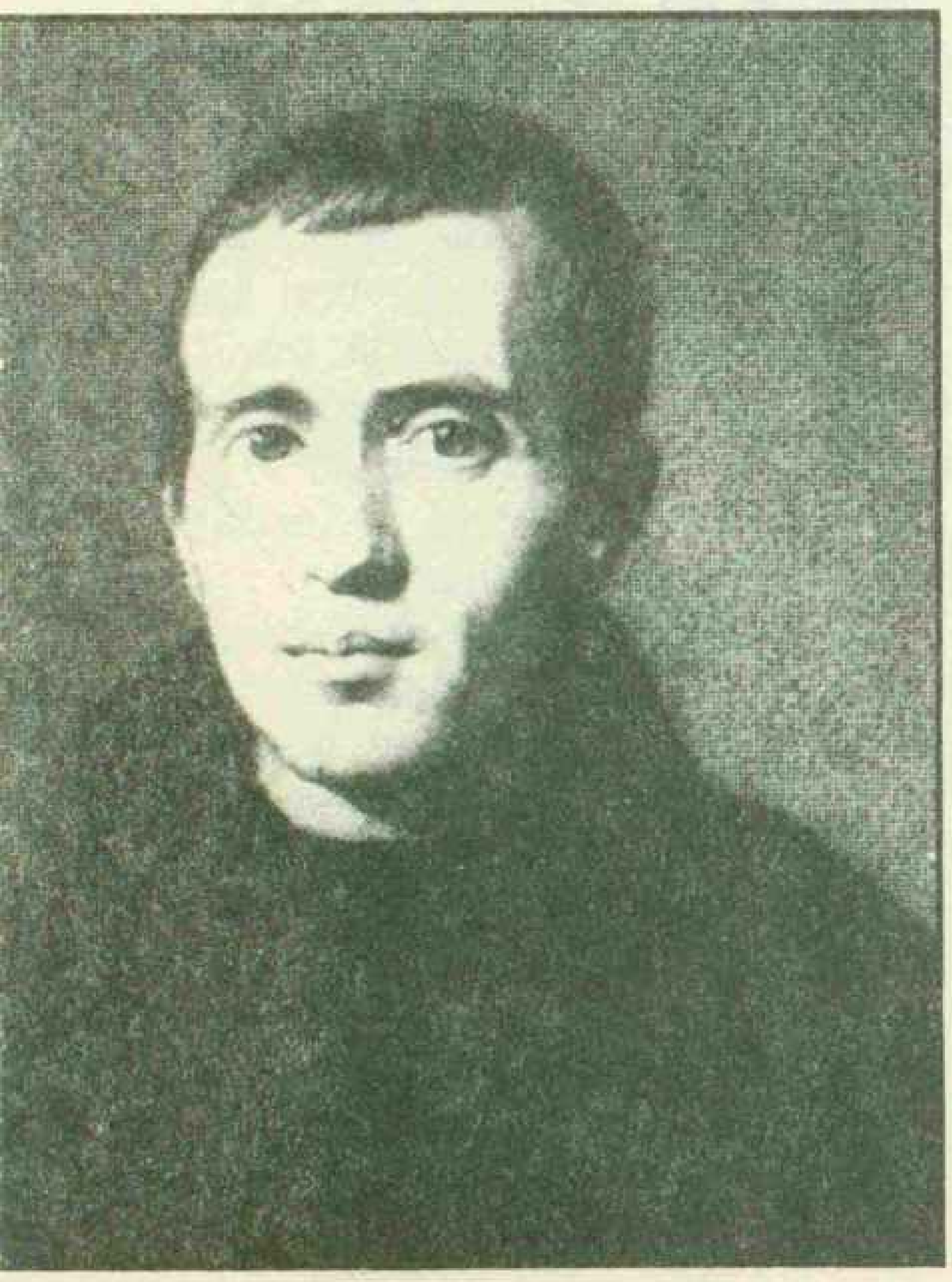
La subida de Narváez al poder, y las tragedias de 1848 acabaron poco a poco con la prensa liberal y avanzada, continuamente bajo la presión de la dureza gubernamental. 14 periódicos de Madrid tuvieron que dejar de publicarse.

En 1854 hay en España una nueva resurrección del liberalismo que duró dos años, y que provocó una guerra dialéctica sin cuartel, más enconada que nunca, entre derechas e izquierdas, causada por las primeras, que forman como una militarización del conglomerado católico-burgués, para contener a los socialistas, que comienzan a proliferar en el país. Los llamados moderados se



Antonio de los Ríos Rosas (1812-1873).

asocian para evitar el «mal» latente, propagado por Fernando Garrido, introductor del marxismo en semanarios que comienzan a aparecer con cabeceras distintas: «El Taller», «La Organización del Trabajo», «La Atracción». Sus trabajos en pro de las clases sociales oprimidas le llevan a la prisión del Saladero. En esos dos años liberales se producen movimientos obreristas —los primeros— en Valencia, Barcelona, Zaragoza. Esa época de pseudolibertad propicia la existencia en Madrid de 17 periódicos de diaria aparición.



Jaime Balmés (1810-1848).

La mayoría de los mejores literatos y poetas se dedican entonces al periodismo combativo, como en el importante caso del mejor poeta del siglo, Gustavo Adolfo Bécquer, que publica artículos en «La Ilustración de Madrid», «Doña Manuela» y, sobre todo, en «El Contemporáneo», donde escribe crónicas de política y ejerce en realidad una labor de Redacción de numerosas secciones. También publica en el mismo periódico versos, narraciones fantásticas y las celebradas «Cartas desde mi celda», escritas en el monasterio de Verruela, donde se recluyó en 1864, tuberculoso y agotado. Se revela como un periodista de vocación, acorde con su forma de vivir, desorbitada y trashumante.

Otro periodista de trabajos destacables es Pedro Antonio de Alarcón, pionero de las corresponsalías, experimentadas en su magnífico «Diario de un testigo de la Guerra de Africa», tan celebrado dentro de la extensa producción del gran escritor. Como él ejercen la corresponsalía también Carlos Navarro Rodrigo, y otro poeta postromántico, Gaspar Núñez de Arce, de personalidad y popularidad hermanadas.

Alarcón les gana la partida a todos. Sus reportajes y artículos de Africa son de un lenguaje sencillo, violento y convincente. Introduce por primera vez las ilustraciones fotográficas en el periodismo, convencido de que constituyen un complemento imprescindible de las tareas del oficio.

¿Cómo no considerar un periodista de la época, asimismo, a don Benito Pérez Galdós? Comenzó a escribir en «La Nación», que aparece en 1864, con un artículo sin firma que recoge el pensamiento del diario en estos términos:

«A cualquiera parte donde tendamos la vista se nos presenta un horizonte político cubierto de negras nubes que anuncian de una manera cierta la tormenta que ha de correr nuestra patria si los hombres todos de recta inteligencia, de ánimo generoso y levantado y de acendrado patriotismo, no aúnan los esfuerzos para conjurarla y enderezar la nave del Estado a puerto seguro. Hemos venido al combate para cooperar a la grande obra de levantar el estandarte del progreso por encima de los baluartes donde ondea todavía la desgarrada bandera del oscurantismo, sostenida por algunos soldados sin fe, tránsfugas de nuestro campo, y por los últimos restos de la hueste absolutista, que se agrupan a sus pies y pretenden disfrazarse a su sombra.»

Galdós ingresa en la Redacción de este diario en 1865, apenas establecerse en Madrid. Los postulados de aquella publicación son exactamente los de don Benito.

Castelar, precedente del periodismo republicano

Surge en las tareas periodísticas del momento la personalidad de Emilio Castelar, el orador ilustre de nuestra literatura del siglo XIX. Como republicano de afiliación comienza dirigiendo «La Democracia», rival de «La Discusión», periódico republicano también, que primero dirige don Nicolás María Rivero y luego, en abril de 1864, don Francisco Pi y Margall, que disputa a Castelar el liderazgo del republicanismo.

Castelar emprende una campaña furiosa en «La Democracia» contra Narváez, presidente del Consejo y sus ministros ex liberales Alcalá Galiano y González Bravo. Narváez trata de acallar esta campaña, pero

no se atreve a suspender el diario. Sus adictos «se meten» con Castelar invocando un escrúpulo sin base ética hoy en día: «¿Cómo es posible que un hombre de cátedra sea también político?» Todas las paradojas son manejadas por la reacción para defenderse.

Estas polémicas dan paso a una forma de concebir la profesión periodística con un mayor sentido de docencia y orientación. Así nace «El Imparcial» el 16 de mayo de 1867, conducido por su propietario don Eduardo Gasset y Artime, quien habría de tener años más tarde un nieto de ilustre talla internacional: José Ortega y Gasset.

«El Imparcial» tiene que dejar de publicarse un año después de su aparición por el estallido de «La Gloriosa», que dio al traste con el reinado de Isabel II. Pero reaparece pasado algún tiempo y da origen a un auténtico florecimiento del periodismo culto incorporado por firmas de este siglo como las de Ortega y Gasset, Pérez de Ayala, Azorín, Unamuno... Un periodismo que no ha vuelto a repetirse.

Del periodismo «rancio» en Cataluña

Sería una laguna histórica dejar estos apuntes sin referirnos un poco más extensamente al otro polo del periodismo español., Cataluña, y concretamente Barcelona, que como queda dicho al principio es la primera ciudad peninsular que lanza a la calle un periódico de aparición diaria. Existen algunos datos de que veinte años antes de que apareciera en Madrid la «Gazeta» del hijo bastardo de Felipe IV, el dueño de una imprenta de Barcelona, llamado Jaume Romeu, Lanzó al público un verdadero semanario, que se titulaba también «Gazeta», en el que se daba cuenta de los acontecimientos bélicos y su desarrollo, tanto en España como en otros y entre otros países de Europa.

La palabra «gazeta» viene de la denominación de un centavo italiano, que era lo que costaba un periódico aparecido poco antes en la ciudad de Venecia.

Luego aparecen en Barcelona otros periódicos que merecen figurar en estos apuntes históricos: «Caxon de Sastre cathalan» (1761); «Diario Curioso, Histórico, Erudito, Comercial, Público y Económico» (1762); «Diario Evangélico» (1772); «Semanario Curioso, Erudito, Comercial y Económico» (1773), y por fin el «Diario de Barcelona».

Periodismo catalán de izquierdas

Si se pretende encontrar un periodismo de izquierdas o de oposición propiamente dicho, hay que dar un salto muy vrande, de casi dos siglos. Entiéndase que los movimientos o épocas de regionalismo que concitan o amparan algunos periódicos en ese gran interregno, no son precisamente de izquierda ni propugnando legislaciones sociales m0s justas, sino impulsados por unu oligarquía catalana capitalista. Por ello, ese salto nos lleva hasta «La Publicidad», aparecida en 1870, como diario republicano, que albergó tendencias distintas dentro de esa ideología, en el transcurso de su vida.

Jaume Passarell, en una historia de «La Publi», confirma:

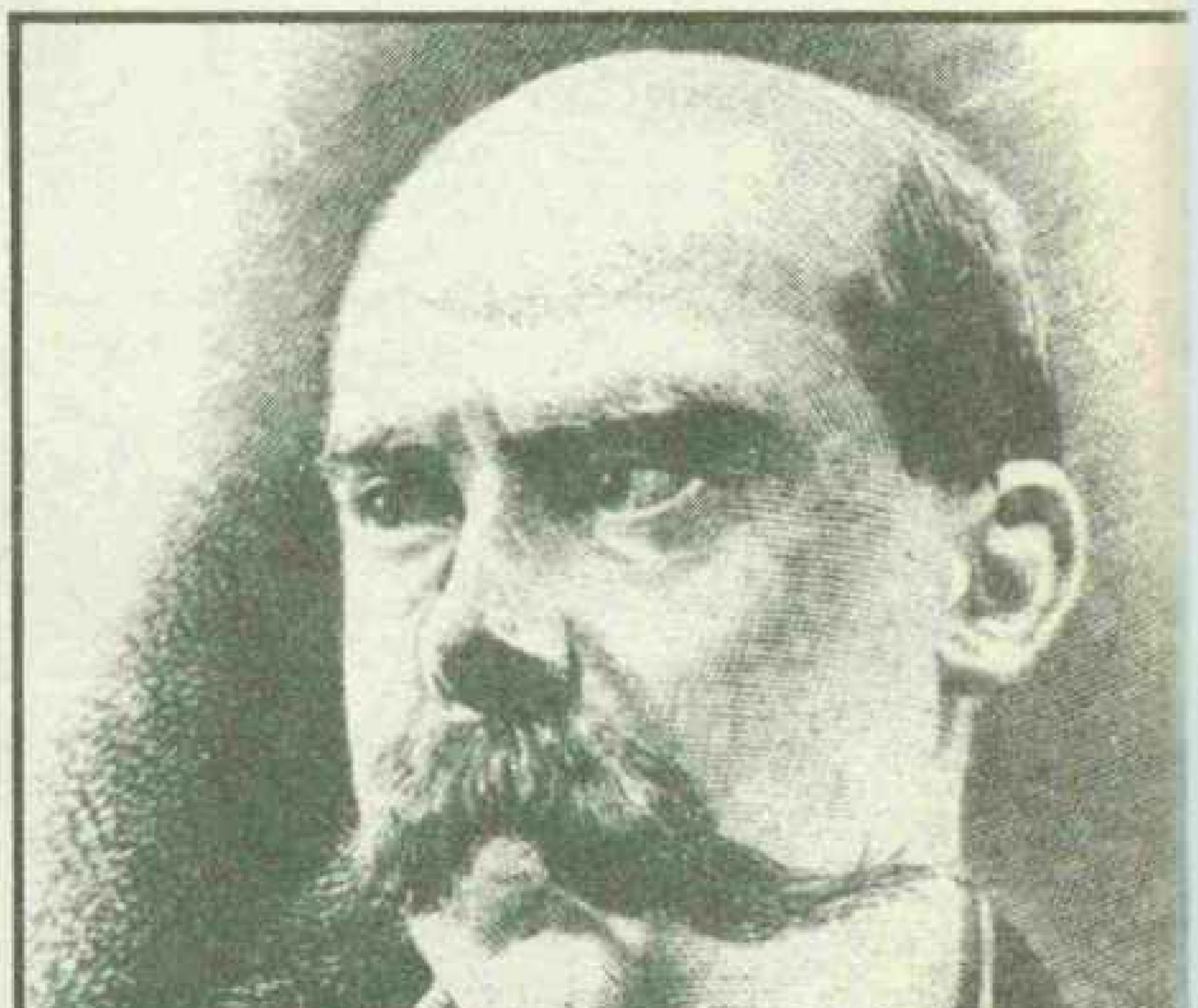
«En efecto, había sido castelarina, salmeroniana y antes de hacerse catalana ("La Publicitat") fue también lerrouxista.»

Sin embargo, esta última tendencia política terminó cuando comenzó a publicarse en catalán, con lo que el turbio líder republicano no podía estar conforme, y creó un órgano de inspiración titulado «El Progreso».

«La Publi» (llamada así por el pueblo) bajó la tirada a principio de los años veinte, pero se vigorizó —como casi todos los periódicos españoles– – al estallar la primera guerra mundial. Pasó entonces a ser propiedad de la familia Tayá, que era, a su vez, dueña de una poderosa compañía de na-



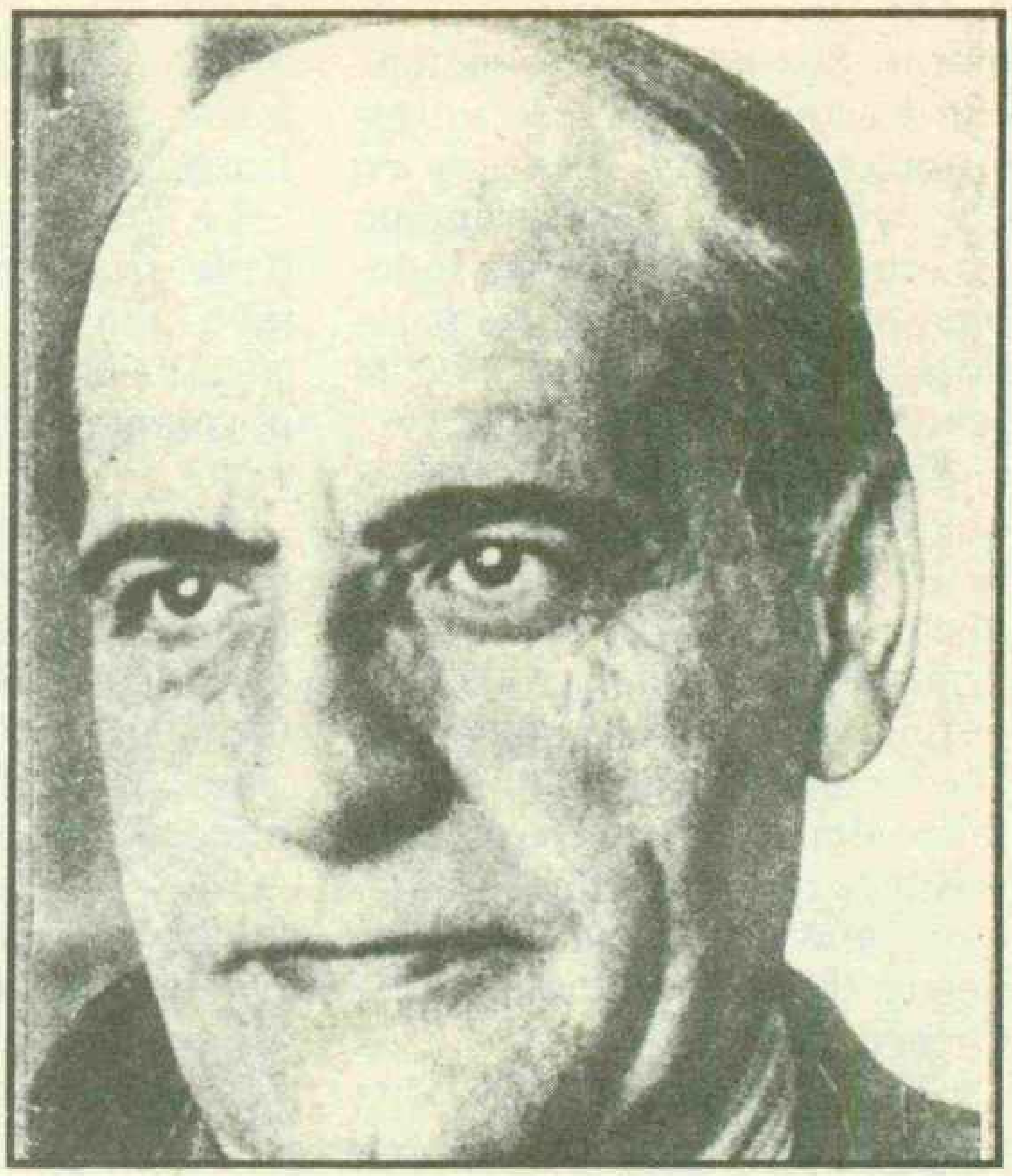
Pedro Antonio de Alarcón (1833-1891).



Emilio Castelar (1832-1899).



Benito Pérez Galdós (1843-1920).



José Ortega y Gasset (1833-1955).

vegación, quienes colocaron al frente del periódico a un abogado representativo del «seny» catalán: Amadeo Hurtado.

La redacción de «La Publi» cambió por completo. Se hizo más izquierdista, con elementos de gran valor profesional y político como Andrés Nin y manuel Brunet, que se ocupaban de los temas inhernacionales; Antonio Rovira Virgili, uno de los llamados «maestros del periodismo»; Carlos Soldevila, Feliú Elías «Apa», caricaturista que llena toda una época del humor catalán, y escritor también de crónicas inefables; Eugenio Xammar, Angel Ferrán, famoso por sus intencionados artículos, Manuel Fontdevila...

En 1922 fue comprada por el recién creado partido político



EL IMPARCIAL

DIARIO LIBERAL

FUNDADO POR D. EDUARDO GASSET Y ARTIME

Número suelto: 5 céntimos

Calle del Duque de Alba, 4

SE NOS ACONSEJA...

Y decimos nosotros

DEL MOMENTO POLITICO

Bajo el arco en ruina

POR JOSE ORTEGA Y GASSET

Facsímil de la primera página de «El Imparcial», del 13 de junio de 1917.



Año II - Epoca VI — Barcelona, miércoles, 15 abril 1931 — Número 127

SOLIDARIDAD OBRERA

A I T

Organo de la Confederación Regional del Trabajo de Cataluña — Portavoz de la Confederación Nacional del Trabajo de España

En actitud expectante

DESPUES DE LA PROCLAMACION DE LA REPUBLICA

La Confederación Nacional del Trabajo toma posiciones

El primer decreto promulgado por el Gobierno provisional ha sido concediendo una amplia amnistía

A últimas horas de la noche el pueblo ocupa las calles y plazas de Barcelona

Luis Companys ha sido nombrado gobernador interino de Barcelona

Una Constitución interina

Los sucesos de anoche en Atarazanas

Una víctima de la fuerza pública

Un telegrama de Alcalá Zamora a los gobernadores civiles

En octava página publicamos un interesante artículo de don Ramón Franco

AL PUEBLO ESPAÑOL

Ha sido proclamada la República en España.

El nefasto Borbón que nos tenía la argolla al cuello, ha tenido que dejar el poder.

El Ayuntamiento, la Diputación, Correos y Telégrafos, están en manos del pueblo. Para sancionar estos hechos, el pueblo debe manifestarse en la calle.

No nos entusiasma una República burguesa, pero no consentiremos una nueva dictadura.

Contra una posible reacción de los elementos armados, el pueblo debe estar en pie.

Si la República ha de consolidarse será indudablemente contando con la organización obrera, de lo contrario, no será.

Como condición previa, exigimos la inmediata libertad de todos nuestros presos.

Después de este primordialísimo, impondremos otras condiciones.

LA CONFEDERACION REGIONAL DEL TRABAJO DE CATALUÑA DECLARA LA HUELGA GENERAL Y ESTA A LA ESPECTATIVA DE LOS ACONTECIMIENTOS.

¡¡Por la libertad de los presos!! ¡¡Por la revolución!!

¡Viva la Confederación Nacional del Trabajo de España!

Quedan exceptuados del paro los obreros de la Alimentación, Limpieza, Agua, Gas y Electricidad, Prensa, Ferroviarios y Sanidad.

Por la organización obrera,
Comité Regional de Cataluña, Federación Local de Sindicatos de Barcelona
Comité Nacional de la C. N. T.

Maciá ha prohibido que sea radiado el manifiesto de la C. R. T.

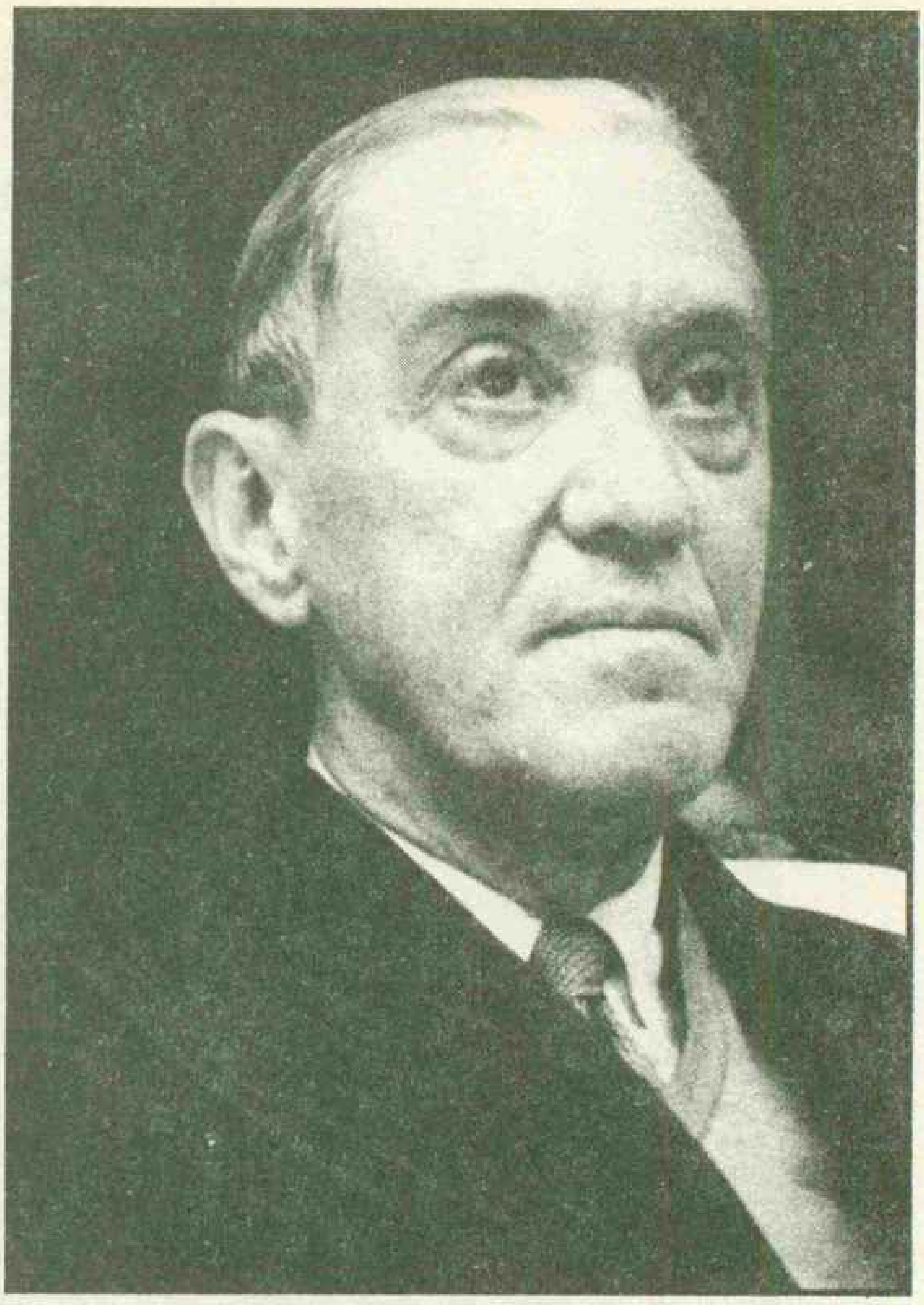
¡¡ABRANSE LAS CARCELES!!

En esta hora solemne, en esta hora única en que nuestra historia va a dar un paso decisivo hacia el porvenir, nosotros reclamamos a nuestros presos. Nuestros presos son las víctimas del régimen que han sufrido todos los dolores y han apurado hasta las heces el cáliz de la amargura más honda. ¡Abranse las cárceles a nuestros presos! Queremos su libertad! Hay que borrar en lo posible la estela trágica de la monarquía y es necesario que los presos recobren su libertad. Esto es perentorio. Urgente. Inaplazable. Lo exige el pueblo que conoce sus sufrimientos y su desesperación. Lo exige el que ha derrumbado el régimen vaciando sobre los adoquines de las ciudades españolas, la sepa roja de su sangre moza. ¡Libertad para los presos! Recobrando la ciudadanía hay que recobrar la verguenza y recobrando la verguenza hay que proclamar que el lugar de nuestros presos, el que dejarán vacío mañana mismo, deben ocuparlo Martínez Anido y Cambó, Puig y Cadafalch y Barrera, con otros tantos que fueron sus verdugos.

Portada de «Solidaridad Obrera», del 15 de abril de 1931.



Luis Companys (1882-1940).



Ramón Pérez de Ayala (1881-1962).

«Acció Catalana», disidente de la famosa «Lliga». «La Publi», financiada entonces por Ramón d'Abadal y mtros empresarios, experimentó un desahogo económico, y llegó a encauzar un estado de opinión cada vez más poderoso, decisivo, como en algunos periódicos madrileños, en la caída de la dictadura y proclamación de la República.

La dirigió primero, con la nueva empresa, Luis Nicolau D'Olwer, minishro luego del Gobierno Provisimnal Republicano, por lo que tuvo que dejar la dirección, siendo sustituido en ella inicialmente por Marti Esteve y después por Rovira Virgili. Este, Nicolau y Bofill y Matas escribieron en tiempos de la dictadura primorriverista los editoriales críticos que crearon el estado de opinión antedicho. Asimismm tenían muchms lectores los artículos enviados desde París por José Pla, en plena juventud, la columna de Manuel Brunet, y en fin, pas colaboraciones de otros grandes periodistas.

Al llegar la República, «La Publi» fue decayendo hasta el final de la guerra, en que murió asesinada como tantos otros periódicos.

Más a la izquierda

Más a la izquierda, o completamente a la izquierda, se situó en Barcelona el prestigioso diario «El Diluvio», cuyo propietario murió en la cárcel poco después del triunfo fascista (véase núm. 49 de «Tiempo de Historia»).

Este periódico apareció en 1879, como sucedáneo de otro titulado «El Telégrafo», que fue prohibido por el Gobierno.

Se destacó «El Diluvio» por sus ataques al clero cerril que el liberalismo español padeció tradicionalmente. Estos ataques llevaban la firma, entre otros, del ex sacerdote Albini juste, que utilizaba el seudónimo de «Fray Gerundio», rememorando el semanario del mismo nombre que había sido famoso en Madrid.

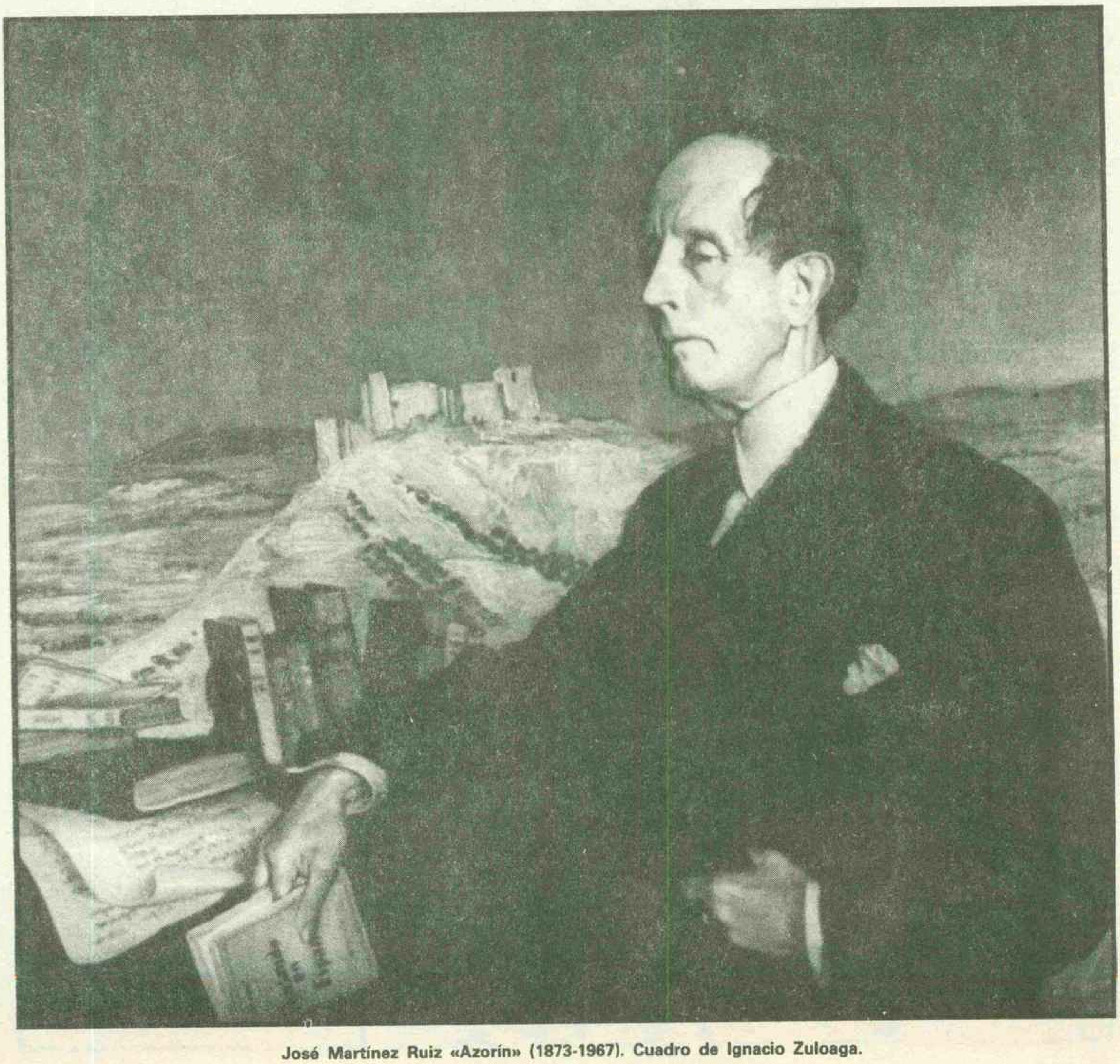
Ideológicamente «El Diluvio» era un diario republicano-federal y fue incautado por la Falange en las circunstancias que explicamos en el antedicho núm 49 de esta revista.

Posiblemente el diario más izquierdista de todos en Barcelona, legendario del obrerismo español, haya sido «Solidaridad Obrera» («Solidaridad Nacional» todavía hoy desde la rapiña falangista). Su aparición y su ideología se deben al nombre de una organización de trabajadores constituida en 1907, y que en 1911 se llamó precisamente «Solidaridad Obrera», Confederación Nacional del Trabajo (CNT). Más tarde apareció el periódico con esa cabecera, portavoz al correr del tiempo del sindicalismo que correspondía a aque-

llas siglas. tras el llamado Congreso de Sans, lo dirigió Angel Pestaña. Otros directores le sucedieron después de haber formado éste el Partido Sindicalista, abandonando el apoliticismo cenetista. La popular «Soli» —llegó a tirar 400.000 ejemplares— también fue sacrificada al terminar la guerra y sustituida en sus mismos talleres apropiados por el diario falangista mencionado, que a pesar de conservar el formato y características de continente anteriores, con propósito maniqueo de dar gato por liebre, nunca ha llegado a «tirar» más de 30.000 ejemplares, y ha sido y es uno de los periódicos que ha costado sumas fabulosas al aparato estatal.

Entre otros periódicos izquierdistas de Barcelona, publicados éstos en idioma catalán, se recuerdan «La Nau» (La Nave), «L'Opiniq» y «L'Humanitat». Tuvieron gran influencia en la gente, «La Nau» era vespertino y apareció en 1927, firigido por el ya referido elogiosamente Antonio Rovira Virgili, que pasó de la Redacción de «La Publicitat» a hacerse cargo de aquella flamante *nave* republicana. Duró poco tiempo, hasta 1933, torpedeada por el gobierno lerrouxista.

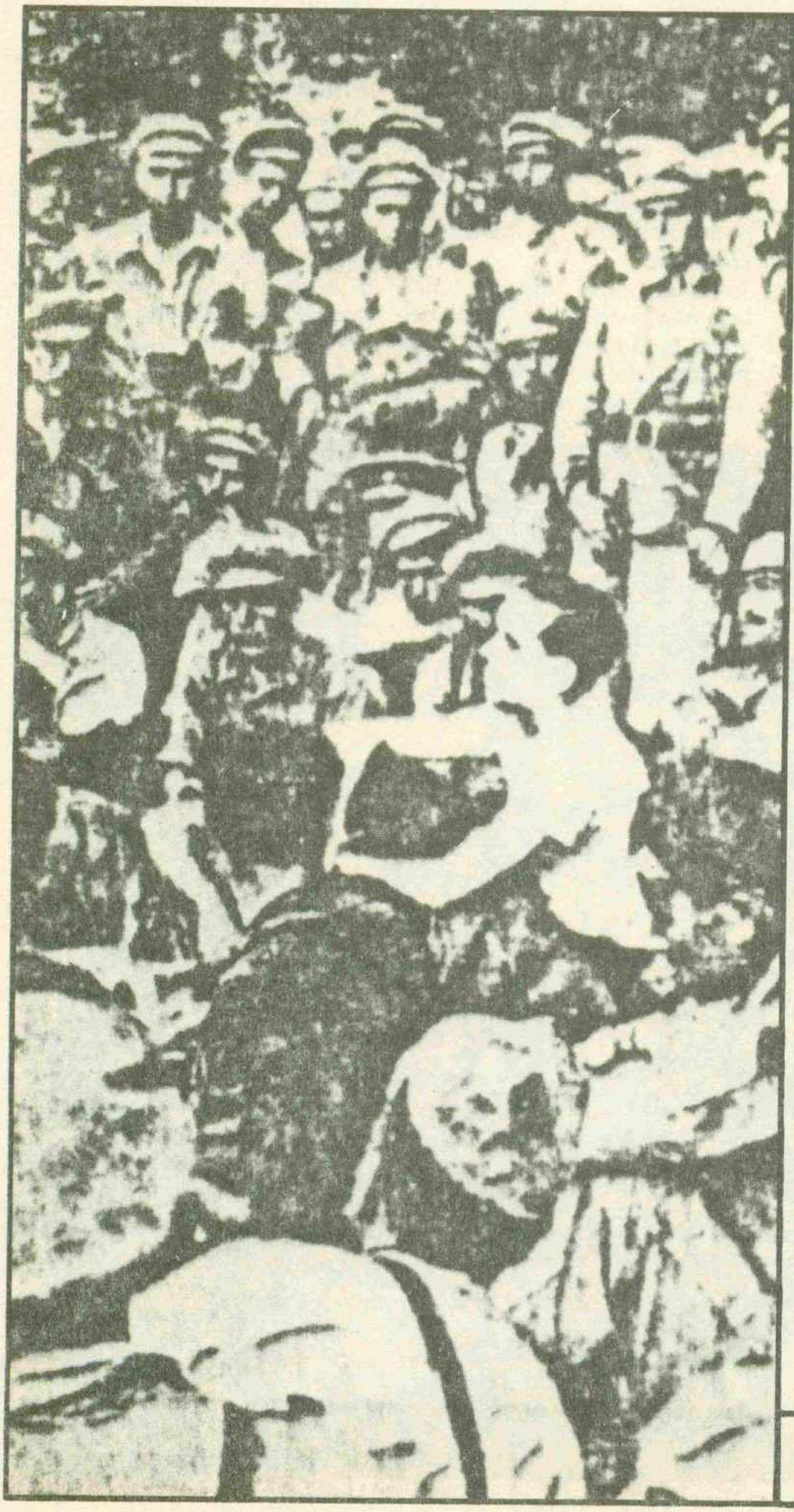
«L'Opiniq» empezó como semanario en 1928, y se convirtió en diario por breve tiempo antes de la República, pero a los dos meses de proclamada ésta aparecía como portavoz de la Esquerra, sustentada periodísticamente por los intelectuales del partido. La disparidad de criterios común a toda organización política hizo que algunos «esquerristas» se marcharan del periódico y lanzaran otro a la calle, «L'Humanitat», que, dirigido por Lluis Companys, debilitó mucho la fuerza de «L'Opinió» en la aceptación pública. La dedicación a la política activa del mártir de Cataluña, requirió que de la publicación se encargara directamente José María Massip, y luego otros periodistas de igual talante y talento, hasta que los franquistas se adueñaron de Barcelona. ■ **C. S.**



José Martínez Ruiz «Azorín» (1873-1967). Cuadro de Ignacio Zuloaga.

Historia de un periodista

Manuel Izquierdo



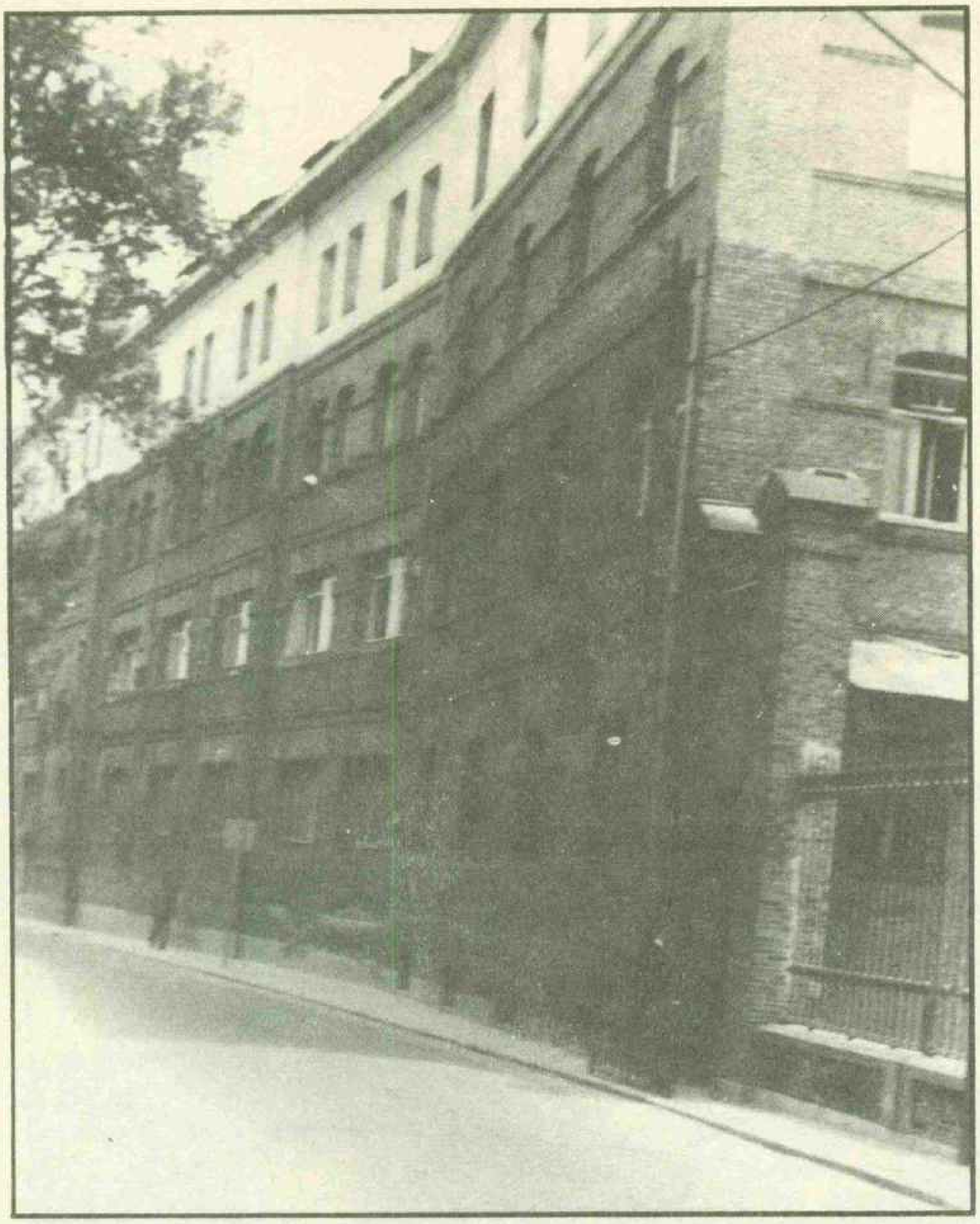
LA cárcel de Santa Rita estaba situada en Carabanchel. Concretamente en Carabanchel bajo, pues hasta 1936 existían «los Carabancheles», es decir, el Bajo y el Alto, uno con 30.000 y el otro con 7.000 habitantes, respectivamente. La fama de Carabanchel venía desde que Ricardo de la Vega y Tomás Bretón le habían aireado en su «Verbena de la Paloma». Entonces las corridas de toros eran el tema más importante en las esperas de barberías y en los portales y tiendas de zapateros remendones, quienes colgaban en ellos los carteles anunciadores de la próxima fiesta. Vista Alegre, el coso carabanchelero, brillaba en turno con las plazas de Madrid y de Tetuán.

Manuel Navarro Ballesteros (con camisa blanca), entre los combatientes.

NUNCA había tenido Carabanchel el sambenito de «carcelario» hasta 1939. En el siglo XIX existía la cárcel del Saladero por Embajadores y Lavapiés. Fue en ella donde pasaron sus etapas de detención los Pablo Iglesias, los García Quejido y tantos otros. Aquella prisión fue derruida y reemplazada por la Modelo de la Moncloa, en la confluencia de las calles Princesa, luego Blasco Ibáñez y la de Moret. Por aquí se fijaron las líneas de combate desde noviembre de 1936 hasta el fin de la guerra. Al acabar ésta, toda la edificación estaba destruida por la aviación, por la artillería y los morteros.

En los planes de «reconstrucción», preestablecidos en Burgos antes del 1 de abril, entraban en primer lugar los campos de concentración y las cárceles. A Carabanchel tocaron dos en suerte: Santa Rita y Príncipe Pío. Este lugar fue habilitado entonces: Santa Rita se prestaba más, por su afectación anterior, al menester destinado. Había existido allí un reformatorio para jóvenes delincuentes y la evocación del mismo, así como de sus frailes descalzos, regentadores de celdas y correas de castigo para muchachos descarriados, era toda la visión negra de Carabanchel.

La prisión de Santa Rita permaneció en el papel asignado por Franco hasta el momento en que decidió construir una nueva cárcel para Madrid. A este efecto fueron destinados los presos que quedaban en aquélla. En marzo de 1944 una expedición conducida por la Guardia Civil trasladó el contingente de detenidos en Porlier a la nueva prisión de Carabanchel, todavía no terminada.


Antiguo reformatorio de Santa Rita, convertido en Prisión en abril de 1939.

TRANSITO

En el locutorio de Santa Rita y separados por dos rejas, un hombre gritaba desde el interior a su interlocutora entre los atropellos y voces de detenidos y visitantes. Respondía con un gesto de cabeza elocuente y rotundo. Los dos o tres minutos disponibles en la comunicación empujaban a la precipitación mutua:

—Di a tu marido —habló el preso— que siga como hasta ahora... ¡Y que tenga más suerte que yo!

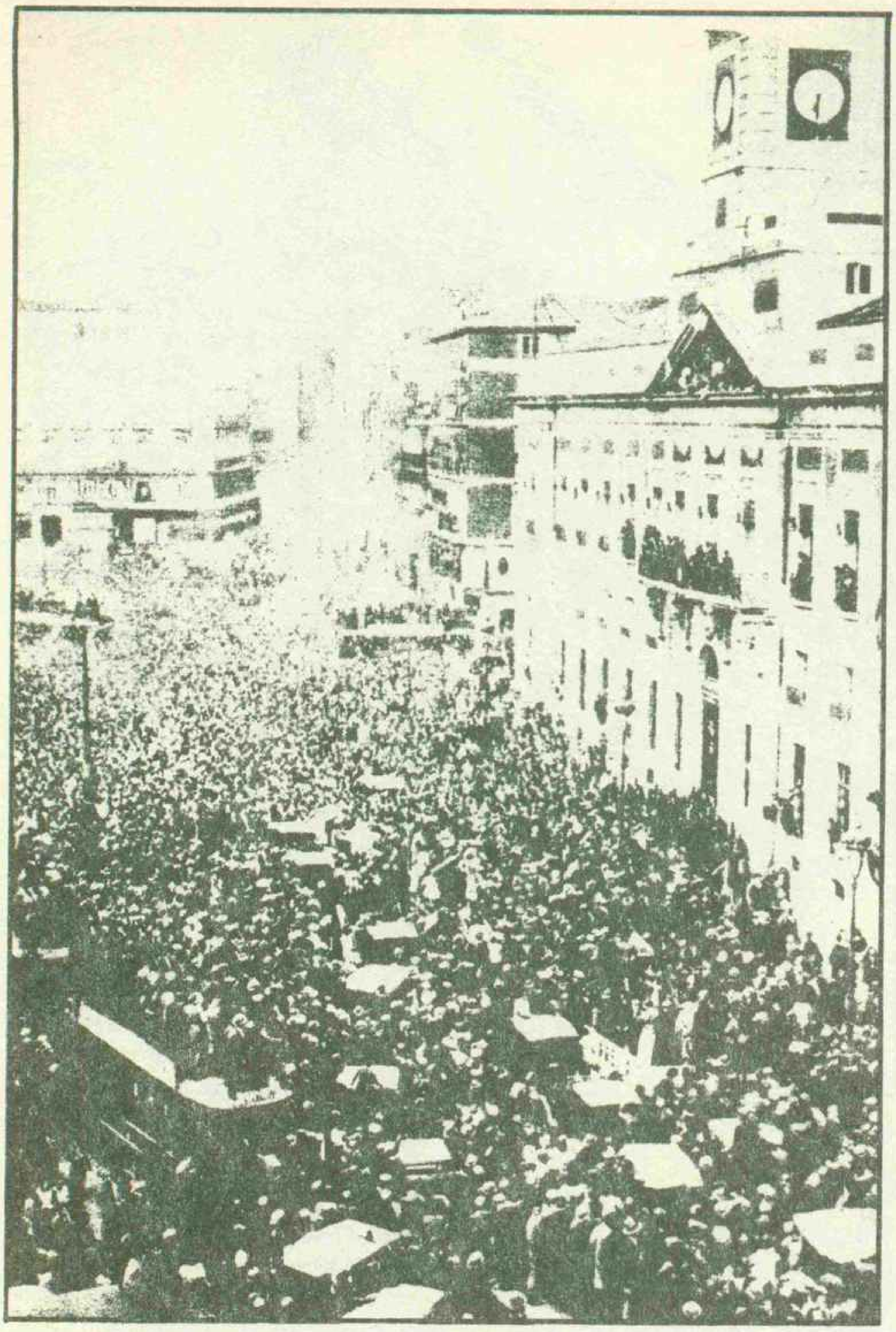
Aquella escena anunciaba el final de algo que había comenzado en el puerto de Alicante dos años antes. Concretamente, desde que la división Littorio desfilara ante él. Ese «algo» para el encarcelado, el periodista Manuel Navarro Ballesteros, constituía la etapa final de su vida. Podía arrancar ésta del momento en que escuchaba, sentado, al pie de una montaña de lentejas levantada sobre el muelle. Allí, bajo el segundo cobertizo, estaba reunido con una cuarentena de personas.

En tal momento, el parapeto de sacos terreros, existente a comienzos de la estancia de la multitud en el puerto, estaba medio derruido. Los centinelas y las dos tanquetas «de Sendin», antes apostadas allí, habían desaparecido. La evacuación iba ya avanzada.

En la cima de la colina alguien hablaba. Navarro miraba de tanto en tanto al mar o llevaba su vista hacia el suelo para empujar un puñadito de leguminosas. Escuchaba. Estaba de espaldas a quien hablaba, en realidad a todos los demás. Sabía como iba a terminar aquello. No se inmutó al oír:

—... y ahora vamos a salir todos... Cada uno por su cuenta.

Lenta, ya casi separadamen-



La Puerta del Sol, 14 de abril de 1931.

te, los reunidos echaron a andar. Les fueron siguiendo los rezagados. Navarro marchó en la columna Paseo de las Palmeras adelante. Las aceras estaban ocupadas por militares, falangistas y legionarios. Un gran chalet se alzaba antes de alcanzar el viraje de la carretera. Tenía una amplísima terraza, a la altura de su primer piso, que terminaba en balaustrada. Tras ella, unas doce o quince mujeres de todas las edades miraban el paso del convoy inmóviles, en silencio. Lloraban, lloraban...

A la caída de la noche, el Campo de los Almendros había tragado el contingente del puerto, fuera de mujeres y niños conducidos a cines de la ciudad. En cuanto venían las sombras tableteaban las ametralladoras para desalentar intentos de fuga y, a veces, contra evasiones reales. Un chusco y una latita de sardinas para cinco se repartía de madrugada como ración para una jornada. Los intermitentes e intensos aguaceros alternaban con un cálido sol durante el día. Cuarenta y ocho horas correspondió a los italianos la guardia del campo. Los soldados, los mismos sargentos, demostraban haber recibido consignas de aparecer amables. Alguno de éstos traspasó unos metros su línea de vigilancia y habló a quienes estaban cerca de él:

—Esto —les dijo al aludir a los campos de prisioneros— va a terminar. Ahora, en seguida, fuera... Y sin tardar... todos juntos ¡a Moscú!

Se rumoreaba la evacuación. Navarro apareció por entre los grupos, ante «tiendas» y agujeros de los taludes. Al reconocer a alguien se paraba brevemente:

—Ya nadie conoce a nadie —repetía— y nadie sabe nada de nada.

EL PRISIONERO Y EL PRESO

Pasado el Puente de Toledo observó Navarro, desde el camión que le conducía a Santa Rita, a muchachos que se movían alrededor de la antigua escuela y que, por el uniforme, se dirían soldados. Eran, simplemente, «prisioneros», pero de otra categoría que los aparcados en el Campo de los Almendros, en la Plaza de Toros de Alicante y en la de Valencia, en el Castillo de Santa Bárbara, en Albatera, sobre el terreno que más tarde sería el estadio Bernabeu, en el campo de fútbol de Vallecas. Aquellos jóvenes estaban en edad militar; procedían de la que había sido zona republicana y eran agrupados en compañías de trabajo. Sobre ninguno de ellos había recaído «denuncia». A pesar de lo cual nunca fueron encuadrados en unidades regulares. No merecían confianza a los vencedores.

Navarro había continuado en calidad de «prisionero», estilo parte de Franco de 1 de abril de 1939, en el Campo de Albatera. Fue este infierno, de todos los campos de concentración surgidos en aquellas fechas, el más terrible, prolongado y en el cual los internados encajaron los mayores sufrimientos en cuanto a alimentación, a la falta de agua, de hi-

giene, a las torturas físicas y morales prodigadas por guardianes falangistas y moros, por los fusilamientos a causa de fugas, por las delaciones... Porque con todo el tiempo por delante ya que «aquello era para siempre», los cancerberos de Albatera utilizaron a fondo visitas de «reconocimiento» y algún que otro débil. De estos procedimientos fue víctima Navarro Ballesteros, quien, al ser señalado, se le trasladó a Madrid.

Junto con Navarro condujeron a la capital a otro periodista. Durante su interrogatorio los inquisidores bromeaban porque con su carácter, el uno de redactor-jefe y el otro de director de periódicos, «ya tenían bastante». Les hicieron «comulgar» según las convicciones respectivas. Al uno le obligaron a comer una foto de José Díaz y al otro la de Buenaventura Durruti.

Navarro Ballesteros fue separado de su colega de profesión. Así, al enfilar el vehículo la calle de General Ricardos, rememoró aquel la última vez que por allí había estado. Fue en los primeros días de noviembre de 1936 cuando después de «trasladarse al frente en tranvía» recorrió el camino entre las gentes que a toda prisa se afanaban en abrir trincheras y establecer puntos de resistencia. Veía los edificios desventrados, con muros enteros caídos, al parecer deshabitados. A la altura de Alejandro Sánchez, donde hubo un cine, quedaba el gran agujero dejado por la guerra de minas. Por allí empezaba la que había sido «zona nacional». Inverosímilmente estaba en pie la casilla de peones camineros con sus conocidos letreros: «A Carabanchel Bajo, 1 km.», «A Leganés, 8 km.».

LA PRENSA DESDE LEJOS

Ya en Santa Rita pudo Navarro Ballesteros contemplar el panorama periodístico madrileño. Habían desaparecido los diarios «Heraldo de Madrid», «La Voz», «El Sol», «El Socialista», «Claridad», «CNT», «Castilla Libre», «Ahora», «Política», «Mundo Obrero», el semanario «Estampa», las agencias AIMA y la oficiosa «España». Edificios, talleres y bienes incautados por los franquistas. Estos seguían usando el expeditivo procedimiento practicado desde el 18 de julio, ahora «legalizado» por la llamada ley de prensa dada en Burgos en 22 de abril de 1938. Sólo se había salvado del desmoche los títulos «Informaciones» y «ABC», el primero a base de una redacción afecta a los vencedores y el segundo con su signo monárquico tintado al presente de vasallaje al franquismo. A la reaparición del pío «Ya» se añadió la publicación del falangista «Arriba».

Como en las demás profesiones se crearon en Madrid los juzgados para entender en las

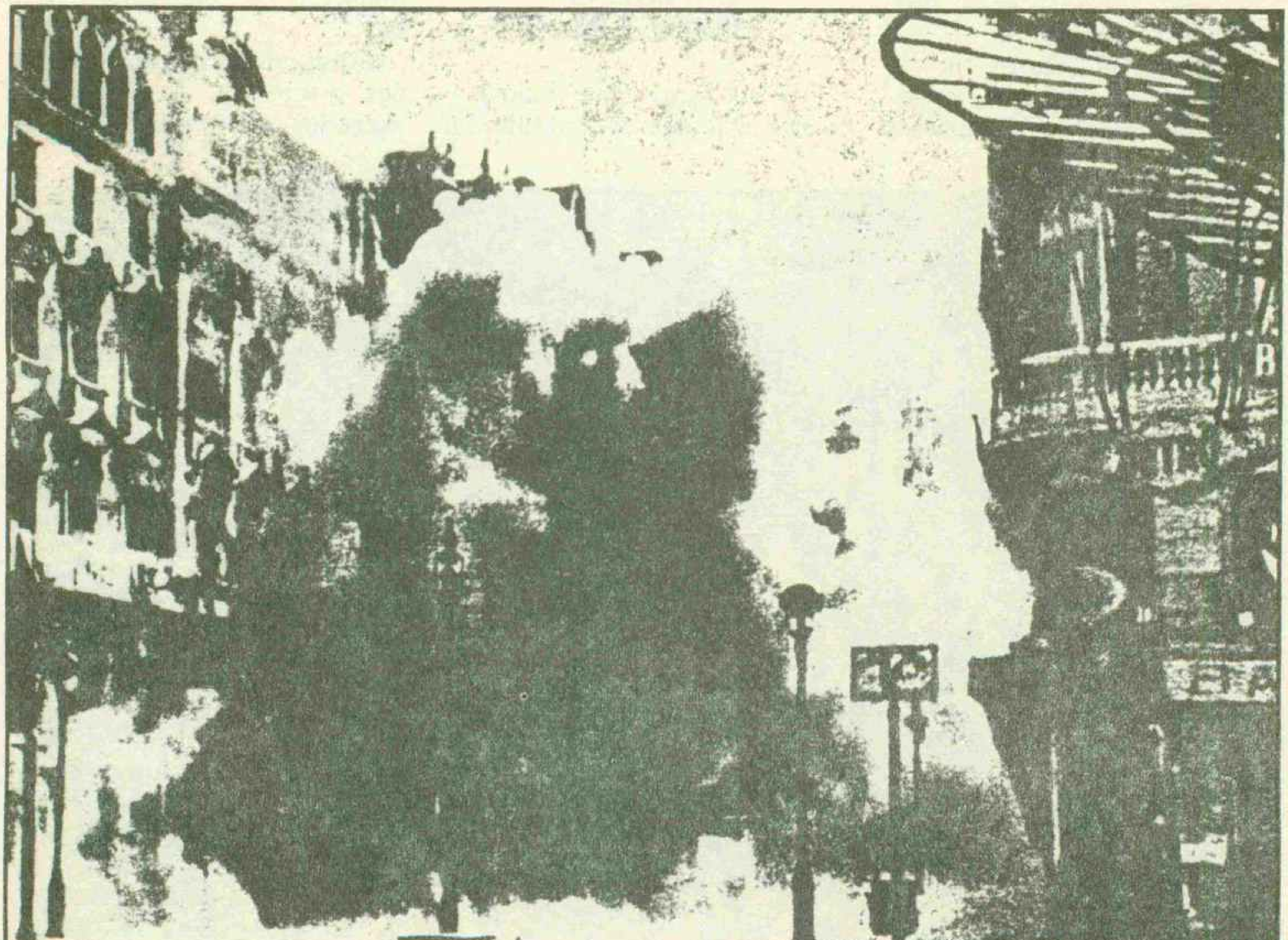


Madrid. La Junta Delegada de Defensa del 7 de noviembre de 1936. El consejero titular de Abastos, representante de la UGT, Pablo Yagüe. (El cuarto por la izquierda.)

causas de los personales de redacción, administración y talleres de las distintas publicaciones, ya suprimidas a no. Empezaron las detenciones. Iba conociendo Navarro el paradero de algunos colegas: Robledano, el dibujante de «Claridad» y presidente de la Agrupación Profesional de Periodistas, estaba en la cárcel de Atocha; Diego San José, en la de Porlier; el dibujante y pintor Ramón Puyol... Los periodistas en activo eran nuevos. Los que ejercían hasta marzo de 1939 y que no fueron detenidos se habían apartado ellos mismos de su oficio como mal menor. Nada podían esperar profesionalmente. Además del juzgado de prensa funcionaba una comisión depuradora para aquellos que no tenían «denuncia» a la que se diera carácter «penal». Fueron así raros los ya muy viejos periodistas que no fueron barridos.

Uno de esos raros supervivientes de la prensa fue Joaquín Llizo. Era de los más antiguos redactores de «El Sol», donde ya ejercía durante la monarquía. En aquel 1939 se publicó una pequeña nota: *«Ha muerto uno de los nuestros»*. Ese era Llizo. Durante la guerra había permanecido en su mismo periódico donde siempre fue respetado; él se había mostrado leal. Más aún. Todo el mundo recordaba su actitud durante el Gobierno Berenguer. Destinado entonces a hacer información en la Presidencia, se encontraba allí a la salida de un consejo de ministros con el grupo de colegas que aguardaban al jefe del Gabinete. Salió el general y *entonces Llizo*, muy ostensiblemente, elevó su brazo a la vertical y disparó la única bala de fogueo que llevaba la pistola empuñada. Se dejó sujetar y detener sin la menor resistencia al tiempo que decía dirigiéndose al general Berenguer: «¡Protesta incruenta contra el régimen que Vos representáis!» Previamente había devuelto su carnet del periódico a la dirección del mismo por medio de un continental. Y así, Joaquín Llizo, que no fue fusilado, ni detenido, ni apartado de la profesión fue «recuperado» a través de una nota necrológica.

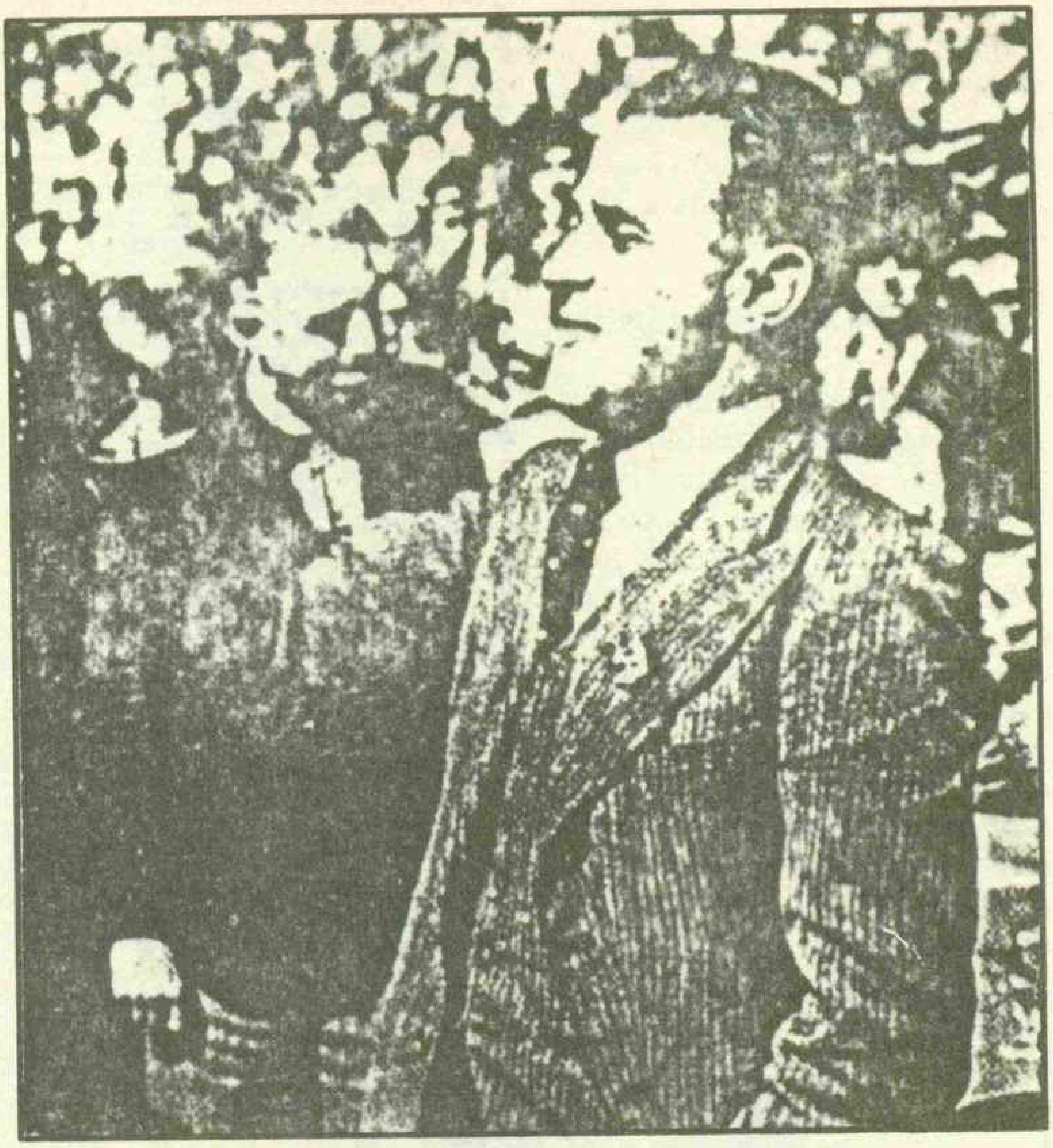
Los ataques contra los «rojos» en «ABC» no tenían comparación con el tronar casi semanal de Francisco Casares con sus artículos-ladrillo en «La Hoja del Lunes». Entre el



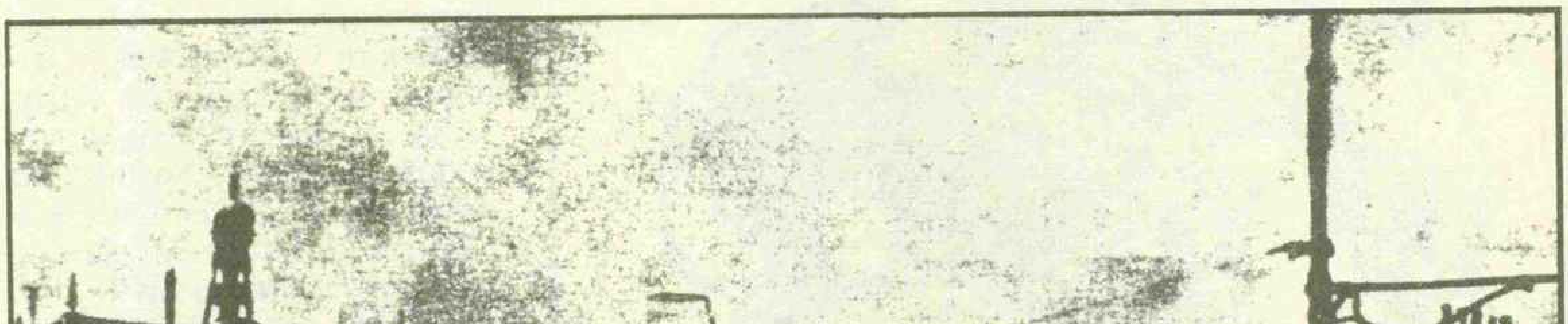
La Gran Vía madrileña bombardeada.

5 de mayo y el 6 de noviembre de 1939 lanzaba no menos de 17 grandes asaltos «a los que lo han sido», «contra los que no se han enterado», se refería a que eso «del perdón y del olvido» ni hablar. Sus disparos periodísticos tenían por blanco a funcionarios y empleados de empresas privadas, a quienes le embargaba «la nostalgia del hogar perdido». El fondo de su ofensiva era *solamente* que hubiera represión, más represión y siempre represión. ¿Los periodistas? Precisamente por ellos había empezado en abril el semanario que monopolizaba la información matutina de los lunes.

En tal ambiente «de la calle» pasaron para Navarro los meses en Albatera y Santa Rita. Pero forzosamente su mundo había dejado ya de ser la prensa. Para él, personalmente, todo se jugaba en los trámites del juzgado, en las vicisitudes de su expediente, en el reflejo



José Díaz.



Madrid. Protección levantada alrededor del monumento a la Cibeles contra los bombardeos artilleros.

que los acontecimientos generales pudieran tener para el mismo, en el consejo de guerra que le condenó a muerte, en la elevación de su sentencia a las altas y decisorias instancias.

LAS UNIVERSIDADES

Nació Navarro Ballesteros en Villarrobledo, pueblo de la provincia de Albacete. Hasta los años veinte se fabricaban allí, como en el no lejano Mota del Cuervo (Cuenca), las tinajas, en que habrían de ser elaborados y almacenados los vinos. A este efecto se extraía la tierra de unas zanjas profundas, llamadas «barreros», en cuyo estado último quedaron al sustituirse aquel medio de producción por el nuevo del cemento armado, traído por obreros de



Agrupación Profesional de Periodistas

ELECCION DE DIRECTIVA Y DE VOCALES DEL JURADO MIXTO DE PRENSA

En cumplimiento de los acuerdos adoptados por la junta general ordinaria celebrada el pasado domingo, el día 17 de los corrientes, también domingo, se verificará la votación simultánea para proveer todos los cargos de la Directiva de la Agrupación Profesional de Periodistas y los puestos de vocales y vocales suplentes del Jurado mixto de Prensa.

La votación se celebrará durante las horas de diez de la mañana a cinco de la tarde, en que comenzará el escrutinio de los sufragios emitidos.

Para mayor comodidad de los afiliados, la Mesa electoral se instalará en los sótanos del Palacio de la Prensa.

Convocatoria a elecciones en la Agrupación Profesional de Periodistas. («Heraldo de Madrid», 15-4-1938).

Extremadura. Si alguien caía a un barrero le era imposible salir. Y los barreros se hicieron trágica y tristemente célebres después de abril de 1939.

Villarrobledo era el centro económico y de población más importante de las comarcas circundantes. Si parte del año había trabajo para obreros agrícolas, artesanos, albañiles y campesinos pobres y medios hasta recibir jornaleros del exterior, en otras épocas se extendía el paro y el pueblo daba una cifra de emigrantes. En el orden social había un buen deslinde: a un lado la Casa del Pueblo, al otro, el Casino de los ricos. En este ambiente la numerosa familia de Navarro empezó a trasladarse a Madrid y a él mismo le llegó también el turno.

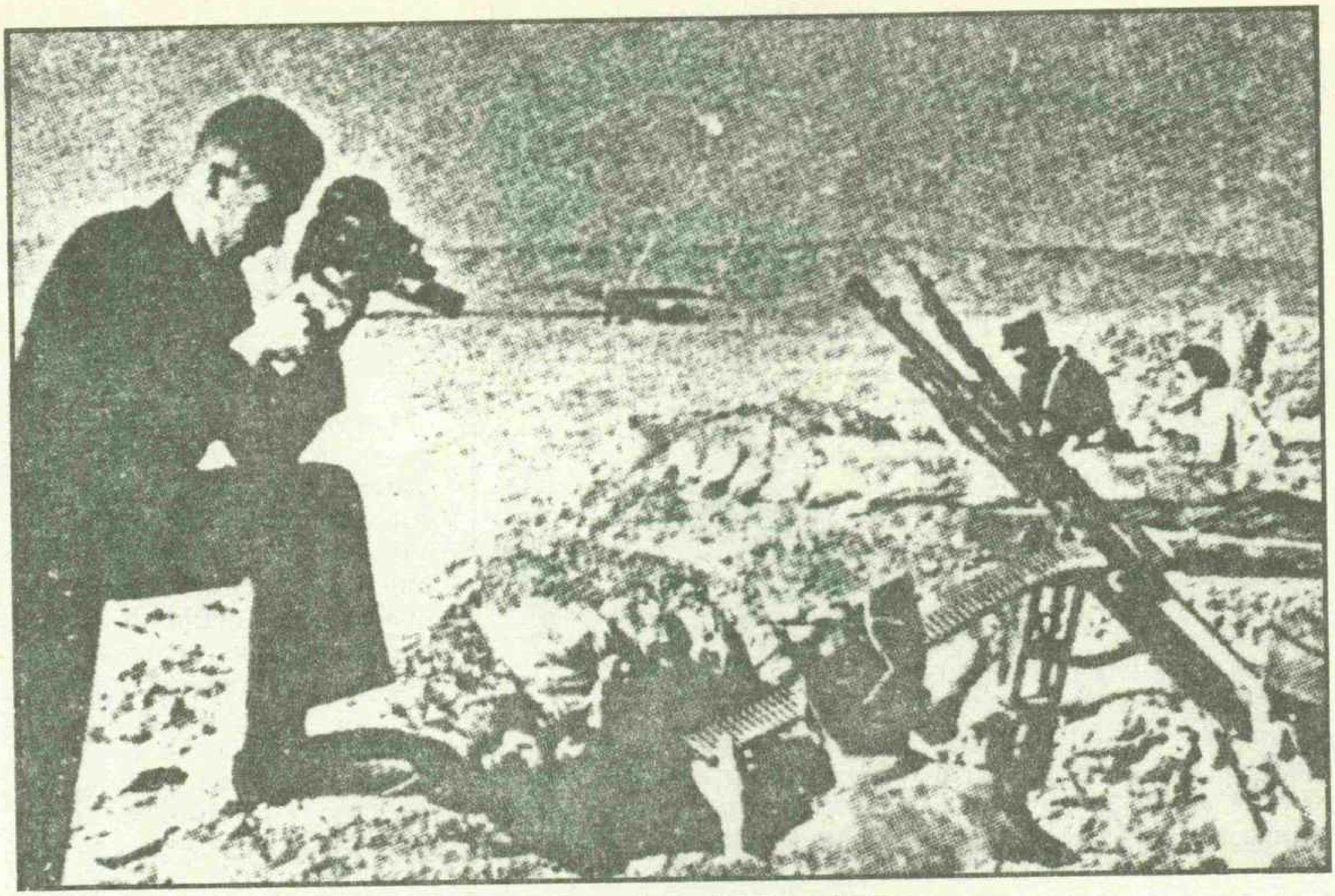
En la capital trabajó Navarro como dependiente en la Cooperativa Socialista. Su actividad en la juventud no le llevó a enfrentarse con la dirección de ésta en Madrid que, como la Nacional, sostenía la imperante línea de Besteiro-Saborit. Tal oposición terminó con la expulsión de las JJ.SS. de una treintena de afiliados, entre ellos Navarro. La salida de las Juventudes acarreó a éste igualmente su despido en la Cooperativa.

Estaba adherido Navarro Ballesteros a la Asociación de Dependientes de Comercio y Empleados de Oficinas. Este sindicato había sido excluido de la UGT, con otros veintiocho y durante varios años, a raíz del Congreso de 1922. La Asociación no había dejado nunca de tener dirección comunista y las votaciones en asamblea eran invariables: 120 votos en favor de la directiva contra 15 de la minoría socialista.

La combatividad de los dependientes venía de principios de siglo. El número de sindicados era varias veces el total de



Cartel del pintor y dibujante Ramón Pujol, hecho durante la guerra.



El cineasta Roman Karmen trabaja en el frente.

los que acudían a las reuniones generales. Estos eran quienes a la hora de cierre de zapaterías, tiendas de telas, papelerías, etc., quedaban libres. En el ramo de alimentación era distinto. Las tiendas no cerraban más que los domingos por la tarde y los dependientes descansaban en ellos sólo de cuatro a ocho. Una vez cada quince días. Dormían en las trastiendas y, en los ultramarinos, lo más frecuentemente lo hacían sobre las sacas de bacalao y al lado de las tinas en que los quesos manchegos se impregnaban de aceite. El trabajo empezaba entre dos luces y no cesaba en el interior del establecimiento después de cerrar éste. Nadie podía tener dinero en su poder. El patrono llevaba un cuaderno donde anotaba los salarios y las cantidades entregadas a su titular a cuenta por cada compra o caso concreto. Hasta su marcha definitiva no recibía el dependiente la liquidación total.

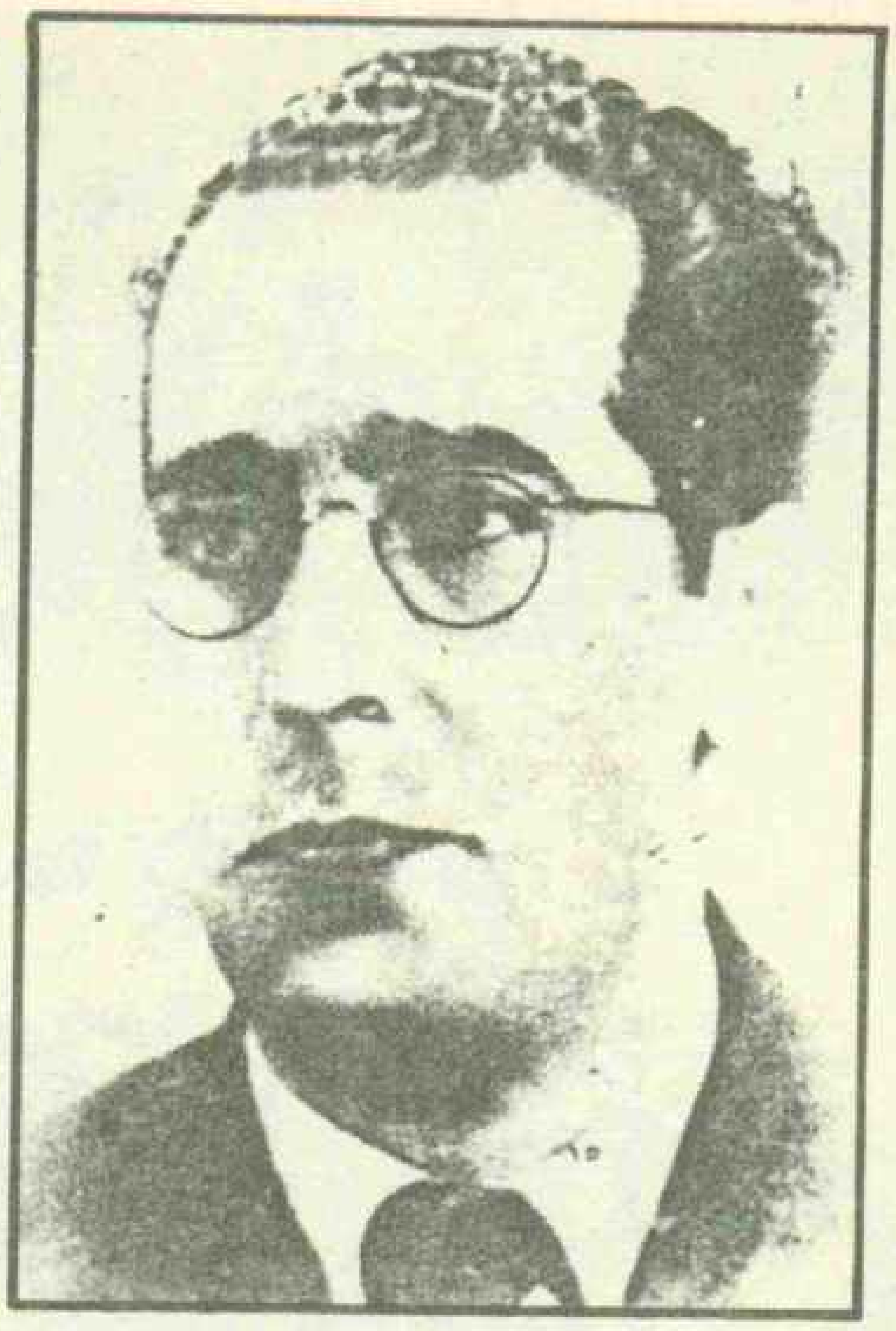
Los patronos tenían muy en cuenta las opiniones de sus empleados, consideraban la Casa del Pueblo como cosa de Satán y los dependientes tardaban mucho tiempo en entrar en contacto con la Asociación. Lo hacían subrepticiamente en la permanencia durante las tardes domingueras de descanso, donde, después de pagar, rompían carnets y sellos. Explicaban allí su situación de trabajo y el Sindicato se cuidaba de que, de una forma u otra, fueran atendidas las reclamaciones expuestas. En este ambiente se había ido desprendiendo un movimiento sindical consciente entre los dependientes; transportado al terreno político se expresaba ya en la existencia de un contingente de los mismos en la Juventud Socialista de España, según informe presentado al Congreso Internacional de Stuttgart en 1907.

En la Asociación de Dependientes recibió Navarro su primera gran lección periodística. En la primavera de 1930 tuvo lugar una asamblea extraordinaria. Se debatía la moción de censura presentada contra el director de «La Vanguardia Mercantil», mensual del sindicato. Atacantes eran los socialistas y los comunistas defendían al encausado. El periódico había publicado ya algunos pequeños trabajos de Navarro, por lo que éste seguía con doble interés el duelo oratorio. Cerró el turno de intervenciones José Baena (1) quien respondió al último reproche que se hacía a la mayoría sindical. «El sindicato —argumentó— lo crearon los marxistas y no los socialistas como decís. Nosotros —prosiguió— que estábamos en el PSOE, nos separamos de él al comprobar que éste había sido ganado por el oportunismo y creamos el Partido Comunista». Se votó en medio de un gran escándalo y no menos entusiasmo confundidos. El resultado fue semejante al de siempre. Navarro Balellesteos se había pronunciado, por primera vez, con la mayoría sindical.

No pasó mucho tiempo sin que se diera otro hecho públi-

(1) José Baena fue elegido miembro del Comité Central del Partido Comunista en su II Congreso de 1922.

co y sintomático. Los sábados por la tarde recorrían las calles madrileñas nutridos grupos, de jóvenes en su mayoría, que a voz en grito ofrecían «¡Rebelión!», el «semanario de obreros y estudiantes» recién aparecido. El grupo «¡Rebelión!» reunía a miembros de la FUE, republicanos federales y del nuevo partido radical-socialista, a antiguos jóvenes socialistas expulsados como Navarro Ballesteros. Sus componentes trataban en colectivo sobre orientación del número siguiente, distribuían la redacción de artículos sueltos, decidían sobre fotos y dibujos, discutían acerca de la confección, difusión, etc. Era una escuela sistemática de periodismo. Algunos del grupo «¡Rebelión!», más pudientes o con más tiempo libre acudían también a la tertulia del Café Gijón, a la que, aparte de otras personas, asistían regularmente el panadero comunista Pablo Yagüe.



Pedro Checa.

En el mes de agosto de aquel año «¡Rebelión!» se encontró con su concurrente «Mundo Obrero». Puede decirse que no hubo duelo entre ambos en los primeros tiempos. El semanario «de obreros y estudiantes» tenía ya conquistado un sólido prestigio, sus numerosos grupos de vendedores ahogaban la voz aislada de un difusor del nuevo periódico cuando pasaban ante él. Pero el último, que en su cabecera no obstentaba ninguna referencia a su carácter de órgano partidario, consolidaba también sus ventas, su influencia.

Un suelto de «Mundo Obrero» contra «¡Rebelión!» desencadenó una situación especial. En este grupo se planteó la cuestión de contestar, pero una parte no desdeñable de sus miembros se oponía a la respuesta. Después de acaloradas discusiones intervino Pinillos. Era partidario de no pasar aquello en silencio. Se votó. Pinillos quedó en minoría; sin embargo, tenía el poder financiero de la publicación y su voto era, por tanto, «de calidad». «¡Rebelión!» contestó a «Mundo Obrero» y la mayoría, con



El corresponsal de «Pravda», Mijail Koltzov (a la izquierda y de paisano), visita el frente.

la que iba Navarro Ballesteros, salió del Grupo.

«¡Rebelión!» vegetó un tiempo antes de desaparecer. «Mundo Obrero» continuó su publicación hasta que el número extraordinario que se preparaba para el aniversario del 7 de novimebre fue recogido, ya tirado, en la misma imprenta, a la vez que caía sobre el título su primera prohibición.

DIEZ DIAS QUE DISIPARON LAS SOMBRAS

El domingo 5 de abril de 1931 era la última gran jornada propagandística anterior a las votaciones. Estas habían sido convocadas para elegir los ayuntamientos. Cualquier grupo de ciudadanos podía hacer acto de candidatura. El Partido comunista realizó su campaña electoral y en bastantes lugares presentó listas independientes.

El mitin convocado en el Cinema X de Madrid para ese día rompía la clandestinidad en que tal formación se encontraba desde 1923. La sala del Noviciado, llena en patio de butacas, anfiteatro, pasillo y vestíbulo reunía a mil quinientas personas. El presidente expresó su satisfacción por la asistencia e invitó a ésta a la adhesión orgánica. Presentó a los oradores. El último era Etelvino Vega quien, a pesar de ser ya hacía meses secretario nacional de la Unión de Juventudes Comunistas ostentaba allí la representación del Partido. Y para hablar en nombre de la UJC había sido designado Manuel Navarro Ballesteros.


Trifón Medrano.

Lo ocurrido en el Grupo «¡Rebelión!», la huelga general de Madrid subsiguiente a los sucesos de Alonso Cano, la actividad de las fuerzas que se movían bajo el influjo del llamado Pacto de San Sebastián, decidieron a cerca de medio centenar de antiguos miembros del Grupo Pinillos y de contertulios del Café Gijón a ingresar en el Partido y en la Juventud Comunista. Entre ellos estaban Navarro Ballesteros y un delineante de Cuatro Vientos llamado Pedro Checa.

Navarro cayó en el torbellino de los acontecimientos. Fue detenido con ocasión de una razzia nocturna por los días de Jaca. Su estancia en la Modelo de Madrid duró hasta que, a fines de marzo, fueron liberados los miembros del Gobierno provisional. En la cárcel entró en contacto directo con otros comunistas, recluidos como él en las galerías destinadas a los presos políticos. Discutió, conoció a muchos personajes del que pronto sería Nuevo Régimen. Estudió y, al salir en libertad, fue designado para formar parte del Comité Nacional de las Juventudes Comunistas.

En casi todos los colegios hubo votos, aunque pocos, para las listas comunistas. El epílogo de la jornada electoral madrileña fue el ametrallamiento en Recoletos de una manifestación al anochecer del lunes 13. A la mañana siguiente los funcionarios de Comunicaciones seguían en el Palacio de Cibeles las noticias que llegaban: Eibar, Barcelona... A las tres de la tarde eran ellos a su vez quienes tomaban la iniciativa e izaban la bandera tricolor en el edificio. Madrid se echaba a la calle.

A eso de las ocho de la noche unos grupos descendían por la calle Espartero. Se rea-

grupaban en la confluencia con Mayor y levantaban una bandera roja a casi cuatro metros de altura. Al canto de «La Internacional» marchaban hacia Sol, penetraban en la multitud alegre, esperanzada, gozosa. De ellos no surgían vivas ni mueras ni consignas; a nadie se increpaba por los serios manifestantes. Estos llegaban a nivel de Gobernación. Su bandera roja decía a los más enterados de aquellos ciudadanos quiénes eran los que se comportaban de manera diferente. Como la corriente del golfo atraviesa el Atlántico, así cruzaba la manifestación comunista entre la masa agrupada en la calle de Alcalá. Cuando acababa la última estrofa del canto se recomenzaba el himno. En la confluencia con la Gran Vía la multitud se hacía menos densa. El cortejo comenzó a verse en su verdadera dimensión del aproximado centenar y medio. Dispersión. El grupo en el que iba Navarro Ballesteros se dirigió por la calle Marqués de Valdeiglesias, donde se disolvió también.

A pesar de las machaconas y repetidas declaraciones del ministro de la Gobernación, los comunistas desarrollan su organización más o menos legalmente, según se les impone. Avanzando ya el verano tiene lugar en el último piso de una obra en construcción de Legazpi, una conferencia de la Juventud Comunista de Madrid. Más de cuarenta asistentes llevaban la representación de un número de células que sobrepasaba los veinticinco. Para canalizar ese crecimiento se había reagrupado hacía poco a esas organizaciones en cuatro subradios bajo la dirección del Comité de Radio. Ya no bastaba. Ahora se proponía transformar los subradios en verdaderos radios, crear dos nuevos —Carabanchel y Vallecas— y que el Comité de Radio se transformase también en Comité Provincial. Los jóvenes delegados, entre quienes se contaban Andrés Martín y Mariano Calvo del Subradio Oeste, Ferrer y Joaquín de Grado delegados del Norte, el estudiante Cuartero y el panadero Antonio Díaz González entre la representación del Este, Trifón Medrano en la del Sur, intervenían eufóricos por el aumento incesante que les rodeaba. Todo eran cuestiones de estructuración. Allí había miembros de células juveniles de empresas: Comercial de Hierros, Boetticher y Navarro, Ferroviarios del Norte. Se contaban entre los conferenciantes cocineros, empleados de seguros, parados, tipógrafos.

El cielo optimismo duró hasta que el delegado del Comité Nacional, Navarro Ballesteros, intervino para centrar los debates. Se quejó de que no se hubiera hablado hasta entonces más que de cuestiones de



El cronista de guerra Clemente Cimorra (primero por la derecha). Ante el grupo, un prisionero italiano.

organización postergando las políticas. Y atajó el criterio deslizado por alguno de que «estábamos en período prerrevolucionario». Añadió: «No camaradas, *desde el 14 de abril estamos en plena Revolución.»*

Atardecía cuando abandonaban espaciadamente aquella obra los jóvenes reunidos. Al contrario de lo usual, el último en hacerlo fue Guillén (2), entonces secretario del Comité del Partido en Madrid. Antes de traspasar la valla de la obra saludó a su padre —el guarda–– que acudió a su encuentro. Nadie había visto a éste ni por la mañana al entrar ni ahora a la salida.

ENVIADO ESPECIAL

Al descender Higinio al patio de la quinta galería en la cárcel Modelo se encontró con el nuevo ingreso: Navarro Ballesteros. Terminaba éste los días de «chapa», es decir, los que había permanecido aislado y sin salir de celda. Higinio estaba entre los comunistas que habían sido detenidos en la preparación del 1 de Mayo de 1932. La manifestación se había formado en Cibeles a pesar de la prohibición del ministro. Atacada repetidamente por los guardias logró rehacerse hasta llegar a la Puerta del Sol con la bandera roja desplegada. Los choques habían sido duros. Ochenta manifestantes fueron encarcelados.

Cuando Navarro pudo relacionarse con sus camaradas en el patio ya había pasado la huelga del hambre sostenida en reivindicación del régimen político, que entonces no se aplicaba a los «sociales» comunistas y anarcosindicalistas —de la quinta galería—. Navarro había ido a Sevilla al IV Congreso del Partido celebrado allí, en el Parque de María



Antonio Coll.

Luisa, del 17 al 23 de marzo, en su doble calidad de miembro de la dirección juvenil y de corresponsal de prensa. Sus crónicas y artículos eran de aparición irregular, ya que sus periódicos —«Mundo Obrero, «Mundo Proletario», «Frente rojo», «La Palabra»— tenían una aparición irregular y alternativa, al ritmo de las suspensiones gubernativas.

Al terminar el Congreso, Navarro quedó en Sevilla para hacer información acerca de los sindicatos, de las experiencias del movimiento obrero, de las luchas campesinas. Y al llegar el 1 de Mayo, «cubrió» la manifestación como periodista. Al igual que en Madrid, el desfile fue prohibido en Sevilla, lo que no impidió que éste se celebrara todo el tiempo y en la forma que los trabajadores quisieron por entre las calles y callejas que daban a la Macarena y a la calle de San Luis. Estas eran demasiado estrechas para que los guardias de asalto pudieran manejar sus camiones debidamente. A la cabeza de la manifestación estaba José Díaz y, a su lado, Navarro. Lo cual acarreó que, terminada la jornada, ambos y toda una serie de dirigentes políticos y sindicales tuvieran que ocultarse. En aquella época, los informadores obreros no podían alegar su carácter de servidores del interés público, ni tenían estatuto profesional, ni mucho menos recibían chapas, distintivos o carnets acreditativos de su misión.

Condujeron a Navarro a un refugio en las cercanías de Amate. Era una casita habitada por una mujer, ya cargada de espaldas, de movimientos lentos y difíciles y que sobrepasaba los sesenta años. Trabajaba en su mismo hogar como pantalonera. Cada día recogían su labor terminada y le entregaban otra nueva. Cuatro pesetas por pieza cobraba con las cuales mantenía a su muy anciana madre. Vivían ambas con un viejo pariente que las ayudaba en los trabajos materiales, en compras y recados. Angeles se llamaba aquella mujer con quien el periodista confinado sólo cambiaba palabras sobre generalidades en los paréntesis de lecturas hechas en la sala-comedor o en el patinillo.

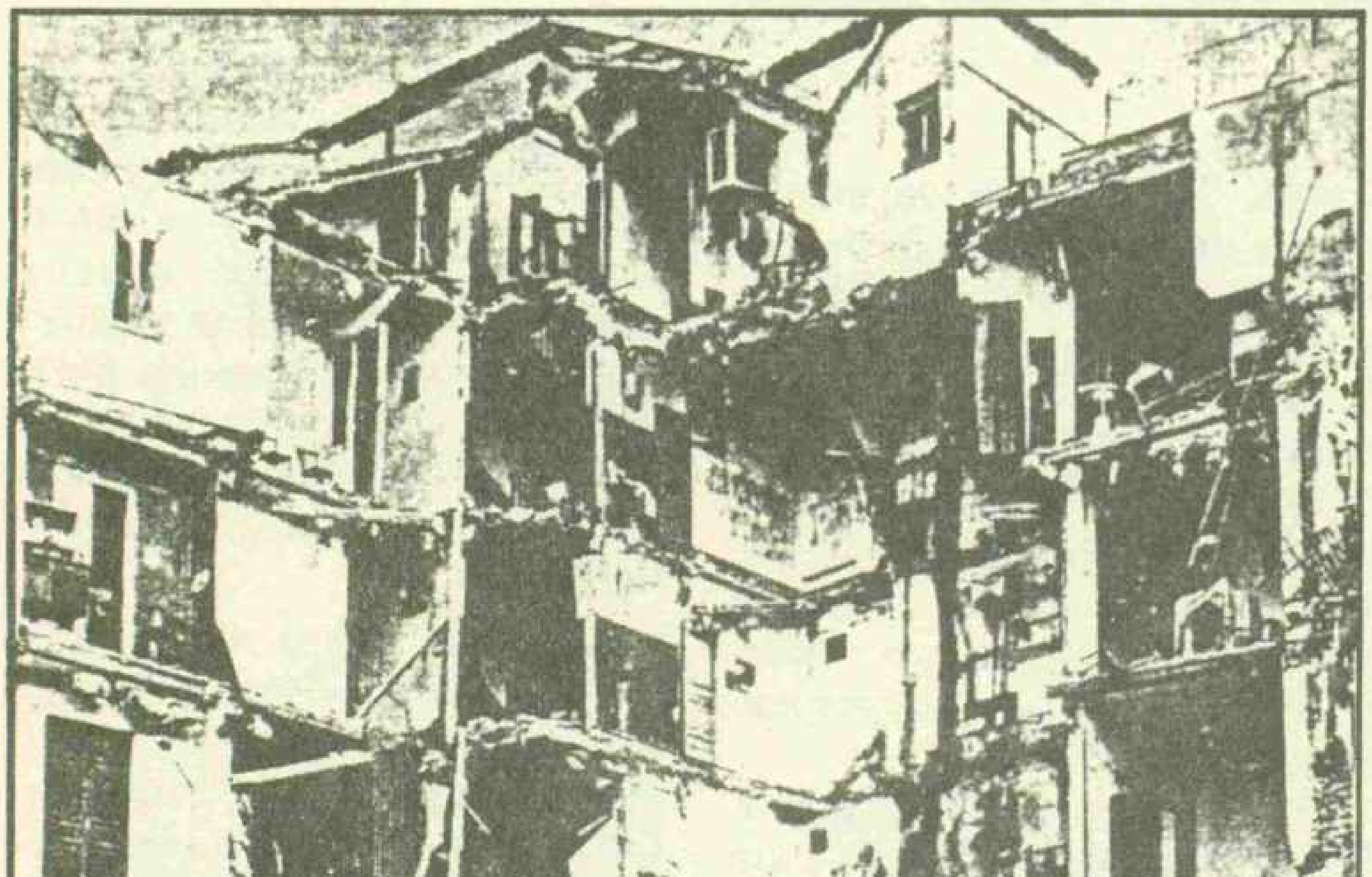
Al pasar de los día un hilo cálido y fraternal ligaba de más más en más a Navarro y a Angeles Montesinos. Fue ella quien al fin rompió la tácita incomunicación. Demostraba estar ya al corriente de quién era y porqué estaba allí su huésped. Por primera vez trocó su aspecto de mujer batida por la vida, aunque de resignación tranquila, por un gesto resuelto y orgulloso de sí misma.

—Yo he sido —le dijo— anarquista durante treinta años. Hasta que Pepe, Barneto y los otros ingresaron en el Partido Comunista. Yo lo hice con ellos. Durante la vida de mi marido habité con él en un pueblecito de la provincia de Córdoba y por aquellas tierras desarrollaba mi labor con los compañeros. En aquella época conocí y encontré en diversas ocasiones a Vallina, al doctor Vallina. El y yo éramos muy considerados en nuestros me-

(2) Guillén era también directivo del Sindicato de Zapateros (UGT). Cayó muerto en 1933 por los disparos de los guardias de asalto en una manifestación contra la guerra y el fascismo desplegada entre Noviciado y Tribunal.

dios. Por lo que a mí se refiere te diré algo inusitado: en treinta años no fui detenida ni una sola vez. Ocurría que de tanto en tanto venía un compañero a anunciarme «que iba a haber jaleo». Esto podía significar una huelga, algún movimiento revolucionario o algo por el estilo. Entonces yo cogía la maletilla de asuntos personales y con mi marido ponía tierra de por medio hasta que el peligro había pasado. Muchas veces me he dicho porqué los compañeros obraban así conmigo, si es que me reservaban para algo importante.

Angeles Montesinos hablaba con emoción contenida de sus antiguos camaradas de ideal. Solamente apuntaba el gesto mordaz al remontarse a los tiempos en que —fue su expresión— los «sindicalatas» empezaron a mezclar su tendencia con la pureza del anarquismo. Ella había seguido la Revolución de Octubre con gran interés en sus ya diez años de existencia. Después de haberse hecho comunista se entrevistó una vez más con el doctor Vallina. Angeles invitó a su viejo camarada de lucha a dar el paso efectuado por ella. Vallina respondió que no desaprobaba su conducta ni de quienes la habían acompañado en la opción. Pero él se sentía demasiado ligado en su edad y en su vida a las antiguas ideas.



Madrid. Casas arrasadas por la aviación nazi.

Navarro pudo salir de su refugio y llegar a la provincia de Jaén. Esperaban sus camaradas apartarle de todo peligro al tiempo que devolverle a su actividad profesional. En efecto, el periodista visitó a los campesinos de Andújar, a los mineros de Linares y se preparaba a seguir la gira informativa... cuando fue detenido a causa de un mandato judicial procedente de Madrid. Se notificó a Navarro su procesamiento y prisión por un llamado «delito de prensa». Luego no pasaba semana sin que de nuevo cayeran sobre él procesos del mismo género, unos con prisión preventiva y otros con libertad provisional.

En la quinta galería se instalaban los comunistas en una vida político-cultural informal, pero no por ello menos intensa. Unas veces era el andaluz Adriano Romero (3) quien enseñaba el «Himno a los marinos del Mar Negro», construido sobre la música francesa del «Saludo al soldado del 17.°»; otro día era Higinio quien entonaba la «Canción del prisionero», compuesta por él mismo durante sus días de cuarentena con la música de «La Internacional».

Entre diversas aportaciones se distinguió la de Navarro Ballesteros. A éste le asignaron una conferencia que desarrolló acerca del período de aparición de la *Vieja* «Iskra» («La Chispa»), es decir, entre el 11 de diciembre de 1900 y el 22 de diciembre de 1904. En ese tiempo se publicaron 52 números del periódico cuya redacción animaba Lenin. Al caer el título en manos de los mencheviques y, por lo tanto, defender la políticas de éstos, los bolcheviques sacaron un nuevo portavoz, «Vperiod» («Adelante»), que combatió sin cesar la plataforma de la denomina-

(3) Adriano Romero fue elegido diputado el 16 de febrero de 1936. Detenido al final de la guerra pasó varios años en la cárcel. Al salir de ella escapó a la «libertad vigilada» y vivió en la clandestinidad. Pasó a Francia en 1949. Murió en el exilio en enero de 1979.

da *Nueva* «Iskra». La conferencia de Navarro, rica en precisiones sobre las ofensivas lenininstas frente a «economistas» y mencheviques, por las enseñanzas que en ella entresacó de *«¿Qué hacer?»* y de *«Un paso adelante y dos pasos atrás»,* mereció los plácemes de sus auditores.

HACIA LA CUMBRE

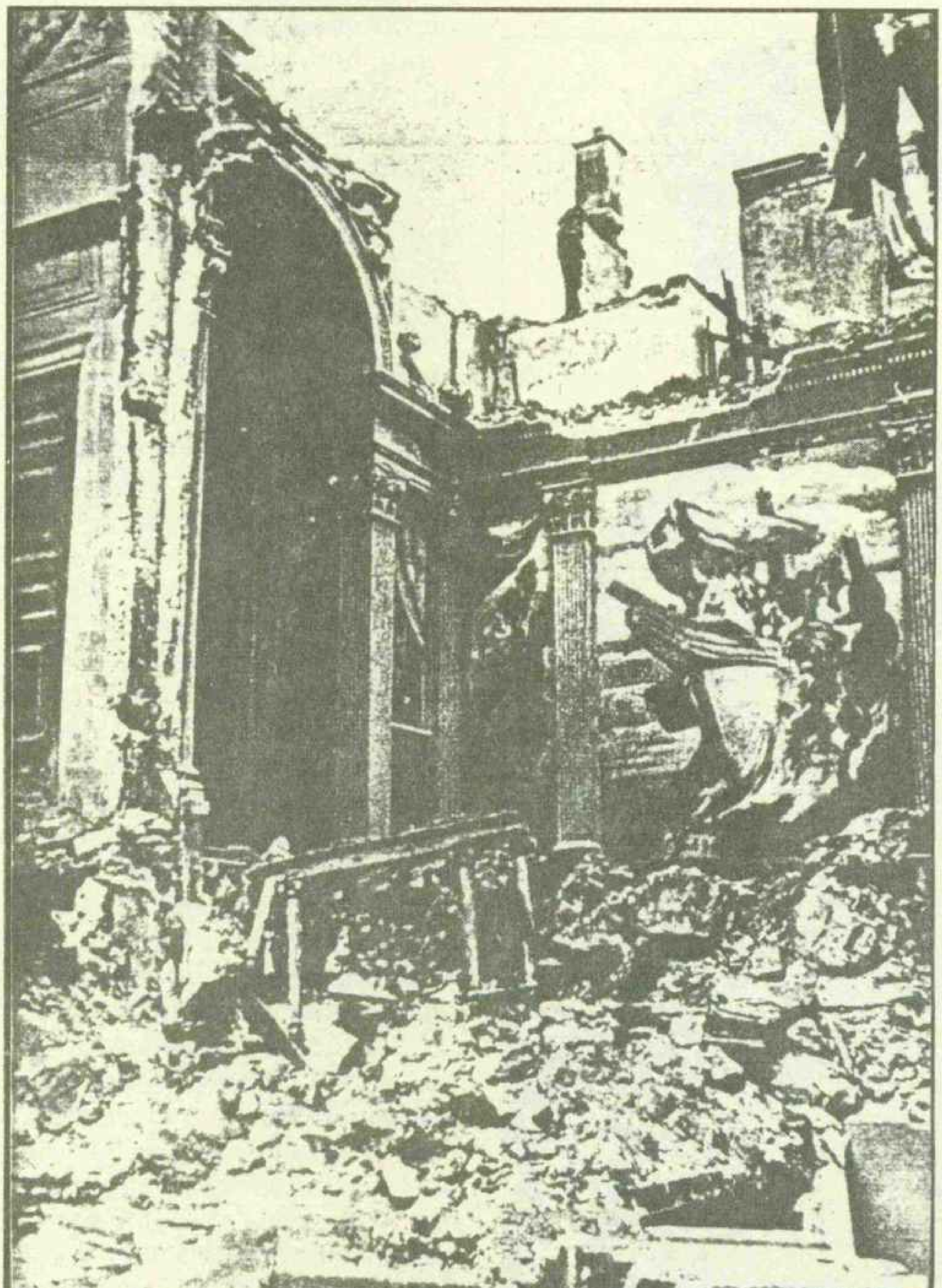
Diez mil personas se apiñaban el 2 de junio de 1935 en el Monumental Cinema de Madrid y en sus alrededores para escuchar al secretario general del Partido Comunista, José Díaz. La situación política en España había llegado a un momento decisivo. La derecha no había renunciado a su intento de conducir al país al fascismo por la vía «seca» o «polaca»; había consolidado las posiciones logradas a raíz de octubre de 1934. Pero la izquierda, y en primer lugar la clase obrera, se había rehecho rápidamente de la derrota; su demostración pública estaba en la concentración habida en Mestalla (Valencia) el 26 de mayo en que Azaña tomó la palabra.

En el acto del Monumental se lanzó el histórico llamamiento a la constitución del Bloque Popular Antifascista. El discurso central de la reunión fue recogido por el periodista Manuel Navarro Ballesteros y gracias a él se ha perpetuado. No era aquella una reaparición profesional de su parte, pues, con las vicisitudes ya corrientes, la había continuado desde 1932. Hasta que al estallido del movimiento de octubre de 1934 fue suspendido de nuevo «Mundo Obrero».

Apenas cesó la huelga general de octubre en Madrid y con las fuerzas militares y represivas en plena acción en Asturias, se difundía el clandestino «Bandera roja» en toda España y, debe subrayarse, en Sama, en Turón, en Oviedo, etc. La aparición de este órgano comunista no había cesado desde entonces y se proseguiría hasta el 2 de enero de 1936 en que reapareció «Mundo Obrero». En la gran cadena que aseguró la salida ininterrumpida de «Bandera roja», uno de los primeros y más importantes eslabones lo constituyó su redactor Navarro Ballesteros.

Vuelto a la luz «Mundo Obrero», Navarro ocupa en él un puesto destacado. Al triunfo del Frente Popular en las elecciones del 16 de febrero, el periodista, que hasta entonces había estado marginado y discriminado entre sus colegas, encuentra abiertas las puertas de los centros oficiales. Puede circular, inquirir y declinar libremente su identidad y el nombre del periódico que le emplea.

El desarrollo de la situación exige del diario nuevos medios, Navarro pasa a ser su redactor-jefe y bajo sus indicaciones trabajan ahora nuevos redactores y colaboradores procedentes del Partido, de las JJ.CC. y JJ.SS. que acaban de unificarse, tales el estudiante Cuartero y Segundo Serrano Poncela. Este, siempre a cuestas con su máquinas de escribir portátil, telefonea diariamente su crónica parlamentaria, recogida taquigráficamente minutos antes del cierre. El secretario de redacción, Gonzalo



Madrid. El palacio de Líria destruido en noviembre de 1936 por «Junkers» y «Capronis».

Sanz (4) amplía su equipo. Ahora es Navarro Ballesteros quien tiene una parte decisiva en la designación de los enviados especiales, por ejemplo al Congreso de la CNT de Zaragoza, a la concentración del campo de maniobras de Oviedo el 5 de julio o a la Espartakiada de Barcelona. Fue a ésta el antiguo periodista, procedente del «Heraldo de Madrid», Mariano Perla, quien regresó, no con información de las pruebas deportivas si no con las crónicas acerca de la derrota de los sublevados en Cataluña.

(4) Cofundador del Partido Comunista Español. Firmante, en nombre de éste del acta de su unificación con el Partido Comunista Obrero Español en el Partido Comunista de España (S.E. de la I.C.).



Cornejo.

EL CENIT

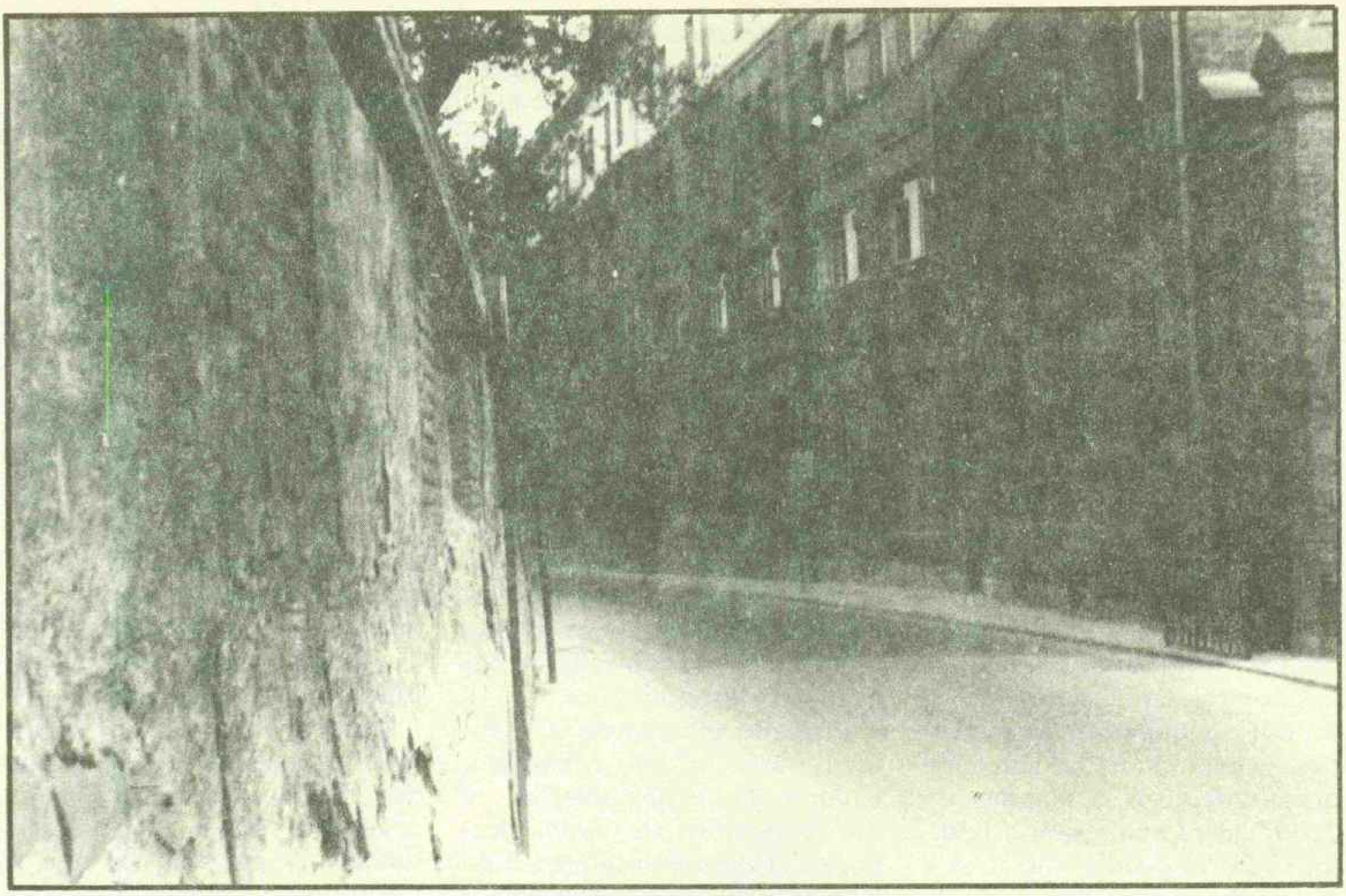
La prensa, como tantos otros aspectos de la vida del país, se transforma bruscamente durante las jornadas de julio. «Mundo Obrero» se convierte en un gran diario. A fines de octubre Nazario Cuartero cae en el frente de la Sierra.

A partir del 7 de noviembre la alerta es ininterrumpida en Madrid. Dos amenazas pesan sobre la ciudad sitiada: el peligro de ruptura en un sector cualquiera de la defensa y los bombardeos que, al ser clavados los atacantes ante las primeras casas, se hacen por días y por horas más destructores, mortíferos y frecuentes. Los «Junkers», «Heinkels» y «Capronis» lanzan bombas de 250 y 500 kilos. El día 19 se registran 80 muertos y 400 heridos, los 18 y 19 de noviembre hay 361 muertos y más de 500 heridos. En la fecha anterior las oleadas de aviones nazis habían durado desde las 9 de la mañana hasta las dos de la madrugada siguiente. Hay casas hundidas en casi todos los barrios.

Desde el anochecer del 16 de noviembre las «pavas» de la Legión Cóndor bombardean el Hospital de San Carlos, museos, bibliotecas. Ya es hora avanzada cuando el automóvil de «Mundo Obrero» contornea la Plaza de la Independencia y va a dirigirse calle de Alcalá abajo. Navarro pide al chófer que se detenga y éste lo hace al borde del terraplén central. Descienden él, seguido de Perla, del redactor-taquígrafo, del redactor-dibujante y del propio conductor. Los cinco hombres se diseminan por la gran acera, separados, sin intercambiar una palabra; se detienen y clavan sus miradas en la ciudad. A pesar de las consignas de evitar alumbrados se ve perfectamente la urbe, mejor que en pleno día. Las escuadrillas de «Junkers» acaba de lanzar innumerables bengalas sostenidas por pequeños paracaídas. El cielo presenta un fondo intenso de fuegos artificiales que allá, a lo lejos, hacia el Palacio de Liria, no son artificiales sino bien reales, como lo destacan las columnas de humo. El Palacio ha sido bombardeado y destruido, lo mismo que bloques enteros de casas hacia San Bernardo y la Corredera. Las víctimas civiles se cuentan por centenares. Por Alcalá, por Cibeles, ni un vehículo, ni una persona. Sólo el más profundo silencio. Pasan cinco, diez, quince minutos en la contemplación dolorosa, agarrotadora, de un Madrid que parece muerto. Es de nuevo Navarro quien, al fin, se dirige al auto e invita a proseguir el camino con un escueto: «Vamos».

El coche marcha despacio, bajados los cristales de las ventanillas, atentos sus ocupantes al menor ruido. Alcanzada Cibeles se gira hacia Recoletos. Súbitamente una voz da el «¡Alto!». Se detiene el vehículo y, pegado a un árbol, se ve aparecer un cañón de un fusil. La misma voz pide el «Santo, seña y contraseña». Habla el chófer, contesta el centinela y al responder de nuevo el conductor, el fusil aparece más grande junto con quien le maneja. A la orden de «¡Seguid!» son tres hombres armados quienes se dejan ver.

Los que se desplazan constituyen toda la redacción de «Mundo Obrero». Desde el 7 de noviembre no hay vida particular para sus componentes. Los cuatro periodistas trabajan, comen, descansan juntos, sin separarse un minuto en desconocimiento de los demás. Por decisión del periódico y del partido del que aquel es su órgano, Navarro Ballesteros ha asumido las funciones de dirección, supervisa la administración y está atento a la marcha de los talleres. Su consigna es la misma de los combatien-



De Santa Rita salieron los contingentes de presos para construir la cárcel de Carabanchel.

tes directos: defender Madrid, que ni un solo día falte el cotidiano a éstos y a la población. Si el primer día que esta redacción mínima tuvo a su cargo la salida del periódico éste apareció en tamaño «tabloide», el número siguiente ya recobró su aspecto normal. «Mundo Obrero» fue en aquellas semanas un informante y orientador precioso en la resistencia de la capital. Un ejemplo se dio en el caso de Coll y Cornejo. Fueron éstos los primeros que en sus sectores vencieron a los tanques enemigos con bombas de mano. Al ser presentada a toda plana la descripción de estas hazañas, la lección fue asimilada de inmediato y los carros alemanes e italianos dejaron de constituir la impotencia para los defensores de Madrid. No era fácil cumplir la misión recibida. Bien es verdad que a Navarro Ballesteros no le faltó en ningún momento el consejo de Pedro Checa, permanentemente instalado en su puesto del Comité Central.

La situación de Madrid dejó de ser crítica paulatinamente; llegaron a los sitiados refuerzos militares y aprovisionamientos enviados por el Gobierno desde Valencia. «Mundo Obrero» fue igualmente fortalecido con nuevos redactores, se reclutaron otros entre mujeres e ineptos para el frente, el gran fotógrafo «Mayo» organizó su gabinete. El periódico volvió a difundirse por el centro, por Extremadura, por Andalucía y alcanzaba Levante y Cataluña. En el Pleno del Comité Central, celebrado en Valencia los días 5 a 8 de marzo de 1937, «Mundo Obrero» recibió el elogio de José Díaz. Navarro conducía la delegación del periódico y, como su representante, subió a la tribuna. Era para él el cenit de su carrera profesional, un ascenso en la consideración política en que le tenían sus camaradas.

PERIODICOS Y PERIODISTAS EN LA GUERRA

El Madrid sitiado se convirtió para el mundo en punto de mira y polo de atracción. Muchos de los periodistas y escritores que llegaban a la capital visitaron a Navarro en la redacción o éste les entrevistó. George Soria, Simone Théry y Mijael Koltzov, Hemingway y el cineasta Karmen, entre otros, departieron con él. Fue conocido por diversas personalidades entre quienes se contaron senadores y diputados franceses e ingleses.

En aquellos meses, Navarro pasaba a ocupar un puesto entre los periodistas madrileños de primer plano: Jaime Menéndez, antiguo redactor internacional de «El Sol» y entonces redactor-jefe de «Política», José Luis Salado, director de «La Voz» y último responsable de la Agencia de noticias AIMA, el gran cronista de guerra Clemente Cimorra. Le acompañaban siempre en las asambleas y actos de la Agrupación Profesional de Periodistas compañeros que trabajaban en «Heraldo de Madrid», «Ahora», «ABC» —inspirado en aquel tiempo por Unión Republicana—, «El Sol», «Claridad» y en la oficiosa Agencia

«España», en el semanario «Estampa». En general, era designado Navarro como portavoz del Grupo OSR (Orientación Sindical Revolucionaria). Dentro y fuera de las reuniones era Navarro Ballesteros quien principalmente protagonizaba discusiones negociaciones y acuerdos con el animador del Grupo Sindical Socialista, José Robledano.

Casi toda la vida societaria de los periodistas tenía lugar en el palacio de la Plaza del Callao. Era una contradicción que bastantes afiliados al Sindicato no formaran parte de la Asociación de la Prensa. Para liquidar esta anormalidad se tomó en asamblea general el acuerdo unánime de que quienes estuvieran en tal situación presentaran sus demandas individuales de adhesión a la última. Lo que cada uno hizo a través de la Presidencia de la Agrupación Profesional de Periodistas.

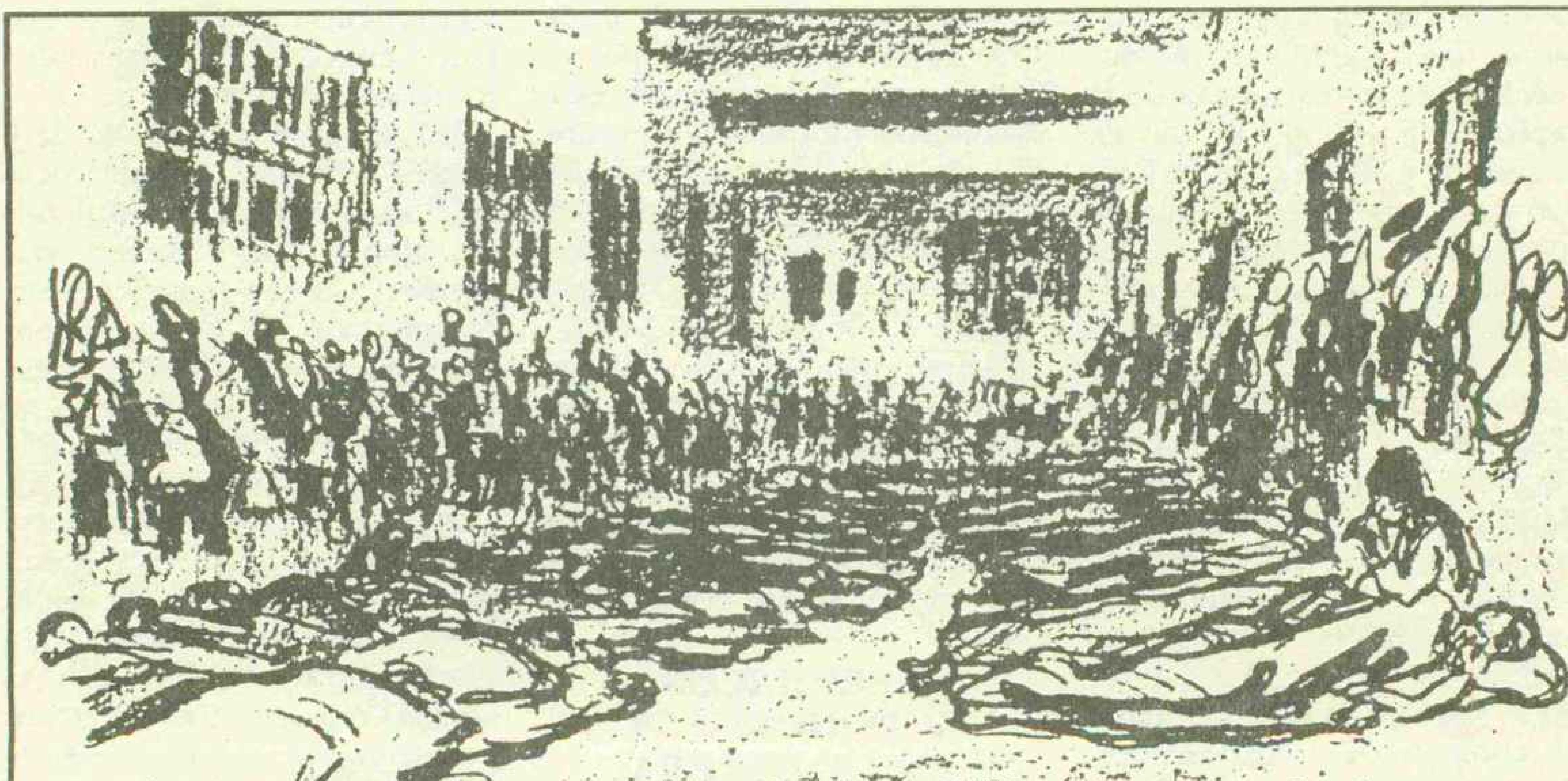
Se editaba «Mundo Obrero» en edición para los frentes que era, expurgada de cuanto no tenía un interés directo e inmediato para los combatientes, la reedición del número que acababa de aparecer por la tarde. Había que añadir lo que en horas sucesivas llegara por agencias o directamente, de todo lo cual estaba encargado, hasta la hora misma del cierre en madrugada uno de los redactores. Y Navarro, después de la cena y antes de retirarse, tenía con el último y a este efecto un cambio de impresiones.

Súbitamente recibió Navarro la brutal noticia: uno de sus hermanos, más joven que él, había muerto en el frente de Levante. El teniente Navarro cayó al mando de su sección y el cadáver fue recuperado en el contraataque. Este fue enviado a Madrid por el mando militar a fin de rendirle los honores correspondientes.

Firmado el acuerdo de Munich entre Hitler, Mussolini, Chamberlain y Daladier en 29 de septiembre de 1938, después del desmembramiento de Checoslovaquia, arreciaron los intentos interiores y exteriores para «liquidar» el llamado problema español. La batalla del Ebro, comenzada el 25 de julio había terminado el 15 de noviembre.

En Madrid, en la zona centro-sur, seguía la labor de preparación con vistas a una mejor resistencia. Por lo que se refiere a las artes gráficas sucedió que las antiguas sociedades de oficio acordaron aglutinarse en un Sindicato Provincial. La Agrupación Profesional de Periodistas, integrada en la UGT pasaba, junto con el arte de imprimir, impresores, encuadernadores, fotograbadores, etc., a encuadrarse en la nueva organización de industria. Y puede decirse que con su participación en las elecciones para escoger la común directiva, los periodistas madrileños realizaron su última actividad social pública antes de que desaparecieran sus propios periódicos y ellos mismos como profesionales.

Marcharon los acontecimientos hacia el mes de marzo de 1939, hacia el día en que el periodista Manuel Navarro Ballesteros experimentó por sí mismo, en el campo de los Almendros y en Albatera, lo que significaba «reír la primavera». Otra vez vivió tal risa en Santa Rita y la de su «tercera primavera» fue cortada cuando le sacaron del antiguo Reformatorio para su fusilamiento, en ejecución de una sentencia implacable. ■ **M.I.**



Una de las miles de salas, galerías o brigadas de las cárceles franquistas. Robledano dibujó la de Valdenoceda en 1941.

Las relaciones Hispano-Norteamericanas durante la Segunda Guerra Mundial 1939-1945



El 25 de marzo de 1945 el embajador de los Estados Unidos, Norman Armour, presentaba sus cartas credenciales al general Franco, en presencia del ministro de Asuntos Exteriores, José Félix de Lequerica.

Juan Durá



En enero de 1939 el general conde de Jordana y el embajador del Reich, Stohrer, firman un acuerdo cultural cuya ratificación sería suspendida por el régimen de Franco al iniciarse la segunda guerra mundial. (En la foto, Sáinz Rodríguez y el general Espinosa de los Monteros, entre otros testigos.)

1. LAS RELACIONES HISPANO-NORTEAMERICANAS DURANTE LA FASE PRO-EJE DE LA POLITICA EXTERIOR ESPAÑOLA, 1939-1942

LA política norteamericana hacia España durante la segunda guerra mundial —teniendo en cuenta los lógicos altibajos causados por el curso del conflicto— guardó una fuerte semejanza con la seguida por los Estados Unidos hacia aquel país durante su guerra civil. Al igual que entonces los intereses estratégico-económicos norteamericanos en España parecían estar más sólidamente protegidos por un régimen autoritario como el del general Franco. Parecido al caso de Italia donde uno de los objetivos más importantes de los estrategas norteamericanos fue el cerrarle el paso a las resurgentes fuerzas de la izquierda para que éstas no pudieran ocupar el vacío político dejado por la caída del antiguo régimen fascista, en España los intereses de los Estados Unidos llamaban por la mantenencia del régimen dictatorial del general Franco, ya que según Washington la alternativa a éste podía ser un gobierno de izquierdas. La posibilidad de tal eventualidad —como ocurrió en la guerra civil ante un posible triunfo republicano— podía afectar negativamente los intereses de los Estados Unidos en España. Esto seguramente explica el hecho de que a pesar de la íntima colaboración entre las potencias del Eje y el gobierno español durante los primeros años de



Serrano Suñer con el ministro de Asuntos Exteriores del Reich, Ribbentrop (en el centro de la foto), en el hotel Adlon de Berlín, el 17 de septiembre de 1940.



Hitler y Franco se entrevistan en Hendaya, el 23 de octubre de 1940.

la guerra mundial, los Estados Unidos continuaron suministrando al régimen franquista productos y préstamos vitales para su supervivencia. Sólo en el período 1939-1942, España recibió de los norteamericanos una cantidad aproximada de 1.516.000 toneladas métricas de petróleo. A este suministro tan vital, tanto para la economía española como para la propia viabilidad del régimen franquista, hay que añadir varios importantes préstamos concedidos por el Import-Export Bank, por la cantidad de 11.750.000 de dólares, con la idea de adquirir algodón para la necesitada industria textil catalana. También durante estos años de hambre y escasez los Estados Unidos ayudaron a paliar un tanto la falta generalizada de alimentos en España con sus envíos de productos agrarios a la península (1).

Los suministros de petróleo y trigo, así como los créditos para obtener algodón, estaban indudablemente condicionados por la estrategia militar aliada en relación a España. Esta estrategia entre otras pretendía mantener a España lo más alejada posible de la órbita del Eje y a ser posible maniobrar a Franco para que tomara una postura lo más neutral posible hacia el conflicto mundial. Pa-

(1) Herbert Feis, «The Spanish Story: Franco and the Nations at war» (New York, 1945), p.110; Waverly Root, «The Secret History of the War» (New York, 1945), pp.84-85, 90.



Demetrio Carceller (1894-1968), ministro de Industria y Comercio, en octubre de 1940, y hasta julio de 1945, asesoró a Franco sobre la necesidad de un acercamiento a las potencias aliadas, especialmente a los Estados Unidos.



En marzo de 1940 el ministro de Asuntos Exteriores, Juan Beigbeder, firma con el embajador de Francia, mariscal Petáin, un tratado comercial.



El 14 de junio de 1940, día de la caída de París en poder de las tropas del Reich, el Alto Comisario de España en Marruecos, general Asensio Cabanillas, siguiendo órdenes de Franco, ocupa la ciudad internacional de Tánger, con tropas al mando del coronel Yuste. (En la foto, el Alto Comisario general Asensio y el coronel Yuste, pasando revista a las tropas de ocupación.)

ra los aliados era evidente que una España destrozada económica y psicológicamente a consecuencia de su guerra civil y con una acuciante necesidad de conseguir materias primas para sus fábricas, combustible para su transporte y alimentos para su hambrienta población, no se le podía dejar desabastecida, ya que el caos que esto podía producir arrastraría al régimen de Franco todavía más hacia la órbita del Eje. Por otra parte la inestabilidad y peligro de desestabilización política que un aislamiento podía causar a España, podía ser aprovechada por las fuerzas del Eje para invadir el país con el pretexto de restablecer la ley y el orden. En el mismo orden de cosas la desestabilización del régimen de Franco facilitaría indudablemente el resurgimiento de la izquierda en el país, desarrollo que podría tener consecuencias negativas para los intereses aliados en España. Como es aparente, las consecuencias de un hipotético embargo al gobierno español eran tan obviamente negativas, tanto a corto como a largo plazo, que el apoyo aliado al régimen de Franco se hacía tan necesario como inevitable.

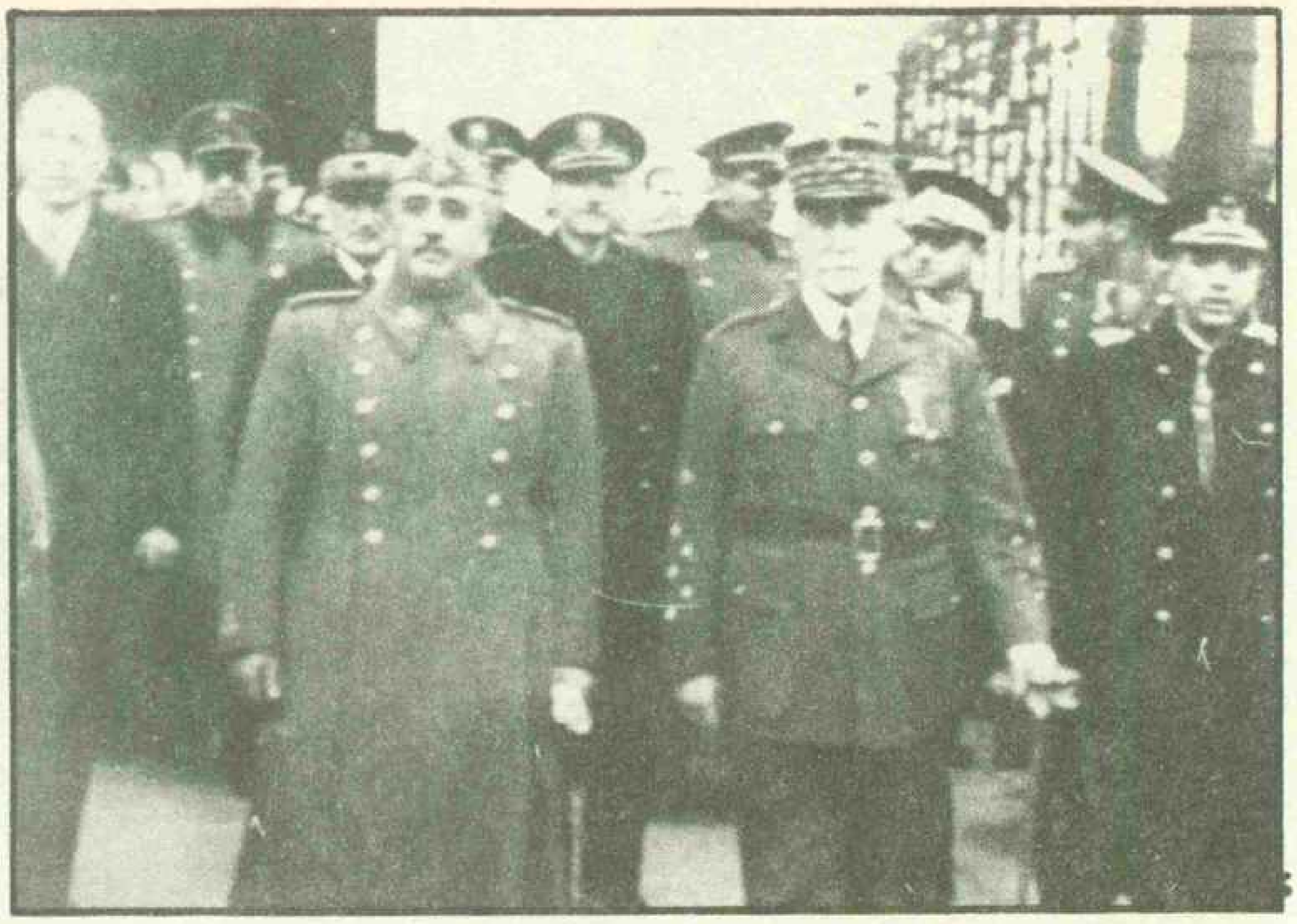
Ciñéndonos al aspecto militar de la política norteamericana hacia España, es evidente que los aliados querían mantener a Franco lo más neutral posible, ya que una entrada del dictador al lado de las fuerzas del Eje podía suponer una gran amenaza para los planes militares de la alianza anglo-americana. Esta amenaza parecía cobrar más intensidad para los aliados a medida que la fecha para el desembarco de las fuerzas aliadas en el Norte de Africa se aproximaba, toda vez que Gibraltar era una base vital para tal operación militar (2). En este sentido la carta del secretario de Estado norteamericano Cordell Hull al jefe del Estado Mayor del Ejército de los Estados Unidos, general Marshall, es muy significativa: «El grado de presión que se puede ejercer sobre España está siendo mediatizado por la marcha de las operaciones militares, o sea que hemos tenido en cuenta el deseo del Alto Estado Mayor en el sentido de conservar la neutralidad de España con la esperanza de impedir cualquier situación en la que ese país pudiera interferir en nuestras operaciones militares» (3). De esta forma el propósito aliado de mantener a España lo más neutral posible armonizaba perfectamente con el objetivo aparente del general Franco de mantenerse al margen del conflicto de manera que su régimen salido de una cruenta guerra civil tuviera tiempo de consolidarse. Así si analizamos los vaivenes de la política exterior española durante la segunda guerra mundial, con sus fases pro-Eje, neutral y finalmente proaliada, observaremos que aparte de alguna acción aventurista llevada a cabo por algunos miembros del aparato dirigente franquista, plenamente «nazificados», el general Franco procuró, a pesar de su aparente afinidad ideológica con

(2) Winston Churchill, «The Hinge of Fate» (Boston, 1950), pp.528-596; Cordell Hull, «The Memoirs of Cordell Hull», II vol., pp.1325-1327; Carlton J. H. Hayes, «Wartime Mission in Spain» (New York, 1948), pp.86-92.

(3) Cordel Hull, ídem, pp.1333-1334.

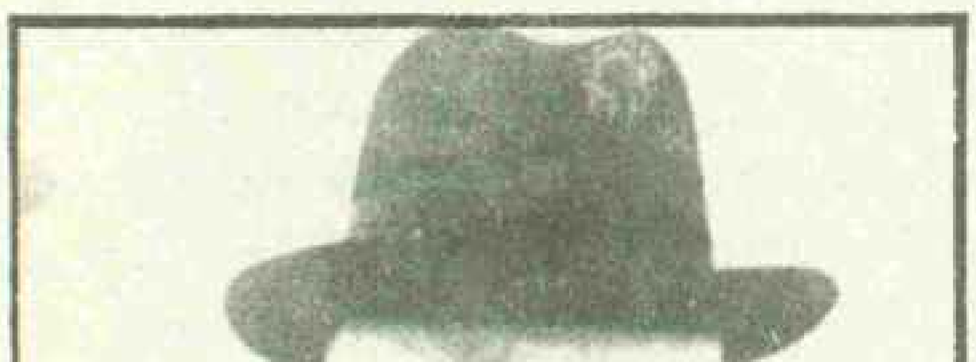
Hitler y Mussolini, mantener en todo momento extendido el puente de colaboración con los aliados occidentales.

Analizando esquemáticamente las acciones pro-Eje del general Franco durante el año 1940 y parte del cuarenta y uno —especialmente la ocupación de Tánger, la introducción del servicio militar obligatorio, el cambio del moderadamente aliadófilo ministro de Asuntos Exteriores, Beigbeder por el pro-nazi Serrano Suñer, y el ofrecimiento de Franco a Hitler de entrar en el conflicto a cambio de importantes concesiones territoriales y vasta ayuda económico-militar— uno se podía ver inducido a concluir que el dictador español estaba realmente dispuesto a participar como beligerante en el conflicto. Esta tentación desaparece al analizar detenidamente las condiciones exigidas por Franco para entrar en el conflicto y las contrastamos con las necesidades estratégico-políticas y económicas de Alemania durante la segunda mitad de 1940. En el plano de las concesiones territoriales las exigencias de Franco no podían ser más irreales ya que en aquellos momentos Hitler



Entrevista de Franco y Petain (este último ya jefe del nuevo estado francés de Vichy), en Montpellier, en febrero de 1941.

no podía antagonizar de una manera tan drástica al gobierno colaboracionista francés del mariscal Petain, despojándole de gran parte de su imperio norteafricano para entregárselo en bandeja al gobierno franquista. Otro argumento de peso contra las reivindicaciones imperiales franquistas se centraba en que éstas estaban en profundo enfrentamiento con el sueño de Mussolini de convertir el Mediterráneo en un revitalizado Mare Nostrum romano del siglo XX. Por otra parte y en el apartado de los requerimientos militares y económicos, éstos no podían haber sido exigidos en peor momento. La inoportunidad radicaba en que por aquellas fechas el Alto Estado Mayor alemán se encontraba dándole los últimos toques a la Operación Barbarroja (la invasión de la Unión Soviética), la cual se planeaba para últimos de primavera o principios de verano de 1941. Es indudable que la concesión de una ayuda como la exigida por Franco, dificultaría enormemente los preparativos alemanes para tan gigantesca empresa.



Sir Samuel Hoare, futuro lord Templewood, (1880-1959). Ministro inglés de Asuntos Exteriores en el Gabinete Badwin (1935), ministro del Interior con Chamberlain (1937), fue embajador del Reino Unido en España de 1940 a 1944, tratando de conseguir que el régimen de Franco cambiara su postura de no beligerancia por la de neutralidad, durante la segunda guerra mundial.

En este contexto general las condiciones exigidas por Franco para convertirse en beligerante al lado del Eje parecen un tanto quiméricas. Queda, no obstante, la cuestión histórica si Franco conocía a través de sus embajadores en Berlín y Roma, las posibles reacciones negativas de los dictadores fascistas a sus excesivos requerimientos. De lo que aparentemente no puede haber demasiadas dudas es que el ofrecimiento español a Hitler no fue sino una hábil estratagema franquista dirigida a posponer de una forma indefinida la entrada de España en el conflicto mundial (4).

2. DE LA NO BELIGERANCIA A LA NEUTRALIDAD: ESPAÑA Y LOS ESTADOS UNIDOS, 1942-1944

La fase pro-Eje de la política exterior española empezó a diluirse a partir del ataque japonés a Pearl Harbor y a la subsecuente entrada de los Estados Unidos en la segunda guerra mundial. La transformación que la entrada de los norteamericanos representaba para el curso y probable resolución del conflicto, no pasó de-

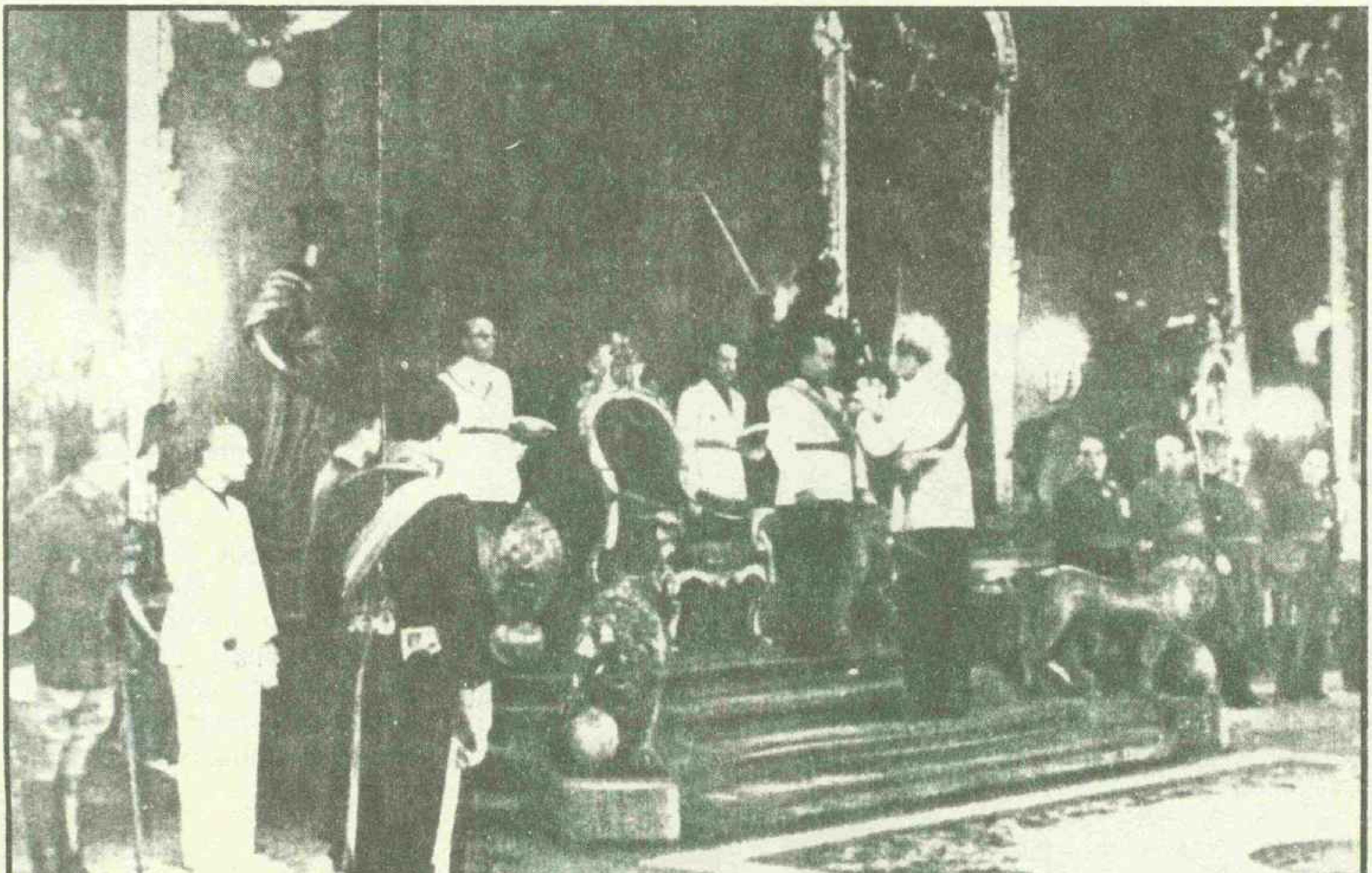
(4) *«Department of State Bulletin», documentos de las relaciones entre el gobierno español y las potencias del Eje capturados por las fuerzas aliadas, 17 marzo 1946, pp.413-427.*

sapercibido a algunos avispados observadores españoles. Aunque las fuerzas del Eje mantuvieron a los norteamericanos a la defensiva al principio de la entrada de éstos en la contienda, la potencialidad industrial y militar de los Estados Unidos empezó a notarse con celeridad. Así en mayo de 1942, en la batalla del Mar del Coral, en el Pacífico, la marina y aviación norteamericanas atajaron brillantemente una posible invasión japonesa a Australia e islas que la protegían. En junio del mismo año y en el curso de otra batalla famosa, los estadounidenses derrotaron a las fuerzas japonesas que pretendían la conquista de la islas Midway, también en el Pacífico. Indudablemente estos acontecimientos reforzaron a los elementos dentro del régimen franquista que propugnaban una política más neutral hacia el conflicto. La entrada de Estados Unidos en la guerra, unida a las dificultades que el ejército alemán estaba encontrando en tierras soviéticas, forzaron al régimen español a ajustarse a las nuevas realidades militares, adoptando de esta forma una política cada día más claramente decantada hacia el lado aliado.

La promulgación del decreto ley creando las Cortes Españolas como «órgano superior de participación del pueblo español en las tareas del Estado», el día 18 de julio de 1942, así como el cese del germanófilo ministro de Asuntos Exteriores, Serrano Suñer, el 3 de septiembre del mismo año, sustituyéndolo por el pro-aliado conde de Jordana, pueden tomarse como una buena indicación del inicio de la desnazificación de la política exterior española. Quizás el desembarco aliado en el Norte de Africa en noviembre de 1942, marcó el fin de la etapa pro-Eje de la política exterior española, obligando a Franco a retirarse a posiciones más neutrales. En este sentido la carta de Roosevelt a Franco el mismo día del desembarco aliado en Casablanca, representó una especie de garantía al régimen español de que los aliados respetarían el «status quo» político en España. Al mismo tiempo el presidente norteamericano apuntaba al dictador español los beneficios que una postura de «neutralidad» pro-aliada podría brindar a su país: «Creo que tanto el gobierno como el pueblo español desean mantener su neutralidad, permaneciendo fuera del conflicto... España no tiene nada que temer de los Estados Unidos» (5).

A fines de 1942 las posiciones diplomáticas de España y los Estados Unidos parecían estar definitivamente fijadas. Por estas fechas ya se habían concretado los principales

(5) Arthur P. Whitaker, «Spain and Defense of the West: Ally and Liability» (New York, 1961), p.12.

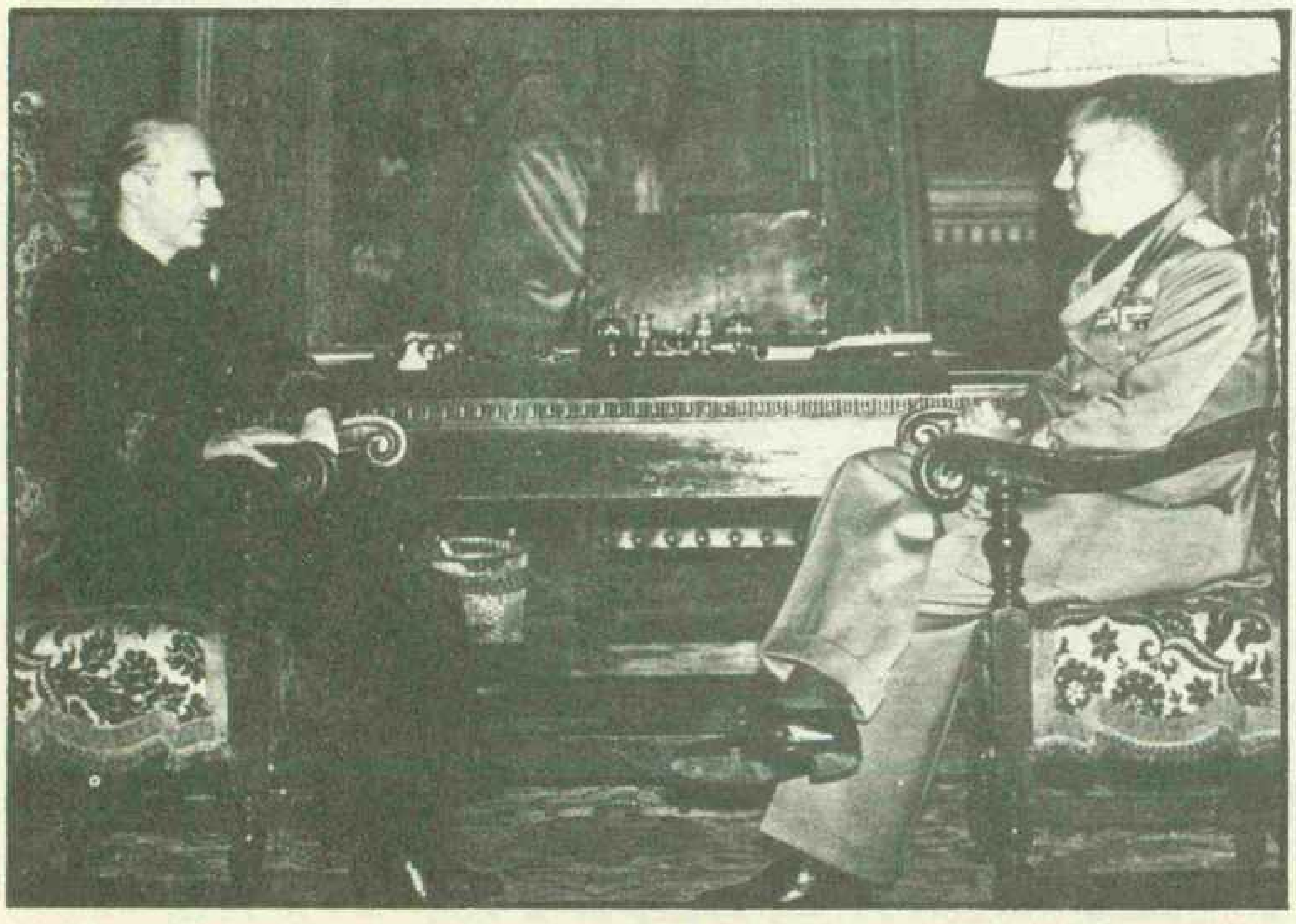


El 6 de septiembre de 1940 el embajador del Reich, Stohrer, impondría a Franco las insignias de la Gran Cruz del Aguila Alemana, posteriormente el representante de Mussolini, Di Bono, le ofrecería el Gran Collar de la Annunziata, con estas condecoraciones, las Potencias del Eje trataron de decidir al dictador español a entrar en la guerra, consiguiendo únicamente la declaración de *no beligerancia* por parte del Régimen.

objetivos de la política norteamericana con respecto a España. Estos en líneas generales eran los siguientes: a) mantener a España lo más alejada posible de la órbita nazi; b) reducir en lo posible la aportación española al esfuerzo de guerra alemán; c) no interferir en la situación interna española, ya que según altas fuentes de información aliada, el régimen franquista representaba en aquellos momentos la mejor alternativa política para los intereses aliados; y d) dificultar el comercio hispano-alemán durante lo que restaba de conflicto y allanar en lo posible el camino para la ulterior entrada del capital y productos norteamericanos. La consecución de estos dos últimos objetivos eliminarían la influencia económica alemana en España, facilitando de esta forma el dominio económico de los Estados Unidos sobre la península por el resto de la guerra. Con respecto a la política exterior española durante el mismo período cabe decir que iba esencialmente dirigida a mantener al país en una zona neutral y de acuerdo con la evolución del conflicto alejarse lo más posible de la órbita alemana. En este sentido la mayor dificultad de la política exterior española residía en que hasta junio de 1944, mes de la invasión aliada de Normandía, el ejército alemán todavía se encontraba estacionado a lo largo de los pirineos franceses. De ahí el miedo de Franco a romper demasiado bruscamente con los alemanes.

Durante este período uno de los aspectos más importantes de la política norteamericana hacia España estuvo basado en el intento americano de entorpecer al máximo el comercio hispano-alemán, sobre todo las exportaciones de productos como el wolframio, material éste bastante importante para la industria de guerra alemana. El plan esbozado por la Junta de Guerra Económica (Board of Economic Warfare) llamaba por la adquisición de cualquier materia prima y productos manufacturados o semiprocesados que pudieran tener una incidencia importante en el esfuerzo de guerra alemán. Este plan, tal como estaba articulado, pretendía la intensificación del comercio hispano-norteamericano, así como la concesión a España de ciertas facilidades económicas para posibilitar tal comercio. En este apartado se pueden mencionar las de garantizar la obtención de créditos al gobierno de Franco y las de asegurarle el suministro de los productos petrolíferos necesarios para mantener la economía española en marcha (6). El principal objetivo de esta estrategia era hacer a España dependiente económicamente de los Estados Unidos de forma que las exportaciones españolas a Alemania pudieran ser obstruidas por los norteamericanos (7). Según una declaración de la Junta de Guerra Económica, el objetivo principal de la política aliada hacia España estaba definida como «el uso del poder diplomático, económico y financiero..., encaminado a impedir que las potencias del Eje reciban del exterior los materiales estratégicos necesarios para la continuación de la guerra» (8).

Con el fin de conseguir sus objetivos los Estados Unidos llegaron incluso a interrumpir el suministro de productos petrolíferos al régimen franquista. El propósito principal de esta acción era indudablemente presionar al gobierno de Franco a que cortara las exportaciones de wolframio a Alemania, ya que este material era de suma importancia para el esfuerzo de guerra alemán. Esta acción que duró sólo unas semanas y que en realidad no tenía grandes defensores en Washington, fue criticada, sin embargo, por los británicos, quienes mantenían que una presión demasiado fuerte sobre el gobierno de Franco podía provocar una rápida desestabilización política en el país, e incluso llegar a tal punto de deterioro que la caída del régimen franquista podía llegar a convertirse en algo más que una mera posibilidad. Pensando en el peligro que la materialización de tal posibilidad podía representar para los intereses británicos en España



Serrano Suñer, ministro de Asuntos Exteriores de España de octubre de 1940 a septiembre de 1942, entrevistándose en Roma con el ministro de Asuntos Exteriores de Italia, conde Ciano.

---

(6) Cordell Hull, idem, pp.1325-1326; Julius Pratt, «The American Secretaries of State and Their Diplomacy» (New York, 1946), p.547.

(7) Idem.

(8) David L. Gordon y Rayden Dangerfield, «The Hidden Weapon» (New York, 1947), p.XI.

éstos moderaron grandemente la precipitada acción norteamericana.

Si repasamos esquemáticamente los factores más importantes que condicionaron la política norteamericana hacia la guerra civil española, podremos observar que una de las preocupaeiones máximas de Washington era la posibilidad de un triunfo republicano. El impacto que tal eventualidad podía tener sobre sus intereses en la península, incidió grandemente en la adopción por los norteamericanos de una política de no intervención hacia el conflicto español, con el consiguiente perjuicio que esta postura representaba para la causa republicana. El beneficiario de esta política fue indudablemente el general Franco, que aunque no amado por los norteamericanos, era admitido como un mal menor cuando se le comparaba al peligro que un régimen de izquierdas podía representar para los intereses globales de los Estados Unidos en España. Una observación sumaria de la situación político-militar en Europa durante los dos últimos años de la segunda guerra mundial, indicaría que dicho planteamiento todavía era válido. La configuración de una Europa dividida en bloques estratégico-políticos comenzó a vislumbrarse claramente en 1943 con la invasión aliada de la península italiana y la ulterior creación en el país trasalpino de un gobierno aceptable a los aliados angloamericanos. El modelo de ocupación militar y de gobierno civil impuesto por los aliados occidentales en Italia, se iba a convertir en el patrón generalizado, utilizado tanto por los anglo-americanos como por la Unión Soviética a medida que sus respectivos ejércitos liberaban a los países europeos de la dominación alemana. De esta forma los norteamericanos utilizaron sus fuerzas de ocupación para «reorganiar» las instituciones políticas italianas de tal forma que éstas se ajustasen, o por lo menos no interfiriesen con sus intereses globales. Siguiendo el modelo impuesto en Italia por los aliados occidentales, los soviéticos procedieron casi idénticamente en Polonia, utilizando su ejército para imponer una situación política que correspondiera bien con sus intereses estratégicos en el Este de Europa. Este modo de actuación claramente indicaba a los estrategas soviéticos y norteamericanos que la configuración político-económica de la Europa de la posguerra sería radicalmente distinta a la de la preguerra. En el contexto de una Europa dividida en bloques político-militares, España era una pieza importante para la estrategia global que Washington estaba elaborando para el período de la posguerra. Es fácil de comprender que ante esta situación, la política de los Estados Unidos hacia el régimen pro-nazi del general Franco no podía ir más allá de una suave presión económica y diplomática. Era evidente que una política hostil hacia el régimen de Franco en aquellos momentos podía crear una situación de inestabilidad general en el país cuyas consecuencias perjudicarían grandemente a los intereses norteamericanos en España. A medida que las fuerzas aliadas avanzaban por tierras europeas la política española de neutralidad paulatinamente se fue transformando en abiertamente pro-aliada. La prohibición por las autoridades españolas a que los navíos de guerra alemanes fondearan en puertos españoles, así como el cambio de status del gobierno español con respecto al conflicto, pasando de no beligerante a neutral, son ejemplos que nos muestran la transformación de la política exterior española durante este período. Indudablemente la derrota del Afrika Korps en los desiertos norteafricanos y la debacle alemana en Stalingrado, incidieron notablemente en el curso de la política exterior franquis-



Entrevista de Mussolini y Franco, con asistencia de Ramón Serrano Suñer, en Bordighera, el 12 de febrero de 1941.



Carlton Hayes (1882-1964). Representante de los Estados Unidos en España durante los años difíciles de la segunda guerra mundial.

3. LA CORRESPONDENCIA ENTRE CHURCHILL Y FRANCO OCTUBRE-DICIEMBRE, 1944

Es evidente que la situación militar en Europa a finales de 1944, incidió notablemente en la actitud abiertamente pro-aliada del régimen franquista. La liberación de Francia por el ejército aliado, transformando de esta manera la situación política francesa, unida a la actividad diplomática internacional, relativa a la pronta organización de una nueva asociación de naciones, produjeron en el aparato franquista bastante desasosiego. La liberación de París en agosto de 1944 produjo un cierto sobresalto al gobierno español, debido a que una Francia liberada y con cientos de miles de refugiados españoles —muchos de ellos además avezados miembros de la Resistencia— presentaba un peligro potencial grande para la seguridad del régimen franquista. Otra fuente de profunda preocupación para el régimen la representaba la conferencia preparatoria para la creación de las Naciones Unidas, pronto a celebrarse en Dumbarton Oaks. Los norteamericanos creían firmemente que los soviéticos utilizarían el foro de la conferencia para atacar al régimen franquista. Lo peor del caso, según Washington, sería que con toda seta. Asuntos que en épocas anteriores Franco se había mostrado bastante remiso a colaborar con los aliados occidentales, después de la liberación de Francia, el dictador español manifestó en repetidas ocasiones su voluntad de diálogo y cooperación. Esta atmósfera de colaboración creó las bases para que se alcanzasen acuerdos entre el gobierno español y norteamericano que con anterioridad habían causado bastante fricción entre ellos. Los acuerdos sobre el delicado asunto de los envíos de wolframio a Alemania por los cuales Franco se comprometió a reducir al mínimo estos envíos, así como la promesa española de neutralizar los servicios de espionaje nazis que operaban con toda tranquilidad en Tánger, delinean claramente el inicio de lo que podíamos designar como la fase pro-aliada de la política franquista durante la segunda guerra mundial.



José Enrique Varela (1891-1951). Ministro del Ejército, de agosto de 1939 a septiembre de 1942, fue ascendido a teniente general en este último año. Posteriormente fue nombrado Alto Comisario de España en Marruecos (1945-1951).

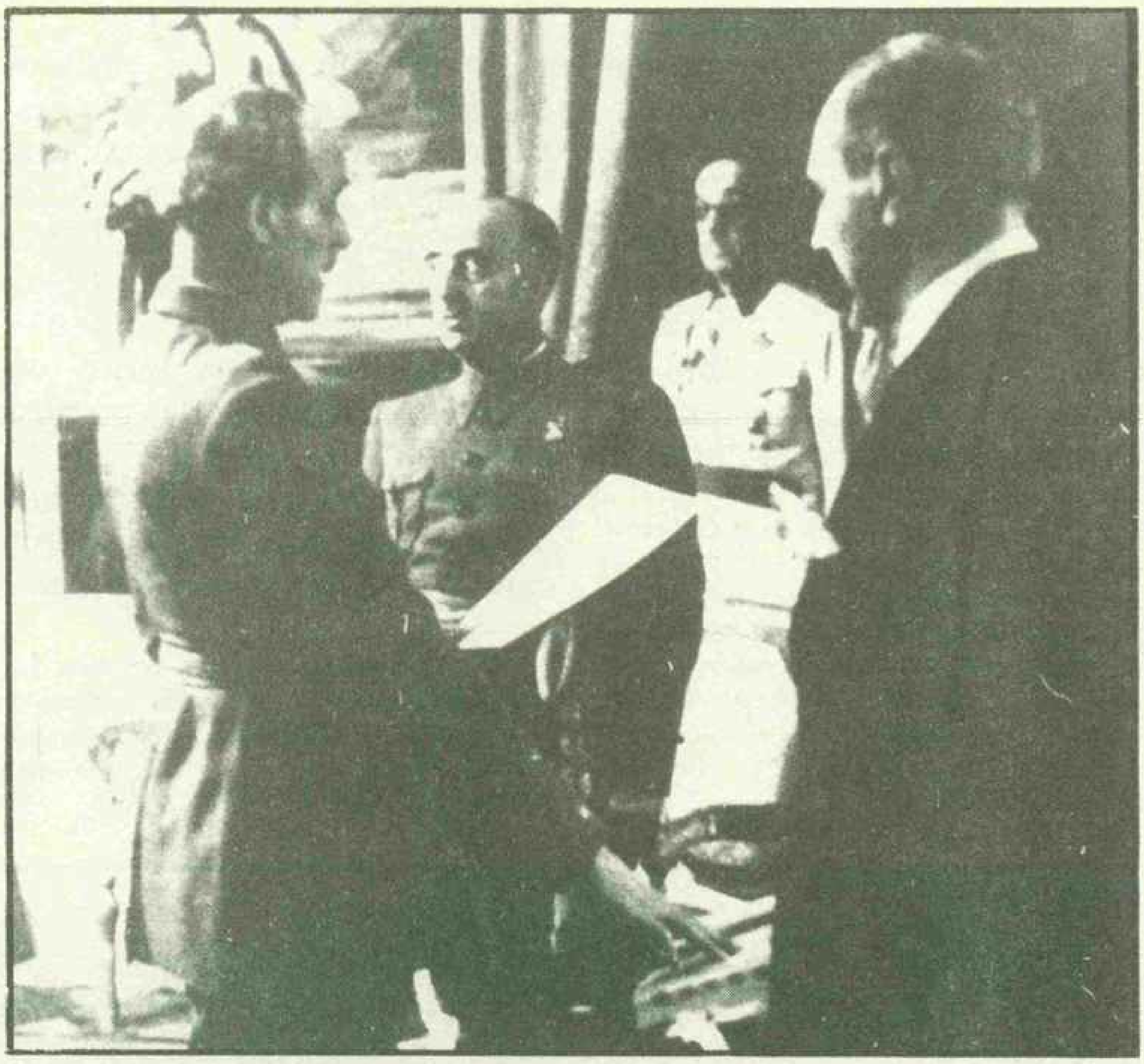
---

(9) Consultar mi trabajo «La política norteamericana de no intervención en la Guerra Civil Española, 1936-1939».

guridad las democracias occidentales no tendrían más remedio que apoyar la línea soviética a menos que Franco liberalizara su régimen de tal forma que pudiera desarmar las probables críticas de los soviéticos.

En esta época tan crítica para la supervivencia del régimen no todo fueron malos presagios: el Premier británico, Winston Churchill, en un discurso ante el Parlamento en mayo de 1944, instó al gobierno español a perseverar en su política pro-aliada, pagando tributo al mismo tiempo al general Franco por no haber ayudado más decisivamente a las fuerzas del Eje cuando la situación militar de los aliados no era demasiado brillante. Refiriéndose al futuro de las relaciones hispano-británicas, Churchill afirmó que «vislumbraba un futuro de muy buenas relaciones con España» que se reflejaría en «un excelente comercio entre España y este país» (10). Aunque sin el tono elogioso que sólo la pomposa retórica de Churchill podía expresar, los dirigentes norteamericanos pusieron su granito de arena para reasegurar a Franco respecto al futuro. En noviembre de 1944 los delegados españoles que habían tomado parte en una conferencia sobre aviación civil en los Estados Unidos «habían vuelto contentísimos por las cortesías recibidas en ese país» (11).

La mejora de las relaciones entre aliados y españoles, demostrada con acciones recíprocas de colaboración, tanto en el plano militar y diplomático, como en el aspecto económico, probablemente tentaron a Franco a escribir una carta personal a Churchill, escrito que provocó una fuerte respuesta del Premier británico. La carta, fechada el 18 de octubre de 1944, contenía algunas propuestas que eran políticamente explosivas en aquellos momentos. Entre otras cosas Franco ofrecía a Churchill la posibilidad de formar un frente anglo-español cuyo objetivo principal sería defender al occidente de la amenaza comunista. España, afirmaba Franco era una fortaleza inexpugnable contra esa amenaza. Franco también advirtió a Churchill que la Unión Soviética no era de fiar, y en aquellos momentos menos que nunca. Según Franco los países occidentales deberían unirse contra el insidioso poder comunista. Demostrando una tremenda insensibilidad política, así como una ignorancia supina



A principios de septiembre de 1942, y como consecuencia del atentado de Begoña, Franco decide la destitución del general Varela, nombrando al general Asensio Cabanillas, nuevo ministro del Ejército. (La foto recoge el momento de la jura de su cargo del general Carlos Asensio.)



En la misma crisis política de septiembre de 1942 Franco destituye al germanófilo Serrano Suñer y nombra nuevo ministro de Asuntos Exteriores al conde de Jordana, de tendencias claramente aliadófilas.

---

(10) Citado en Herbert Feis, «The Spanish Story», p.254.

(11) Carlton J. H. Hayes, ídem, p.270.

sobre el momento político y las tendencias de opinión en Inglaterra —éstas lógicamente eran extraordinariamente anti-nazis—. Franco hizo un comentario en su carta, que considerando el contexto político-militar del momento fue realmente irresponsable: según el dictador español sólo tres entre las naciones europeas más populosas y con más recursos habían destacado en el curso de la guerra como las más fuertes y viriles: Inglaterra, España y ¡Alemania! (12). La respuesta de Churchill a tan original misiva fue tan contundente como lógicamente se podía esperar en tal coyuntura. Como es natural Churchill rechazó de plano la propuesta de Franco referente a la creación de un frente anglo-español cuya misión principal era la de defender las «reservas espirituales de occidente» contra el comunismo ateo. Churchill en su negativa indicaba que la política exterior británica estaba sólidamente anclada en el tratado anglo-soviético de 1942, afirmando al mismo tiempo que Inglaterra seguiría cooperando con los soviéticos en el futuro (13).

Probablemente las razones británicas por tan negativa respuesta —negativa en el contexto general de las buenas relaciones que mantuvieron España e Inglaterra durante la mayor parte del conflicto— hay que buscarlas tanto en condicionamientos de política interna como externa. En el plano de política interna era natural que con la guerra tocando a su fin y con las elecciones generales cada vez más cerca, el Partido Conservador con Churchill a su cabeza, estudiara con atención el posible efecto negativo sobre el electorado de una respuesta en tonos apaciguadores a Franco, de ahí seguramente la respuesta poco positiva de los británicos a los ofrecimientos de Franco. Lógicamente los políticos del Partido Conservador trataron de corresponder en sus acciones públicas a los sentimientos antifascistas de la mayoría del electorado británico. No reconocer esta realidad, cuando todavía continuaban cayendo sobre Londres las bombas volantes alemanas, equivaldría al más absurdo suicidio político. En este contexto parece casi natural que Churchill aprovechara la magnífica oportunidad que Franco le ofreció con su carta para capitalizar políticamente en el sentimiento antifascista de los electores ingleses. La situación política internacional también incidió de forma notable en el contenido

(12) La carta de Franco a Churchill así como la respuesta de este último se pueden encontrar en el libro autobiográfico del embajador británico en España durante la segunda guerra mundial; Samuel John Gurney Hoare, primer vizconde de Templewood, «Complacent Dictator» (New York, 1947), apéndice A, pp.305-310.

(13) Para una opinión personal sobre la respuesta de Churchill a Franco, ver Winston Churchill, «The Second World War», vol. VI: «Triumph and Tragedy» (Boston, 1953), p.400.



Conferencia de Casablanca (14 al 24 de enero de 1943). En ella se decidió exigir de Alemania, Italia y Japón, una capitulación sin condiciones. (En la foto: el presidente norteamericano Franklin Delano Roosevelt y el primer ministro británico Churchill, detrás de Roosevelt el general Marshall, y tras Churchill los mariscales Alan Brooke y Spars.

de la respuesta de Churchill a Franco, ya que por aquellas fechas el Premier británico acababa de volver de Moscú después de discutir con Stalin el futuro de Europa del Este. Después de tan amigable encuentro, del cual salió el acuerdo por el cual ingleses y soviéticos se repartían sus respectivas zonas de influencia en el Este europeo, el anacronismo e inoportunidad de la carta de Franco no podía ser más evidente. Aunque unos meses más tarde las relaciones anglo-soviéticas se agriarían sensiblemente, en octubre de 1944 estas parecían correctas.



El dictador con uniforme de la Falange, rodeado de sus ministros. A su derecha, el general Asensio; a su izquierda, José Luis de Arrese.

4. EL VIRAJE PRO-NORTEAMERICANO DE LA POLITICA EXTERIOR FRANQUISTA

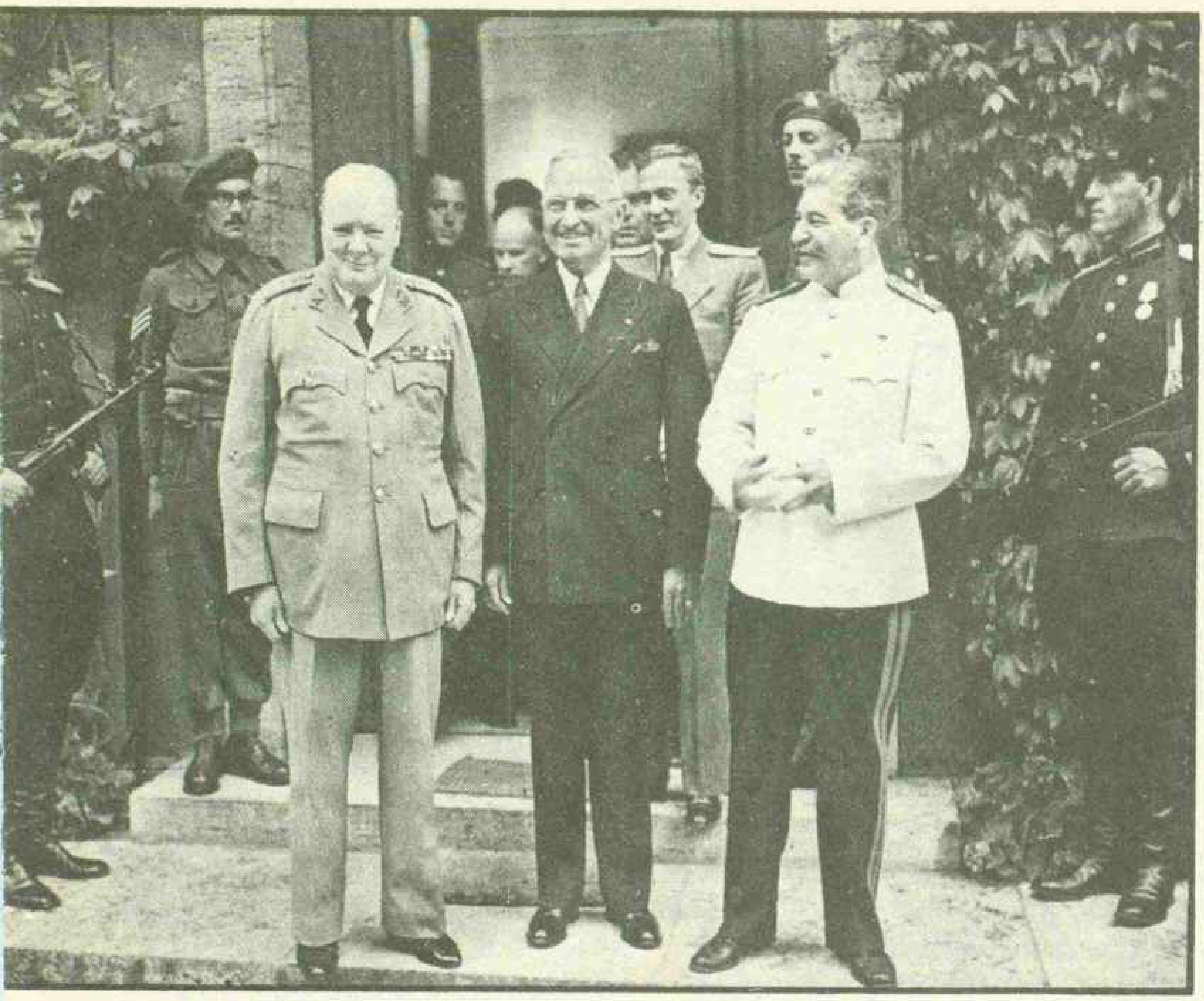
Con el fin de la guerra sólo a unos meses vista y con los Estados Unidos extendiendo su influencia por toda Europa Occidental, era lógico que la política exterior franquista intentara de una forma inequívoca unirse al bando de los vencedores. Durante los primeros meses de 1945 casi todas las acciones diplomáticas efectuadas por el gobierno español respondieron a la perfección a las necesidades estratégicas de los aliados occidentales, y más exactamente a los intereses globales de los Estados Unidos. Fruto de esta colaboración entre Washington y Madrid fueron los varios acuerdos militares, económicos y culturales que se firmaron en este período entre los dos gobiernos. Entre los acuerdos hispano-norteamericanos más importantes de este período podemos mencionar la concesión del gobierno español al Comando de Transporte Aéreo norteamericano a principios de 1945, autorizándolo a sobrevolar el espacio aéreo español y a utilizar las instalaciones de aterrizaje, tanto en España como en sus colonias de Cabo Juby y Villa Cisneros. Hay que apuntar que estas importantes concesiones de tipo militar no fueron concedidas ni a Alemania, incluso durante su predominio militar en Europa. Sin duda alguna, Franco estaba preparando cuidadosamente las futuras relaciones españolas con los Estados Unidos. En este sentido las palabras de William P. George del Departamento de Estado llenaron de satisfacción a los dirigentes franquistas: «... Las facilidades españolas al CTE estimularán extraordinariamente la colaboración hispano-norteamericana durante el difícil período que se avecina. El objetivo común que supone la reconstrucción de Europa servirá para estrechar las relaciones entre los dos países en materias de aviación y comercio» (14). En el plano económico los dos gobiernos llegaron a un acuerdo satisfactorio en el difícil asunto de la nacionalización de la subsidiaria de la ITT en España, la Compañía Telefónica Nacional de España. La necesidad de conseguir ayuda tecnológica norteamericana, unida a la evidente posición de debilidad diplomática por la cual pasaba el régimen de Franco en aquellos momentos, obligaron a España a conceder a la subsidiaria de la ITT, la Standard Eléctrica Española, el monopolio en la fabricación de material telefónico en España, hipotecando de esta forma el sector telefónico al capital y tecnología norteamericanos (15).

A estos acuerdos de tipo militar y económico siguieron otros de diversa índole, uno de éstos en materia informativa de suma importancia para la futura imagen internacional del régimen franquista. Nos referimos concretamente al acuerdo entre las agencias de noticias United Press International y la agencia EFE era un simple instrumento de propaganda del gobierno español, el acuerdo con la UPI significaba que desde aquel momento Franco podía difundir la información que considerara pertinente por todo el mundo utilizando el extenso aparato difusor de la agencia norteamericana.

---

(14) «Foreign relations of the United States, 1945», vol. V, 811.248/2-745, Madrid, encargado de Negocios Embajada de los EE.UU. al secretario de Estado, 7 de febrero, 1945, pp.725-727; FRUS, 1945, vol. V, 811.248/2-2045, Madrid, encargado de Negocios Embajada de los EE.UU. al ministro de Asuntos Exteriores, señor Lequerica, 19 de febrero de 1945, pp.727-729.

(15) FRUS, 1945, vol. V. 852.75<3-245, Madrid, encargado de Negocios Embajada de los EE.UU. al secretario de Estado, 2 de marzo de 1945, pp.722-723; Anthony Sampson, «The Sovereign State of ITT» (Greenwich, Connecticut, 1974), p.47.



Los «tres grandes»: Churchill, Truman y Stalin, en un descanso durante la Conferencia de Potsdam. La conferencia empezó el mismo día 17 de julio de 1945, en que fue probada en Alamogordo la primera bomba atómica. Finalizaría el 2 de agosto de 1945.

A pesar de la importancia que tuvieron para la imagen externa del gobierno español los acuerdos EFE-UPI y a la campaña pro-Franco que estimuló la prensa conservadora norteamericana a principios de 1945, la mayoría de los medios de información y opinión pública estadounidenses estaban en general abiertamente opuestos al régimen franquista. En este sentido las concesiones conseguidas por los Estados Unidos en materias militares y económicas, demuestran un fuerte sentimiento de vulnerabilidad entre los dirigentes franquistas hacia esas corrientes de opinión hostiles, así como hacia la nueva correlación de fuerzas en el mundo provocada por los resultados de la guerra. Nada expresa mejor esa vulnerabilidad que la actitud servil de la política exterior franquista hacia los objetivos de la diplomacia norteamericana durante los primero meses de 1945. El 12 de febrero de 1945, Jefferson Caffery, embajador de los Estados Unidos en Francia, informaba al Departamento de Estado que su «colega español le había comunicado que tenía las instrucciones más estrictas de su gobierno para que cultivara la amistad del representante estadounidense sobre la de los demás embajadores». El mismo día otro telegrama, todavía más significativo que el anterior, enviado desde la delegación diplomática de los Estados Unidos en Panamá, informaba al departamento que «el encargado español de negocios ha dicho a algunos miembros de nuestra embajada que ha recibido instrucciones desde Madrid ordenándole que apoye en todo momento nuestra línea política con respecto a los asuntos panameños» (16). Ante tan abierta servilitud, la Oficina para Asuntos Europeos del Departamento de Estado, calificó la política pro-norteamericana del gobierno español, no sin un cierto desdén, como una que «lame manos» (hand licking) (17). El rápido viraje efectuado por la política exterior española a principios de 1945, tomó un cariz totalmente oportunista, casi podíamos decir tragicómico, con la ruptura de las relaciones diplomáticas hispano-japonesas. La muerte de ciudadanos españoles, así como la quema del consulado español en Manila a manos de soldados japoneses en su apresurada retirada de la capital filipina, fueron las razones aducidas por el gobierno franquista para romper diplomáticamente con sus amigos los japoneses. La prensa gubernamental española orquestada desde las alturas del poder, trató de capitalizar sobre estos sucesos, señalando que las barbaridades cometidas por los soldados japoneses ocurrían en un momento en que España estaba intentando estrechar sus relaciones con los aliados occidentales. Un periódico español argumentaba que la agresión japonesa, por lo menos desde un punto de vista técnico, podía proporcionar a España motivo suficiente como para poder declararle la guerra a su aliado de la anti-Comintern. Esto según «Arriba» ¡convertiría a España en aliado de los Estados Unidos e Inglaterra! (18). El tema de la ruptura con Japón alcanzó dimensiones realmente absurdas con el ofrecimiento del entonces secretario general del Movimiento, José Luis Arrese, a un miembro de la embajada norteamericana en Madrid, en el sentido que él estaba dispuesto a organizar y dirigir una nueva División Azul, ¡esta vez contra el Japón! (19). La operación «ruptura con el Japón fue un verdadero desastre para la diplomacia española, ya que la prensa internacional, en vista del obvio oportunismo de la acción, reaccionó con un clamor unánime de repulsa contra

(16) «Decimal Files», Departamento de Estado, Washignton, 711.52/2-1245, Carta del jefe de la Sección Europea, John Hickerson a Mr. Culberson, 12 de febrero de 1945 (de aquí en adelante citado como DFDE).

(17) Idem.
(18) «Arriba, 16 de marzo de 1945.
(19) Emmet John Hughes, «Report from Spain» (New York, 1947), p.251.

el régimen de Franco. Entre todos los editoriales que criticaron la mencionada acción, quizás fuera la del pequeño rotativo, el provinciano «The Waterloo Courier», de la ciudad de Waterloo, Iowa, el que con más justeza y humor criticara la tardía y oportunista ruptura de las relaciones hispano-japonesas. En un editorial titulado, 'Franco odia a los japoneses, ahora», el «Waterloo Courier» decía, entre otras cosas: «Si los fascistas españoles odian ahora al Japón, se les debería permitir enfrentarse con el enemigo. Pero naturalmente las Naciones Unidas tendrán que exigir de ellos pruebas irrefutables de su sinceridad. Si Franco y 30 (sic) de sus ministros se ofrecieran a lanzarse en paracaídas sobre terreno japonés e iniciaran acciones de sabotaje contra el enemigo, los aliados no tendrían más remedio que concluir que Franco había ofrecido suficientes pruebas de su sinceridad» (20).

5. «HOSTILIDAD» VERBAL Y COOPERACION ECONOMICA Y DIPLOMATICA EN LA POLITICA DE LOS ESTADOS UNIDOS HACIA ESPAÑA, 1944-1945

Es evidente que durante la mayor parte de la guerra los Estados Unidos habían seguido una política de apaciguamiento hacia el gobierno de Franco. En el transcurso de los últimos meses de la guerra, este apaciguamiento alcanzó grados de verdadera luna de miel con la firma de los acuerdos militares, económicos y en materia de información reseñados anteriormente. Esta situación cambió un tanto cuando los Estados Unidos, obligados por sus aliados europeos y por su propia opinión pública, no tuvieron otra opción que endurecer su posición hacia el último superviviente de los fascismos europeos. Tanto la prensa liberal como los sindicatos y algunas iglesias protestantes, así como las diferentes fuerzas políticas en el Congreso norteamericano, comenzaron a mostrarse cada vez más activas en su agitación política contra la dictadura en España. En el Congreso, el ataque contra el régimen franquista se materializó en enero de 1945 cuando el congresista John M. Coffee introdujo una resolución en la Cámara de Representantes urgiendo a la administración Roosevelt a suspender sus relaciones diplomáticas con Franco. Esta resolución pedía al mismo tiempo la entrega de material militar a la oposición española en el exterior para que ésta pudiera luchar por su propia liberación (21).

Ante esta ofensiva anti-franquista, apoyada mayoritariamente por la opinión pública norteamericana, según mostraban la encuestas de opinión llegadas a la Casa Blanca, Roosevelt no tuvo más remedio que actuar con rapidez para tomar la iniciativa de nuevo en el caso español. Así en la carta que el presidente norteamericano entregó a su nuevo embajador en España, Norman Armour, estaban integradas las críticas más relevantes que se habían expresado en los Estados Unidos contra el gobierno de Franco hasta la fecha. «La victoria conseguida sobre las fuerzas del Eje», afirmó Roosevelt en su carta, «no será completa hasta la total erradicación del fascismo en el mundo» (22). Es indudable que el objetivo de este documento era principalmente el de satisfacer los sentimientos anti-fascistas de la opinión pública norteamericana, así como el de poner más en línea la política de los Estados Unidos con respecto a la política británica. La carta de Roosevelt probablemente abortaría cualquier intento español de capitalizar en las aparentes diferencias entre británicos y norteamericanos con respecto al régimen español (23).

El 24 de marzo de 1945, el nuevo embajador de los Esta-

(20) «The Waterloo Courier», Waterloo, Iowa, 28 de marzo de 1945. Citado en el U.S. Congressional Record, 79th Congress, Primera Sesión, 1945, vol. 91, parte II, Apéndice, pp.A1788-A1789.

(21) U. S. Congressional Record, 79th Congress, Primera Sesión, 1945, vol. 91, Parte I, p.431.

(22) DFDE, Washington, 711.52/3-945, Secretario de Estado interino, Joseph Grew al presidente Roosevelt, 9 de marzo de 1945.

(23) DFDE, Washington, 711.52/2-1245, Embajada británica en Washington al Departamento de Estado, 13 de marzo de 1945.



Francisco Franco, brazo en alto, en la década de los cuarenta.

dos Unidos en Madrid, Norman Armour, presentaba sus cartas credenciales al general Franco y sin dilaciones exponía al dictador español el contenido de la carta de Roosevelt. Franco escuchó con la flema que le caracterizaba la exposición del embajador estadounidense que, curiosamente, había cambiado muy «diplomaticamente» el orden de los puntos más importantes contenidos en el documento, anteponiendo a las críticas más desagradables los argumentos más tranquilizadores para el régimen español. De esta forma la garantía que Roosevelt ofrecía a Franco de que los Estados Unidos no interferirían en ningún momento en los asuntos internos de España, quitó fuerza al contenido del resto de la misiva. Esencialmente, Armour emplazó a Franco a que disolviera la Falange y a que llevara su régimen hacia formas más democráticas de gobierno. Mientras que esta evolución no se llevara a cabo, Armour explicó a Franco, España no podía esperar mantener unas relaciones satisfactorias con los Estados Unidos (24).

Debido a la presión de su propia opinión pública que, estimulada por las declaraciones antifranquistas de sus dirigentes, ahora pedía una política más agresiva hacia el régimen de Franco y al rechazo abierto de las democracias europeas a la integración española en las diferentes agencias internacionales creadas por aquellas fechas, los Estados Unidos no tuvieron más remedio que adoptar una política más «hostil» hacia el gobierno español. Al mismo tiempo, y como acción equilibradora, Washington utilizó su poder económico y político para evitar que el régimen franquista se viera afectado por cualquier tipo de inestabilidad política o económica. Para los Estados Unidos cualquier proceso de desestabilización en España podría provocar graves trastornos políticos, con el consiguiente peligro de estimular una situación revolucionaria cuyas consecuencias negativas para los intereses norteamericanos en España eran fáciles de prever.

El Departamento de Estado insistió en repetidas ocasiones sobre la importancia de mantener a España bien suministrada con los productos básicos para su supervivencia económica. En este sentido la carta del subsecretario de Estado, W. L. Calyton a los responsables de la Administración del Petróleo para la guerra es altamente significativa: «La posición de los Estados Unidos hacia España en materia energética», afirmó Clayton, «está basada en considerar las necesidades mínimas españolas. Tenemos un gran interés en evitar, dentro de lo posible, cualquier tipo de miseria económica en España. Esto está fundamentado en el principio general de que tales condiciones pueden contribuir notablemente a la inestabilidad política en el mundo» (25).

Este ejemplo quizás sea suficiente para mostrar la evidente falta de correspondencia entre las «hostiles» declaraciones de algunos dirigentes norteamericanos hacia el régimen español y la actitud de colaboración a nivel económico, militar, e incluso como veremos seguidamente —y valga la contradicción— diplomático. En este campo el objetivo principal de la diplomacia estadounidense era frenar cualquier acción iniciada por países de la órbita socialista, o incluso por sus propios aliados, que pudiera poner en peligro la estabilidad política del régimen franquista. En este sentido la actuación moderadora de la diplomacia norteamericana se hizo patente en dos de las conferencias más importantes celebradas antes de la terminación de la guerra. En la Conferencia Interamericana sobre Problemas de Guerra y Paz, celebrada en México en febrero-marzo de 1945, los diplomáticos estadounidenses hábilmente desarticularon la moción de varios de los países asistentes a la Conferencia, la cual pedía a los gobiernos del continente americano que condenaran al «régimen fascista del general Franco». La moción también contenía medidas punitivas contra el régimen español. En la Conferencia de la ONU, celebrada en junio de 1945 en la ciudad de San Francisco, los Estados Unidos aunque votaron a favor de la resolución que cerraba la entrada en la Organización a «naciones cuyos régimenes fueron establecidos con la ayuda de las fuerzas armadas de países que han luchado contra las Naciones Unidas», se opusieron a que se mencionara el nombre de España en dicha resolución, así como a que se tomaran medidas punitivas concretas contra Franco. Su voto final apoyando la resolución fue debido con toda probabilidad al temor de quedarse aislado diplomáticamente en esta acción de la Conferencia de las Naciones Unidas (26).

A mediados de abril de 1945 la derrota de las fuerzas nazis parecía inminente. Tal eventualidad intensificó los contactos entre personalidades del régimen franquista y los diplomáticos norteamericanos en Madrid. Evidentemente existía cierta inquietud dentro del aparato del régimen sobre las posibles acciones punitivas que los aliados podían tomar contra el no tan antiguo aliado de Hitler y Mussolini. Así, una tras otra, personalidades tan significativas del régimen como Demetrio Carceller, ministro de Industria y Comercio; el general Asensio, ministro de la Guerra y el general Varela, rogaron encarecidamente al em-

(24) FRUS, 1945, vol. V. 123 Norman Armour/3-2445, Madrid. Armour al Sec. de Estado, 24 de marzo de 1945, pp.668-670.

(25) DFDE, Washington, 852.24/6-2045, Carta de W.L. Clayton a Leo T. Crowley, 20 de junio de 1945.

(26) «New York Times», 24 de febrero de 1945, p.7 y 27 de febrero de 1945, p.14.

bajador norteamericano en Madrid, Norman Armour, la máxima comprensión de su gobierno hacia los problemas que España confrontaba en aquellos difíciles momentos (27).

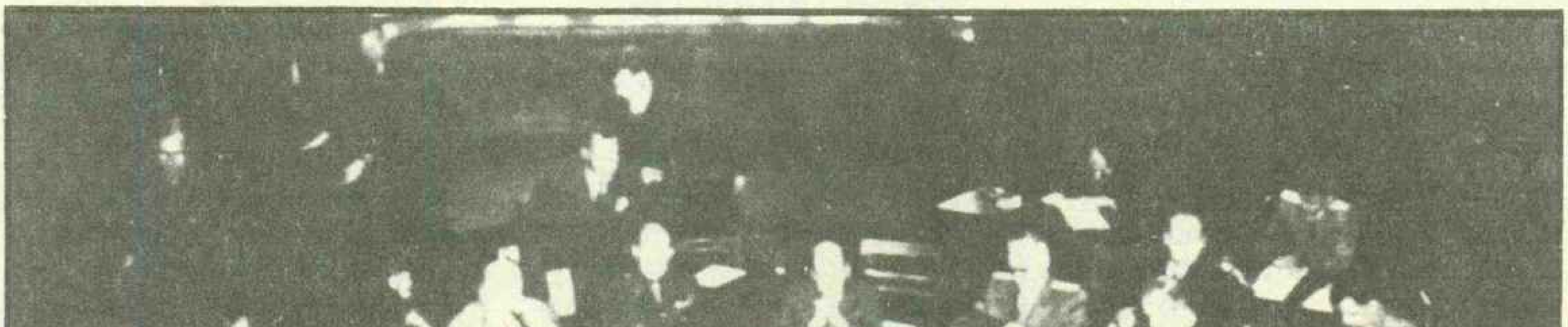
Ante la sincera preocupación demostrada por las personalidades franquistas, Armour les aseguró repetidas veces que aunque su gobierno no aprobaba las tendencias políticas del régimen español, la cuestión de cambiarlas era un asunto que concernía exclusivamente a los propios españoles. Al mismo tiempo, Armour explicó a sus interlocutores que su gobierno esperaba, por el bien de las relaciones mutuas, que cualquier cambio que se produjera en las estructuras políticas del país sería conveniente que estuviera basado en los principios democráticos occidentales. «Una España tranquila es deseable desde el punto de vista de la cooperación internacional; una repetición de cualquier conflicto civil en el país militaría contra objetivos tan importantes como el restablecimiento de la paz y el orden de Europa y la rehabilitación de las zonas devastadas» (28). Como bien lo expresa este comunicado Franco podía respirar tranquilo sobre la seguridad de su régimen, ya que no tenía que preocuparse demasiado con respecto a posibles represalias políticas o económicas dirigidas por los Estados Unidos contra su gobierno. Quizás los miembros de la oposición a la dictadura de Franco, los derrotados de la guerra civil, los habitantes de las cárceles y de las catacumbas de la clandestinidad, comprendieron más acertadamente que los Carceller, Asensio y Varela hacia donde se dirigían las preferencias de los Estados Unidos en aquellos momentos. Edward Weintal, el corresponsal del semanario norteamericano «Newsweek» en Madrid, en una de sus crónicas desde la capital de España describía las palabras de desilusión de un viejo dirigente republicano con respecto a la política de Washington hacia el gobierno de Franco: «Entre el pueblo español se está asentando el convencimiento que debido a la ayuda de su gobierno al régimen de Franco, éste parece hoy más fuerte que nunca, precisamente cuando se esperaba que lo opuesto sería la realidad. El instituto popular ha llegado al convencimiento que la sangre que necesita este régimen está siéndole suministrada por su país y que si Franco es todavía capaz de mantenerse políticamente es porque ustedes no están interesados en derrocarle» (29) ■

J.D.

(27) DFDE, Madrid, 852.00/5-145, Embajador en Madrid al Sec. de Estado, 19 de mayo de 1945.

(28) DFDE, Madrid, 852.00/5-145, Armour al Sec. de Estado, 19 de mayo de 1945.

(29) «Newsweek», 14 de mayo de 1945, p.58.



Una vista general de la sala en que se celebraba la Conferencia de Potsdam, donde los «tres grandes» condenaron el régimen de Franco.

Los daños políticos de la Inquisición

Enrique Mirét Magdalena

DESPUÉS de publicados dos recientes trabajos míos sobre la Inquisición, recibo este libro (1) sobre el famoso Tribunal del Santo Oficio en España. Se trata de un trabajo serio, que ha supuesto un paso más en la línea de lo que yo interpretaba respecto a la Inquisición castellana postmedieval, en mis artículos publicados en Tiempo de Historia *hace pocos meses.*

(1) Inquisición española: poder político y control social», por Bartolomé Benassar. 347 páginas, Ed. Grijalbo, Barcelona, 1981.

Es preciso superar —como hace Benassar— las discusiones de temas accidentales sobre la Inquisición, para llegar a una valoración histórica objetiva de su realidad y de su esencia.

Lo primero es hacer un sereno trabajo histórico, olvidando las polémicas apologéticas por un lado; y, por otro, las descripciones barrocas de muchos de los críticos de épocas todavía recientes.

Benassar, en un libro bien escrito y de agradable lectura a pesar de su seriedad y erudición, nos transmite sus últimas reflexiones basadas en una lectura atenta de las principales obras sobre el tema, y en una cuidadosa investigación de equipo que es de primera mano. El libro no pretende decir novedades espectaculares, sino retomar la idea que el siglo XIX alumbró y que fue olvidada más tarde.

¿Cuál fue esta idea? El autor la resume en su *Introducción:* «el papel político de la Inquisición, prodigioso instrumento de control social al servicio del Estado monárquico». Y para ello se ayudó el Santo Oficio de «una presión psicológica tan fuerte, que arrastraba al pueblo cristiano a un complicado juego de confesiones y de denuncias sin paralelo en la historia».

¿HISTORIALES PSIQUIATRICOS?

Aporta el autor la sugerencia del investigador danés Henningsen, que es de gran interés porque no había sido suficientemente subrayada hasta ahora. Transcribo literalmente la cita que Benassar hace del historiador citado, para que se vea el acierto de sus palabras:

«Las actas de los procesos, según la naturaleza del delito, mas bien nos recuerdan a historiales médicos de una clínica psiquiátrica; a las notas de un psicólogo con sus pacientes; a los detallados análisis de un sexólogo sobre el comportamiento sexual análogo...; a los *case studies* del sociólogo sobre normas y valores sociales, como se reflejan en la charla cotidiana del pueblo en distintos niveles sociales; ... a la descripción de un historiador de la Iglesia de la vida de comunidades luteranas, calvinistas o hugonotes...»

El estudio de estas Actas es importante por eso, no sólo para sacar estadísticas sobre el número y clase de torturas o muertes, sino sobre los aspectos psicológicos y etnográficos de las víctimas.

El libro de Benassar da un buen pie para ello. No hay más que recorrer el índice para darse cuenta del filón folklórico que se puede explotar. Por sus páginas desfilan la «pedagogía del miedo», «la represión de las minorías», las «disciplinas del lenguaje y de la acción»; «el modelo sexual» (matrimonio, aberraciones sexuales, poligamia, fornicación, pecados «abominables», ...); «la devaluación del verbo femenino»; «de la ilusión a la locura»; «la desvalorización de la bruja», etc...

Así llegamos a comprender que el problema de la Inquisición española, establecida en todo el país desde poco antes del siglo XVI (cuando en Europa había ya desaparecido) es ante todo un problema político-social. Por eso encontramos, entre otras, dos cosas negativas en ella: una dominación césaro-papista de lo religioso, y una ausencia de tolerancia clerical en este campo; dominio religioso por un lado, y dominio clerical de lo civil por otro.

Cuando no estaban mezclados los dos poderes, cuando la Iglesia actuaba en España en su plano y los Reyes cumplían con su misión civil de fomentar la convivencia entre los habitantes de España, no se desarrolló la intolerancia que

hemos vivido entre nosotros desde el siglo XVI, por arte de los mal llamados Reyes Católicos, que eran bien poco cristianos al haber olvidado la comprensión evangélica, que debía haber sido el fundamento obligado de su gobierno.

La «limpia» que se hizo a partir de ellos, de los ciudadanos molestos tuvo dos vertientes: la de las minorías religiosas (judíos, moros y protestantes); y la de aquellos que por su estructura psico-social se integraban en esa «unidad»patria ficticia propugnada por nuestros reyes Isabel y Fernando. Yo he publicado hace bastantes años —en período franquista— algunos trabajos que intentan demostrar lo mismo que dice Benassar: «a lo largo de los siglos XI, XII y XIII existió una tolerancia mutua entre las tres principales comunidades españolas: cristiana, judía y mora».

Esta novedosa acción de «limpieza» social (la unidad patria se quería conseguir por la unidad religiosa), se estratificó en 4 tiempos según Benassar: 1) «desde los orígenes hasta los alrededores de 1525», época de lucha sobre todo contra los judaizantes; 2) «hacia 1525 se da un cambio profundo..., toman el relevo los delitos de los cristianos viejos..., hasta 1590»; 3) al cambiar de siglo la lucha contra el mahometismo y el judaísmo renacen, y llega este período de lucha antijudía «hasta 1720-1725», lucha que «ocupó el papel central de la escena»; 4) el siglo XVIII es la declinación clara de la Inquisición, que sólo se manifiesta por medio de coletazos eventuales.

La identificación entre Inquisición y lucha antiprotestante que han hecho muchos apologistas del catolicismo hispano, o incluso las posturas análogas del evangelismo, es equivocada porque «a partir de 1570 los autos de fe espectaculares contra los reformados se hacen poco frecuentes en España». Hay que señalar con franqueza —como hace Benassar— que «prácticamente no hubo protestantes españoles», puesto que «en diez años de Inquisición consiguió eliminar las bolsas aisladas que se habían creado».

La clase de delitos contra los que luchó la Inquisición se pueden resumir en los grupos siguientes que son curiosamente heterogéneos: 1) el judaísmo, el mahometismo, así como los protestantes; 2) los «delitos contra el Santo Oficio»; 3) las «palabras escandalosas»; 4) los brujos, que eran casi únicamente «curanderos o echadores de cartas»; 5) los delitos sexuales: bigamia, violencia, bestialismo; y la solicitación por algún clérigo de sus confesandas, para realizar el acto sexual aprovechándose del secreto de la confesión, hecho que fue relativamente frecuente en aquellos tiempos.

En cambio desde 1597 los protestantes extranjeros (alemanes primero y poco después ingleses, holandeses y zelandeses) pudieron venir a comerciar en España; y luego fueron los soldados protestantes los afincados en España, sin grandes problemas porque «mediando un poco de discreción, nadie se ocupa de sus convicciones», según dice Benassar.



LOS CASTIGOS

Otro punto importante es el tema del número de castigos. Las cifras aportadas en el siglo XIX por el antiguo secretario del Santo Oficio, Juan Antonio Llorente, son a todas luces exageradas; y Benassar lo acepta claramente: «numerosos autores no han dudado en denunciar la falta de rigor en esas acrobacias estadísticas, con razón». Además los niveles de actividad punitiva son muy diferentes según los tiempos: los comienzos son con muchos los peores, después descienden mucho los castigos.

Los veredictos de muerte decrecen espectacularmente a partir de 1530; y quedan reducidas las penas más graves a la reconciliación, la confiscación de bienes y la prisión perpetua, que normalmente se entiende reducida a pocos años. De este modo resulta «evidente que la Inquisición tortura menos que la justicia civil».

El gran problema del «secreto» es práctica usual en todo enjuiciamiento criminal realizado en la mayor parte de los países de Europa —salvo en Inglaterra—, como asegura M. Foucault en su excelente obra «Vigilar y castigar»

Todo lo cual lleva a pensar que este tribunal es antes que nada un tribunal de finalidad político-religiosa, que usa los métodos de todos los tribunales civiles de la época, aunque generalmente suavizados. El mimetismo con el mundo profano es evidente en la Inquisición, como le ha ocurrido a la institución Iglesia desde que se hizo poderosa y grande, después de Constantino: siempre imitó las estructuras de poder y coacción del mundo que le rodeaba. Y así cayó en las redes de su propia dialéctica humana grandiosa, olvidando su inspiración fundamental, que es la del Evangelio, con su comprensión concreta del hombre y el respeto a la convicción libre del ser humano.

De este modo no sólo se practicaba el daño físico y moral, sino que se conseguía también una influencia social a través del ejemplo negativo de la tortura, produciendo un fuerte temor en el pueblo. Por eso, en ocasiones, la Inquisición emprendía «escarmientos espectaculares», como el de Fray Luis de León, del Brocense, la caída del Ministro Macanaz en tiempos de Felipe V y la de Pablo de Olavide en 1776.

Todo ello era producto natural de esa implicación césaro-papista con el alto clero. Y este miedo, hábil y sistemáticamente utilizado por el poder reinante, perduró en el pueblo español bastantes años después de abolida la Inquisición; y desarrolló además un odio popular contra los no-cristianos, llegando hasta la «discriminación social y racial», como mecanismos de gobierno en el que se mezclaban los intereses de un Estado más o menos absolutista y de una Iglesia dominadora del pueblo.

LA ACCION INTELECTUAL

La acción represiva contra la inteligencia no fue tan grave como se ha dicho a veces. Yo lo he seña-

lado en mi trabajo publicado hace poco en *Tiempo de Historia*, y Benassar lo confirma. A pesar de ello hay que recordar que «la represión ejercida contra los cristianos nuevos tuvo una repercusión nefasta sobre el medio intelectual», como ocurrió sobre todo en los primeros tiempos.

Los *calificadores* de los libros que quieren publicarse eran «casi todos frailes provistos de títulos universitarios brillantes...: Mariana, Soto, Miguel de Molina, Melchor Cano, Carranza...». Y entre ellos dominan los más intelectuales: los dominicos. Lo trágico es que algunos de estos hombres de confianza de la Inquisición son luego víctimas de ella.

El más importante *Catálogo de libros prohibidos*, el de Quiroga, «es de una extremada flexibilidad» porque «nada está absolutamente prohibido»; y «salvo prescripción contraria, las obras prohibidas lo son solamente en lengua vulgar». Por eso, como el latín era conocido por cualquier persona medianamente culta, sólo se requería la licencia del Santo Oficio para leer un libro que estuviera claramente prohibido por ella. Y en su confección colaboraron además los intelectuales más prestigiosos del momento.

Cuando en 1747 se hace un *Indice* mucho menos serio, «el Rey autorizó la publicación de panfletos contra él». Y una tendencia tan progresista como fue la del *erasmismo*, siguió desarrollándose fuertemente durante todo el siglo XVI.

Lo que ocurrió es que no sólo la Inquisición fue más o menos culpable de frenar la cultura, sino también el Estado. Además los lamentables casos eclesiásticos de Fray Luis de León, del fraile jerónimo P. Sigüenza, del jesuita Mariana y otros bien conocidos, más obedecen a rencillas personales o de grupo clerical, que a motivos intelectuales.

De este modo el misterio que supone el desarrollo cultural que fructificó en el Siglo de Oro a pesar de la Inquisición, tiene una explicación que parece clara: porque lo que se desarrolló no fue toda la cultura y todo el pensamiento, sino más bien aquello que estaba en el nivel de lo estético. Desde la segunda mitad del siglo XVI los cristianos viejos empiezan también a ser perseguidos, y con ello decrece lamentablemente la producción de pensamiento, para desarrollarse principalmente la de orden artístico y literario. Por eso España, «tan notablemente situada en la Edad Media gracias a sus contactos con el Oriente musulmán, estuvo ausente o casi del gran momento científico y filosófico del siglo XVII, igual que iba a estar casi ausente de las «aplicaciones» del siglo XVIII».

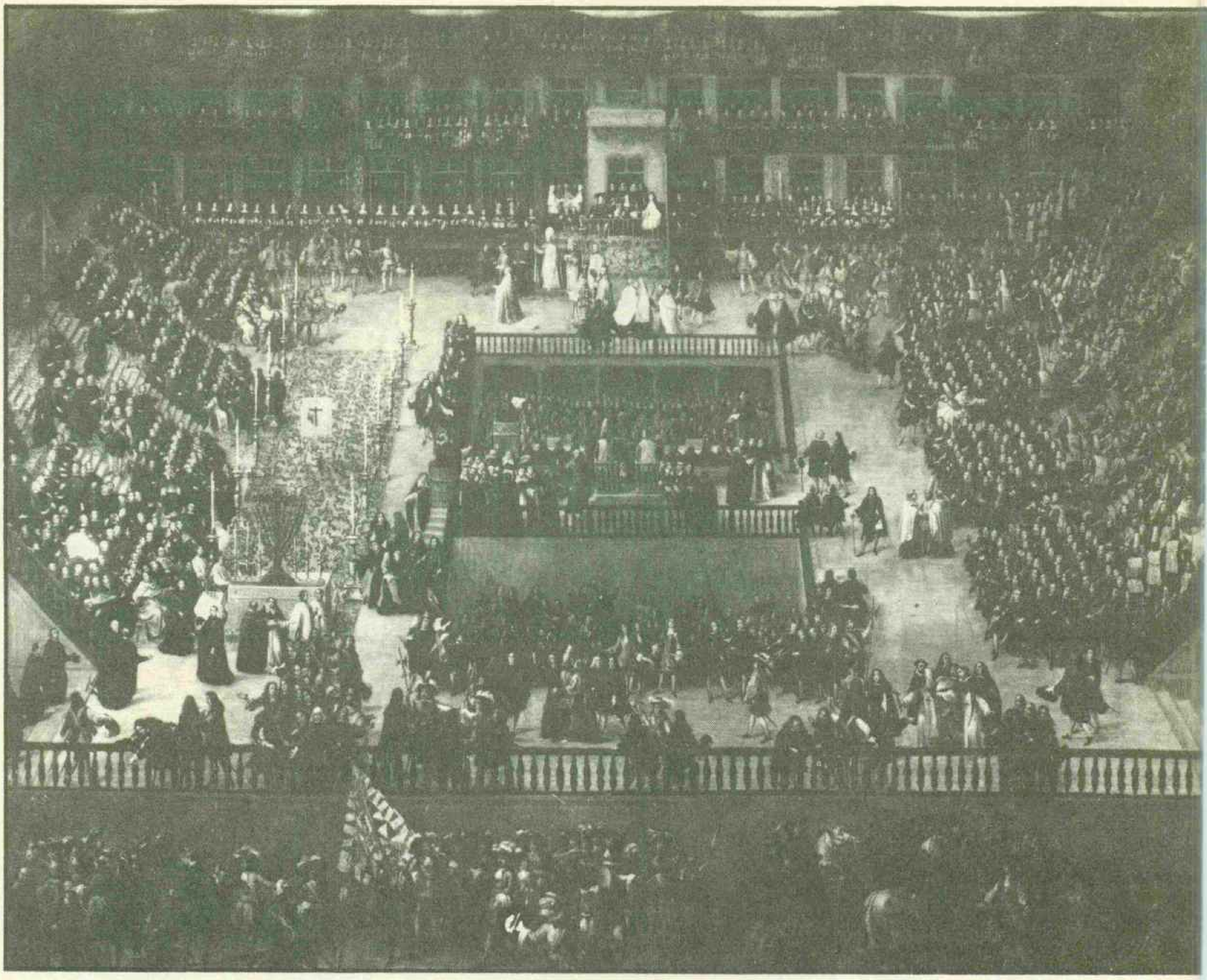
Todo ello fue creando un temor intelectual, más o menos fuerte, como lo evidencia Santa Teresa cuando relata lo que le dicen: que «Atravesábamos tiempos difíciles». Pero ella, con inteligente serenidad, aunque quizá también con un poco de inconsciencia optimista, comenta en una ocasión: «estas palabras me divirtieron y simplemente me hicieron reir». La situación era fuerte, pero no tan dura como hemos creído tiempo atrás, según afirma Benassar. Lo que hay que achacar a la Inquisición es siempre lo mismo: es más un intolerante tribunal al modo humano de la época, que una institución inspirada en la tolerancia y la libertad evangélicas.

CONSECUENCIAS DIVERSAS

Lo negativo de la Inquisición en el plano intelectual, más tarde incidirá también en lo espiritual cuando desciende el alto nivel cultural que habíamos alcanzado en el siglo XVI, como resultado de la tolerancia española medieval, y por eso aún no había sido seriamente ahogada la filosofía y la ciencia por el contubernio Iglesia-Estado de tan nefastas consecuencias, a pesar de la suavización que existió según Benassar. Entre los elementos negativos de la Inquisición también hay que destacar que «la comunidad judaizante desapareció al precio de un desastre económico provocado por la disolución de los gremios», amén de privarse de las cualidades comerciales y financieras de los judíos. Dos aspectos negativos de esta lucha contra una raza que había aportado económicamente muchas ventajas al país. La Inquisición favoreció también una postura antieconómica fomentando la evasión de los problemas temporales y produciéndose entonces ciertas corrientes espirituales platonizantes, que despreciaban lo material, a diferencia de la labor positiva realizada por nuestros teólogos del siglo XVI, como Domingo de Soto y otros profesores dominicos de Salamanca, que supieron ver el valor de lo económico en la construcción de la nueva sociedad que asomaba en todo el mundo europeo. Pero pudo más la cerrazón «espiritualista» que el modo realista que se desprendía de la Biblia, con su mentalidad siempre a pie de tierra. Los países protestantes, en cambio, se desarrollaron más al vivir estos valores terrenos de carácter económico, ya que en la Biblia —que era su cotidiana lectura— encontraba apoyo su interés por ellos, mientras en España dejábamos de alimentarnos en estas fuentes (al estar prohibida la lectura de la Biblia en lengua vulgar), y nos evadíamos al séptimo cielo de las elucubraciones místicas platonizantes, que nos desprendían de los valores humanos concretos. La vida, como señalaba Santa Teresa, era para nuestros místicos «una mala noche en una mala posada», y no merecía la pena desarrollar sus riquezas naturales.

Sobre los protestantes extranjeros se difundió también una falsa idea, que todavía perduraba hasta hace pocos años entre nosotros. Léase si no, aquel famoso *Catecismo sobre el Protestantismo* del jesuita italiano Padre Perrone, traducido y adaptado al castellano en 1953 en España, en el que se vierten los más increíbles juicios contra la moralidad de los protestantes, que parece reproducir las frases que corrían entre nuestro pueblo en el siglo XVI.

Con la *cuestión sexual* también se metió la Inquisición. Pero no siempre se había inmiscuido en ella. Ahora, en algunas épocas y regiones, atacó y persiguió la poligamia, que en la Edad Media la Iglesia no había perseguido cruentamente. También combatió a los bígamos y homosexuales. Y no dejó en paz a los muchos españoles del pueblo llano que defendieron, tanto en conversaciones corrientes como en la práctica, que la «simple fornicación» no era pecado mortal, cosa que la Iglesia medieval no había directamente controlado. Combatió y persiguió también a los que querían justificar la frecuentación de las prostitutas; porque era entonces corriente pensar entre la gente del pueblo que esto «no es pecado, pagándosele su trabajo»; que todo lo más podría ser pecado venial, «que se quita con un poco de agua bendita». Este es un aspecto de las cos-



Auto de Fe en la Plaza Mayor de Madrid, presidido por Carlos II en 30 de junio de 1680.

tumbres de nuestro pueblo «católico», que un día merecería un estudio histórico más detallado, para conocer mejor el folklore religioso español; incluso la postura tradicional de los teólogos pastoralistas —mal interpretada por el pueblo— pudo dar lugar a ello, pues en algunos aspectos no fue tan rígida como algunas veces se dice. Las interpretaciones rigoristas del siglo XIX eran una novedad pastoral, y muy particularmente la postura de S. Antonio María Claret sobre todo lo relacionado con el sexo, resumida en el Devocionario popular llamado *Camino Recto y Seguro para llegar al Cielo,* que tuvo 169 ediciones desde 1859 hasta 1938.

Estos teólogos tradicionales solían justificar la existencia de las «casas de tolerancia», siguiendo la idea socialmente tolerante de S. Agustín, aunque estuviera éste en contra de la práctica personal de la prostitución. Todo ello es necesario estudiarlo objetivamente, para conocer mejor este significativo aspecto de nuestro folklore «católico» y de sus fuentes más o menos bien interpretadas por el pueblo sencillo.

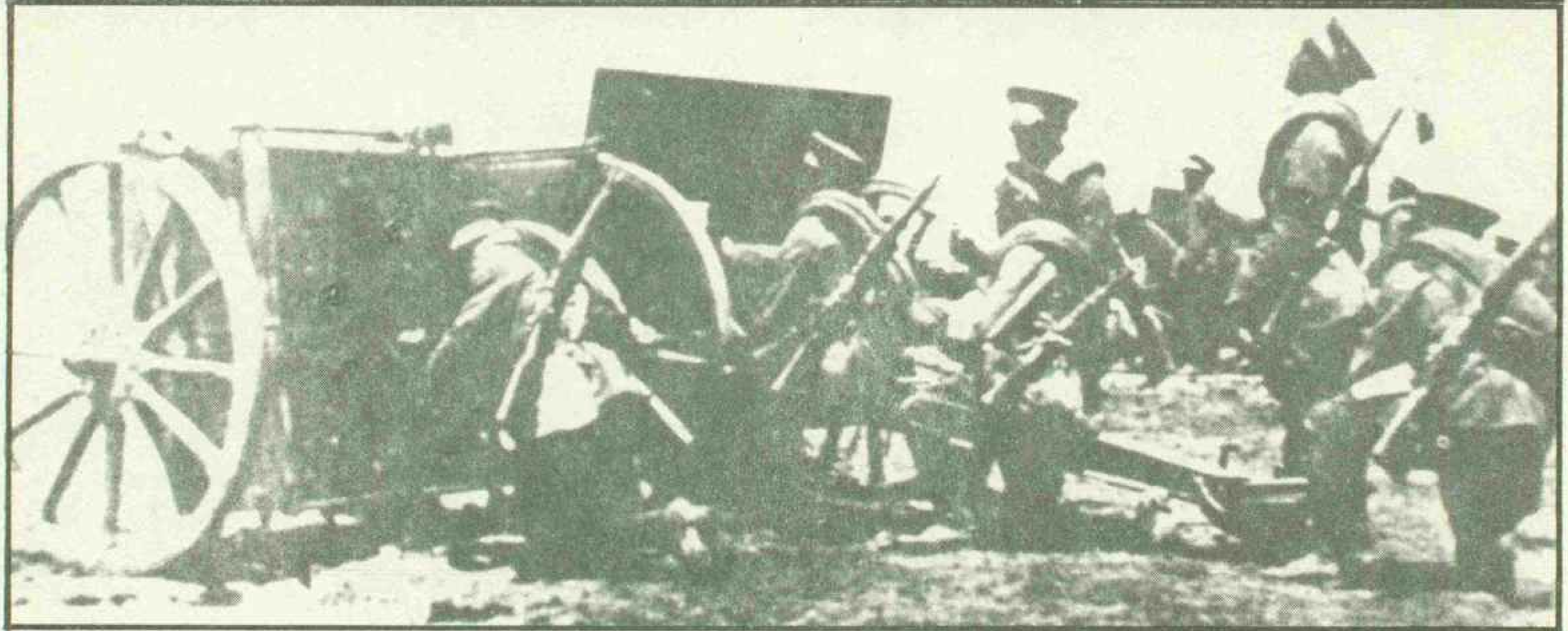
Otra consecuencia final se desprende también: el frecuente ajuste tan estrecho entre la Inquisición y los objetivos de la política real. Sólo cuando llegó la época de la *Ilustración,* que pretendía dejar a la Iglesia puesta en su lugar, superando la confusión Iglesia-Estado, algunos ministros españoles pretendieron suprimir la Inquisición como el conde de Aranda y Campomanes. Macanaz, en cambio, luchó contra la Inquisición, sólo porque se había convertido últimamente «en un Estado dentro de un Estado»; y no la quería tan independiente, sino que obedeciera al mismo tiempo «a Dios y al rey».

Hemos de recordar otra vez, para eliminar errores de perspectiva, que «la presencia real de los protestantes —en el país— importa poco», pues no son numerosos ni influyentes. Lo que importa «es el mito» contra ellos, que es un «formidable instrumento de integración política y social», según Benassar dice con razón.

Los males políticos que hemos padecido en España en los siglos XIX y XX derivan del lastre que nos dejó esta labor de la Inquisición que, más que directamente religiosa fue político-religiosa, olvidándose de la esencia misma de la libertad evangélica y de los derechos de la conciencia que en el Nuevo Testamento son «leitmotiv» constantes. Los demás hechos, hoy mejor averiguados y puestos en su punto (como son los que tratan las muertes no fueron tantas) no es lo más decisivo de la Inquisición, porque es más una anécdota dentro de la realidad social que representa, y que Benassar ha contribuido excelentemente a poner de relieve. ■ **E. M. M.**

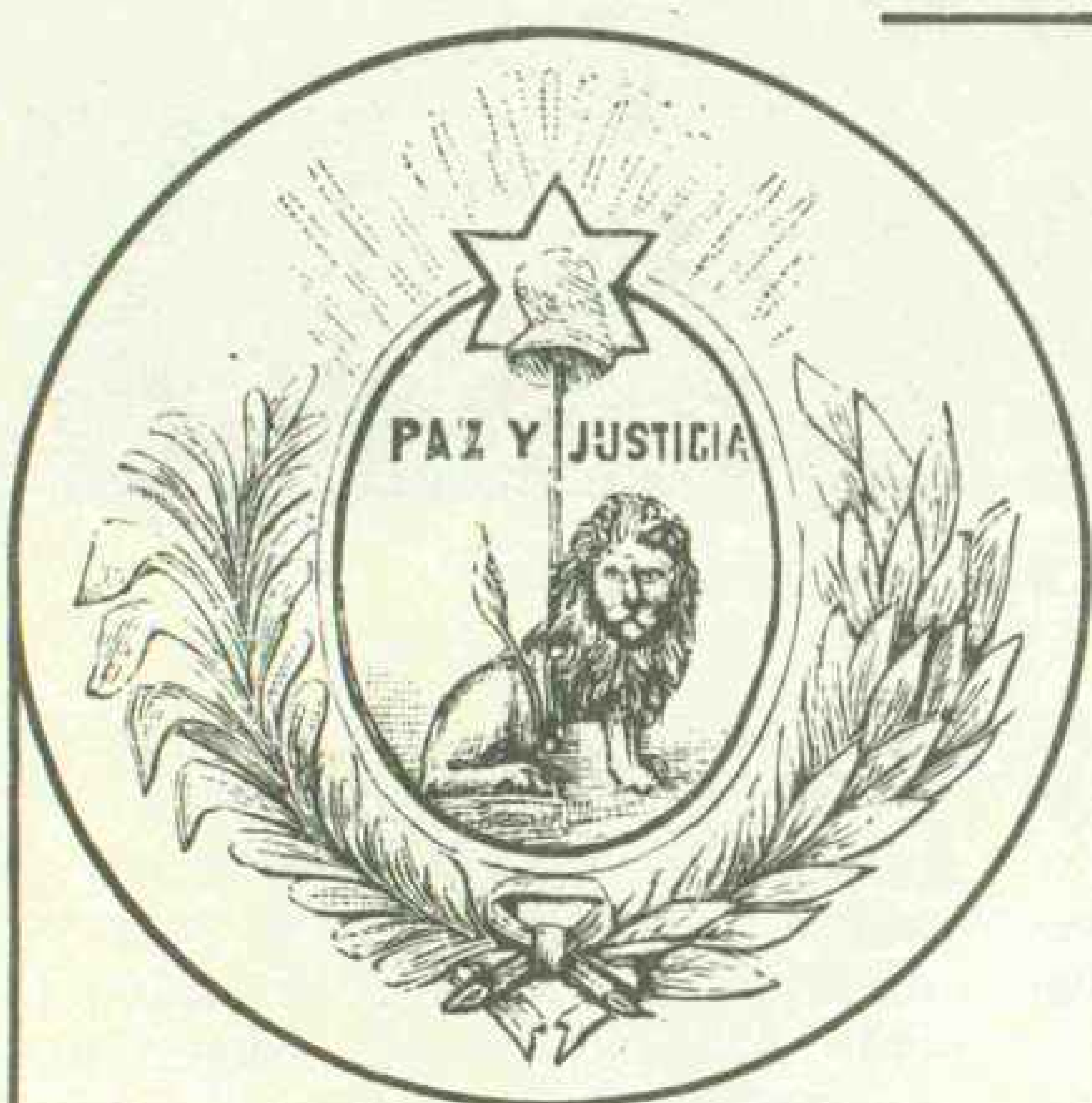
Nacionalismo y petróleo:

La guerra del Chaco

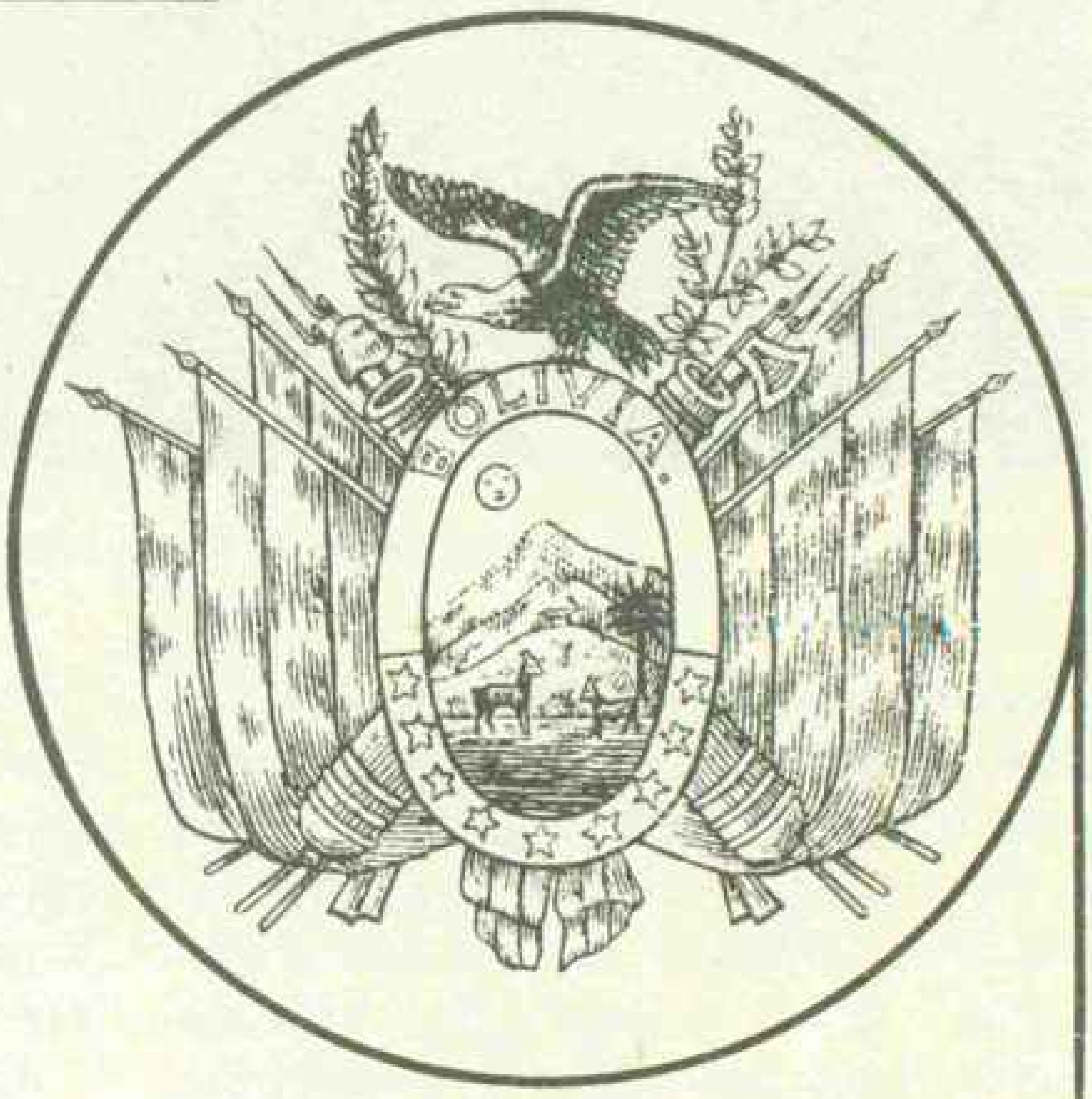


Bolivia pertrechó fuertemente a su ejército para la Guerra de Chaco. (En la foto: una batería en acción, en el frente de batalla.)

Nelson Martínez Díaz



Escudo nacional de Paraguay.



Escudo nacional de Bolivia.

En los años treinta, una guerra asombraba al mundo y se convertía en uno de los episodios más resonantes y trágicos luego de la Gran Depresión. El escenario de la sangrienta contienda era un territorio cercano a los 250.000 kilómetros cuadrados, ubicado casi en el centro de América del Sur. Una región que contiene desiertos, algunos bosques bajos y numerosos pantanos, uno de ellos tan grande como Bélgica. Como ha señalado un periodista norteamericano de la época, en esa región: «... viven indios, misioneros, menonitas importados, algunos campesinos, serpientes, escorpiones, animales salvajes, algunos leñadores que cortan quebracho y una gran cantidad de ganad.» Unos cien mil hombres perderían su vida en ese alejado campo de batalla, en nombre del nacionalismo y de los intereses petrolíferos.



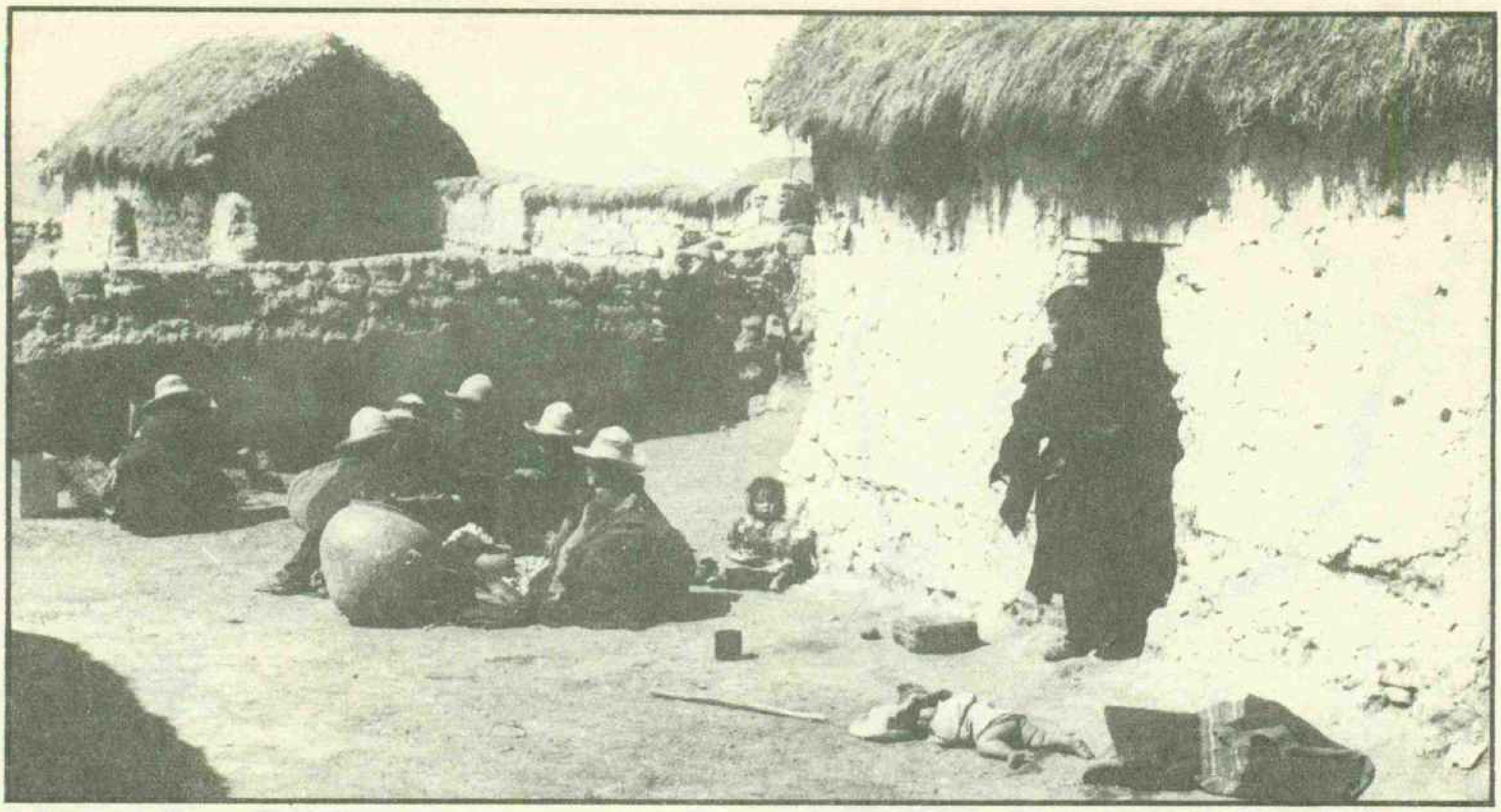
Bolivia y Paraguay, dos países mediterráneos en América del Sur, protagonistas de la cruenta guerra por el Chaco Boreal.

Bolivia y Paraguay: expoliación y subdesarrollo

Si la independencia cambió los rasgos generales de la sociedad boliviana, el desplazamiento de la burocracia colonial y la crisis de la minería y los comerciantes tan sólo facilitó el encumbramiento de los terratenientes criollos. En consecuencia, se produjo una creciente valorización de la tierra que aceleró el despojo de las comunidades indígenas. Las condiciones de vida para el indio de Bolivia no habían mejorado, y una clara manifestación de ello fue la pervivencia del **pongaje,** por el cual el **arrendero,** despojado de sus tierras comunitarias, se veía obligado a realizar trabajos gratuitos varios días a la semana para el hacendado, si quería conservar el usufructo de su parcela. Y este sistema semifeudal de la hacienda latifundista se impuso en la agricultura del altiplano, donde mantuvo vigencia hasta 1952, cuando se produjo el estallido de la revolución.

Otra era la situación minera. El ciclo de la plata, que caracterizó al período colonial, fue sustituido por la explotación del estaño en la etapa independiente, y un mestizo oriundo de Cochabamba, Simón Patiño, se convirtió pronto en el «rey del estaño». Los «señores de la plata» y los terratenientes estaban enraizados con las familias tradicionales, pero los empresarios del estaño eran advenedizos y su poder estaba sustentado en las alianzas con el capital internacional. El ascenso de estos nuevos sectores mineros y comerciantes, con influencia sobre las capas medias urbanas y las zonas campesinas vinculadas a sus minas, pronto los enfrentó con la vieja oligarquía.

No obstante, pronto fue concertada una alianza entre los sectores dominantes, cuando los terratenientes descubrieron que podían



El indio boliviano, aproximadamente el 85 % de la población del país, vive en condiciones seculares de atraso y explotación.

convertirse con ventajas en proveedores de las minas de estaño. Por otra parte, la estructura agraria tradicional no se encontró cuestionada, puesto que su permanencia convenía a todos ya que se convertía en proveedora de alimentos a bajo precio y reserva de mano de obra para las empresas mineras. Tan sólo tres grupos controlaban la producción de estaño en Bolivia, que ocupaba el segundo lugar en la oferta mundial. Simón Patiño monopolizaba más del 50 por ciento, y le seguían Mauricio Hochschild, 10 por ciento, y Félix A. Aramayo, 5 por ciento. Ello permitió a estos personajes instrumentar



Las formas de trabajo de los nativos paraguayos; expoliacion y subdesarrollo.

el Estado para que no lesionara sus intereses, promoviendo candidaturas, comprando funcionarios, y pagando a los mejores abogados. En conjunto, constituía lo que el pueblo boliviano denominaba la **Rosca.**

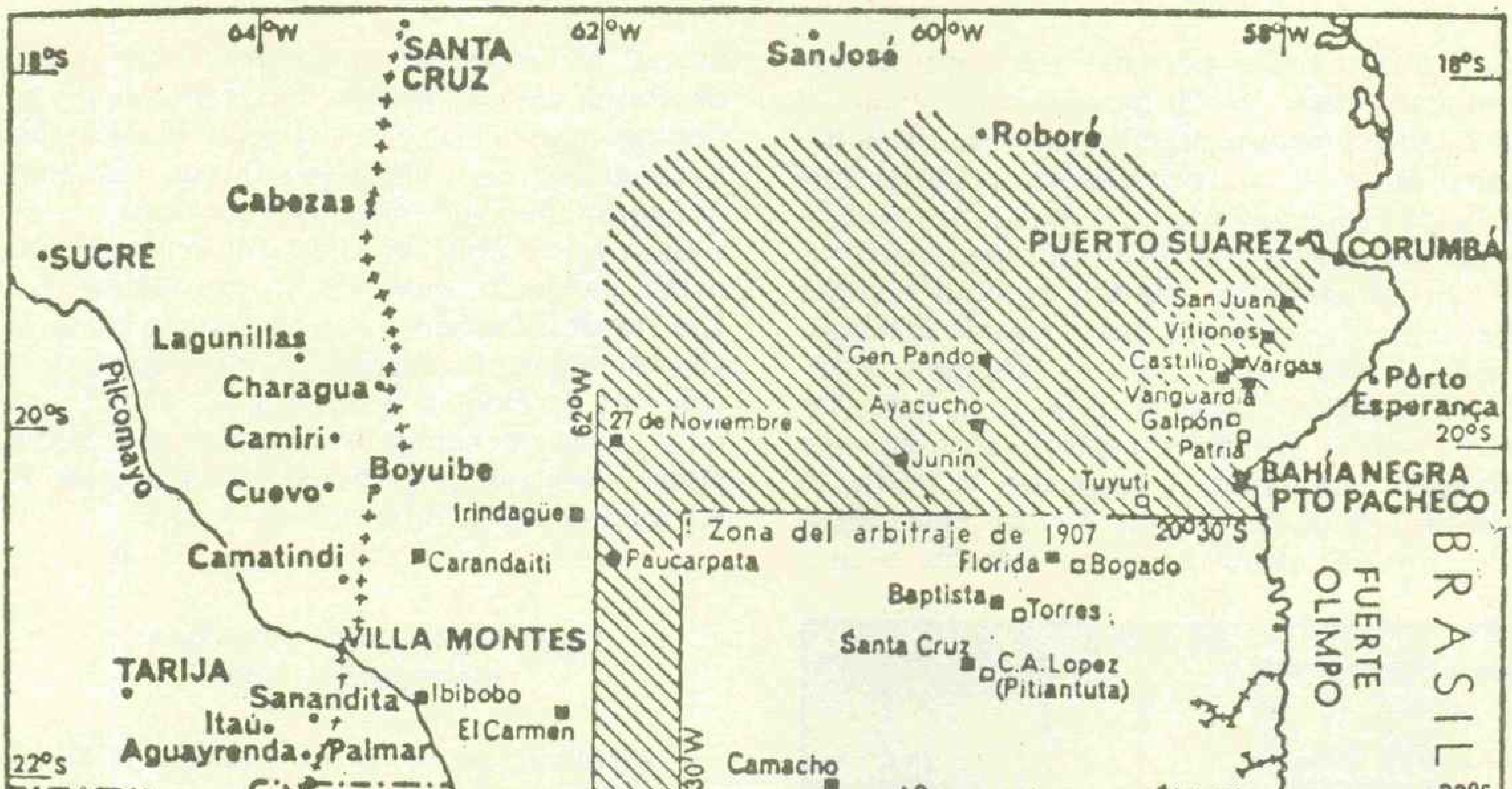
No se presentaba mejor el panorama político y social paraguayo. Desde 1870, finalizada la Guerra de la Triple Alianza con la masacre del pueblo guaraní, gobernaba el Partido Colorado. Comenzó entonces una etapa de extranjerización de la tierra, único bien que podía disponer el Estado para hacer frente a sus obligaciones exteriores, lo que produjo la desposesión de los campesinos, así como su ingreso en formas de trabajo cercanas a la esclavitud. En 1904 se produjo un cambio de turno político y los liberales asumieron el poder. Aunque su intención era integrar el país en un moderno sistema burgués, en definitiva mostraron inclinación hacia los capitales anglo-argentinos, y la única vía férrea paraguaya pasó a ser controlada por compañías que operaban desde Argentina; se enajenaron también tierras en el territorio del Chaco Boreal, que Paraguay poseía nominalmente. En 1908 una coalición integrada por el ala radical de los liberales y sectores del Partido Colorado derribó por la fuerza al presidente Ferreira. Entre este año y 1928 se alternaron períodos de calma con otros de guerra civil; al comenzar la guerra del Chaco, en 1932, el Partido Liberal se encontraba en el poder y la presidencia del país era ejercida por uno de sus líderes: Eusebio Ayala.

La «cuestión del Chaco»

Bolivia padecía, al igual que Paraguay, una situación mediterránea, y durante el período

independiente había mostrado escaso interés en el Chaco por varios motivos, entre ellos lo alejado de la región, aunque ensayó proyectos de colonización para no perder control sobre el territorio. Estos, sin embargo, pusieron a prueba la capacidad de resistencia de los colonizadores, incluso de los llegados desde el oeste norteamericano. Esto último debido a lo inhóspito de las tierras colindantes con Bolivia, el aislamiento por falta de comunicaciones y la lejanía. Pero Bolivia comenzó a interesarse por una salida hacia el Atlántico, vía río Paraguay, sobre todo después del desastre sufrido en la Guerra del Pacífico. Ello motivó que durante largos años la diplomacia internacional ensayara conciliar los intereses de Paraguay y Bolivia, atento a que cada uno de esos países reclamaba extensas zonas en el Chaco Boreal y, para garantizar sus derechos, mantenían puestos militares avanzados en las profundidades de la selva chaqueña.

Del lado paraguayo, por razones de mayor fertilidad de las tierras, los impulsos colonizadores habían logrado cierto éxito, aunque, en los hechos, el ochenta por ciento del territorio explotable del Chaco se encontraba en poder de compañías extranjeras, especialmente argentinas, inglesas y norteamericanas, que se dedicaban a la extracción de la madera y el tanino en los montes de quebracho, o a la cría ganadera. La firma argentina Carlos Casado Ld. poseía 55.000 kilómetros cuadrados en el Chaco, y otras enormes posesiones eran las de Campos y Quebrachales Puerto Sastre, y de Forestal Puerto Guaraní; se calculaba que existía un millón de cabezas de ganado, la mayor



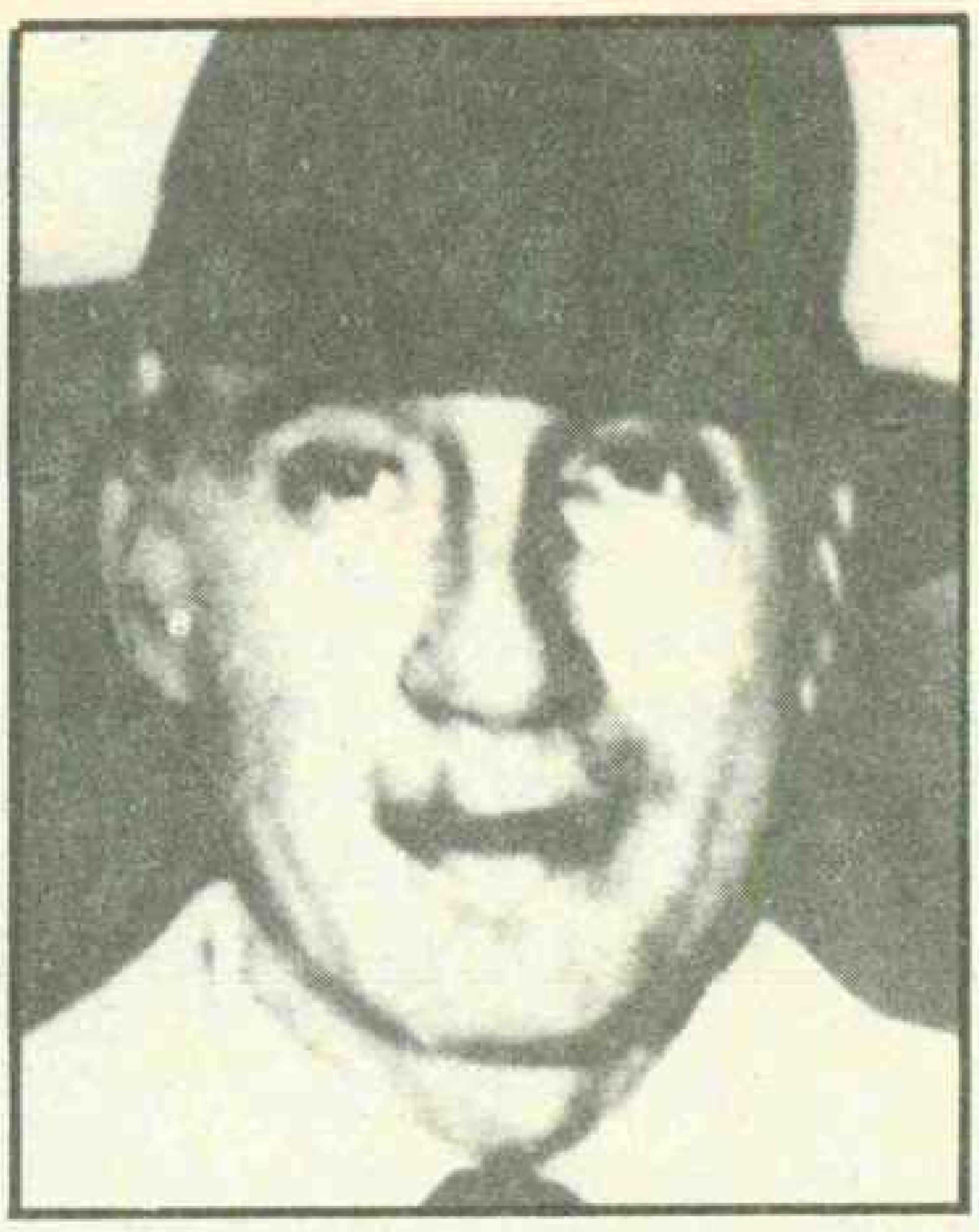
El escenario de la guerra. Pueden observarse los fuertes fronterizos instalados por ambos países en el Chaco Boreal.



Simón Patiño, el «Rey del estaño».



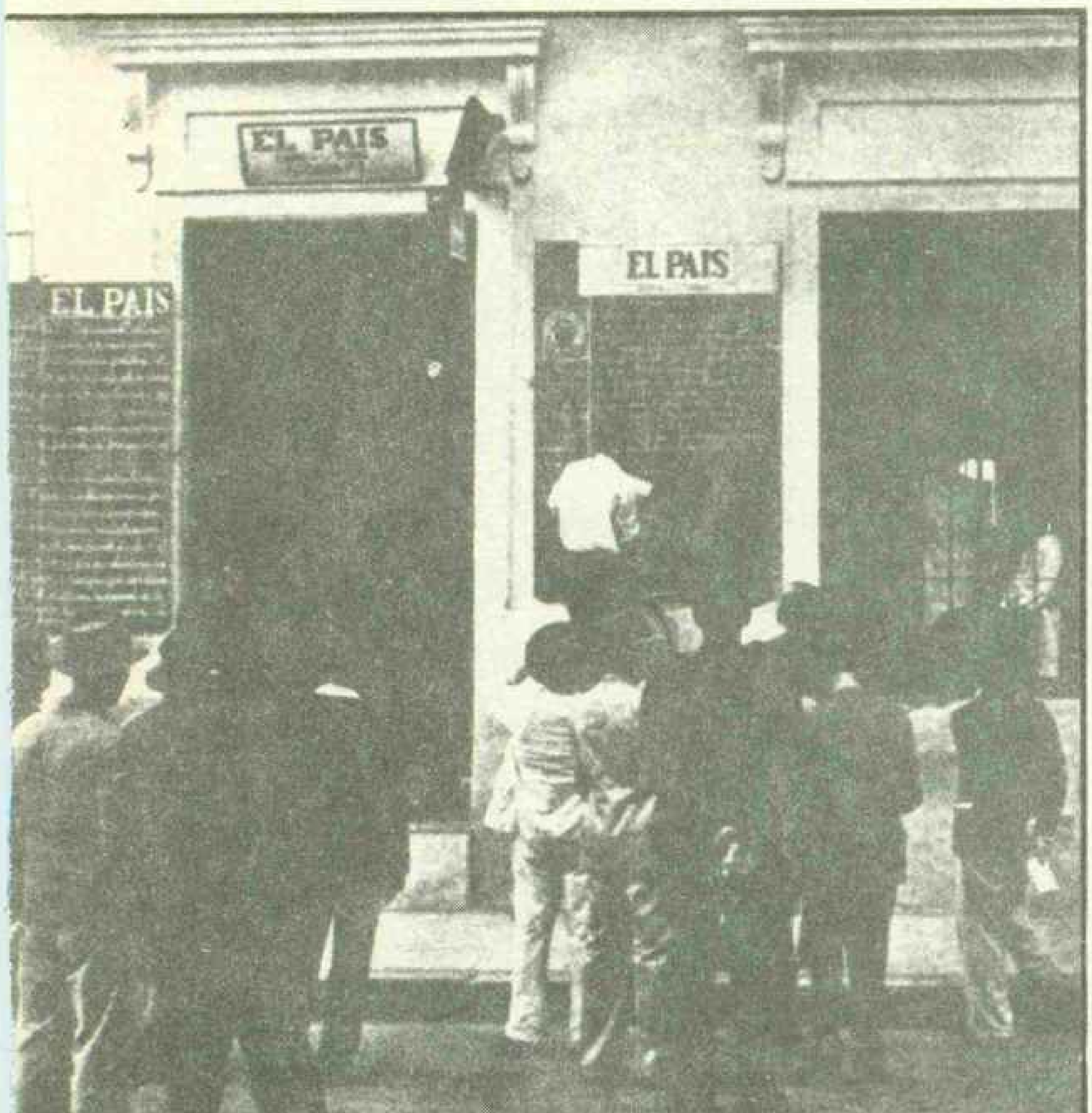
Mauricio Hichschild, otra de las grandes fortunas mineras de Bolivia.



Carlos Aramayo, la tercera de las familias que monopolizaban el estaño. Entre los tres conformaron la *Rosca*.

parte de las cuales pertenecía a empresas extranjeras. Unos 18.000 paraguayos trabajaban en establecimientos argentinos, o de otras nacionalidades. Colonias religiosas como la formada por los menonitas, que huían de la imposición del servicio militar en Europa, encontraron en Paraguay un estatuto especial siempre que se instalaran en el Chaco, y así lo hicieron.

En definitiva, en el territorio en litigio, futuro escenario de la guerra, Bolivia no había logrado radicar población estable, en tanto que Paraguay tenía gente arraigada a la tierra, lo que influiría en la voluntad de resistencia. Pese a los fortines avanzados y esporádicas escaramuzas, nadie pensaba que el problema pudiera desencadenar una guerra. Es cierto que los gobiernos bolivianos, especialmente el de Daniel Salamanca, veían en la guerra con Paraguay, que estimaban victoriosa para sus armas, la posibilidad de fortalecer el espíritu nacional, que había padecido sucesivas frustraciones en la Guerra del Pacífico y con la pérdida de la región del Acre. Se esgrimió como argumento el derecho de Bolivia a una salida al mar, aunque, como estimaban los observadores, ello se podía conseguir por un acuerdo negociado de no mediar otros intereses en juego.



En Asunción, frente al diario «El País», la población sigue las noticias del frente.

Las compañías petroleras mueven los hilos

En Bolivia, como en otros países de Hispanoamérica, la penetración del capital norteamericano suplantaba a las inversiones inglesas. Desde 1922 comienza su colocación en gran escala con un empréstito de 33 millones de dólares, seguido de otros en 1927 y 1928. Por otra parte, durante la Primera Guerra Mundial los Estados Unidos se convirtieron en el primer comprador del estaño boliviano, y Patiño fusionó su empresa con capitales norteamericanos en la Patiño Mines & Entreprises Consolidated, cuya sede trasladó a Delaware. La Richmon Levering & Co. obtuvo, en 1920, la concesión de tres millones de hectáreas para ubicar terrenos petrolíferos, así como su explotación durante 50 años. El contrato fue transferido a la Standard Oil de New Jersey, ampliado con numerosas ventajas. Los primeros estudios serios sobre el potencial de Bolivia en el sector petrolífero fueron realizados por las Standard Oil una vez obtenida la gigantesca concesión mencionada, pero la explotación resultaba rentable para la compañía siempre que el petróleo pudiera exportarse. Para ello se había utilizado,

hasta el momento, la vía argentina desde Santa Cruz. Pero esta salida comenzó a complicarse, puesto que Argentina tenía sus propios intereses en el petróleo, aliados con la Royal Dutch Shell. Comenzó a hablarse entonces de un oleoducto que llevaría el petróleo a través del Chaco hacia el río Paraguay, partiendo de los departamentos bolivianos de Chuquisaca, Tarija y Santa Cruz. Paraguay rechazó de plano este propósito, en parte animado por la desconfianza debido a los avances bolivianos en la región, así como la propaganda antiparaguaya de aquel gobierno, y en parte alentado por intereses contrarios a la Standard Oil. Como ha señalado la historiadora J. Valerie Fifer: «Aunque los círculos oficiales argentinos se mostraban evasivos, la prensa, al finalizar la década del 20, insistía en que el motivo de la controversia del Chaco se debía más que al acceso al río Paraguay a la posesión de los derechos petroleros. Se consideraba a Bolivia y Paraguay como simples peones de ajedrez en el juego que sostenían la Standard oil de Nueva Jersey por un lado y el grupo Royal Dutch Shell por el otro...»

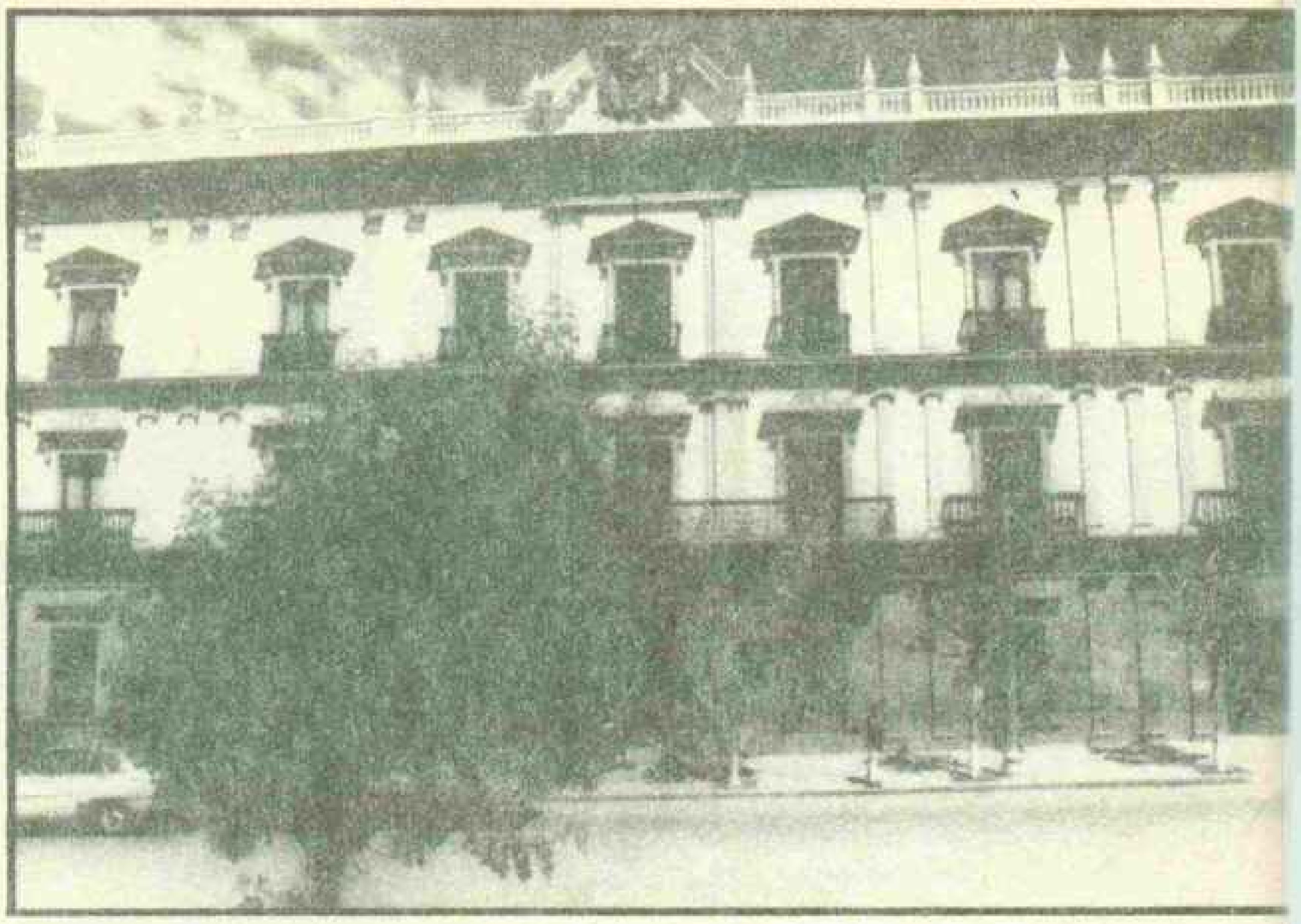
La Federación Obrera de Oruro dio a conocer un manifiesto: **Al pueblo de Bolivia amenazado por la guerra,** el 1.° de mayo de 1932, denunciando ese hecho: «¡Trabajadores de las ciudades y de los campos! ¡Los terratenientes y yerbateros del Paraguay y los empresarios mineros de Bolivia quieren empujarnos a la matanza porque ven que el proletariado se levanta amenazador contra sus explotadores!

¡Compañeros obreros del ejército! El capitalismo de Norteamérica os ha condenado ya para que sirváis de carne de cañón en las primeras batallas, allá en las mortíferas regiones del Chaco. ¡Vosotros seréis las primeras víctimas de la guerra!

¡Juventudes de Bolivia! ¡Vosotros, que sóis la esperanza del porvenir, estáis condenados a la muerte por la Standard Oil!»

Lamentablemente el futuro cercano confirmaría los temores expresados en ese manifiesto.

Cuando comenzaron las hostilidades Bolivia estaba endeudada por valor de 48.169.000 dólares y era un país en bancarrota; sin embargo obtuvo, con el apoyo de la Standard Oil, otras sumas de los banqueros norteamericanos. También Paraguay se endeudaba en aras de una guerra que se presumía ya inevitable. Sus compromisos con Inglaterra ascendían a sumas superiores al millón de libras, pero, como se afirmaba en fuentes argentinas, entre bambalinas la Royal Dutch Shell, que litigaba con la Standard Oil por el petróleo del Chaco, aseguró crédito a Paraguay para comprar armamentos en diversos países. Tampoco el pueblo guaraní dejó de manifestar su desacuerdo con la solución armada. En 1931 la oposición lanzó



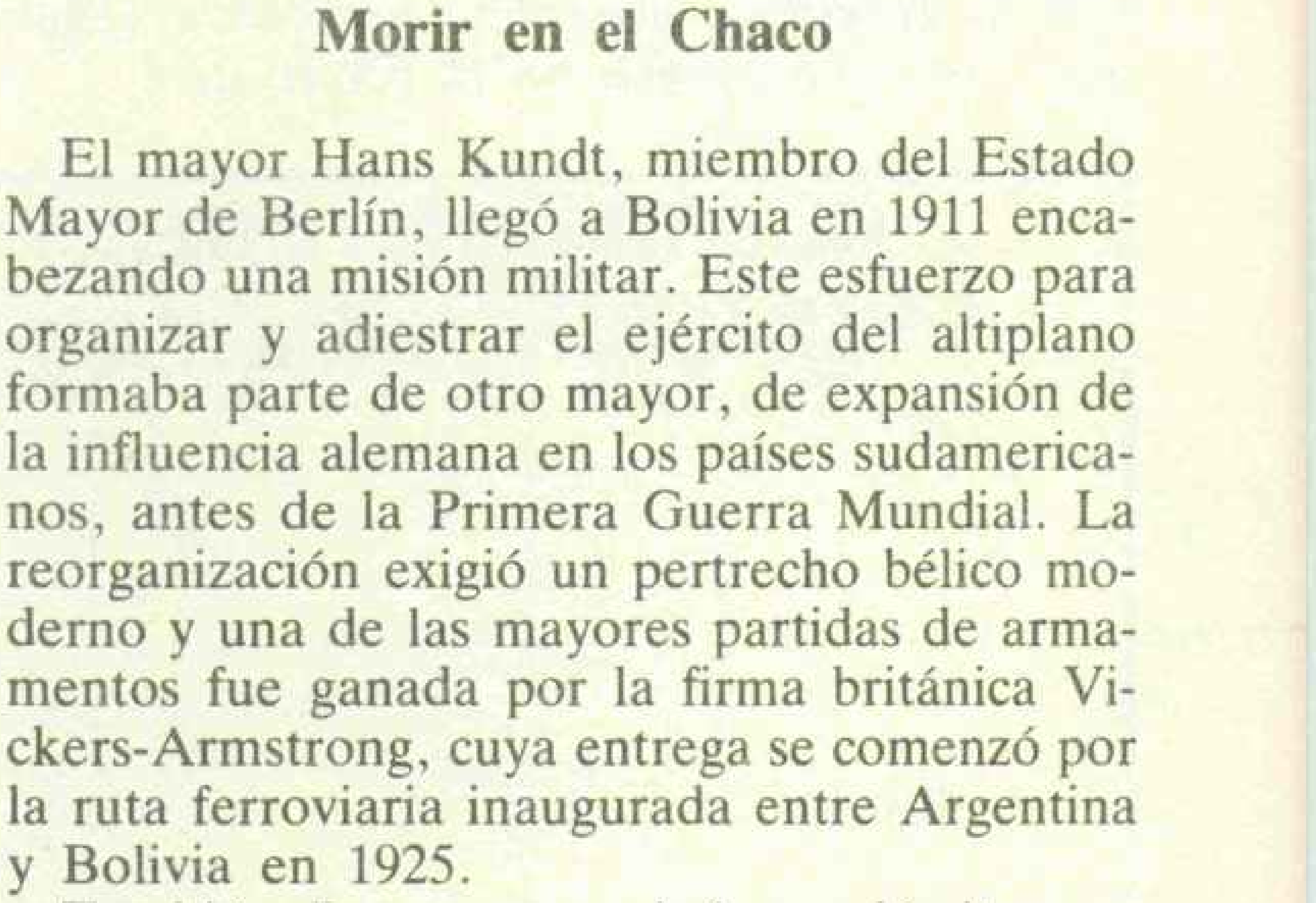
El Palacio Quemado, en La Paz, sede del gobierno boliviano.

severos ataques contra ella, y en octubre de ese mismo año se produjeron fuertes choques entre los estudiantes y las fuerzas represivas que culminaron con decenas de muertos.

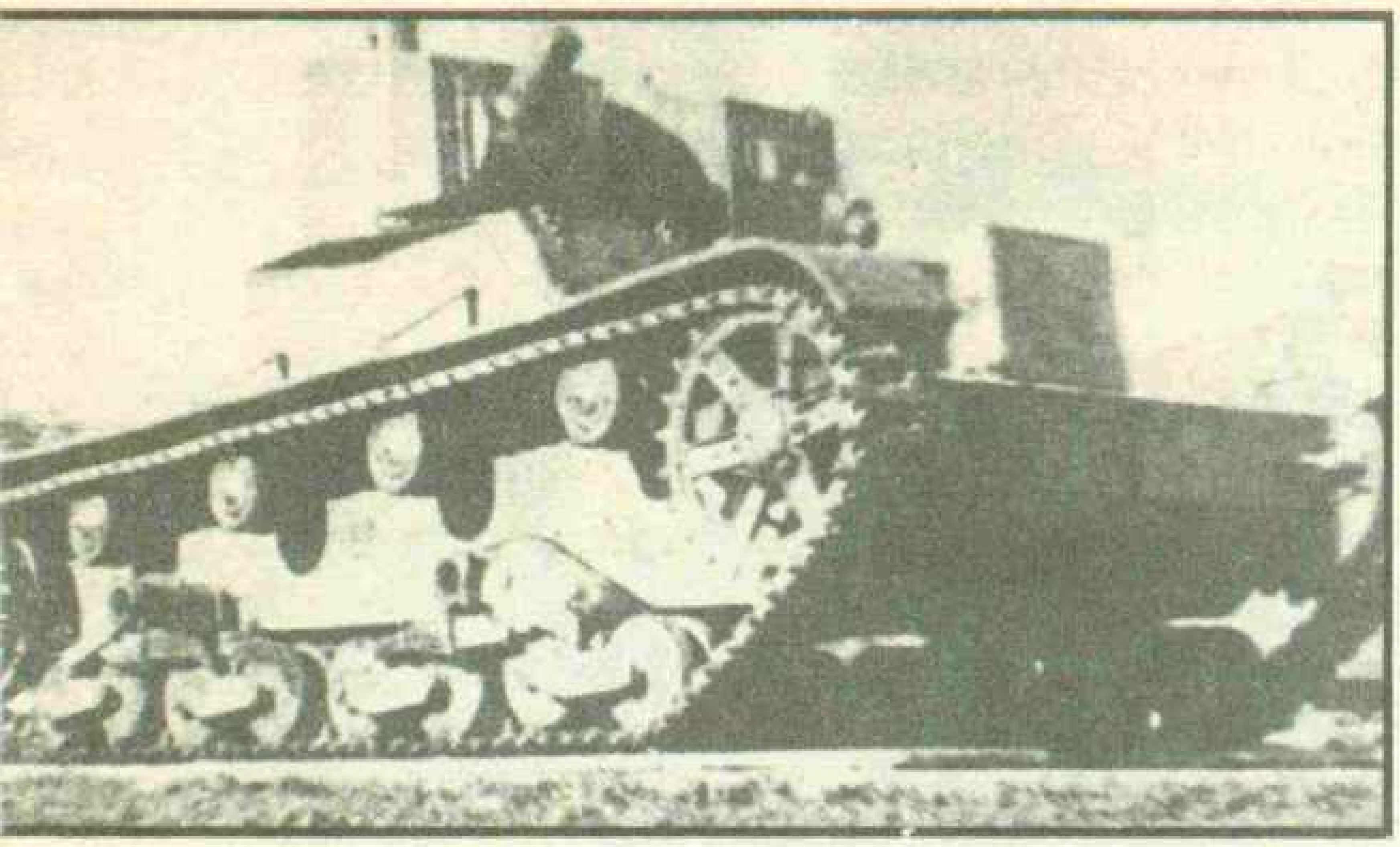
Morir en el Chaco

El mayor Hans Kundt, miembro del Estado Mayor de Berlín, llegó a Bolivia en 1911 encabezando una misión militar. Este esfuerzo para organizar y adiestrar el ejército del altiplano formaba parte de otro mayor, de expansión de la influencia alemana en los países sudamericanos, antes de la Primera Guerra Mundial. La reorganización exigió un pertrecho bélico moderno y una de las mayores partidas de armamentos fue ganada por la firma británica Vickers-Armstrong, cuya entrega se comenzó por la ruta ferroviaria inaugurada entre Argentina y Bolivia en 1925.

También Paraguay equipó su ejército con moderno armamento; se construyeron fortines, se cuidaron los sistemas de comunicación y de abastecimiento, etc. La Royal Dutch Shell movió sus hilos, y la deuda que el país mantenía



Palacio del Gobierno, en Asunción.

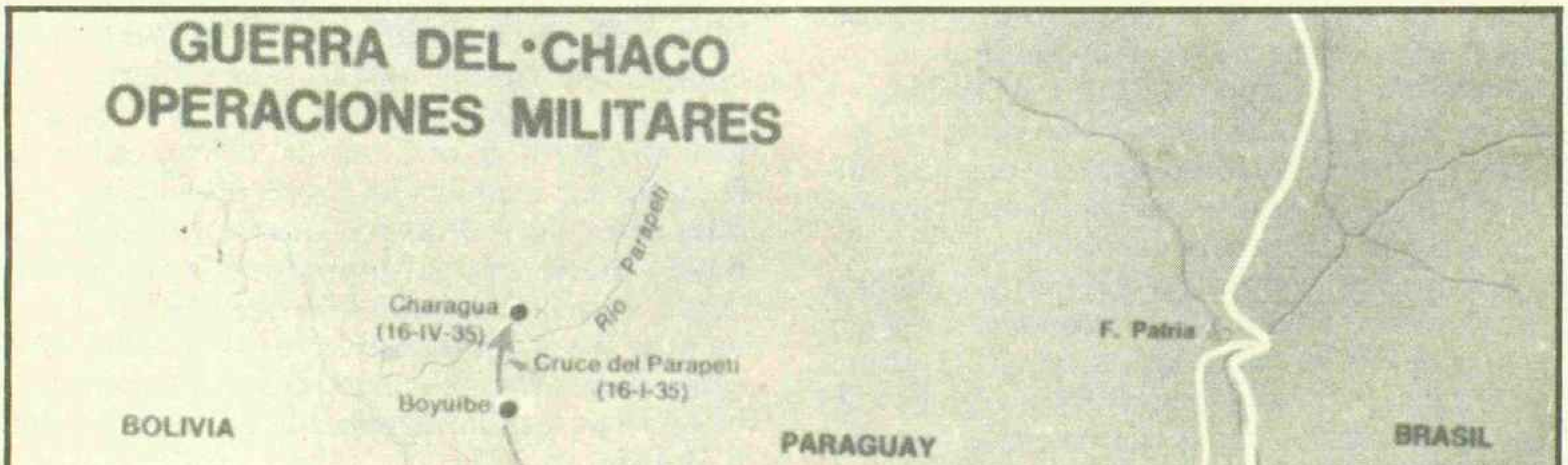


Un modelo de tanque Vickers-Amstrong, de los más avanzados del período, integraba el armamento boliviano.

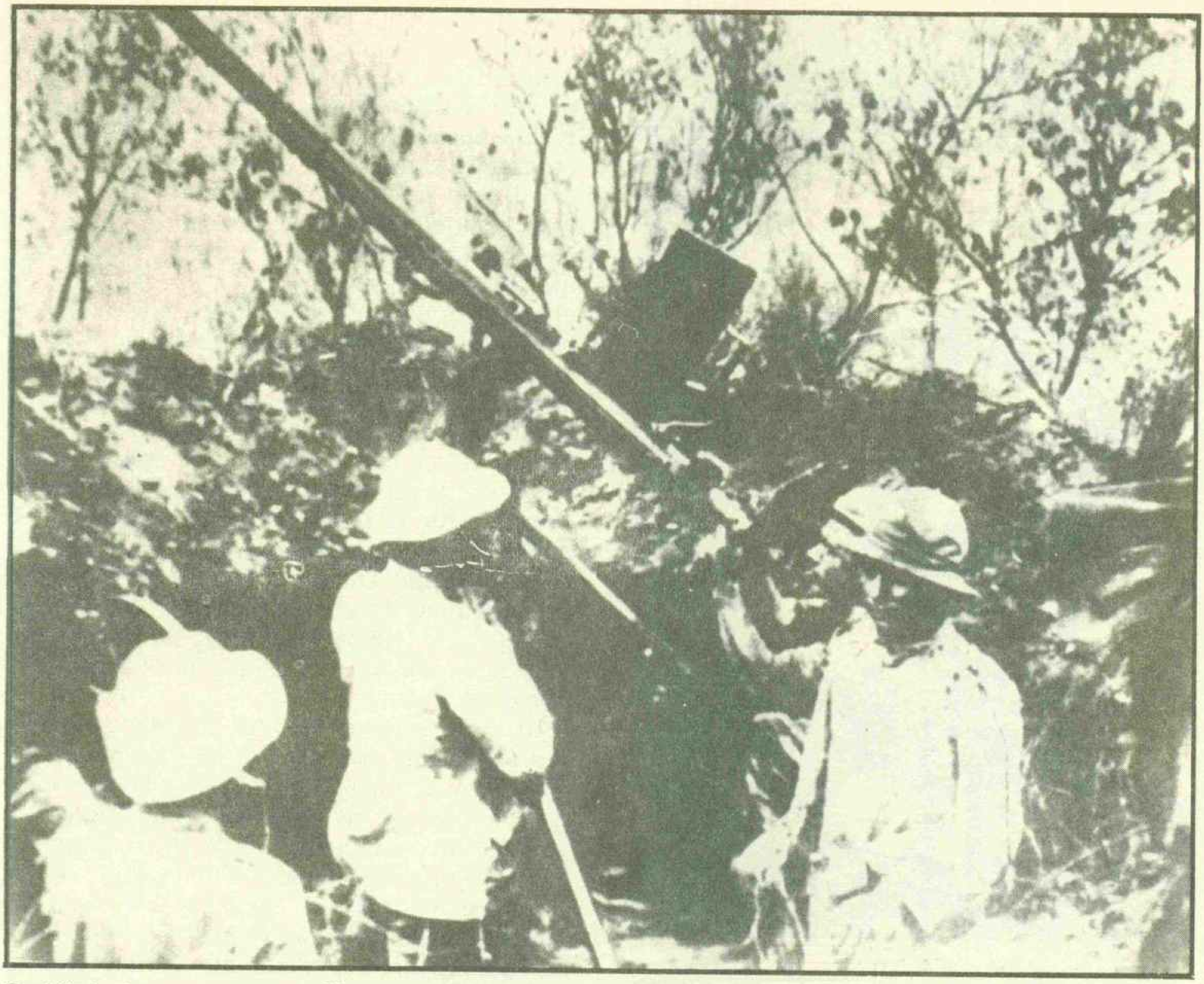
con Gran Bretaña fue condonada en parte y se autorizó la venta de armas por parte de firmas inglesas, especialmente, asimismo, de la Vickers. Ha dicho Julio José Chiavenato: «... fue un conflicto de proporciones, marcando el fin de un estilo clásico representado en la Primera Guerra Mundial y dejando vislumbrar lo que sería la próxima —que, como veremos enseguida, estuvo en ensayo en el Chaco...»

Las cifras gastadas por ambos países demuestran hasta qué grado las potencias extranjeras, interesadas en la cuestión del Chaco, intervinieron en favor de las decisiones para la venta de armas ya que, puede apreciarse, se trató de cantidades enormes para la época, asignadas a naciones de precaria situación financiera. Sólo en gastos militares ambos países habían empleado 352 millones de dólares; Bolivia gastó 228 millones y Paraguay 124. Los problemas que enfrentarían los ajércitos en la guerra daban, a su vez, la medida del contenido de las estructuras sociales de sus respectivos países. Bolivia, que tenía más de tres millones de habitantes, utilizó como fuerza de choque el indio, que debió bajar del altiplano donde trabajaba sus tierras sumido en el analfabetismo y un atraso secular, para manejar armas sofisticadas en las tierras bajas e insalubres del Chaco, faltas de agua, con temperaturas y clima agotadores para su organismo. Por lo demás, se trataba de seres marginados por su propia sociedad, difícilmente enervables por las proclamas nacionalistas.

Naturalmente, Paraguay, a quien las estimaciones otorgaban unos 800 mil habitantes, re-



La marcha de la Guerra del Chaco. La flecha indica el avance de las fuerzas paraguayas y los diversos encuentros armados.



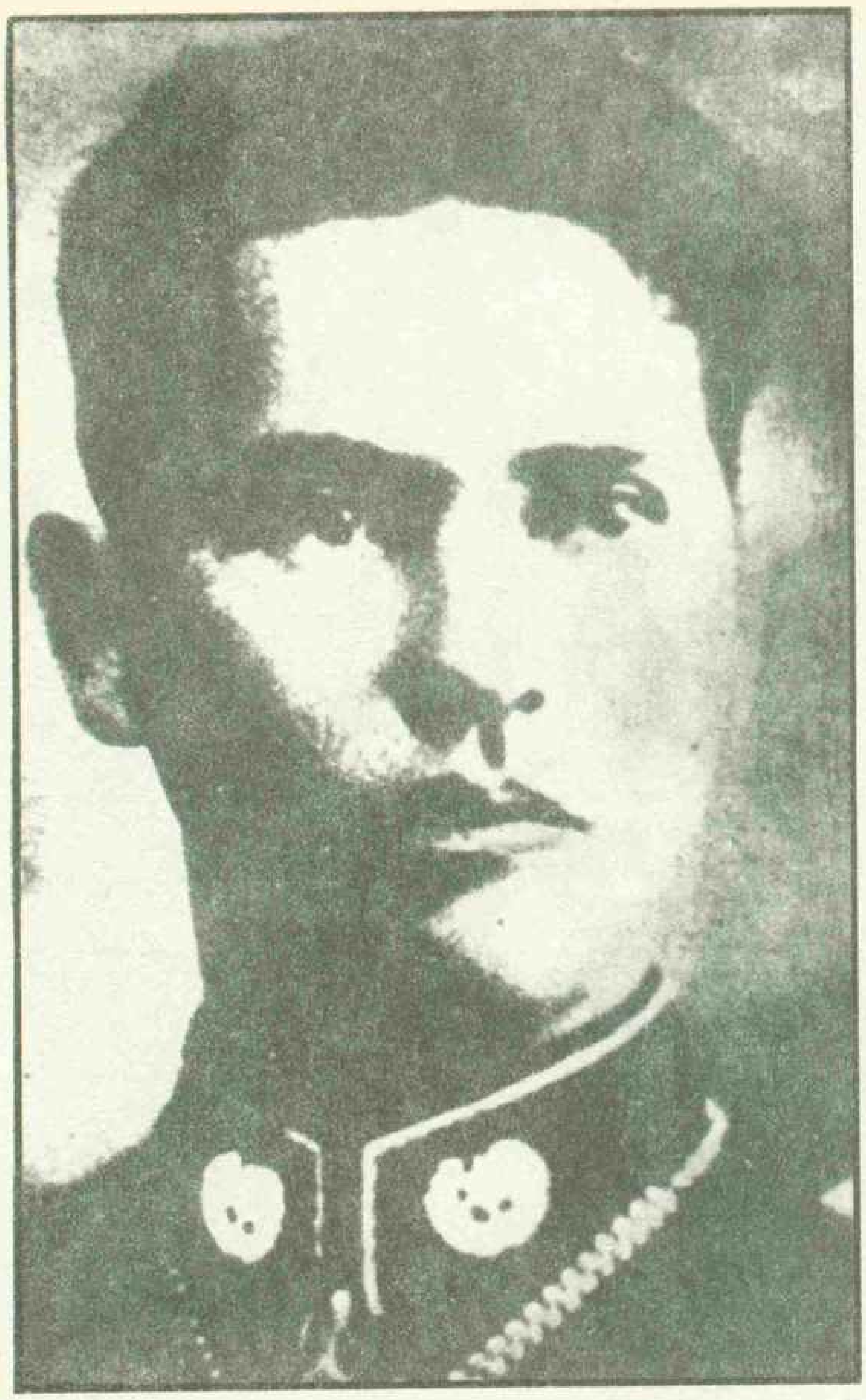
También las fuerzas paraguayas recibieron armamento de las grandes potencias. Una trinchera del ejército del Paraguay en el Chaco.

flejaba también las contradicciones sociales en la masa de su ejército. Pero el nativo guaraní, si bien explotado como clase social, integraba activamente su sociedad. Existía, además, una tradición épica de resistencia al invasor no demasiado lejana, como la Guerra de la Triple Alianza, y ello aseguraba una moral más firme a las tropas. Asimismo, desde el punto de vista logístico ofrecía una mejor adaptación al teatro de la guerra, por cuanto miles de paraguayos trabajaban en él. Esto aseguraba ventajas adicionales, como núcleos de población aliada en la región chaqueña, y la existencia de vías de acceso instaladas que permitían mayor movilidad.

Dentro del cuadro general debe anotarse otro dato importante: los ejércitos estaban, en definitiva, compuestos por sectores populares que padecían el hambre y la miseria. Las enfermedades diezmaron en uno y otro bando a estos seres crónicamente subalimentados: síntomas de paludismo, disentería crónica, fiebre tifoidea, escorbuto, causaron bajas en ambos frentes.

Desde 1928, en los puestos avanzados que mantenían en el Chaco los dos países, se sucedían los choques armados. Los paraguayos de Fuerte Galpón derrotaron a los bolivianos de Fuerte Vanguardia en un primer incidente de repercusión mundial. Ese mismo año Bolivia tomó Fuerte Boquerón. Entretanto se reunía en Washington la Conferencia Internacional de Estados Americanos de Conciliación y Arbitraje. En el año 1932 los paraguayos atacaron a los bolivianos en Fuerte Boquerón, ocupándolo. Si al comienzo de la guerra Bolivia tenía una neta superioridad militar, no se había contado con que las condiciones geográficas del Chaco Boreal jugarían como factor enormemente decisivo en el desarrollo de las acciones.

El gobierno colocó al mando de las tropas al general alemán Hans Kundt. Pero el veterano de la guerra mundial no tendría éxito en un territorio que obligaba a la guerra de guerrillas en condiciones climáticas extenuantes. El desastre experimentado en el ataque al fuerte paraguayo de Nanawa fue buena prueba de ello; los combatientes, sumergidos hasta la cintura en el terreno pantanoso, sufrieron un terrible exterminio: más de tres mil soldados bolivianos quedaron en el terreno. A ello se sucedió la derrota de nuevas ofensivas bolivianas en Gondra, Rancho Ocho, Pirizal; mientras, los presidentes Agustín P. Justo, de Argentina y Getu-



Las consecuencias de la contienda tuvieron efectos inmediatos y a largo plazo en ambos países. (En la foto: el presidente Germán Bush, que desplaza a otro militar, David Toro, en 1936.)

lio Vargas resolvían, en Río de Janeiro, mediar en el conflicto.

El general José Estigarribia, formado en Saint Cyr, se convertirá en el maestro de la estrategia del Chaco. Paraguay inicia una nueva ofensiva hasta que el grueso del ejército de Bolivia debe entregarse, en Campo Vía, en diciembre de 1933. Luego, las fuerzas guaraníes prosiguieron su avance hacia Pilcomayo, lo que provoca la sustitución de Kundt por el general Peñaranda, que decide atrincherarse en Ballivián. No obstante las líneas siguen cediendo; sólo en Cañada Strongest el ejército boliviano obtiene una victoria, pero en Fuerte Carmen, cercados por los paraguayos, mueren diezmados por la sed y las enfermedades. Mientras Bolivia retrocede hacia los confines del Chaco, en 1935 las fuerzas de Paraguay cruzan el río Parapití, límite del territorio que reclamaban para sí en las negociaciones diplomáticas. El avance prosigue en dirección a Santa Cruz, y la última batalla se libra en la región de Ingavi, donde caen prisioneros más de tres mil combatientes bolivianos. Estigarribia había opinado que aquella sería una «guerra de comunicaciones», y el ejército del altiplano se había visto paralizado, con frecuencia, por la mala administración de su material bélico, e incluso de su aviación; además, por unas líneas de abastecimiento deficientes que obligaban a los indios, recién llegados del altiplano, a caminar a pie enormes distancias, desde la terminal del ferrocarril en Cochabamba, hasta el teatro de la guerra, donde llegaban extenuados. Las naciones fronterizas no se mantuvieron totalmente ajenas al conflicto. Argentina y Chile cortaron el abastecimiento de armas y material en dirección a Bolivia, pero la primera permitió el pasaje hacia Paraguay, en tanto que Brasil y Perú autorizaban el libre tránsito para ambos contendientes. Las fábricas de armamentos de las potencias vendían, asimismo, material a los dos bandos. La guerra se libró no sólo con armas sobrantes de la Primera Guerra Mundial, sino que permitió experimentar nuevos pertrechos. En los Estados Unidos el senador Huey Pierce Long denunciaba en el Congreso, en 1935, que el empréstito **Dillon Reed** había sido concedido a Bolivia para hacer la guerra 'por cuenta de la Standard Oil».

El 12 de junio de 1935 fue celebrada en Buenos Aires una paz provisoria. Los países del ABCP (Argentina, Brasil, Chile y Perú) y también la Liga de las Naciones se esforzaron en obtener una salida negociada; pero la guerra finalizó tan sólo cuando los frentes se estabilizaron en Santa Cruz, zona que escudaba los campos petrolíferos bolivianos. Con una línea de abastecimientos favorable ahora, Bolivia pudo emplear eficazmente sus recursos y detener a sus adversarios.

A los países del ABCP se sumó ahora Estados Unidos. La línea fijada en 1935, en posesión de Paraguay, le otorgaba prácticamente todo el territorio del Chaco Boreal. El tratado definitivo, firmado el 10 de octubre de 1938, ratificó esos límites. Bolivia, a pesar de la pérdida del territorio que reivindicaba en el Chaco, conservó sus territorios petrolíferos y, más adelante, recibió Bahía Negra sobre el río Paraná, y derechos a una zona franca en Puerto Casado.

Consecuencias de la guerra del Chaco

Paraguay había obtenido la victoria, pero el costo había sido enorme. El saldo oficial de víctimas para ambos países se situó en 90.000 muertos: 40.000 paraguayos y 50.000 bolivianos. Las cifras aumentan o disminuyen según las fuentes, pero no se alejan demasiado de éstas. La movilización de hombres fue enorme, pues oscila entre 140.000 y 150.000 para Paraguay, y unos 200.000 para Bolivia. Ciertamente, Paraguay duplicó su superficie territorial

con la anexión del Chaco, pero la sangría sufrida una vez más por su pueblo fue considerable, pues el país se vio obligado a sacrificar a las generaciones jóvenes en la guerra.

La diplomacia selló un tratado que asignaba a Paraguay 246.150 kilómetros cuadrados del Chaco, lo que restaba toda posibilidad, al petróleo boliviano, de un oleoducto atravesándolo, pero las reservas existentes en la región quedaban a disposición de las compañías multinacionales. De todos modos la Standard Oil había conseguido, luego de la guerra entre ambas naciones, el camino que buscaba para sus productos. Cancelada la vía por el río Paraguay la única posible al petróleo boliviano era la Argentina, ya que un pasaje a través de los Andes resultaría antieconómico; pronto, con la firma de un acuerdo argentino-boliviano, comenzará la era del «riel por petróleo».

Por otra parte la guerra en el Chaco se había convertido en un **boom** para las fábricas de armamentos en los años que siguieron a la crisis de 1929; por ello tanto Estados Unidos como Gran Bretaña se encontraron en la primera fila de vendedores de material bélico y de la asignación de préstamos para adquirirlos.

Las consecuencias políticas de la guerra fueron de largo alcance para los dos países en lucha. Los compromisos contraídos para abastecer los frentes impidieron toda salida económica a los gobiernos futuros y estimularon la crisis social. En 1936 los coroneles David Toro y Germán Busch derrocaban al presidente de Bolivia José Tejada Sorzano, anunciando la proclamación de una ambigua república socialista. Cierto es que se nacionalizaron los yacimientos de la Standard Oil y se anunciaron otras medidas; pero los propósitos chocaron con las contradicciones implícitas en el sistema y pronto se sucedieron los cambios de gobierno. No obstante, el desastre del Chaco había trazado el camino que conduciría a la revolución boliviana de 1952.

En Paraguay, luego de la euforia de los días que sucedieron a la victoria, se hizo sentir el descontento popular por la crisis que se abatía sobre el país. El 17 de febrero de 1936 un golpe militar depone el gobierno de Eusebio Ayala, quien debe marchar al exilio junto con Estigarribia, héroe de la guerra del Chaco: el Partido Liberal había perdido el poder. La presidencia fue asumida por el coronel Rafael Franco, quien anunció a su vez vagas medidas socializantes. Pero, ésta, como otras manifestaciones populares de los pueblos hispanoamericanos en el período, resulta finalmente congelada desde el poder. El **febrerismo** decretó una reforma agraria con la intención de expropiar los latifundios del Chaco, que luego fue atenuándose hasta culminar en la ineficacia. El Ministro de Relaciones Extranjeras, Juan Steganich, era un conocido abogado de las empresas extranjeras. De todos modos el febrerismo fue abortado por la intervención del ejército el 13 de agosto de 1937. Se abre entonces una época de revueltas que culminaría, en 1940, en el gobierno dictatorial de Higinio Morinigo. ■ **N.M.D.**

BIBLIOGRAFIA

César L. Sánchez Bonifato: *La última guerra en Sudamérica.* Buenos Aires, 1974.

Carlos José Fernández: *La Guerra del Chaco.* Buenos Aires, 1956.

J. Valerie Fifer: *Bolivia. Territorio y situación política desde 1825.* Buenos Aires, 1976.

David H. Zook: *The Conduct of the Chaco War.* New York, 1960.

Julio José Chiavenato: *A Guerra do Chaco (leia-se petróleo).* São Paulo, 1979.

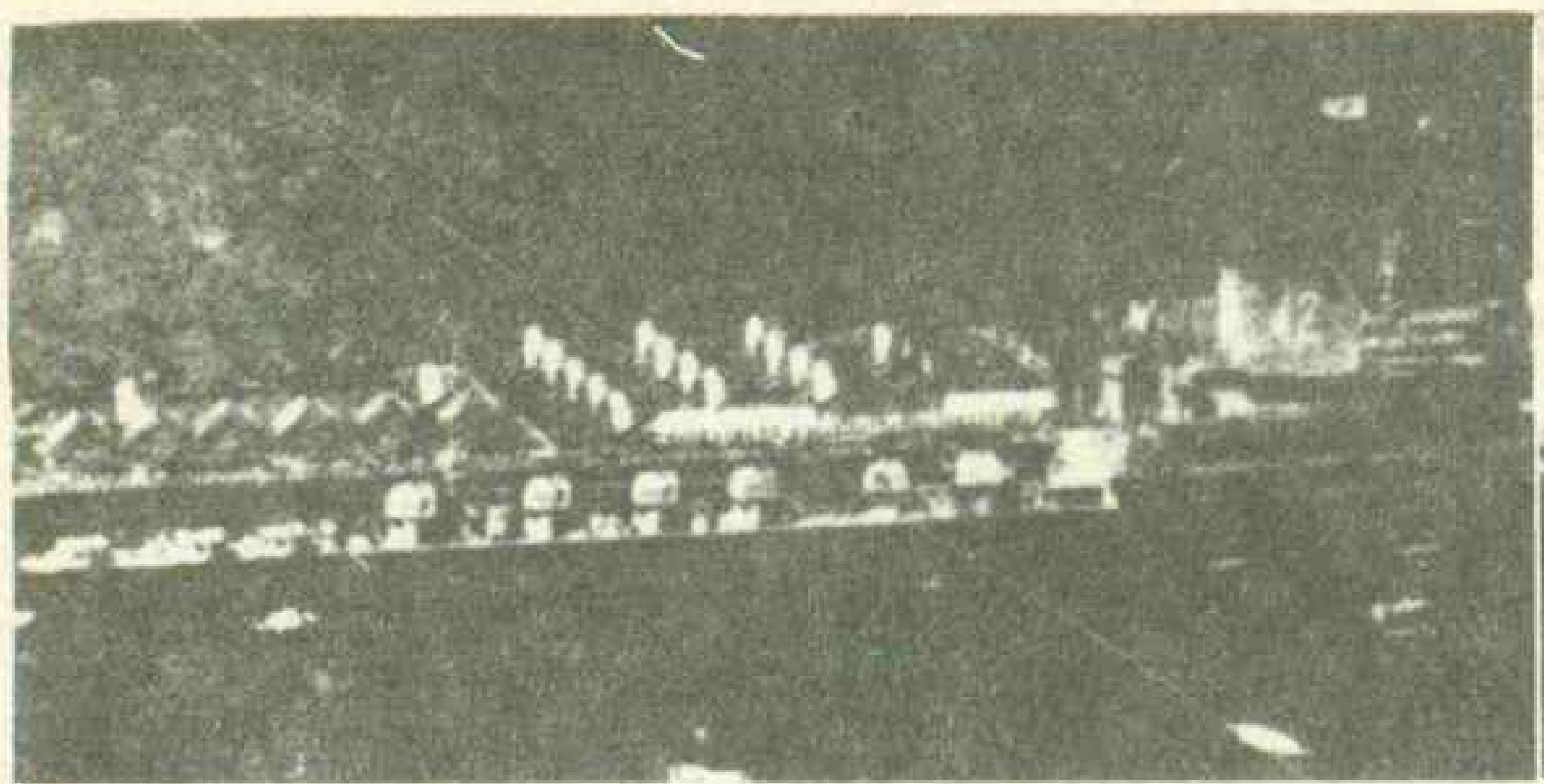
Carlos Pastore: *La lucha por la tierra en el Paraguay.* Montevideo, 1972.

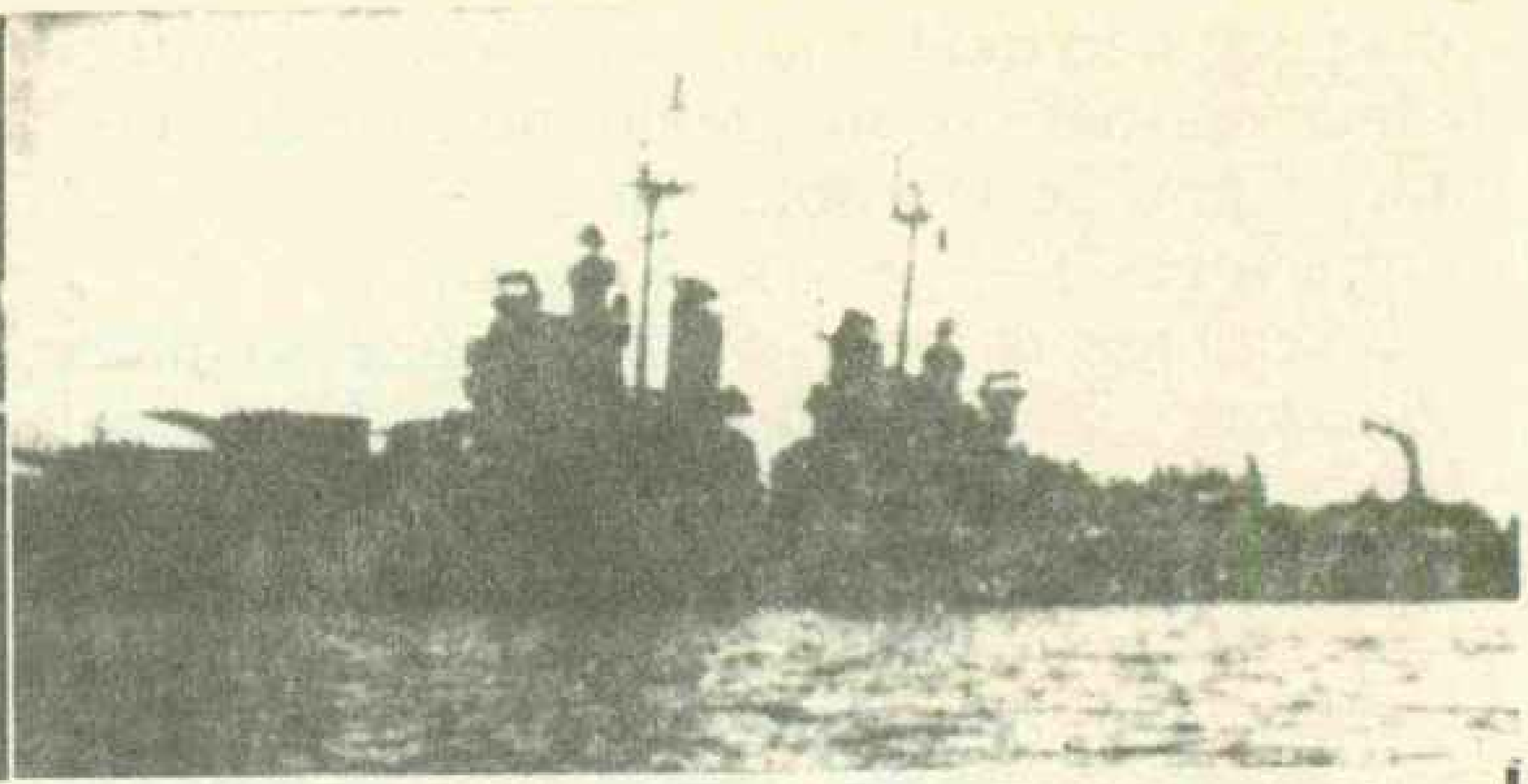
Luis Vargas Peña: *El Paraguay, la guerra y el Chaco.* Asunción, 1978.

Carlos M. Rama: *Historia de América Latina.* Barcelona, 1978.



Estampilla de correos alusiva a la breve y ambigua «república socialista» anunciada por los coroneles David Toro y Germán Busch, el 10 de mayo de 1936.





EL OBSERVATORIO DICE:

El Alcázar

Año XVI.-N.º 4.555 — Miércoles 9 de enero 1952.-Precio: 70 cts. — MADRID

Esta mañana fondeó en los puertos de Levante la sexta flota de los EE. UU.

Las poblaciones españolas, profusamente engalanadas, acogieron amistosamente a los marinos norteamericanos



EN NUESTRAS FOTOGRAFIAS:

1 El inmenso portaaviones "Franklin D. Roosevelt", llegado a Valencia.

2 El crucero pesado "Macon", anclado en Palma de Mallorca.

3 El almirante Matthias B. Gardner, comandante en jefe de la sexta flota de los Estados Unidos, llegado hoy a Barcelona.

GIRON anunció anoche una nueva universidad para los trabajadores

Se alzará en Tarragona con proyección sobre el nordeste de España



DESDE NUEVA YORK, C. AZUOLA ESCRIBE:

La visita de la sexta flota es el primer (gran) capítulo de una nueva era de amistad

NUEVA YORK, 9. (De nuestro corresponsal, Consuelo Azuola.)

El almirante Gardner, jefe de la flota, desembarcó en Barcelona y fué saludado, en nombre de la Marina española, por el almirante Cervera

En las primeras horas de esta mañana han fondeado en los puertos del Levante español las 57 unidades que integran la sexta flota de los Estados Unidos, que hace escala en España en visita de amistad y cortesía.

Los buques de guerra españoles desplazados a cada una de las bases para recibir a las fuerzas norteamericanas acogieron a los barcos norteamericanos con las salvas de ordenanza, mientras un gentío inmenso, estacionado a lo largo de los muelles, prorrumpió en grandes aclamaciones a los marinos estadounidenses, quienes, formados en cubierta, correspondían emocionados al recibimiento.

El jefe de la sexta flota, almirante Gardner, a bordo del buque insignia "Des Moines", que fué el primero que hizo su entrada en el puerto de Barcelona, fué saludado en nombre de la Marina española por el jefe de la División Naval del Mediterráneo, almirante Cervera, llegado ayer en el crucero español "Méndez Núñez".

Todas las ciudades están profusamente engalanadas con banderas y gallardetes con los colores nacionales de los dos países, y se preparan diversos actos en honor y agasajo de los marinos norteamericanos, que se muestran muy satisfechos por hallarse en tierra española.

B A R C E L O N A

EL BUQUE INSIGNIA, UN CRUCERO Y TRES DESTRUCTORES

BARCELONA, 9. (CIFRA.)—

3 (Continúa en tercera página.)

LA GRAN VIA SERIE Por ITO

GOLPE FINAL

(CONTINUA EN 2.ª PAGINA)

FELIZ ENTRADA DE AÑO (teatral)



No es el momento de conferenciar con Stalin

TAL ES LA OPINION (CONJUNTA) DE TRUMAN Y CHURCHILL

4 (Continúa en tercera página.)

1 (Continúa en tercera página.)

SE ROMPE EL CABLE del «F. ENTERPRISE»

Olas de siete metros de altura ponen de nuevo en peligro al mercante y a su capitán cuando la victoria parecía segura

2 (Continúa en tercera página.)

(«El Alcázar», 9-I-1952.)

LA LIBERTAD Y LA ESTATUA

Por Ramón SERRANO SUÑER

TIENE la libertad muy antigua y extensa vocación de estatua. En ella encarnan sus manifestaciones más reales y duraderas. Acaso su destino sea sólo ése: ser bronce, piedra, talla. No hay apenas en el mundo ciudades sin estatuas: patricios más o menos olvidados, glorias locales o universales, guerreros, artistas, hombres de ciencia, acompañados casi siempre por alguna efigie alegórica de la libertad, decoran o afean plazas y jardines.

Al español que transita por el mundo le llena de orgullo advertir la presencia de España, con sus valores y sus mitos, en cualquier parte. En Bruselas —donde el recuerdo del Gran Duque de Alba parece algo tan reciente como la visita del mariscal alemán Von Rundstedt— no falta una estatua española, costeada por «suscripción internacional». Después de pasear cualquier mañana invernal por amplias y pulcras avenidas,a lineadas entre árboles corpulentos y denegridos, bajo un cielo plomizo, en un ambiente frío y pegajoso, puede uno, en el centro de la ciudad, desembolcar en alguna plaza con estatuas. En una, «de cuyo nombre no quiero acordarme», sobre un pedestal de piedra, se yergue un hombre desnudo, en bronce, con los brazos en alto, portador de una antorcha: es el símbolo de la libertad de conciencia. En el plinto se leen estas palabras:

«A Francisco Ferrer Guardia.
Fusillé le... 1909, à Montjuich.
Martyr de la liberté de conscience...»,

y «de la acción» —debieron añadir—, porque en el movimiento que dirigió o inspiró Ferrer se mataba, se ultrajaba, se incendiaba y se saqueaba, por él —padre del anarquismo catalán— y por su obra —«La Escuela Moderna»— llevan luto en Barcelona miles de familias. En la parte posterior del monumento, unas palabras del defensor de Ferrer denuncian deficiencias e irregularidades en la instrucción del proceso. ¡Qué escrupulosidad anacrónica! ¡Falta de requisitos en la instrucción! ¡Si constituye un alarde, un monumento de garantías jurídicas, comparado con cualquiera de los millares de procesos mediante los que esos devotos de la libertad de conciencia pasaportan hoy para el otro mundo a varones dignísimos por haber usado de su libertad en el servicio de su ideal!

En un «Saint-Verhaegen» cualquiera (Verhaegen —sin mofa a la santidad— nacido en el seno de la gran burguesía liberal, esencialmente anticlerical, que conquistó el Poder en Bélgica en la mitad del siglo XIX, es el fundador de la «Universidad Libre de Bruselas», que tanto quiere decir de la «Libre-Pensée»), los estudiantes de la Universidad depositarán flores en el monumento a Ferrer y acto seguido escarnecerán, en forma groseramente crapulesca, una imagen de Cristo, valiosa talla del siglo XVII, que admiran los turistas y veneran las gentes de un antiguo barrio de Bruselas. ¿No habrán pensado los hijos de la «Libre Pensée»

Inmediata normalización de los suministros de aceite

TENEMOS informes precisos de que nos encaminamos de manera rapidísima hacia el normal suministro de aceite, por lo que quedará radicalmente extirpado el mercado negro del citado artículo.

A primeros del mes de febrero se distribuirá el racionamiento ordinario de un litro por persona y se anunciará otro extraordinario de la misma cantidad, a repartir en el mismo mes.

Parece que el criterio de las autoridades es el de prodigar estos suministros extraordinarios para conseguir que el consumidor pueda satisfacer con toda amplitud sus necesidades, sin tener que recurrir al estraperlo.

Por otra parte, los gobernadores civiles están autorizados para acudir a transportar aceite a sus respectivas provincias en el caso de que los medios de la Comisaría de Abastecimientos no fueran suficientes para conseguir el rápido traslado del artículo.

(«El Alcázar», 22-I-1952.)

que su sacrilegio iba dirigido contra quien murió por la auténtica libertad del hombre, que es la verdad?

Tras de glorificar cosa tan falsa y escarnecer valor tan alto, la «Libre-Pensée» sigue considerándose algo así como la única depositaria y gran estanquera de la libertad; pero la verdad es que se trata, simplemente, de un sectarismo más.

En contraste con esas exhibiciones y esos alardes de desprecio a la conciencia ajena, la Universidad Católica de Lovaina, cuando con ocasión de la ocupación alemana fue clausurada la de Bruselas, dio hospitalidad, moral e intelectual, a millares de estudiantes belgas, hijos de la «Libre-Pensée», que de otro modo hubiera tenido que interrumpir sus estudios; y esto pese al peligro de contaminación y a que sus estatutos exigen la condición de católico para ingresar en ella.

Qué distinto el gesto del rector de la Universidad de Lovaina —Van Canwenberg—, que aceptó la prisión antes que dar a los alemanes las listas de los estudiantes —en defensa de su libertad—, tanto católicos como francmasones, a quienes querían enviar a trabajar al otro lado del Rhin. El rector católico, con el sacrificio de su libertad, salvó del exilio forzado y acaso la muerte (en aquellos días, el suelo alemán era horriblemente bombardeado) a esos mismos jóvenes francmasones, hijos de francmasones, que ahora escarnecen la imagen de Cristo curcificado.

¿Dónde está la libertad?

Por la libertad —altísima plabra— han reñido los hombres las más hermosas batallas; pero después —la Historia lo prueba— aquélla sólo se realiza donde imperan el amor y la verdad. Máximo valor del hombre que el mundo niega o escarnece «cometiendo mil crímenes en su nombre», o falsificándolo con sucedáneos, ya brillantes, ya inmundos. Ante esa realidad, señores y —¿por qué no?— amigos de la Libre-Pensée», convengamos en que, en ciertas épocas, aquella vocación estatuaria de la libertad es muy oportuna. Porque sin el mármol no acertaríamos a percibirla.

(«ABC», 16-I-1952.)

Maniobra roja contra España DESHECHA EN LA O. N. U.

París. Los países hispanoamericanos, secundados por Estados Unidos e Inglaterra, han impedido que properase en la Comisión Social de las Naciones Unidas una maniobra contra España, urdida por los comunistas y que ha dirigido el delegado del Gobierno satélite de Polonia.

El bloque soviético intentó en la Comisión Social plantear una decisión sobre veinticuatro supuestos condenados a muerte

ESTE delegado comunista había propuesto que la Comisión Social pidiera a la Asamblea General de la O.N.U. que se dirigiera al Gobierno español en favor de la libertad de 24 individuos que, según él, estaban condenados a la última pena por haber participado en una huelga, lo que otros delegados demostraron que era totalmente falso, puesto que los individuos en cuestión sólo han sido condenados a penas de prisión muy inferiores y no por participar en huelgas, sino por sus actividades comunistas subversivas.

En el debate, los representantes de los Gobiernos comunistas aprovecharon la Comisión Social para propalar en una serie de discursos interminables numerosas falsedades e injurias contra determinadas potencias occidentales. El delegado rojo polaco. Jullus Katz Suchy, acusó principalmente a Estados Unidos por estar al lado de España.

Frente a esta maniobra reaccionaron las potecias occidentales, principalmente las hispanoamericanas, que la hicieron fracasar. Colombia, Costa Rica, Honduras, Nicaragua, Perú, Venezuela, Estados Unidos, Inglaterra, Holanda y Nueva Zelanda presentaron una contrapropuesta en la que se hacía constar que la denuncia del delegado comunista polaco no era de la competencia de la Comisión Social, que, en su consecuencia, no podía hacer recomendación alguna a la Asamblea General en este asunto.

La contrapropuesta occidental fue aprobada por la Comisión Social por 28 votos a favor, 13 en contra y 13 abstenciones. Por lo tanto, no se hará ninguna recomendación a la Asamblea General, en contra de lo que pretendía el delegado rojo de Polonia.

(Agencia Efe, 18-I-1952.)

SIETE HORAS COSTO AYER AL TERCER COMITE DE LA O. N. U. DESECHAR LA PATRAÑA POLACA SOBRE LOS INEXISTENTES VEINTICUATRO CONDENADOS DE BARCELONA

La falta de autoridad en la presidencia y la hábil terquedad soviética dieron lugar a una jornada lamentable en todos sus aspectos

París (Naciones Unidas). A veces hay que hacer grandes esfuerzos para no desesperar completamente en las Naciones Unidas, y este corresponsal —a lo largo de cinco Asambleas generales— se ha esmerado en ello lo mejor que ha podido, porque cree que, a la larga y en el plano general de los contactos diplomáticos entre naciones, la O.N.U. puede llegar a ser un instrumento positivo de estabilización mundial. Pero hay ocasiones en que la O.N.U. puede desalentar la buena fe más positiva, y la jornada de hoy ha sido una de ellas.

Durante siete largas horas —dos por la mañana y cinco por la tarde— el Comité Tercero de la O.N.U. ha debatido sobre los veinticuatro españoles condenados a muerte, que no existen. Un sainetero con espíritu frío podría escribir, sin duda, sobre el debate de hoy, cosas muy divertidas, pero a un corresponsal, con la cabeza hirviendo, después de siete horas de tomar notas en un debate inextricable y fantástico como éste, no puede, probablemente, pedírsele tanta correa, y me excuso por ello.

Si Ana Figueroa, la bella presidenta del Comité Tercero, hubiese actuado con una autoridad a que le dan doble derecho su cargo y su rostro, no se habría producido hoy este ridículo debate, que es puro desprestigio de la organización internacional. Había para media hora y no más. Pero Ana Figueroa estuvo todo el tiempo pendiente de la larga boquilla de sus cigarrillos, y la sesión fue uno de los desatres más completos que recuerdo de la O.N.U., que no es poco decir. Con el Reglamento en la mano y un mínimo sentido de la responsabilidad del cargo, la presidencia pudo haber canalizado cómodamente este atraco —no sé de qué otra manera llamarlo— del bloque soviético al Comité Tercero, y nos hubiéramos ahorrado todos, empezando por la presidenta, una jornada absolutamente antipática.

Todo el problema era poner en claro si la propuesta prsentada días pasados por Polonia pidiendo al presidente de la Asamblea que interviniese cerca de las autoridades competentes españolas —según han afirmado hoy, una y otra vez, Julius Katzuch y todos los oradores del bloque soviético—, era o no de la competencia de la Tercera Comisión, y, en realidad, de las Naciones Unidas. Frente a esta propuesta, Estados Unidos, Inglaterra, Colombia, Costa Rica, Honduras, Holanda, Nueva Zelanda, Nicaragua, Perú y Venezuela presentaron ayer una contrapropuesta declarando que el asunto de la proposición polaca no entra en el Convento internacional sobre derechos humanos que la Comisión tiene actualmente en discusión, y que, por tanto, reglamentariamente, no podía darse curso, por propia iniciativa del Comité, a la resolución. Esto es tan evidente que, con un mínimo de autoridad de la presidencia, pudo haberse puesto a votación, y se hubiesen ahorrado a la Comisión siete horas de debate y una jornada de vergüenza. La delegada norteamericana, Eleanor Rooselt, ofreció el camino al defender la contrapropuesta conjunta, diciendo, primero, que el Comité no podía entrar en el fondó de la propuesta polaca, y, segundo, que, en todo caso, correspondía a, Comité General, que

«FRENTE A LAS GRANDES INQUIETUDES QUE ATORMENTAN AL MUNDO, ESPAÑA SE SIENTE SEGURA DE SI MISMA, PRECIADA DE SU LIBERTAD Y CONFIADA EN SU DESTINO»

"A NADIE EXTRAÑARA QUE, FUERTEMENTE DOLIDA, DEMANDE HECHOS Y NO SOLO PALABRAS, Y EXIJA QUE SU LEALTAD SEA CORRESPONDIDA POR UNA ACTITUD RECIPROCA"

"Después de la victoria militar hemos abierto la vida nacional al perdón y al olvido de los antiguos yerros"

"Ni desde el interior ni desde fuera pueden esperarse de nosotros vacilaciones ni fórmulas de compromiso"

El desarrollo de nuestros programas industriales ha permitido que se inicie un cambio favorable en la vida económica y en el comercio exterior

En su mensaje de fin de año a los españoles, el Jefe del Estado analizó la posición de España, lo conseguido y las nuevas metas del Movimiento Nacional

(Resumen del mensaje de fin de año de Franco, publicado el 1 de enero de 1952.)

FRENTE A LA ACTITUD DEFENSIVA DEL PACTO ATLANTICO, ESPAÑA CREE PRIMORDIAL, PARA CUALQUIER PLAN MILITAR DE LA CRISTIANDAD, EL RESCATE DE LAS NACIONES OPRIMIDAS

Y ha optado, de acuerdo con Portugal, por preparar por sí misma su parte en la defensa de Europa, con ayuda de los Estados Unidos

SE ESPERA EL PRONTO COMIENZO DE UNA SEGUNDA ETAPA DE CONVERSACIONES CON NORTEAMERICA PARA LLEGAR A UN PACTO Y AL APOYO ECONOMICO Y MILITAR

Pese a la conjura soviética, hay ahora en Madrid veinticuatro embajadores, dieciocho ministros plenipotenciarios y sólo dos encargados de Negocios

El ministro de Asuntos Exteriores, Sr. Martín Artajo, expone los avances internacionales de España en el año de 1951

(Resumido de «Ya» y Agencia «Lagos», 10-I-1952.)

es el encargado de establecer el orden del día de la Asamblea y decidir si la propuesta polaca podía o no incluirse en las deliberaciones de la Comisión Tercera. «Hay miles de comunicaciones particulares recibidas en la Secretaría general sobre muchos países, pero dichos casos no están en el orden del día», dijo con razón Eleanor Rooselt, manteniéndose en el terreno puramente reglamentario y de procedimiento que exigía la situación. Pero una tras otra, sin que la presidencia acertase a cortarlas, se dedicó toda la mañana y gran parte de la tarde a las cuestiones de orden soviéticas, dirigidas a mantener abierto el debate y hábilmente utilizardas para montar el caso de los «veinticuatro condenados a muerte en Barcelona», sin que nadie haya conseguido detener aquella avalancha infatigable.

Sin autoridad en la Mesa y sin verdadera oposición entre los delegados, el campo estuvo durante varias horas en poder de los oradores del bloque soviético, y el Comité Tercero discutió durante toda una jornada. A las cinco de la tarde, empezaban los delegados a explicar su voto sobre la contrapropuesta conjunta que había de declarar fuera de la jurisdicción del Comité la propuesta polaca, y la oportunidad fue otra vez aprovechada, y a fondo, por los oradores rojos, en nombre de la democracia y de los derechos del hombre, para reanudar el ataque. El Gobierno soviético decretó ayer que los diplomáticos extranjeros no pueden circular a más de cuarenta kilómetros de Moscú, y era de un efecto delirante ver a Pavlov tomar la palabra en nombre de los veinticuatro condenados a muerte en Barcelona; veinticuatro condenados a muerte que no existen.

Por fin, veintiocho votos en favor, trece abstenciones y trece en contra, pusieron fin a una de las escenas más tristes que he presenciado jamás en las Naciones Unidas, sonrojado, no por mi país, sino por una organización internacional donde ha podido montarse hoy esta infame patraña.

José María MASSIP

(«ABC», 18-I-1952.)

NUESTRA POLITICA EXTERIOR

El ministro de Asuntos Exteriores, señor Martín Artajo, en su artículo que reproducimos hoy, ha determinado los puntos sustanciales de la política española en relación con las otras naciones, y, refiriéndolos concretamente al año 1951, ha subrayado, como signo relevante, «la vuelta a la normalidad diplomática». Ello quiere decir, sencillamente, que, en nuestros tratos con el exterior, la actitud de dignidad mantenida por España en los últimos años ha logrado vencer aquellos recelos insinceros, aquellas gazmoñerías falaces que, no so capa de un magisterio ideológico, pretendían nada menos que un condominio político a título de intervención en nuestros asuntos domésticos, entrando a la parte en el gobierno del país o imponiendonos un cuerpo de doctrinas concertadas, como los pactos internacionales, entre Estados heterogéneos. No hubiera prosperado en modo alguno el conato; pero nos congratulamos de que al desistimiento siga un esfuerzo general hacia la cortesía. Como dice el ministro de Asuntos Exteriores, lo promueven consideraciones realistas y, en lo que a Francia y Gran Bretaña concierne, un cambio de política; a la esquivez doctrinaria o irracional sucede una voluntad de comprensión. En ese bies llegarán un día —y así lo esperamos— a simultanearse algunas de nuestras aspiraciones y de las suyas.

Han sido, en efecto, muy señalados en el curso del año último los avances de España en su política internacional, cuyos puntales —fidelidad con la Santa Sede, hermandad con Portugal y el mundo hispánico, afectuosidad y recíproca ayuda con el mundo árabe— aparecen cada vez más fuertes, más entrañables y valiosos. En cuanto al resto de las naciones que tradicionalmente son, por su historia y su civilización, afines a la nuestra, de ellas nos separan todavía cuestiones de procedimiento, aunque no de esencia. Nos complace, por lo menos, creerlo. Acucian a Europa la obligación de defenderse contra el peligro del imperialismo comunista y la responsabilidad histórica de rescatar para el Cristianismo a los pueblos que la Rusia soviética tiene hoy esclavizados. Es empresa grandiosa, comparable a la que, en las postrimerías del siglo XI, se acometió en Clermont al grito de «Dios lo quiere», y recabó la conquista de Jerusalem. Ni los medios prácticos ni la predisposición de los ánimos europeos guardan, a nuestro juicio, la debida correspondencia con la magnitud de esta nueva Cruzada. A la condescendencia con el error en el planteamiento y solución transitoria de los problemas sucitados por la defensa y la integridad de Europa, preferimos, nosotros la atención perseverante sobre nuestros negocios, preparando, en acuerdo íntimo con Portugal, la protección de la Península. Los Estados Unidos dan, por su parte, señales de buena amistad y de espíritu amplio y comprensivo. No puede ya tenerse por ilusoria la realización del deseo, que es recíproco, de concertar un pacto directo entre esa grak nación y España; pacto que, aprobado por Portugal, garantizaría una ayuda militar y económica que nos permitiera poner en un mismo nivel nuestros ideales y nuestras potencialidades.

(«ABC», 11-I-1952.)



(Publicidad del 24-I-1952.)



DIOS EN EL ARMARIO

El Jurado del Concurso "Diciembre 1951", de la Dirección General de Prensa, ha otorgado el premio al siguiente artículo, original de

JOSE M.ª SANCHEZ SILVA

TODAVÍA, en estos primeros días de enero, la casa huele a Dios. Sutilmente, a despecho de las más frías y prolongadas ventilaciones, huele a Dios. Huele a un Dios niño, a un Dios desnudo, a un Dios pobre que da compsión y enternece el ánimo más bravío. Huele aún a ramas de pino, a muérdago entretejido, a duras ramas y duras hojas de acebo pintadas de purpurina, a cera de las velas barnizadas de rojo, de verde, de amarillo; huele a musgo falso y a corcho verdadero; huele aún, un poco, a barro pintado. Los patios de las casas modestas huelen también al tierno averío de corral ya difunto, y en casi todas las cosas, queda el olor ligeramente familiar de los parientes que han venido de lejos y han marchado ya. Y sobre el olor, si se me apura un poco, queda dentro de uno, de cada uno, en alguna recóndita parte, el ruido de la Navidad, el ruido de los pobres...

Los pobres se manifiestan por el ruido casi exclusivamente. (¿Habíais reparado en que los pobres, por lo demás, son silenciosos?) Por eso la Navidad es ruidosa, porque los pobres del mundo, entonces, se aparecen sin vergüenza y sin duelo. Porque ellos saben, sabemos quizá, que ha nacido el Gran Pobre, el Infinito Pobre Dios. La Navidad es un ruido de pobres, credme; una algazara de pobres cuya capacidad para la acción se reduce a eso, a levantar ruido en honor de Uno de ellos en torno a un fuego, si lo hay. (Los pastores encenderían algún fuego junto a la cueva del Nacimiento. ¿No es así?)

Pero ahora, todo va volviendo a su sitio. Se ha guardado el Nacimiento, en esas imposibles sentinas de las casas pequeñas. Se han descartado las figuras rotas, el musgo viejo y repintado, las panderetas de pelleja riente a fuerza de golpes, las zambombas de tallo segado por la dureza de la alegría. Incluso, cuando los muebles han recuperado su antiguo lugar, parece que algo falta, que algo no era así ni, por supuesto, lo será ya más nunca. El Niñín, envuelto en un papel de seda o un trapito suave, del tamaño de un dedal, ha sido guardado, y quizá, por la ternura de los chicos de la casa, muy cerca, muy pegado a su frágil Madre de barro. Todo parece que vuelve a su lugar y, sin embargo, no deja de resultar que Dios, en cierto modo, ha desaparecido. Ocurre algo así como si un fuego alegre y vivo a cuyo alrededor se siente trepar la gloria despacio por los miembros ateridos y como abandonados, hubiera muerto de pronto.

Los pobres saben lo que hacen con su ruido, y todos sabemos, guardando al Pequeño Dios en el armario, lo que hacemos. El está allí, envuelto en su papel, echado cerca de su Madre, velando. El es el pequeño fuego que no extingue, el pequeño fuego invisible y central de la casa. Porque ya sabéis: la casa creció en torno al fuego, y del lecho del fuego nació el hogar, y del hogar la habitación que ahora, llena de luz y de miedo, nos cobija. La habitación que, en realidad, sólo pierde el miedo cuando la Pequeña figura torna a salir de su envoltorio, a recuperar su puesto primitivo y a ser bañada a trechos minúsculos por el tímido resplandor de las velas chicas, de las velas de veinte, de cuarenta céntimos. Ella es y ella da nuestra pequeña paz, la pequeña paz de la familia que un día será, por fin, la gran paz de las calles, de los barrios, de los pueblos y de las naciones.

Esa paz de la cocina, un poco

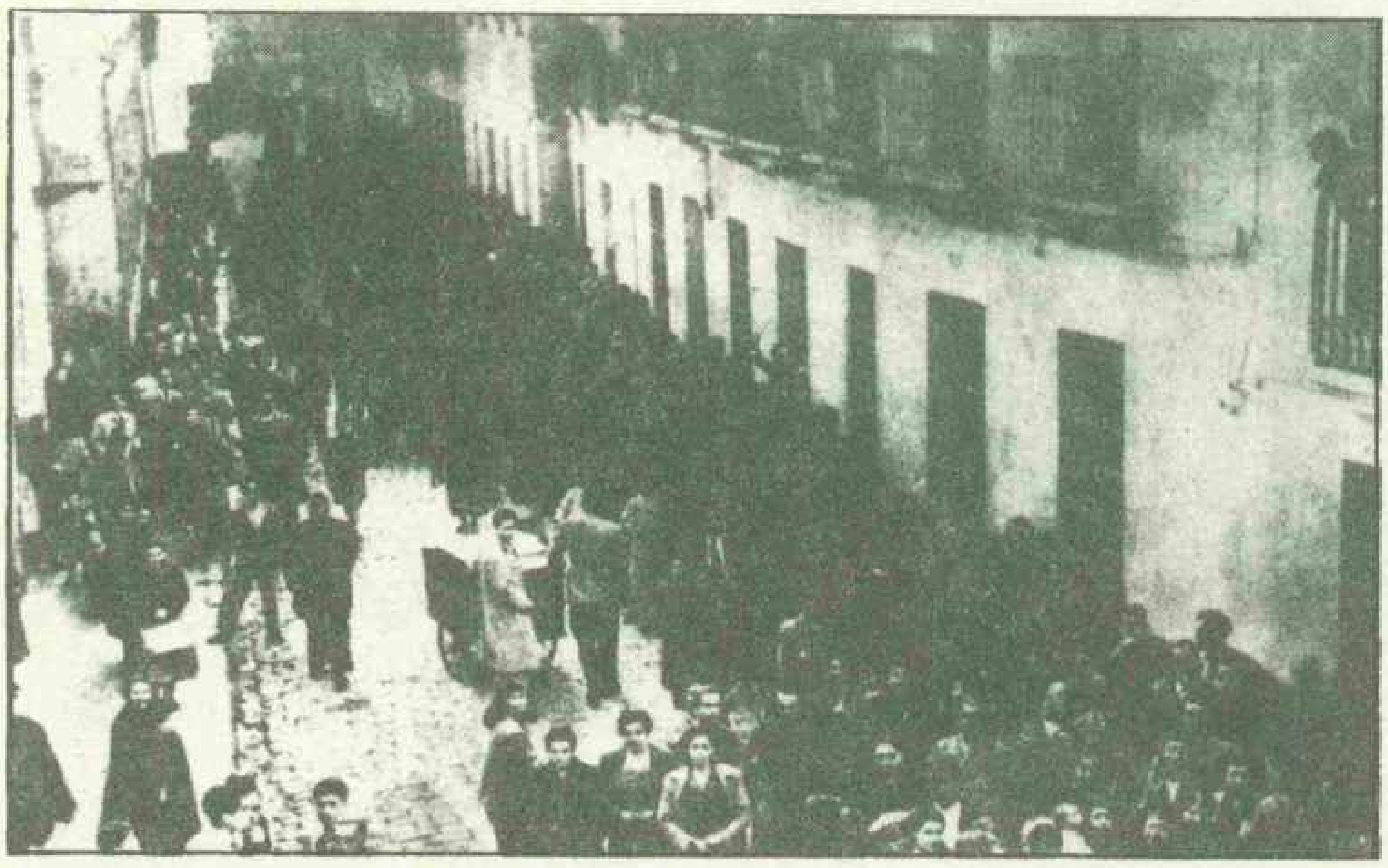
embarrada de olores y colores; esa paz del comedor, presidida a veces por la presencia de unos limones pintados o unas cerezas vivas; esa paz de la alcoba, donde duermen los hijos, Esa paz es nuestra pequeña paz, la paz de cada uno. La paz que da, recibida de Dios, deseo de volver a casa.

¿No veis cómo todo va regresando a casa? No hagáis caso de los agoreros de la dispersión y el pesimismo, ni de los llorones del pasado. Todo va, os digo, regresando a casa. Vienen, de manos de la «radio» y de la televisión, los espectáculos y, en buena parte, la literatura y la música. Viene, poco a poco, el trabajo, y vienen sus derechos; llega, despacio mas sin pausa, la salud; los médicos empiezana huir de las prescripción del santorio, de la cura en serie, de la certificación de enfermo como tal enfermo. La casa, otra vez, se va llenando de sentido de posibilidad. La ciencia y la técnica, aparentemente creadas por el hombre, le hacen ahora esta burla: le llevan a casa, al hogar, con la familia, donde está guardado el Pequeño Niño en su armario, en su cajón del Nacimiento, quién sabe si en su caja de zapatos. (Durante la guerra, muchas veces, ha vist A Dios llevado por un sacerdote disfrazado de paisano en una cajita de pastillas contra la tos.) Volvemos, ¿eh? Vamos a casa, muchachos, muchachas. Veo el destino de las muchedumbres como algo que camina hacia la disolución. Dios creó al hombre y el hombre tendió a agruparse contra Dios. Así no era, así no es. El hombre va volviendo, va regresando a su unidad y a su alvéolo. Llevado de la mano por su Creador, ha creído disponer de la Ciencia y de la Técnica para descubrir lo demás, todo lo demás. En realidad, ha ido solamente encontrando sus límites, su silueta propia, a sí mismo, en una palabra. Ya la política tiene que prometer, porque así es justo y así corresponde a Dios y al César: «Ni un hogar sin paz, ni un hogar sin lumbre.» La concupiscencia inevitable de la multitud cederá, desaparecerá. El hombre estará con el hombre sin dejar de estar donde debe. Alegraos, volvemos a casa. A la casa que nunca está lejos; a la casa donde, cuando no nos espera nadie, nos aguarda aún, si hemos sabido conservar el fuego del hogar, el Pequeño Dios en su armario.

¿Recordáis cuál es la actitud peculiar de los moribundos? ¿No los habéis visto nunca querer echarse deula cama, si están en ella, o ponerse en pie, si están caídos en el campo de batalla o sobre el asfalto? ¿No sabéis lo que esa actitud quiere decir ni el deseo que representa? Es muy sencillo: es el deseo de volver, de regresar, de ir a casa. Quizá, de ser otra vez como niños pequeñitos, como inocentes de barro. Como algo que, en definitiva, pueda volver a ir, volver a estar, regresar a la casa donde un día estuvo, si es que no está aún, el Pequeño Dios en su armario, en su cajón, en su caja de zapatos.

Eso es lo que quieren decir los pobres cuando hacen tanto ruido por Navidad. Piden, pero para volver a casa.

(Reproducido por diversos diarios españoles el 12 y 13 de enero de 1952.)



EL FRAUDE DE LAS PARTICIPACIONES DEL "GORDO" EN SEVILLA

Los sevillanos que habían adquirido participaciones del número 2.704, favorecido con el premio mayor del sorteo de Navidad, han visto frustrada su ilusión de unos días al descubrirse la estafa de que han sido víctimas, ya que existían dos mil participaciones de una peseta, de, ese número, que no tienen garantía de billete alguno. Damos aquí tres notas gráficas referentes a este suceso, que ha producido en Sevilla extraordinaria expectación. En la fotografía superior, un grupo de poseedores de participaciones del número premiado se agrupa ante la Comisaría donde han de presentar sus recibos para ser estampillados, pasando luego a prestar la debida declaración ante la Brigada de Investigación Criminal. Abajo: a la izquierda, D. Miguel Escámez Armero, dueño de la administración de loterías "La Europa", donde se expendieron las participaciones dobles; a la derecha, un momento del estampillado. En las caras de los jugadores se refleja claramente el desencanto sufrido. (Fotos Serrano.)



(«ABC», 4-I-1952.)

Se acabó el grito esquinado de "¡Barras, tengo barras!"

Había depósitos clandestinos de harina, y ellos mantienen por poco tiempo la venta callejera

Los panaderos quisieran vender el pan libre incluso a las personas que no tienen inscritas sus cartillas en el establecimiento





OMO era de suponerse, la venta libre del pan ha sido acogida por las amas de casa con una euforia que ya quisiéramos para otras cosas, las pocas cosas que quedan intervenidas y racionadas. Con esta medida que las nuevas circunstancias han hecho posible no sólo se ha puesto el pan al alcance de todas las fortunas —el tópico es aquí realismo—, sino que se ha acabado con el estraperlo.

EL estraperlo del pan era tan feo, tan repugnante, que sólo la necesidad imperiosa de su adquisición lo mantenía. Se ignoraba de dónde procedían las harinas; no tenía ninguna garantía su elaboración; de los hornos, muchas veces clandestinos, pasaba a las manos sucias, hechas probablemente a peinar miseria, de las vendedoras. Y después, sin profilaxis posible, la gente se lo engullía. Era la necesidad tan española del pan.

TODAVIA SE OFRECE PAN EN LAS ESQUINAS

Hemos dicho que se ha acabado con el estraperlo, pero no hemos dicho que hayan desaparecido las vededoras de pan. El vender pan suponía a esas mujeres el ingreso de unas pesetas diarias; pero, además, significaba la existencia de unos sa cos de harina y de un horno. Es decir, el establecimiento de una industria con su correspondiente organización comercial, de las que vivía determinado número de gentes. Estas gentes no renuncian en absoluto a sus ganancias. Y como no pueden operar a favor de la escasez, operan a favor de la calidad o del capricho. Por otra parte, hay que dar salida a las existencias de harina que hay en esos depsitos clandestinos. Unamos estas causas y tendremos el efecto de que aun persistan en las esquinas algunas mujeres, pocas, ofreciendo pan al transeúnte.

Así, han salido los antiguos «cuernos», doraditos y churruscantes, y las pequeñas hogazas morenas y lustrosas, que son vendidas a precios superiores a lo que cuesta igual cantidad de pan en la panadería. El problema, aparte, naturalmente, la clandestinidad de esos pequeños depósitos de harina, es puramente municipal por venta sin autorización, y suponemos que por el celo de sus agentes o por consunción del negocio, estos inútiles adornos de las esquinas madrileñas desaparecerán paulatinamente.

HE AQUI LO QUE DICEN LOS PANADEROS

¿Y los panaderos? ¿Qué dicen los panaderos? Los panaderos no están satisfechos con el margen de cinco céntimos en kilo que les deja la venta libre del pan, y además quisieran poderlo vender a cualquiera que se acercara al establecimiento, estuviera o no inscrito en él su cartilla. El aumento en la venta ha sido bastante considerable. En los despachos de poco espacio se forman largas colas al mediodía. Este inconveniente es fácilmente evitable con tal de que las compradoras se acostumbren a levantarse un poco más temprano.

De todas formas, la venta libre de pan es un hecho. Porque es de suponer que esta petición de los panaderos de poder vender el pan incluso a los que no tienen inscritas sus cartillas en el establecimiento es un poco arbitraria y en perjuicio de otro expendedor. Si el pan de reserva les deja un margen comercial de diez céntimos en barra, a más de las cinco pesetas que les proporciona cada alta, es porque sobre aquellas harinas se ha operado a precios distintos de los que el Servicio Nacional del Trigo ha pagado a los agricultores.

Ha de tenerse en cuenta que una elementalísima prudencia exigía estos ensayos antes de decretarse la absoluta libertad del pan. Lo primero es garantizar un mínimo de racionamiento a toda la población. Después vendrá lo que la situación agrícola y las importaciones aconsejen. Pero por de pronto el madrileño no tiene necesidad de acudir a suministrarse de pan a manos sucias. En las panaderías, y a un precio razonable, se le facilita cuanto desee.

(«El Alcázar», 8-I-1952.)

Nueva «Noticia sobre Miguel Hernández»

COMO un avance del libro bio-bibliográfico próximo a publicarse en Cuadernos de Política y Literatura (que tan acertadamente dirige Fernández Figueroa), acaba de aparecer «Noticia sobre Miguel Hernández, de Juan Guerrero Zamora.

Después de varios años de silenciado el nombre del poeta alicantino, la Colección Austral reeditó en 1950 «El rayo que no cesa», ya agotado, y la de «Ifach», de Alicante, «Seis poemas inéditos y nueve más», en trance de agotarse. Con motivo de estas publicaciones, la prensa y las revistas literarias de España se han ocupado ampliamente de tan singular figura, cuya importancia va creciendo a medida que críticos y entendidos enaltecen públicamente sus auténticos valores. Ahora, la aparición de este compendio realza y vigoriza como merece la personalidad humana y poética del bardo orilano, poniendo al alcance de los que sienten la poesía, un documento vivo que grita a todos los vientos sus virtudes.

«Noticia sobre Miguel Hernández» recoge fotografías, un hermoso dibujo de cuerpo presente, fragmentos de cartas, datos personales, viñetas y poemas inéditos, de alto interés bibliográfico. El joven ensayista y poeta Juan Guerrero, ofrece emocionadamente este anticipo de su estudio, como con prisa de que se vaya conociendo la magnitud del apasionado poeta, por las nuevas generaciones.

Por lo demás, el ensayo está realizado con amor hacia la común vocación, con respeto venerando hacia la cálida y doliente criatura, como hombre malogrado y como poeta, el más definitivo e impresionante de su promoción y sucesivas a quien Vicente Aleixandre llamó en su elegía, «Padre todo de dolor»...

Las notas particulares aportadas, tienen tanto valor como los poemas inéditos insertos y el análisis estilístico que el autor hizo sobre los mismos.

Juan Guerrero demuestra en su lifbro un fervor apasionado hacia el poeta de Orihuela, hacia su obra y su vida. Dice estas palabras tan bellas sobre Miguel Hernández: «Con los ojos abiertos vivió, cara a cara, como miran los hombres honrados, y así, con los ojos abiertos, deslumbrados por la gloria, murió, besó la tierra en su energía de aire, flor, fruto, desde donde ahora sigue cantando.»

Y esta tierra es la del Cementerio de Nuestra Señora del Remedio, de Alicante.

Por nuestra parte, modifiquemos su nombre, divulgando su mundo poético. Será el mejor homenaje a su memoria. **María de Gracia Ifach.**

(«Las Provincias», 6-I-1952.)

Firma del acuerdo cinematográfico entre España y Estados Unidos

Se importarán cien películas americanas y entrará en vigor a partir de primero de marzo

(«El Alcázar», 22-I-1952.)

EL CAUDILLO CONDECORA a Vicente Escrivá

CON LA ENCOMIENDA DEL MERITO CIVIL



S. E. el Jefe del Estado ha otorgado al productor cinematográfico y conocido escritor valenciano Vicente Escrivá, la Encomienda de la Orden del Mérito Civil por su extraordinaria labor en pro de la cinematografía española.

Tan merecida distinción personal coincide con la proclamación de «La Señora de Fátima» como la mejor película española de la actual temporada. Esta película, producida, como se sabe, por «Aspa Films», entidad de la que es director propietario Vicente Escrivá, ha sido galardonada con el primer premio, consistente en quinientas mil pesetas, por el Sindicato Nacional de Cinematografía y Teatro.

(«Las Provincias», 1-II-1952.)

MAURICE CHEVALIER, en Madrid, y con 64 años

TRES horas de espera, y al fin Maurice Chevalier entre los periodistas madrileños que impacientes le aguardaban en el «hall» del Crillon. Viene ahora el gran chansonier francés de Barcelona, donde ante el público catalán ha actuado en cuatro funciones, y según tenemos entendido, con lúcido éxito; no similar al de sus buenos tiempos, pero sí bueno.

Maurice ha entrado en el hotel arropado con un abrigo de color canela, y luego, al sentarse entre nosotros, nos dejó ver un traje gris de impecable parisién, y una camisa blanca con finas rayas encarnadas y corbata blanquiazul. Pide un whisky, y la entrevista va a comenzar.

Somos —nos hemos contado concienzudamente— seis periodistas; más los fotógrafos, muchos fotógrafos, que no han dejado un solo momento de disparar sus «flash».

Maurice Chevalier, en su versión actual, no defrauda a quien le ha conocido en el cine. Ultimamente le vimos en «El silencio es oro», película que, fuera de publicidad, merece los comentarios más brillantes. Ahora luce su clásica sonrisa abierta y se muestra simpático y complaciente.

Tiene 64 años; alguien le preguntó, tal vez con un poquiño de mala inención, su edad y sin titubeos la ha dicho. «Nací —dice— el 12 de septiembre de 188, en la cilina del barrio parisiense de Menlmontant; y mi familia era obrera.»

—¿Se considera usted —preguntó otro compañero— como el mejor intérprete actual de la canción francesa.

Chevalier ha mirado fijamente a quien le pregunta, y luego de una leve sonrisa, dice:

—Aun pienso seguir cantando dos o tres años más. Yo no me considero el mejor; el público es quien ha de responder. Sería triste —afirma luego— si yo no hubiese evolucionado.



Y ahora le preguntó yo:

—¿Recuerda usted a Rquel Meller?

—¡Cómo no! Fue lo mejor que se ha oído en París. Ahora, durante mi estancia en Barcelona,a visité en el teatro de su propiedad.

—¿Su última película?

—Se titula «Mappomme», y el autor de la música es el maestro Fredd Feer, que es el que me acompaña desde hace cinco años en mis «tournes».

—¿Hay alguien en Francia que pudiera sucederle?

—Dos o tres, desde luego, pero no me pregunte sus nombres...

—¿Cuánto cobró usted la primera vez que actuó en España?

—Ochocientas pesetas, y esto ocurrió en el año 1920. En el 27 ya cobré en Barcelona 2.000 pesetas.

—¿Y ahora?

Chevalier, deja en incógnita la pregunta; pero podemos adelantar a ustedes que Chevalier percibirá por sus dos actuaciones en el Palacio de la Música de Madrid, cerca de treinta mil duros. Al menos las butacas —y esto lo hemos podido comprobar por la nota en la tquilla— valen 125 pesetas las tres primeras filas.

La entrevista se sostiene en francés, y otro compañero pregunta:

—¿Qué podría usted decir en castellano?

Se sonríe de nuevo Chevalier, y tras pensar un poco, añade en un perfecto castellano:

—Qué tal, ¿cómo está usted? Muy bien, gracias. Tengo sed.

Y aun dice más: susurra en voz baja la conocida canción, cuya letra dice: «Dila si la ves pasar; dila, dila muy bajito...»

Creo que las primeras ovaciones de Chevalier a su llegada a Madrid, fueron estas que ahora le hacemos media docena de periodistas.

Mauricio está casado; lleva ya media hora entre nosotros y no hizo teinta y cinco minutos que llegó de Barcelona. En su voluminoso equipaje, ¡cómo no!, se ha traído por sus cuatro salidas a escena cinco sombreros de paja.

Juan Carlos DE CARDENAS

(«Las Provincias», 31-I-1952.)

A la princesa Isabel (cuando regresó de Canadá) no la quería besar su primogénito Carlos

LA HABIA VISTO TAN POCAS VECES, QUE NO SABIA QUE ERA SU MADRE

¿QUE PASARA CUANDO LA HEREDERA VUELVA DE SU VIAJE A AUSTRALIA, QUE DURARA CUATRO MESES?

CUANDO la princesa Isabel regresó del Canadá, hace tres semanas, su hijo, el príncipe Carlos —que entonces no tenía aún los tres años—, se negó a darle un beso. La había visto tan pocas veces en los meses precedentes, que no la reconocía como su madre. La princesa había tenido que reemplazar a su padre, el Rey, convaleciente desde que se le hizo la operación pulmonar, y no pudo ocuparse de sus hijos tanto como hubiera deseado.

DESDE su regreso, Isabel ha dedicado las tres semanas que han mediado a su familia. Durante esos días ha podido ser, al fin, la madre de sus hijos antes que la heredera del trono. Pero el idilio no durará mucho. A fines de mes, la princesa tomará el avión para efectuar una visita oficial a los dominicos de Ceilán, Australia y Nueva Zelanda. Estará ausente durante cuatro meses y medio.

Este viaje está dando trabajo, especialmente a las modistas. Se está confeccionando un guardarropa nuevo para la princesa, que tendrá que conquistar los corazones de los australianos, después de haberse ganado el de los canadienses. Todos los detalles referentes a los trajes sastre y abrigos que llevará la princesa son «secreto de estado», en espera de que sea ella, al estrenarlos, la que dé las primeras noticias sobre sus novedades.

Se va a pedir a los miembros del Parlamento británico que se ocupen a su vez del viaje de la princesa. Este coincide, en efecto, con la salida del Rey Jorge VI, que va a efectuar, acompañado de la Reina y la princesa Margarita, un curcero en la primavera por las Antillas, a bordo del acorazado «Vanguard». Se espera que el dulce clima del golfo de Méjico le permita aliviarse totalmente de su larga y penosa enfermedad.

Al mismo tiempo que el Rey se encontrarán ausentes, también del país, los tres principales personajes del Consejo de Regencia, que es el llamado a reemplazar al Soberano. Estos tres personajes son la Reina y las dos princesas. Esta es una situación totalmente excepcional que obligará a modificar la ley sobre la Regencia, a fin de concretar qué miembros de la familia real podrán suplir a los que normalmente constituyen el Consejo de la Regencia. El Gobierno prepara un proyecto que presentará con esta finalidad a la Cámara de los Comunes.

Lo mismo que cuando fue al Canadá, a la princesa Isabel la acompañará en este nuevo viaje su marido, el duque de Edimburgo. El matrimonio saldrá en avión el 31 de enero, y hará escala primero en Kenya para inaugurar la bonita villa que la colonia les había ofrecido como regalo de boda en 1947. La princesa Isabel y el duque llegarán, pues, a Nairobi el 1 de febrero, y allí permanecerán durante una semana.

El 7 de febrero marcharán en avión a Mobassa, donde embarcarán en el trasatlántico «Gothic», que los conducirá a Ceilán. Aquí permanecerán también una semana. La princesa Isabel inaugurará una exposición del plan de Colombo, destinado a elevar el nivel de vida de los pueblos del sur y sudeste asiático, y el duque inagurará la construcción de la nueva Universidad de Peradeniya. El 21, la pareja saldrá para Australia, adonde llegará el 1 de marzo tras una breve escala en la isla de los Cocos. A partir del 7 de mayo serán los invitados de Nueva Zelanda. Y el 10 de junio tomarán el avión para regresar a Inglaterra.

(Agencia «EFE», 13-I-1952.)

LA VIDA DE SOCIEDAD EN 1951

Por MERCEDES ESCOBAR



Señorita María Elena Covarrubias y Maura, en el día de su presentación en sociedad. (Foto V. Muro.)

AUNQUE es evidente que la vida de sociedad se desenvuelve, en nuestros días, en unos límites más reducidos, hay, sin embargo, dos ocasiones en que recobra su antiguo esplendor: la primera, en la presentación en sociedad; la segunda, en la boda. Dos momentos trascendentales en la vida de una joven, que se realzan con la máxima solemnidad.

Al hacer un breve resumen de la vida en los salones de Madrid en el año transcurrido, es forzosa la selección, por lo que nos limitaremos a recordar cuatro acontecimientos que encajan en las características antes citadas. En ellos se rindió homenaje a la juventud, "la primavera de la vida" y, consecuentemente, ocurrieron en primavera, "la juventud del año", aunque en nuestra "season" madrileña dicha estación florida tenga cierto retraso respecto de la solar.

Es lógico celebrar la entrada en sociedad de una muchacha, a fin de que su primer traje largo, la fiesta en su honor, las flores con que es obsequiada constituyan un encantador recuerdo para los años venideros, ya que en éstos, como es ley de vida, no han de faltarle contrariedades que, por lo menos, sus primeros pasos de mujer sean sobre senda de flores. Y en cuanto al segundo suceso, el más importante de la vida, la boda, no es menos justo festejarlo con alegría, haciendo participar de él a parientes y amigos. Se crea una nueva familia, se funda un hogar: esto, en todos los tiempos y latitudes, ha sido siempre motivo de júbilo.

Así que volvemos a traer a estas columnas, donde han sido ya descritos, si no con la extensión que merecían, con la que permitían las circunstancias, los cuatro acontecimientos escogidos: dos presentaciones en sociedad y dos bodas, y vayan en ellos representados simbólicamente otros hechos similares, en los que bellas jóvenes vinieron a "aumentar las filas de las que son ornato de los salones", como decían antes los cronistas, y en los que no menos encantadoras novias subieron las gradas del altar, disponiéndose a entrar, sonrientes y felices, en su nuevo estado.

Las cuatro reuniones se desenvolvieron en el marco de las residencias familiares, en este caso, palacios embellecidos con antiguas obras de arte, coleccionadas a lo largo de anteriores generaciones, es decir, lo que no puede improvisarse.

Fué la primera de ellas—el 17 de junio—la presentación en sociedad de María Ele-



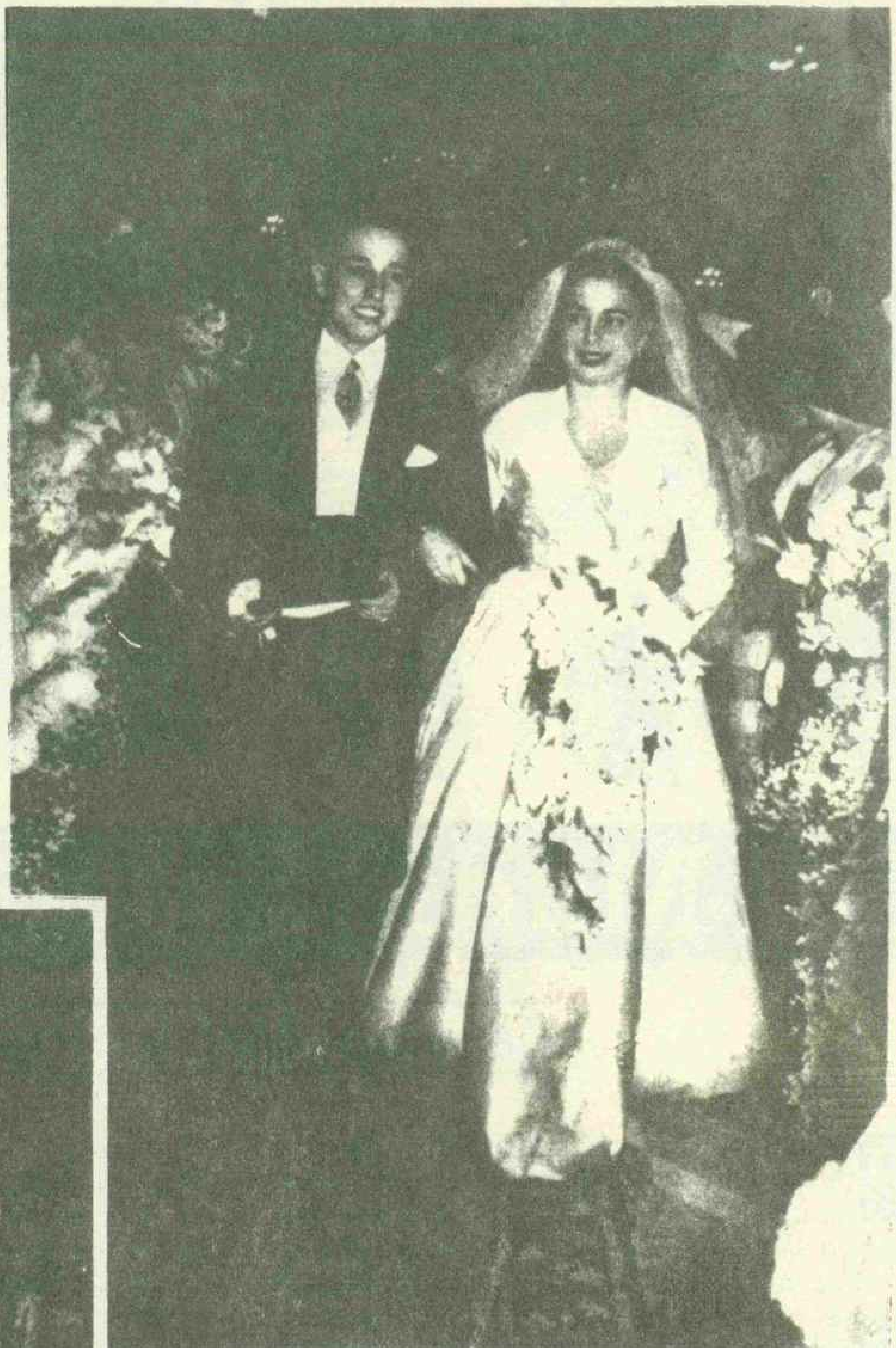
El cuadro vivo, inspirado en lienzo de Winterhalter "La Emperatriz y sus damas", representado por las jóvenes que hicieron su presentación en sociedad, durante la fiesta celebrada en el palacio de los duques de Montellano, en unión de la señorita Rocío Falcó y Fernández de Córdova, el día 27 de junio. (Foto V. Muro.)

(«ABC», 1-I-1952.)

na Covarrubias y Maura, la cual tuvo lugar en casa de sus abuelos, los duques de Maura. A diferencia de otras puestas de largo, a ésta, además de una brillante juventud, asistieron distintos sectores de la sociedad: diplomáticos, académicos, escritores, artistas. En el jardín, preciosamente iluminado, se organizó el baile, luego la cena, y palidecieron las estrellas, salió el sol, y la fiesta seguía en plena animación.

Apenas transcurridos cuatro días, en el oratorio particular de la condesa viuda de Floridablanca, el antiguo palacio de Armíldez de Toledo, se celebró la boda de su nieta, Conchita Martorell y Castillejo, condesa de Alba de Liste, hija de la duquesa viuda de Almenara Alta. Era el novio don Luis Augusto Viñamata y Emmanuelli. Como la ceremonia se verificó en las últimas horas de la tarde, a continuación se sirvió una cena a los numerosos invitados; éstos se distribuyeron por el palacio y el jardín, y como remate de la fiesta hubo cante flamenco, que fué seguido durante largas horas con entusiasmo por los muchos aficionados a este arte.

El 27 de junio fué la fecha escogida por los duques de Montellano para organizar el espléndido baile, en el que presentaron en sociedad a su hija Rocío Falcó y Fernández de Córdova. Muchas circunstancias concurrieron en esta fiesta para hacer de ella algo excepcional: un hermoso palacio de estilo francés, que encierra maravillas en cuadros, tapices, porcelanas y muebles antiguos; un parque calificado de "acierto de arquitectura paisajista", con amplias praderas, fuente con surtidor iluminado, bancos clásicos de piedra, y en ese fondo incomparable un espectáculo de arte: el cuadro vivo inspirado en Winterhalter, interpretado por la bella Rocío y un grupo de "debutantes", seguido por el vals de conjunto y el rigodón de honor. Pasaban los asistentes del millar y no cabe duda de que las señoras quisieron estar a tono con la fiesta, pues allí pudieron admirarse diademas que quizá no se habían lucido desde los tiempos de la Corte; aderezos de valiosas gemas, collares, brazaletes, broches... y aun las que no poseían esas preseas no quisieron quedarse atrás, pues, según opinión de una señora entendida, ¡todas las damas estrenaban traje!



María Luisa Maldonado y Chávarri, hija de la condesa viuda de Villagonzalo, al salir de la ceremonia de su enlace matrimonial con D. Ignacio Basa y Travesedo, el día 2 de julio. (Foto Iralle.)



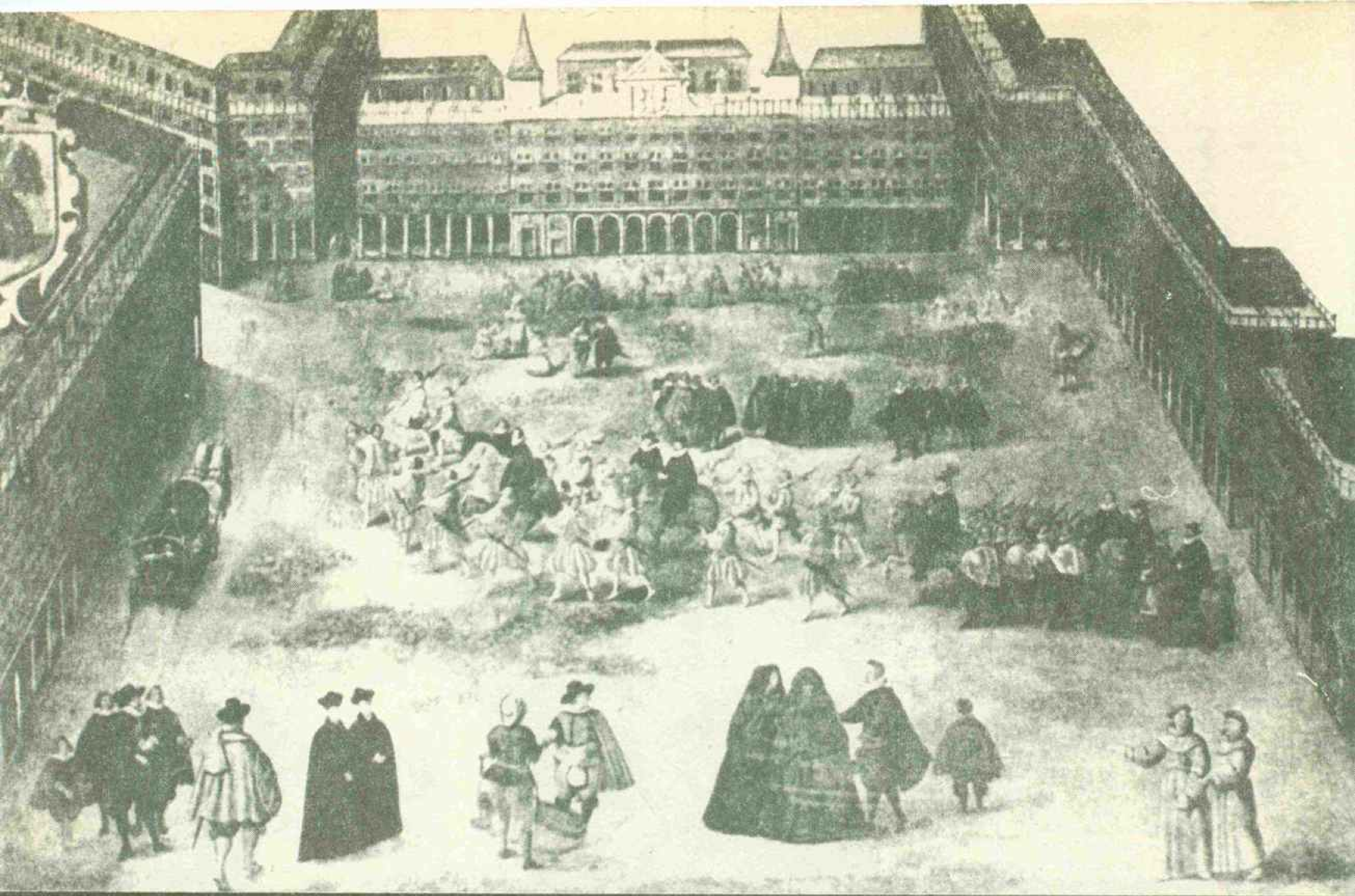
Conchita Martorell y Castillejo, condesa de Alba de Liste, hija de la duquesa viuda de Almenara Alta, después de la ceremonia de su boda con D. Luis Augusto Viñamata y Emmanuelli. (Foto Aumente.)

El 2 de julio se cerró la temporada de grandes fiestas con una boda brillante: la de María Luisa Maldonado y Chavarri, hija de la condesa viuda de Villagonsalo, con don Ignacio Basa y Travesado. Después de efectuado el enlace en la parroquia de Santa Bárbara, hubo un "cock-tail" seguido de cena en casa de la novia, prolongándose la animada reunión hasta muy entrada la noche. Han sido varias las fiestas celebradas últimamente—con motivo de gratos acontecimientos familiares—en el palacio de la calle de San Mateo y siempre constituye un placer contemplar de nuevo aquella residencia, de puro estilo francés, con sus muebles auténticos del XVIII, sus porcelanas del Retiro y su colección de retratos de los mejores maestros.

¿Será 1952 tan brillante en fiestas como su antecesor? Debemos esperarlo, ya que eso sería señal de que la vida se desenvuelve en paz.

M. E.

SELECCION DE TEXTOS Y GRAFICOS: FERNANDO LARA



Del Madrid de Carlos V

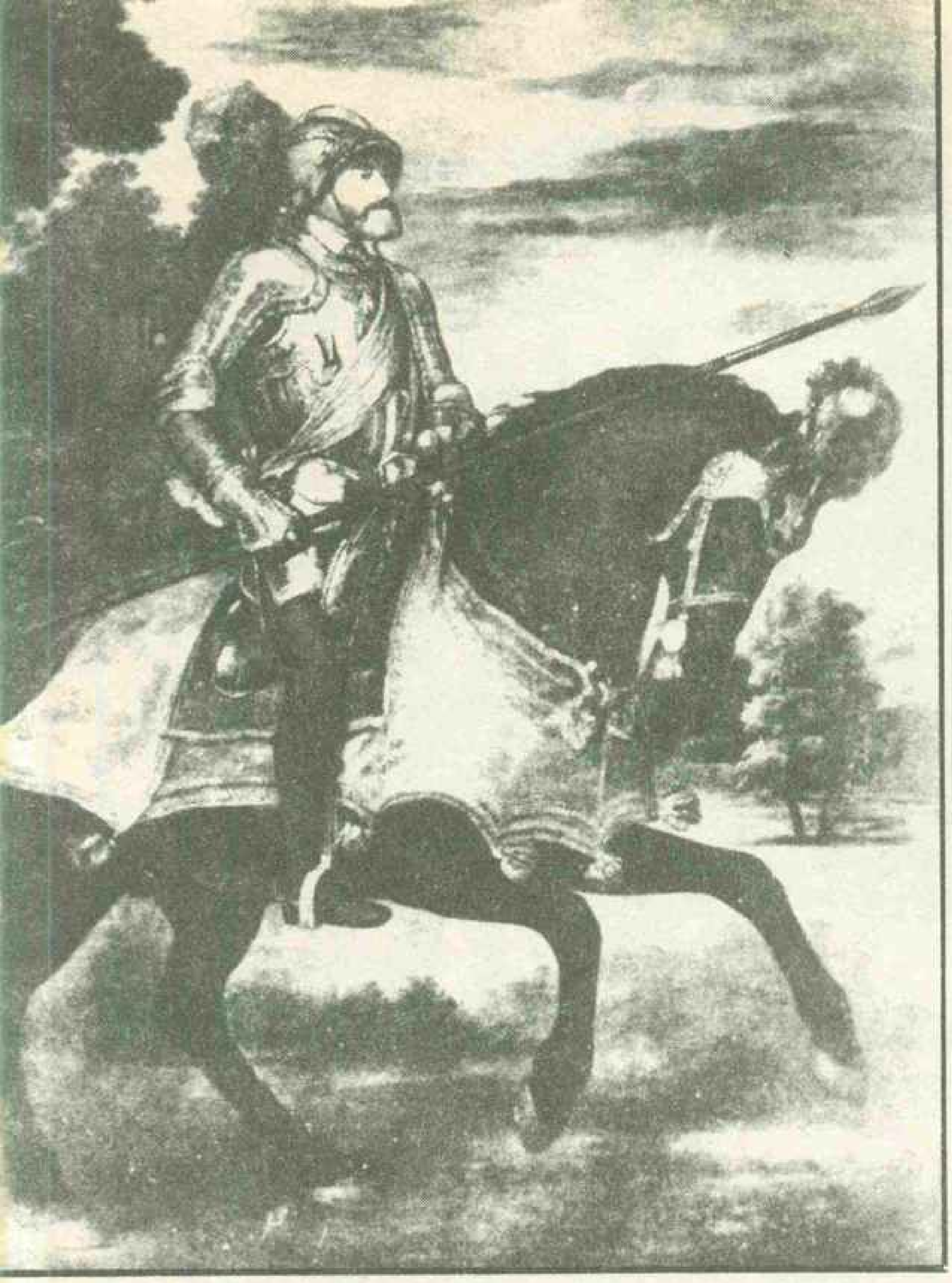
Carmen Martín Rubio

POR muchos motivos Madrid es para el historiador un tema verdaderamente sugestivo. Y, sin duda, su repentino e imprevisto salto a la máxima jerarquía urbana de las Españas, pese a los ya tópicos imprecisos orígenes que la envuelven y a su oscurantismo de la Edad Media, en contraposición con la innegable preeminencia de otras ciudades castellanas como Burgos, Valladolid y sobre todo Toledo, convierten las primeras décadas del siglo XVI, en una época especialmente determinativa y formativa en el futuro de la que había de ser, a partir de 1561, una de las capitales más importantes y poderosas de Europa y la novísima América.

Este transcendental e inusitado acontecimiento ha llevado a hablar de la existencia de un enigma en torno a la capitalidad de Madrid; enigma que se ha condensado en tan sólo dos palabras: villa y corte; porque, en efecto, de villa pasó a ser corte y capital de los inmensos territorios en los que no se ponía el sol, cuando Felipe II la eligió centro de sus dominios, decisión luego ratificada en el reinado de Felipe III. De esta forma Madrid, de humilde villa al servicio de Toledo, se convirtió en cabeza y sede de gobierno sin apenas haber sido ciudad. Quizá sea este el motivo por el que se nos muestra siempre como una gran urbe inacabada, con continuas ampliaciones y transformaciones en su seno, aunque, curiosamente, jamás haya perdido su titularidad de villa y corte, salvo en azarosos momentos bélicos en los que fue preciso trasladar el gobierno a otros lugares. Y ciertamente son estas particulares circunstancias quienes la convierten en un caso verdaderamente insólito en la historia urbanística del mundo.

Orígenes y evolución

Ahora bien, conviene señalar la existencia de un largo proceso urbano y formativo de la Villa, cuya fundación parece remontarse a los tiempos de Mohamed I en el siglo IX, surgiendo alrededor de una fortaleza árabe por razones estratégicas y para defensa de la poderosa Toledo. El hecho de haber llegado a ser una especie de pequeño obispado musulmán provoca su toma y devastación por parte de Ramiro II. Reconstruida por Abderramán III, nuevamente es atacada por Fernando I, hasta que por fin Alfonso VI la incorpora al proceso re-



Carlos I de España y V de Alemania. (Cuadro de Tiziano, Museo del Prado. Madrid.)

conquistador de Castilla. A partir de ese momento Madrid se convierte en una ciudad cristiana, devota de la Virgen de la Almudena y de su santo local San Isidro Labrador. Su integración en los reinos castellanos fue muy rápida —hay constancia de algunos madrileños participantes en la toma de Sevilla, acompañando a Fernando III. En el siglo XIII se le concedieron fueros y derecho a voto y se la empieza a conocer ya como «Villa del oso y el madroño» por su escudo.

Al mismo tiempo adquiere cierta tradición de realeza debido a las frecuentes estancias de los reyes castellanos en su alcázar, propiciándose en su recinto acontecimientos políticos de cierta importancia. Pero van a ser los monarcas Trastamaras quienes residan casi siempre en ella, llegando Enrique III a hacer del Pardo su primera residencia real; e igualmente su sucesor Enrique IV aumenta su creciente prestigio al contraer nupcias con Juana de Portugal en 1455. Unos años después el problema dinástico entre Isabel la Católica y Juana la Beltraneja la agitan violentamente, dividiéndose el vecindario entre los dos bandos. Finalmente, la lucha termina con la victoria de las tropas isabelinas y la Villa comienza una nueva etapa de paz interna y reconstrucción.

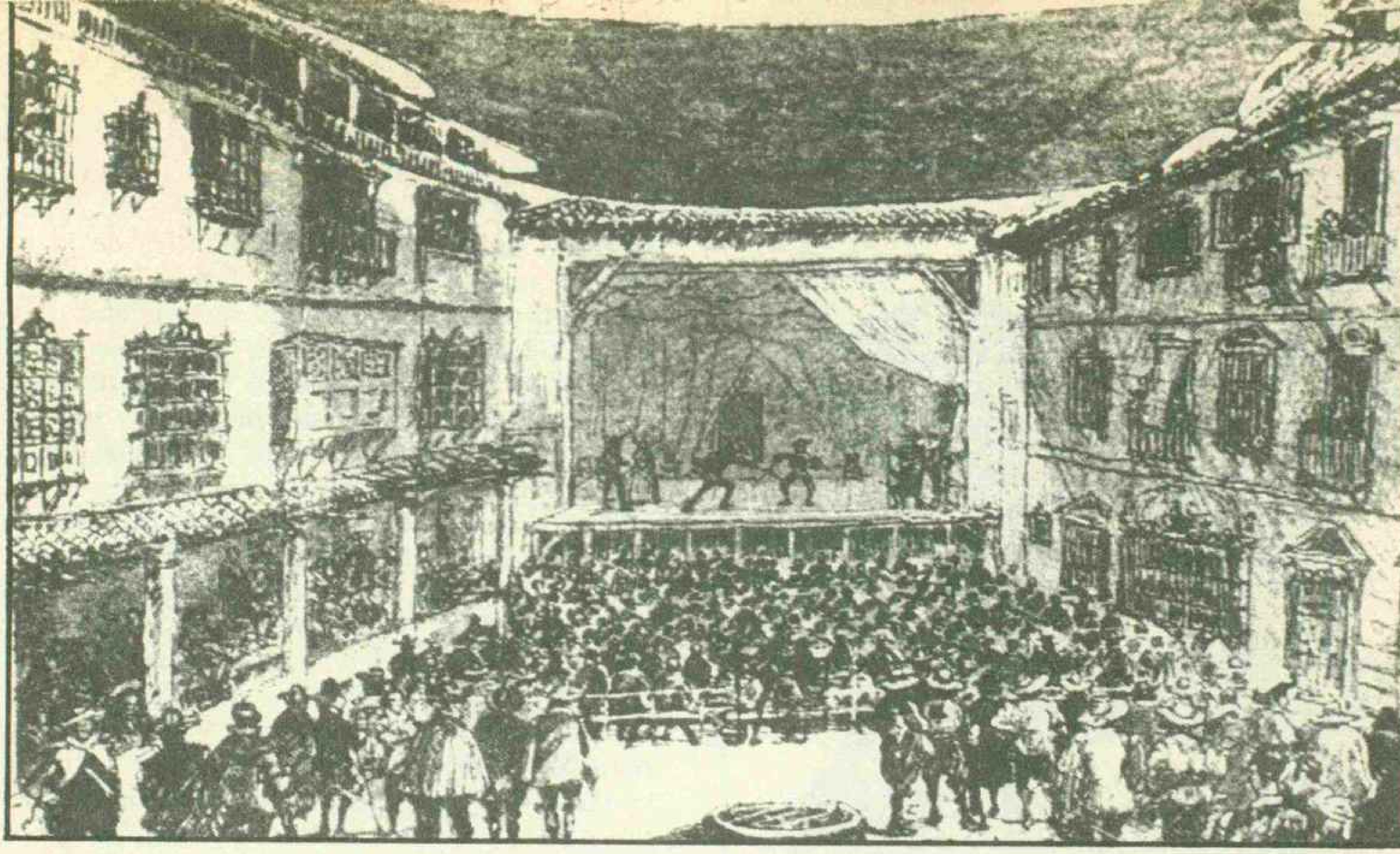
La ciudad

Sin embargo, y pese a la predilección demostrada por los reyes castellanos por Madrid y a otros hechos importantes, como el no haber perdido nunca el voto y que se hubiesen reunido diecisiete veces cortes antes de 1561, es evidente la escasa importancia política de la ciudad durante la Edad Media y en los comienzos de la Moderna. Y, sin duda, este hecho de no haber figurado en el primer plano político de las ciudades le ocasionó un desinterés descriptivo manifestado en la falta de datos y material gráfico de aquellos tiempos e incluso en los posteriores y aún después de ser sede de gobierno y de haber adquirido, paradójicamente, los tintes de ciudad centralista, administrativa y, por tanto, burocrática. De ahí que las únicas fuentes gráficas conocidas del siglo XVI nos remitan al códice de Viena de Wingaerde para el desaparecido palacio de los Austrias y al plano del portugés Pedro Texeira de 1656. Este documento, aunque recoge mansiones, iglesias, conventos, hospitales y otros edificios construidos en la centuria anterior, resulta pobre a todas luces con respecto a la época de Carlos V, teniendo en cuenta la rápida evolución y transformación de la Villa, dado su enorme crecimiento humano desde 1561, fecha en que se convirtió en la capital de los pueblos hispanos.

Con todo, de la exigua información, sabemos que, según el concepto medieval de ciudad, Madrid se encontraba cercada por una gran muralla de sólida cantería en la que se destacaban 128 torres o cubos. Dicha muralla envolvía el recinto correspondiente al trozo urbano comprendido hoy entre la Latina, Antón Martín, Sol, Santo Domingo, San Martín, la calle de Segovia y parte de la Plaza de Oriente. Sería injusto obviar que en aquellos momentos Madrid era un sitio delicioso y tranquilo, de clima sano, abundantes aguas y bosques.

Dentro del casco urbano se imponía la estructura del alcázar una vez convertida en palacio cristiano la antigua alcazaba de los árabes. Pero seguramente se trataba de un palacio incómodo y quizá por ello Carlos V no llegó a habitarlo en las varias ocasiones en que residió en Madrid, alojándose, en su lugar, en los actuales emplazamientos del Consejo de Estado y Capitanía General, y anteriormente los Reyes Católicos lo hicieron en la casa de los Lasso, hoy ubicada en la Plaza de la Villa.

Es muy probable que al Emperador le agradase residir en Madrid —basta recordar la enorme predilección demostrada por cazar en el Pardo— cuando se lo permitían los continuos traslados a otros países como paladín de la unidad territorial y religiosa de Europa. También es posible que hubiese intuido el alto destino reservado a la pequeña urbe en muy cercanas décadas. Fuese cual fuese el motivo lo cierto es que Carlos V mandó ampliar y transformar el palacio al maestro Covarrubias, célebre por la labor realizada en Toledo. Para ello se expropiaron fincas al este y sur del



El Corral de la Pacheca. (Grabado del siglo XVII.)

edificio, quedando proyectado dentro de un grandioso marco de jardines y escalinatas.

Hoy, aunque pocas, se conservan algunas casas nobles e iglesias de aquella época, como las Descalzas Reales, la Capilla de los Obispos en la iglesia de San Andrés, la casa de Cisneros, la Torre de los Lujanes, de gran recuerdo histórico por haber residido en ella el rey francés Francisco I hasta la firma del tratado de Madrid, después de haber sido derrotado y hecho prisionero en la batalla de Pavía.

Diez parroquias cubrían las necesidades religiosas de la Villa, entre las que ostentaban el más rancio abolengo la de Santa María, por venerarse en su recinto a la Virgen de la Almudena, en una réplica de la imagen aparecida a las tropas conquistadoras de Alfonso VI en un cubo de la muralla situado en las actuales calles de León y Bailén.

Los monasterios de Santo Domingo, Descalzas Reales, Jerónimos, Concepción Francisca y Concepción Jerónima, entre otros, se asentaban también en el interior de sus murallas. Una escuela de gramática, el colegio de San Ildefonso, donde se acogían a los niños pobres, y el colegio Imperial se encargaban de la educación de los madrileños, y tres hospitales: la Latina, fundado por la llamada «Latina» —Beatriz Galindo—, el Buen Suceso y San Juan de Dios aliviaban sus males y enfermedades.

No cabe duda de que, a pesar de su título de villa, la aparición de los magníficos edificios civiles y religiosos muestran ya la existencia de una infraestructura urbana adaptada a las características de la época a base de calles tortuosas y estrechas en que la suciedad era una de las notas culminantes. Y si pudiéramos tomar la imagen plástica sería curioso observar la alternancia de suntuosísimas estructuras, correspondientes a las ricas iglesias y a las ostentosas mansiones palaciegas mencionadas, como las de los Lasso, Lujanes, Cisneros, etc., con las sórdidas y oscuras casas, sin higiene, de los obreros y jornaleros que prestaban servicios a las poderosas familias antedichas y a otras también acaudaladas.

En estas condiciones la vida debió ser sumamente difícil y dura para el diez por ciento, aproximado, de población integrada en el estado llano que vivía en las ciudades por aquel entonces —sin omitir a los moradores de Sevilla, la ciudad monstruo de aquellos momentos, urbanísticamente hablando—, y no sólo por la falta de comodidades domésticas, más todavía por la gran masa de maleantes y vagabundos que acudían a ellas en busca de trabajo y al no encontrarlo cometían toda clase de desmanes, pillajes y robos. Madrid no escapó a esta suerte, por el contrario, sufrió un rápido ascenso de gente pobre e incontrolada al constituirse en corte y gobierno de los estados españoles.

La sociedad madrileña

Como ocurre en todos los pueblos la coexistencia de viviendas ricas y pobres habla claramente de dos estamentos sociales, según se ha apuntado ya; por un lado el de la nobleza, por otro el del pueblo. La nobleza madrileña del XVI estaba fragmentada en diferentes categorías: primero se hallaban los grandes señores o aristócratas, muy minoritarios pero al mismo tiempo los más fuertes económicamente. A esta clase pertenecían los Lasso, Luzones, Vozmedianos, la Rama de doña Catalina Núñez, esposa del tesorero de Enrique IV y fundadora de las clarisas, los Ramírez (uno de ellos espo-

so de Beatriz Galindo), los Solier y los Alvarez de Toledo. Este grupo formaba un círculo cerrado muy importante en torno a la corona.

Después estaban los grandes terratenientes, quienes en muchos casos eran también nobles como los Coalla, Vargas, Perea y Peñalara, dueños de las famosas huertas del Pozacho en 1569, antes pertenecientes al bachiller Arias Monzón, que en 1517 las arrendó al hortelano Francisco Segoviano por tres años al precio de dos mil ochocientos maravedises, la hortaliza que fuesen a necesitar en cuaresma, más trescientas berenjenas y la mitad de las granadas que hubiese en la huerta (1).

Un papel dominante desempeñaban los caballeros de las órdenes militares, en especial la de Santiago, acompañantes de Alfonso VI en la toma de Madrid. De ahí que en el barrio de dicho nombre residiese la nobleza de entonces.

A continuación es preciso citar al clero, también estratificado y poseedor de gran peso específico heredado de la Edad Media. Basta recordar a la figura madrileña más representativa de la época: fray Francisco Jiménez de Cisneros, confesor de la reina Católica, cardenal y regente hasta la llegada del emperador Carlos; o al cardenal García de Loaysa, presidente del Consejo de Indias en 1540, morador en el llamado palacio de los Vargas, que por cierto se incendió —eran muy frecuentes los incendios en Madrid—, teniendo que saltar el cardenal por una ventana para salvarse.

Esta primacía social del clero madrileño venía dada por el gran número de conventos residentes y como consecuencia el de las órdenes religiosas. Buen ejemplo es el de Mariana de Austria, hija de Carlos V e Isabel de Portugal, reina de Hungría y Bohemia y emperatriz de Alemania por su matrimonio con Maximiliano II, quien siendo oriunda de Madrid, alenviudar regresó a su ciudad e ingresó en las Descalzas Reales, convento fundado anteriormente por su hermana Juana, reina de Portugal.

No quedaría completo el panorama social de la Villa sin mencionar a los hidalgos e intelectuales de la época, tales como Alvarez Gato, Alonso de Ercilla, autor de la Araucana, a Ruy González de Clavijo y a Gonzalo Fernández de Oviedo, temprano cronista de las gestas españolas en las Indias Occidentales.

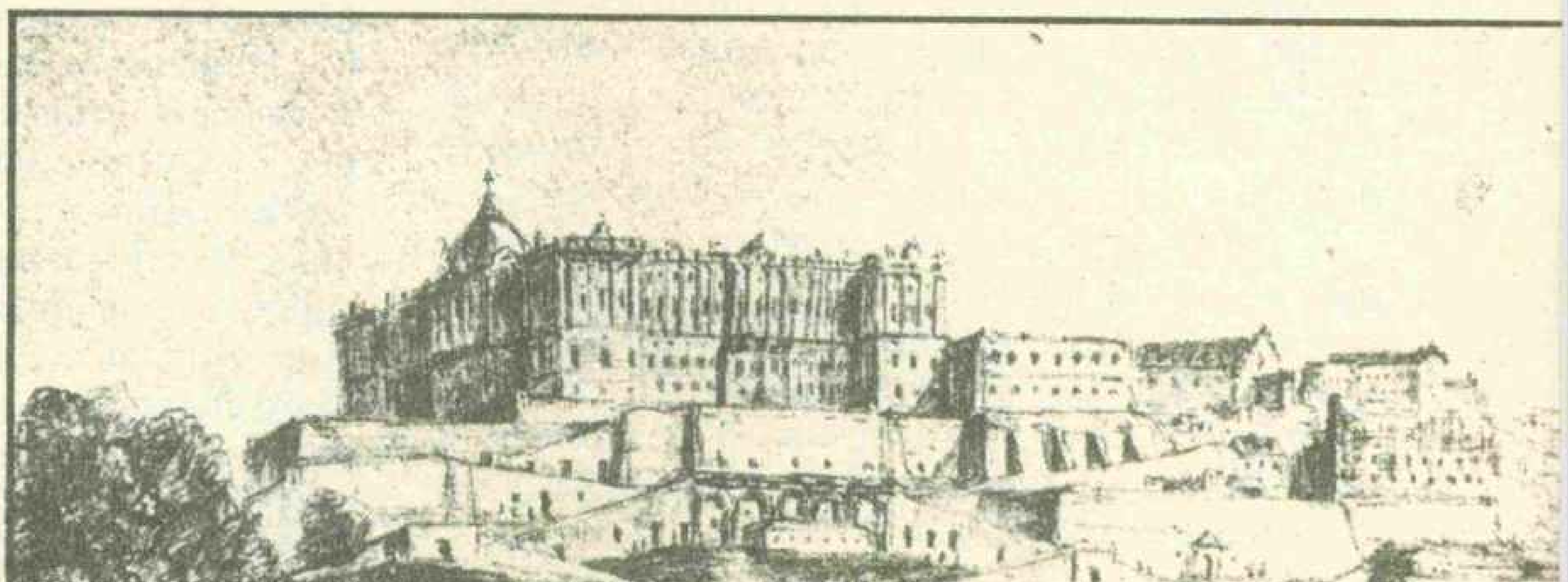
Frente a estas clases más o menos privilegiadas se encontraba el pueblo llano. De él una gran masa era rural y campesina, sin tierras propias, perteneciendo la mayoría a los nobles, recaudadores, por tanto, de sustanciosas cantidades de dinero y parte de las cosechas, lo que les permitía llevar una vida lujosa y regalona en contraposición con los campesinos, casi siempre pobres. Asimismo, los obreros urbanos ganaban también muy poco, pero, como ocurre en todos los estratos sociales, tampoco para los de aquella época se puede generalizar y establecer un estricto panorama económico debido a la existencia de sectores más o menos acomodados, según fuese el mayor o menor poder adquisitivo de las familias.

La cuestión de los impuestos puede aclarar algo al respecto. En teoría todos los ciudadanos debían contribuir al mantenimiento del Estado; en la práctica sólo lo hacían los trabajadores. Refiriéndose al tema el historiador Ramón Carande observa cómo los oradores (los clérigos) contribuían al estado con sus plegarias, los defensores (los nobles) con las armas y el pueblo con tributaciones monetarias; por tanto, las dos primeras clases estaban exentas por considerarse privilegiadas, mientras que la tercera cargaba con los pechos o gravámenes estatales. Ahora bien, había pecheros que

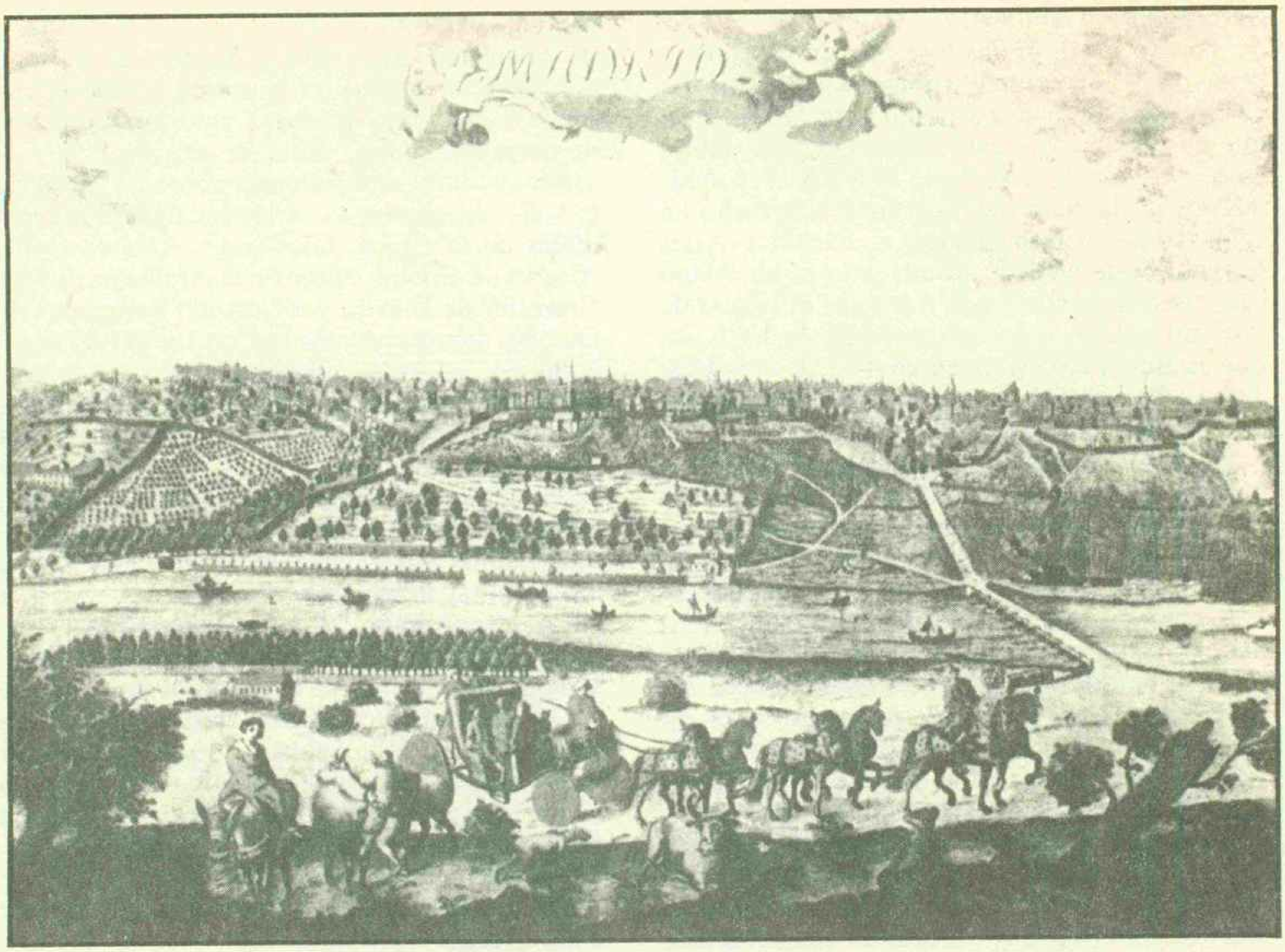
(1) Mercedes Agulló. Madrid. Espasa Calpe. Fascículo 7.



Carlos V (1500-1558). Retrato pintado por Tiziano en 1532, en Bolonia.



El Palacio de los Reyes de España, en Madrid.



Madrid, capital del Reino de España. (Grabado del siglo XVII.)

dejaban de serlo al convertirse en hidalgos, mediante la compra de títulos, puestos a la venta cuando el Estado necesitaba aumentar sus siempre reducidos caudales. Esta operación constituía un verdadero contrasentido, teniendo en cuenta que quienes podían pagar los elevados precios de las hidalguías quedaban despreocupados de realizar nuevas contribuciones a costa de los que no podían alcanzar ese status social, puesto que la corona nunca mermaba sus presupuestos, y así incrementaba y repartía entre los restantes tributarios las cantidades dejadas de pagar por los nuevos hidalgos (2).

A parte de la injusta repartición , el hecho indica que no todos los labradores o campesinos eran pobres cuando algunos conseguían formar parte de la clase hidalga.

Llegados a este punto resulta muy interesante examinar un censo de esta época referido a la población madrileña.

El censo

En 1530 Carlos V ordenó la realización de un censo al vecindario general de la corona para averiguar el número de tributarios o pecheros de cada población sujetos a la paga del servicio ordinario. En él debían especificarse también las viudas, los menores, los pobres y los exentos, por privilegios, del mismo servicio (3).

Con este fin se parte de los impuestos establecidos en otro censo correspondiente a los años 1527-28 repartidos según la población y los recursos de cada lugar. Es evidente el escaso tiempo transcurrido entre uno y otro censo, pero seguramente las necesidades monetarias del Emperador eran muy agudas, por lo que se vio abocado a hacer un nuevo estudio de las riquezas existentes en las provincias españolas. Ruy González de Llerena y Martín Pérez de Haro fueron los encargados de llevar a cabo las visitas en las ciudades y pueblos, por cierto muy minuciosamente, según muestran la cantidad de datos anotados en cada sitio.

La provincia de Madrid aparece reflejada con un total de trece mil ochenta y siete vecinos; de ellos nueve mil ochenta y uno eran pecheros y tres mil ochenta y uno estaban exen-

(2) *Ramón Carande.* Carlos V y sus banqueros. *Madrid, 1949. Revista de Occidente.*

(3) *Domínguez Bordona.* Manuscritos de América. *Sg. 2502. Papeles Varios. Madrid, 1935. Biblioteca Palacio Real de Madrid.*

tos por privilegios, pobreza declarada, minoría de edad o viudedad.

El Madrid ciudad albergaba a novecientos treinta y nueve vecinos; aunque resulte extraño sólo cuatrocientos noventa y cuatro debían contribuir; del resto, ciento noventa y dos, estaban exentos por privilegios, cuarenta y cinco eran viudas, dieciséis menores y ciento noventa y dos pobres. Según el padrón muchos de los pecheros vivían en tierras arrendadas pertenecientes a nobles ricos o a órdenes religiosas, exentos de privilegios. A veces, el censo indica que eran mercaderes entre los que también había ricos y pobres. Otros se dedicaban a ejercer oficios comunes, como los sastres, zapateros, etc. Entre los cuatrocientos noventa y cuatro pecheros tenían que pagar ciento treinta y seis mil trescientos cuarenta maravedises; si bien esta moneda sólo existía como cómputo desde tiempos de los Reyes Católicos, habiéndose dejado de acuñar en los últimos años de los Trastamaras. Su equivalencia en el excelente, granada o ducado era de trescientos setenta y cinco maravedises.

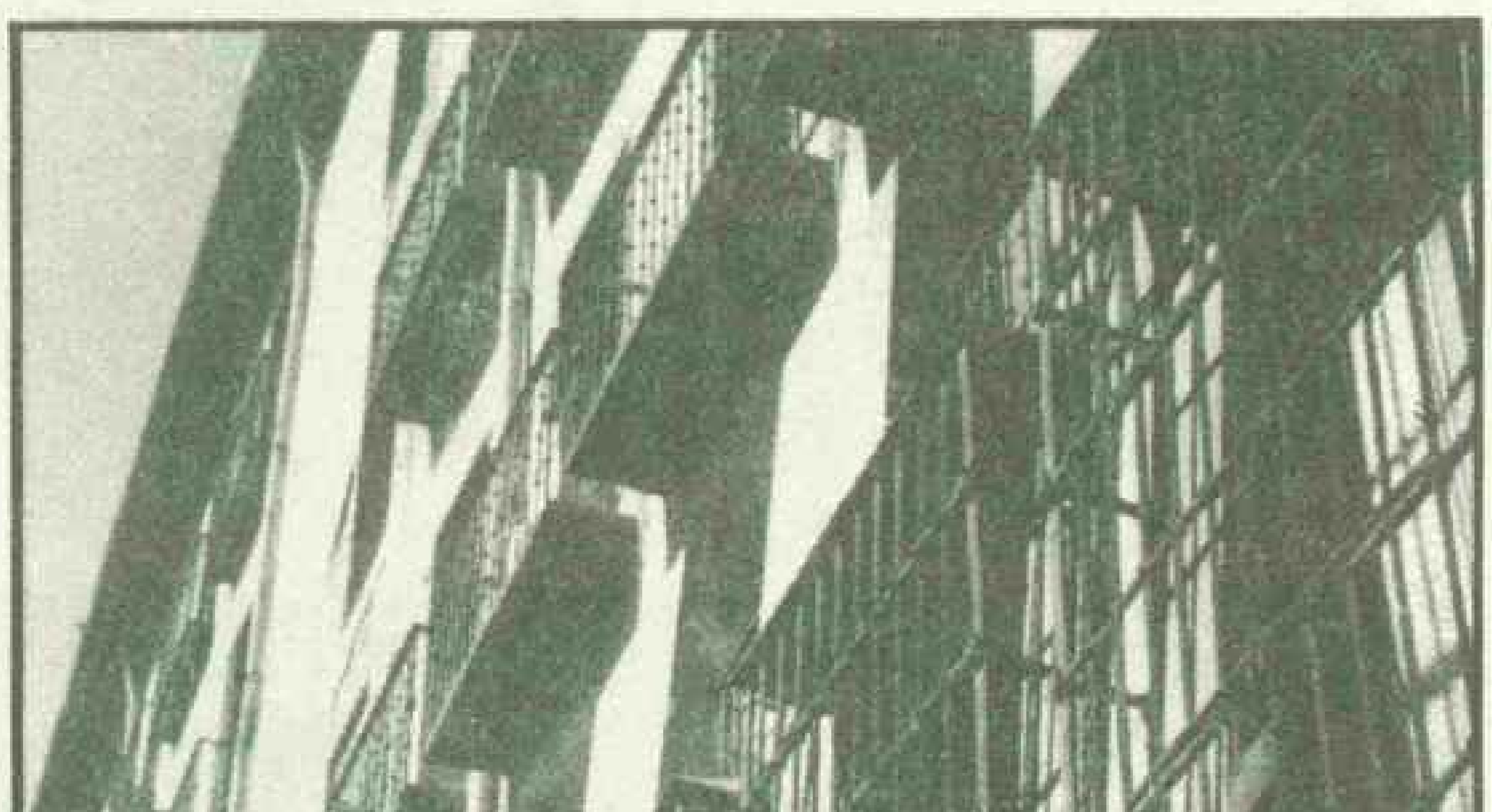
Rodeaban a la Villa treinta y tres lugares, que constituían la tierra de Madrid y dieciocho partidos, todo lo cual formaba la provincia.

De los treinta y tres lugares Xetafe tenía el más alto índice de población con cuatrocientos cuatro pecheros; sólo noventa menos que la capital. Continuaban por orden de mayor a menor número de pecheros:

Leganés	229 pecheros
Fuenlabrada	197 pecheros
Fuencarral	191 pecheros
Villaverde	179 pecheros
S. Sebastián de los Reyes	164 pecheros
Canillejas	51 pecheros
Villanueva	49 pecheros
Boadilla	47 pecheros
Ortaleza	41 pecheros
Canillas	32 pecheros
Coslada	30 pecheros
Pozuelo	159 pecheros
Vallecas	130 pecheros
Carabanchel A.	133 pecheros
Arabaca	130 pecheros
Alcorcón	113 pecheros
Majadahonda	107 pecheros
Carabanchel B.	104 pecheros
Las Rozas	87 pecheros
Vicálvaro	79 pecheros
Rejas	78 pecheros
Ambros	62 pecheros
Vililla	26 pecheros
Casa Rubiales	25 pecheros
Umanejos	16 pecheros
Perales y Corita	12 pecheros
Vacialmadrid	9 pecheros
Umara y la Torre	8 pecheros
Ribas y Chamartín	7 pecheros

Los censos resultan siempre de lectura árida; pero éste adquiere particular importancia por referirse al Madrid imperial —época de tran escasos datos como anteriormente se ha visto—. Además sorprende a los actuales madrileños cuando se refiere a los novecientos treinta y nueve habitantes de la ciudad. Pero debe advertirse que tal cifra no constituía el total de la población, pues generalmente se suponen cuatro familiares dependientes de cada contribuyente. Por ello no sería aventurado indicar la cantidad de cuatro mil vecinos residentes, después de agregar las cuatro personas a los pecheros y privilegiados, exentos de tributo, que aparecen en el censo; y teniendo en cuenta también que en las casas de los nobles y poderosos se albergaba a un elevado número de gente de servicio pese a ser consideradas en el censo como de un solo vecino.

Como final es preciso decir que el presente trabajo no pretende sentar las bases de lo que fue el Madrid imperial. Queda mucho por investigar. Ahora bien, el censo mandado realizar por Carlos V resulta altamente interesante al mostrar parte de las raíces de la ciudad en la que todavía no se había producido el desarrollo de la que poco después sería capital de los inmensos dominios españoles. ■ **C.M.R.**



La Cava de San Miguel. Una supervivencia del Madrid de los Austrias.

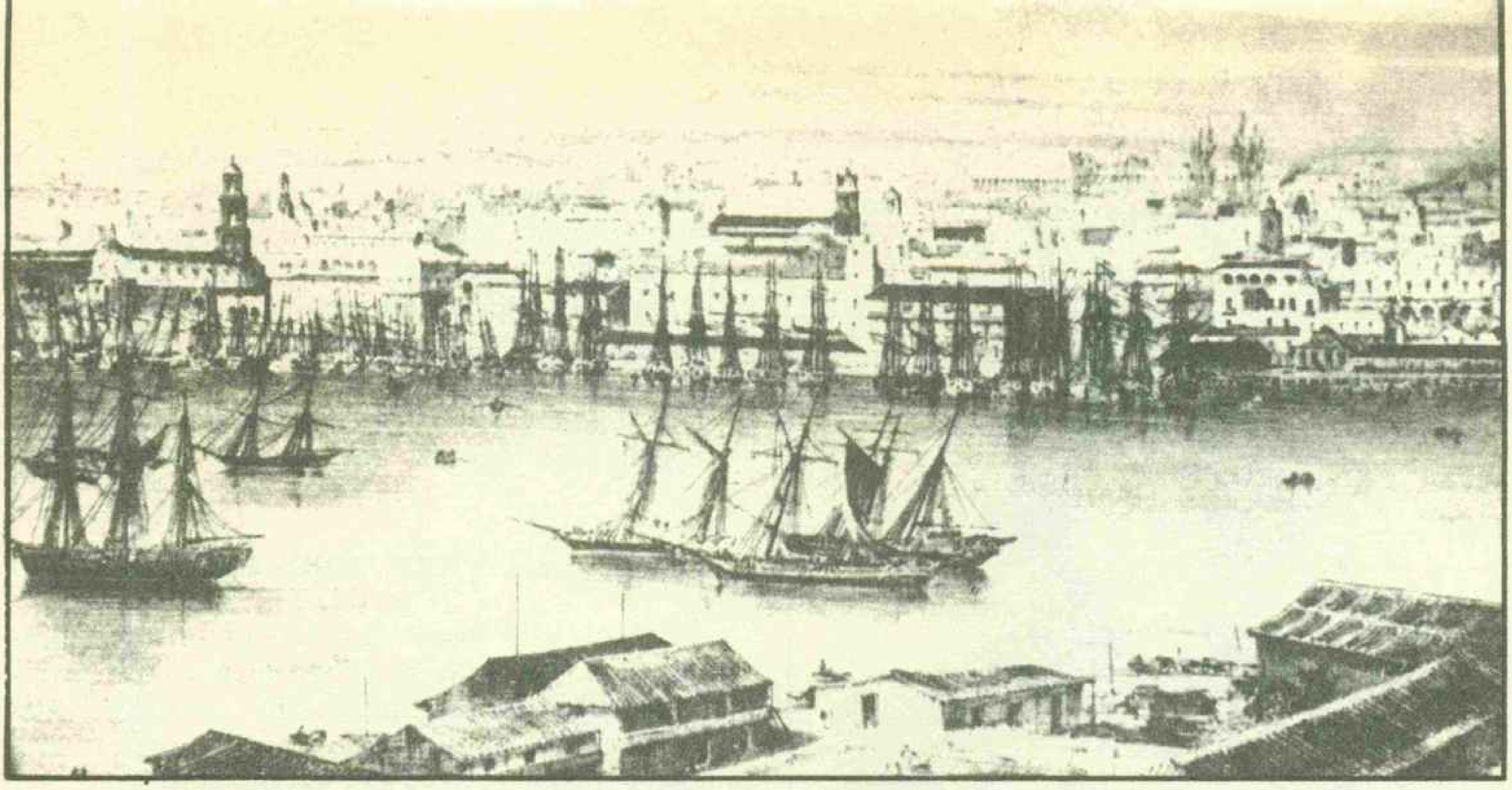


Tula, la criolla

Paloma Castañeda

***G**ERTRUDIS Gómez de Avellaneda es la mujer que lo tuvo casi todo en la vida: belleza, talento, amor, sensibilidad, fama, posición social, envidias, críticas, alabanzas, incomprensión que hizo exclamar a Bretón de los Herreros: ¡Es mucho hombre esta mujer!, dándole cumplida respuesta Menéndez Pelayo cuando dijo: «La Avellaneda era mujer y muy mujer, y precisamente lo mejor que hay en su poesía son sentimientos de mujer» (1). Efectivalente, la Avellaneda es toda una mujer que luchó contra la vulgaridad, que tuvo inquietudes, que aspiró a un sillón en la Real Academia y su poesía constituye páginas preciosas en nuestra literatura, ya Valera escribió: «No tiene ni tuvo rival en España, y sería meñester, fuera de España, retroceder hasta la edad más gloriosa de Grecia para hallarle rivales en Safo y Corina» (2).*

(1) «Una vida romántica - La Avellaneda», por Carmen Bravo-Villasante. EDHASA. Barcelona, 1967.
(2) «La Avellaneda - Autobiografía y cartas de la ilustre poetisa», por G. Gómez de Avellaneda. Huelva, 1907.



Vista de La Habana hacia 1830.

MARIA Gertrudis de los Dolores Gómez de Avellaneda, nació en la región camagüeña de Puerto Príncipe en la isla de Cuba, el 23 de marzo de 1814. Su padre era teniente de navío de la Armada Española y fue trasladado a Cuba en 1809. Don Manuel, andaluz, se casó con una cubana, hija de una famlia distinguida de la isla, Francisca de Arteaga y Betancourt. De aquel matrimonio nacieron cinco hijos de los que sólo consiguen sobrevivir, Manuel y Gertrudis, Tula para los íntimos. La presencia del padre en el hogar pronto acaba, tenía Tula nueve años, cuando muere su progenitor. Nunca lo olvidó y cuando su madre al poco tiempo de enviudar contrajo nuevo matrimonio, jamás aceptó estas segundas nupcias. Para ella fue una traición y lo fue toda la vida. Las relaciones con su padrastro siempre fueron tensas, de hecho jamás se dirigió a él en otro término que por el apellido, Escalada. Su infancia a partir de este momento fue infeliz. Niña precoz en todo lo fue hasta en el dolor y la amargura. Poseedora de una gran inteligencia y gusto por la lectura, vive una vida ficticia a través de las páginas unas veces, otras interpretando dramas, recitando poemas, siempre volando la imaginación. Pero como un faro que iluminase su vida, en aquellos días tuvo un contacto que la hizo saborear las mieles del éxito, los aplausos, la gloria. La hizo tomar confianza de su propio yo. Es a raíz de una serie de representaciones que se hicieron con objeto de obtener fondos para hacer un colegio gratuito para niños pobres, entre las seleccionadas estaba ella. Y así hizo su debut de primera actriz. La interpretación fue un triunfo y la llovieron los elogios, tanto, que ella misma confiesa estuvo a punto de trastornarla, incluso su madre llegó a prohibirla leer ninguna obra dramática, ante tal veto optó por crearlas.

Eran tan grandes sus anhelos de fama que la isla se le va quedando pequeña y poco a poco va creciendo en ella la idea de ensanchar estos mundos, de conquistar nuevas metas, y su mente está fija en España, en la tierra de su padre que siempre ha deseado conocer. Mientras que estos proyectos se llevan a la práctica, la Avellaneda participa activamente en sociedad, también se trata su matrimonio con un pariente lejano suyo. Es hombre muy acaudalado, lo que se llama un buen partido. Por la ausencia de su prometido ella sigue frecuentando sus habituales reuniones, en ellas conoce a un muchacho apellidado Loynaz con el que congenia y se siente a gusto. Su mejor amiga, Rosa Cardona, convence a la madre de que entre ella y Loynaz hay correspondencia amorosa y que él la inducía a romper su compromiso matrimonial, lo que hace adelantar la fecha de la boda para evitar que tan buen partido no se vaya al garete, sin embargo, Tula aborrece a su novio, él sólo va por la dote. Estaba en vísperas de la boda con todo preparado cuando toma una decisión vital, no se casa. No se sentía con fuerzas suficientes para llevar a cabo un matrimonio impuesto y huye a casa de su abuelo. Aquella renuncia fue ruidosa; el escándalo mayúsculo. Pero esta forma de comportarse, esta huida desesperada en un momento crítico, no será la primera vez que lo lleva a la práctica, será su defensa ante la adversidad. No fue éste el único golpe que recibe, su mejor amiga, Rosa, la ha decepcionado. Se ha enterado que Loynaz y ella son novios. Este algún tiempo después quiere volver con ella, pero Tula ya había tomado su decisión y ésta es irrevocable.

La situación familiar por el rompimiento se deteriora todo este cúmulo de contratiempos, hacen que tome otros rumbos, tal vez un viaje sea la solución para olvidar. De nuevo vuelve a la memoria la estampa andaluza, allí está la familia de su padre, allí quiere estar ella. Su padrastro en esto está de acuerdo y convencen a la madre para que venda fincas y esclavos. An-



María Cristina de Borbón (1806-1878). Cuarta esposa de Fernando VII (1829-1833). Reina gobernadora de 1833 a 1840, durante la minoría de edad de su hija Isabel II. (Litografía por C. Rodríguez).

tes de marcharse a España, pasan varios meses en Santiago de Cuba, allí una vez más vuelve a ser la estrella de las fiestas, su belleza, su temperamento la hacen destacar sobre las demás. Es imposible pasar desapercibida. Carmen Bravo-Villasante en su libro sobre la Avellaneda (3) la califica de «ejemplar único en la isla» y dice: «Que por su carácter que es fuera de lo vulgar, es una salvaje a la moda, que no acata las leyes sociales, rebelde a los perjuicios, desasiada de las conveniencias, inocente e iracunda, cándida como otros cándidos salvajes que han inventado los escritores franceses, majestuosa en su independencia, y tratando de ser sublime en sus decisiones. Por el momento, es un ejemplar único en la isla de Cuba. Muy hermosa, muy valiente y decidida, es también una mujer sensible, sometida a las pasiones, que tan interesantes hacen al ser humano.»

Una noche de abril de 1836 embarca en la fragata «Bellochan» que se dirige a Europa.

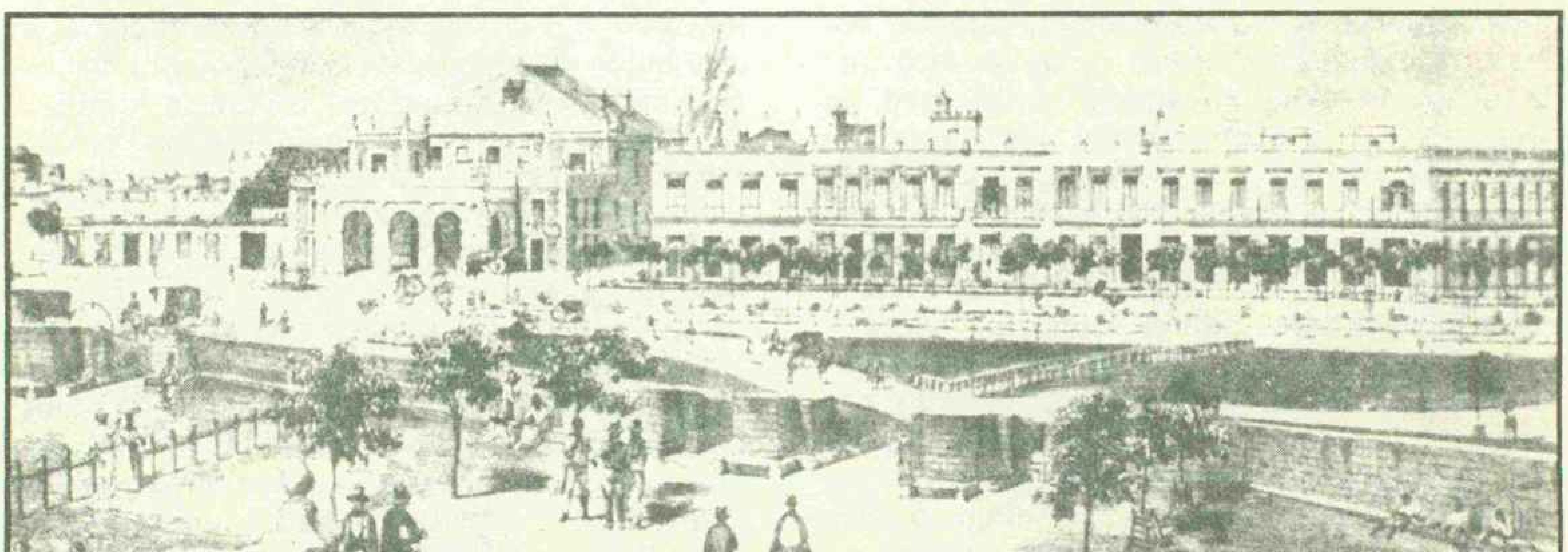
El viejo continente

Era el 3 de mayo cuando por fin pisa suelo europeo. Primero Burdeos luego La Coruña donde permanece cerca de dos años. Su estancia en tierras gallegas no es grata por dos motivos, uno por la pobreza de sus gentes, el otro por la incomprensión que la rodea, la familia de su padrastro la tilda de inútil porque no tiene apego a las labores caseras, se burlan de ella llamándola «doctora» por su afición al estudio y la tachan de «atea» por leer a Rousseau. Es entonces cuando conoce a Francisco Ricafort, se gustan nada más conocerse, pero sus caracteres eran antagónicos. Ricafort se sentía humillado ante su talento, no quería que hiciera versos, que tuviera amor al estudio, que tuviera inquietudes, deseaba una vida oscura para ella, y en efecto no eran estos los planes de Tula, que si algo estaba dispuesta era a no renunciar a la cultura, como ejemplo basta este pensamiento: «Mi familia pertenece a la clase que llaman noble, pero yo no pertenezco a ninguna clase. Trato lo mismo al duque que al cómico. No reconozco otra aristocracia que la del talento» (4).

Estas divergencias, junto con la desaprobación de su hermano Manuel, hace que aquel amor fugaz sea pronto olvidado con un atractivo viaje por Andalucía que realizan los dos hermanos.

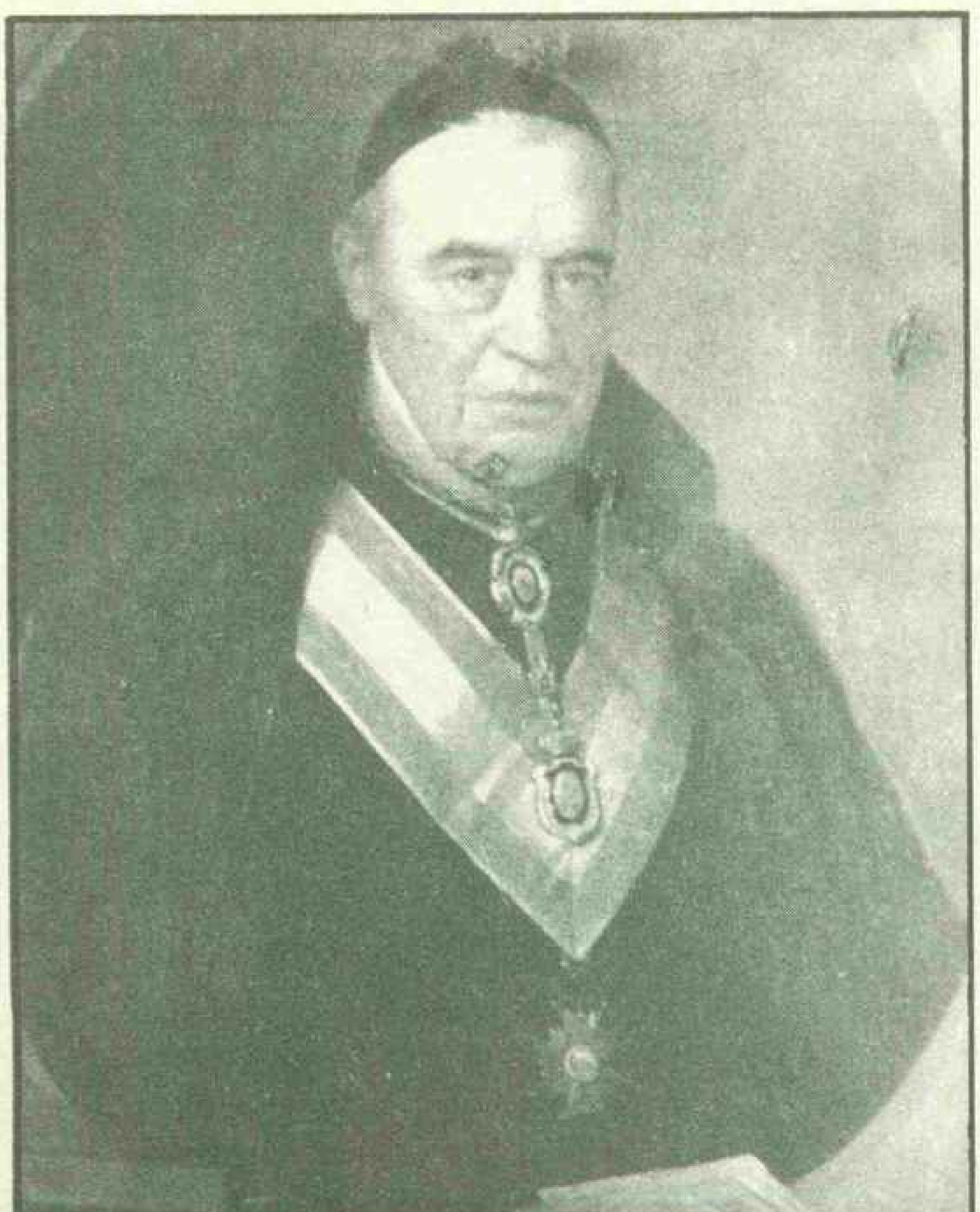
(3) *«Una vida romántica - La Avellaneda», por Carmen Bravo-Villasante. EDHASA. Barcelona, 1967.*

(4) *Idem.*

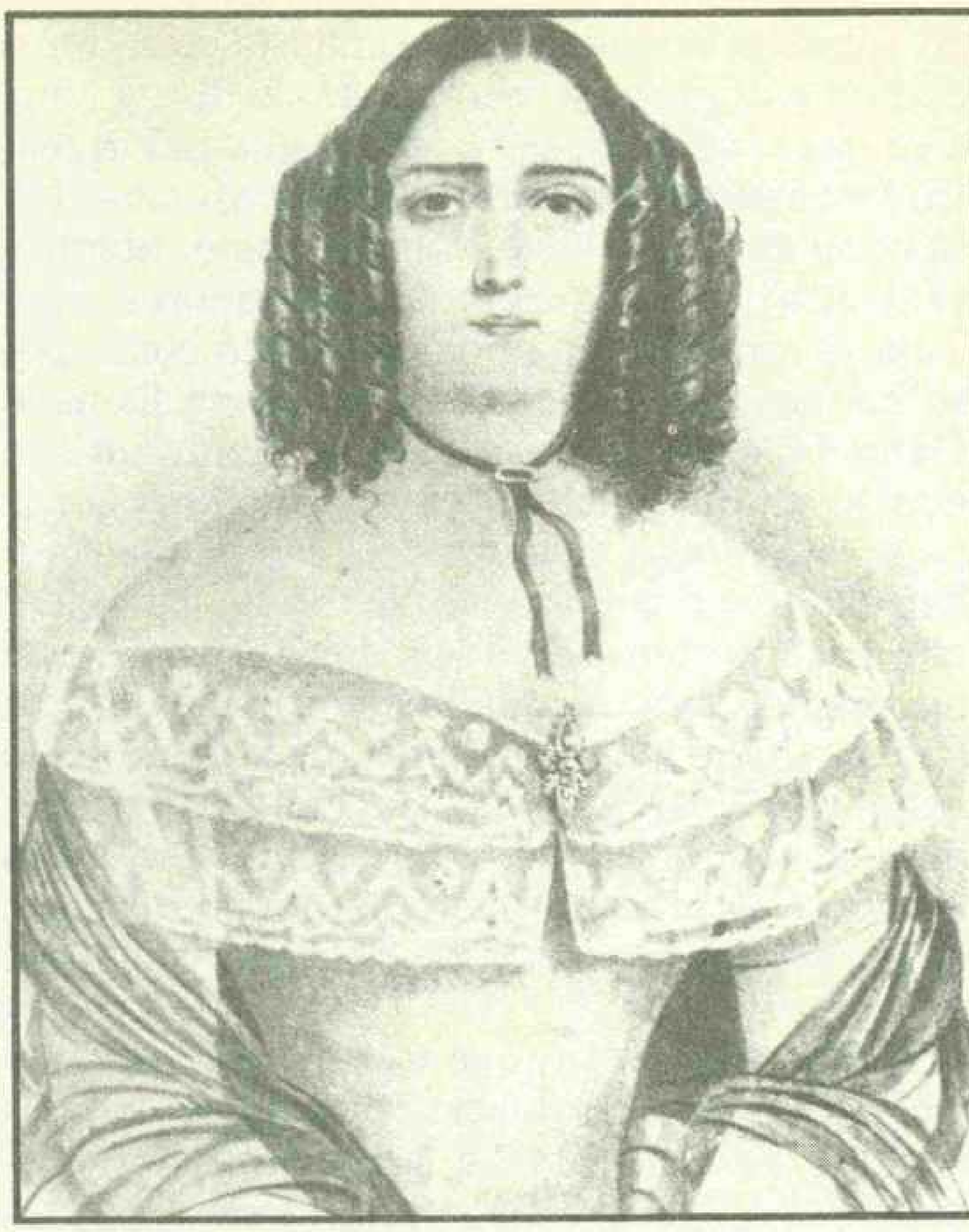


La Habana. Teatro del Tacón y parte del paseo de Isabel II en 1830.

Sevilla aparece ante sus ojos, el sol radiante, la alegría de la tierra, su sangre andaluza se identifica instantáneamente con sus gentes, con sus ciudades, Sevilla la encanta. Rápidamente hace amistades, hay dos que se la disputan, Antonio Méndez Vigo e Ignacio Cepeda. El primero le es simpático, el segundo la atrae. Méndez Vigo se enamora mientras que Cepeda titubea. Tal vez para darle celos frecuenta sus salidas con Méndez Vigo, tanto, que incluso hablan de boda, aunque no se lleva a efecto porque la Avellaneda no lo desea, quien realmente la interesa es Ignacio. Este joven, de buena presencia, muy señoril, de gran porte, muy tradicional y un perfecto artista a la hora de ocultar sus sentimientos, de este caballero se enamoró profundamente la Avellaneda. Fue un amor que duró años con oscilaciones, pero quedio paso a un amor sincero por parte de Tula. Este Cepeda era indigno de su cariño, jamás supo corresponder a tan nobles sentimientos. A él le atraía la cubana por aquel brío, por aquel ímpetu que lo arrollaba todo en aquella época valiente, de su vida. Pero al mismo tiempo la temía, esa sinceridad para confesarle que había estado a las puertas del matrimonio tres veces y que las tres las había rechazado, para confesarle su afecto sin rubor, porque cree en la libertad de amar por encima de los perjuicios, tampoco oculta sus desavenencias familiares, incluso habla de irse a vivir a Madrid con su hermano. A esto hay que añadirle una vasta cultura, deseos de triunfo, opiniones propias, la gusta ser halagada y no lo



Juan Nicasio Gallego (1777-1853). (Biblioteca Nacional. Madrid).



Gertrudis Gómez de Avellaneda. Grabado de C. Legrand, publicado en el tomo de «Poesías» (1850).

disimula, todo esto le aterra, le hace vacilar. Piensa en el futuro que le espera con una mujer de estas características. «Puede llegar a tratarlo como un esclavo, si él no sabe hacerla su esclava, que es a lo que estaban acostumbrados los hombres españoles, y entonces hará el ridículo siendo el marido de la poetisa, de la célebre poetisa que van a coronar con laurel en los Liceos. El lo presentía» (5).

Pero estos amores no la merman su actividad creadora se dedica con ahinco al estudio, traduce, compone, publica bajo el seudónimo de *La Peregrina* y estrena un drama titulado «Leoncia». 1841 es un año importante, publica «Sab», su obra abolicionista, también ven la luz una colección de poemas, alcanza su ansiada mayoría de edad y con ella la determinación que su futuro está en la poesía. Sintió su llamada desde muy niña, ahora es su modo de vivir, la pauta a seguir.

Como un huracán del Caribe

Su ruptura con Cepeda y la meta que se había marcado hacían de Madrid su destino. Ella quería triunfar y nada mejor que el Liceo. Allí y de improviso la presenta Zorrilla cosechando un gran éxito. Cada día se va perfilando más claramente el sueño dorado de su vida, ser la primera poetisa de habla española. Para ello

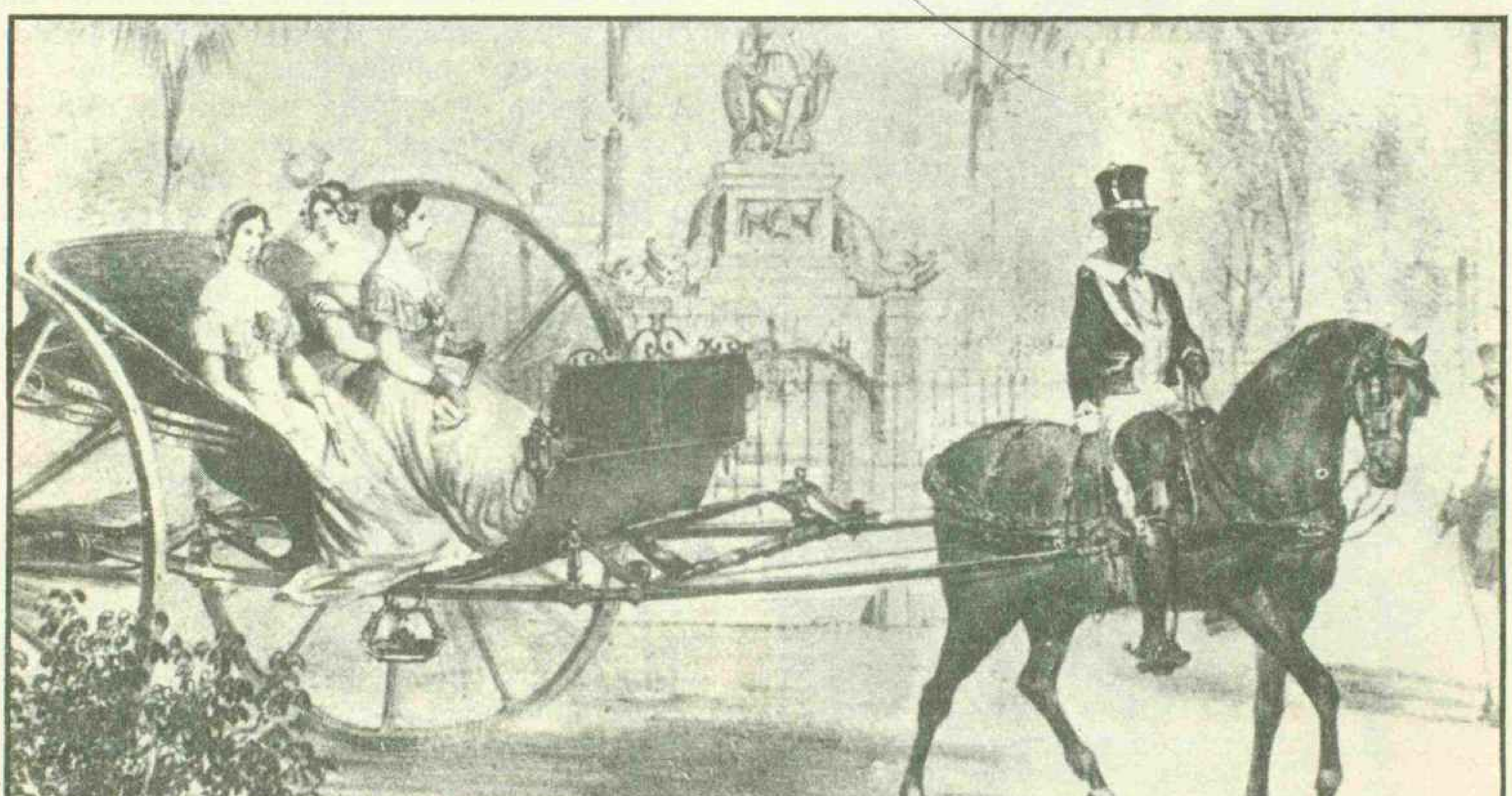
(5) *Idem.*

no escatima esfuerzos, trabaja hasta altas horas de la madrugada, se entrega de cuerpo y alma a su tarea, además, se siente atraída por el teatro y comienza una obra «Alfonso Munio». Está en su ambiente ideal, romanticismo, literatura, teatro. Entre su corte de admiradores, pues Tula es tan admirada por su talento como por su hermosura, se encuentra un poeta llamado Gabriel García Tassara. Este sevillano, un año más jóven que ella, atractivo, seductor, mujeriego y decidido, enamora locamente a la Avellaneda. Este amor tiene su fruto, Brenilde, que hace en abril de 1845. Pero Tassara que tan rendido parecía ante la maternidad de Tula la deja. ¿Qué ha quedado de aquel apasionado amor que aparentaba? Esta era la respuesta para la admiradora de Jorge Sand, que había llevado a la práctica sus teorías sobre el amor libre y se veía pagada con el engaño y el abandono.

A pesar del golpe, que lo supo encajar muy bien, pero desde entonces, desde que su confianza y su amor habían sido engañados, primero por Cepeda y luego por Tassara, poco a poco ante los palos de la vida se va desengañando de que con la verdad sólo se consigue fracasos y esto la lleva a beber el opio de la religión, una religión hueca, jamás profunda. Ante estos acontecimientos sus energías no se rinden, sigue trabajando, frecuenta reuniones, publica «Dos mujeres», otra de sus obras atrevidas, muchos ven en ella a la avanzada de las mujeres libres. Gertrudis no es una feminista nata, pero hay que reconocer que abrió camino. Su valor, su sinceridad y sus obras nos lo confirman, claro que nos referimos a la Tula juvenil llena de ímpetu, de justicia social, la que no le importaba el matrimonio con bendición o sin ella, sólo valoraba los sentimientos, la que se atrevió a dar al negro Sab, unos valores humanos y culturales sólo exclusivos del blanco en plena época esclavista, y por ello tuvo que soportar críticas, prohibiciones en su país de origen, porque decían que sus obras («Sab» y «Dos mujeres»), eran subversivas y pregonaba que todos los hombres eran iguales y lo decía quien había vivido en medio de la esclavitud como algo normal. Esta Tula que lo arrolla todo como un huracán del Caribe, es a esta Avellaneda a la que nos referimos, y no a la conservadora, devota y materialista que la hizo ver la vida a fuerza de decepciones, porque si comparamos una y otra perdería muchos enteros, pero nos interesa esta Tula, la auténtica criolla, la Avellaneda con unos principios íntegros, a la cubana que llegó con sueños de gloria, de proclamar la verdad; ésta es nuestra Avellaneda.

Es fácil imaginar su situación, los comentarios que se producirían, pero sigue en la brecha, como si nada hubiera pasado, dejando que la corriente arrastre el agua. En 1844 estrena dos obras dramáticas «Alfonso Munio» y «El príncipe de Viana», pero a pesar de su buen aspecto se siente cansada, derrotada, falta de ilusiones y es que como buena romántica necesita el amor, es algo vital en su vida. Ella misma lo reconoce: «Necesito amar y ser amada» (6). Eso y la literatura son el eje de su vida. Todas estas desventuras se las cuenta a Ce-

(6) *Idem.*



El quitrín habanero tal como lo describe la Avellaneda.



Isabel II (1830-1904) y Francisco de Asís (1822-1902).

peda, con el que nunca ha dejado de cartearse. Su antiguo amor ha dado paso a otro sentimiento: la amistad, y a él se sincera constituyendo este epistolario una de sus mejores obras.

En abril de 1845 nace María, a quien llama cariñosamente Brenilde. Es una niña enfermiza, que muere escasamente a los siete meses de haber nacido, el 9 de noviembre de 1845. Tassara no quiere saber nada de ella ni de la niña, le niega la paternidad, incluso cuando la pequeña está a punto de morir, no accede a los ruegos de ir a conocerla. Todo esto la atormenta, la desasosiega, la hace aborrecer la vida y desea cambiar de aires, irse a París, huir en definitiva como siempre hace cuando tiene una situación difícil. Lo cierto es que continúa en Madrid, incluso acaricia la idea de crear un periódico.

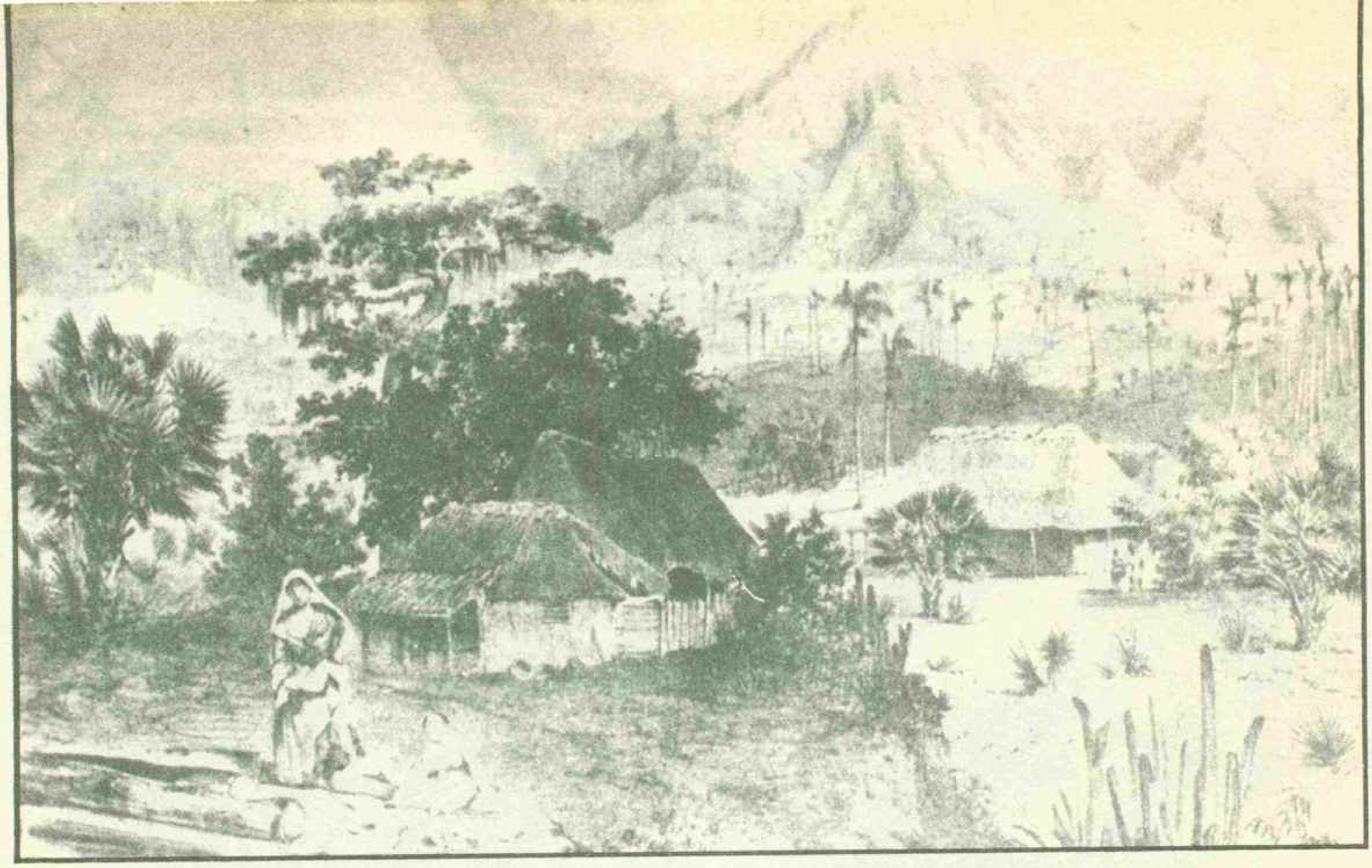
Después de esta tormenta sentimental aparece Pedro Sabater. Es un joven diputado a Cortes, amable, enfermo y enamorado de Gertrudis. Quiere casarse, ella lo duda, no le ama y se lo hace saber, pero se siente atraída por su ternura y sobre todo por agradecimiento después de lo de Tassara. Por fin se decide y contrae matrimonio el 26 de abril de 1855, en la más estricta intimidad, enviudando seis meses después. De nuevo el dolor la tiende sus tentáculos, otra vez sola, algo que difícilmente soporta. Su desesperación la lleva a la reclusión en el Monasterio de Loreto.

Su espíritu no parece encontrar sosiego. Aquellos amores de su juventud, Cepeda, vuelven a resurgir. Ambos son libres y los acontecimientos les han vuelto a reunir. Pero Ignacio sigue siendo el mismo, dubitativo, temeroso, antes lo era del futuro, de ese futuro incierto que él presagiaba y que se confirmó, ahora teme el pasado aunque Sabater se casara con ella. Cepeda es el de siempre, precavido, egoísta, sin arriesgar nada, calculándolo todo al milímetro, viendo los pros y los contras, todo lo opuesto a la Avellaneda; ella ama, lo da todo sin límites, sin reservas, es su forma de entender la vida. Ballesteros ve así este amor y no le falta razón. «Maneja a su antojo la situación entre él y la Avellaneda. Es verdaderamente irritante seguir la historia de este amor y ver cómo una mujer de la categoría de la Avellaneda convirtió en su ídolo a aquel señor vulgar que, echándoselas de virtuoso y prudente, se las compuso para hacerla desgraciada» (7). Pese a sus esfuerzos no consigue retener a Cepeda, que se marcha a París.

Aspiraciones de ingresar en Palacio y en la Real Academia de la Lengua

Ante tanta desdicha Tula trabaja intensamente, y cada día se va perfilando en ella su

(7) *Prólogo de «Sab», por Mary Cruz. Editorial Arte y Literatura. Biblioteca Básica Cubana. La Habana, 1967.*



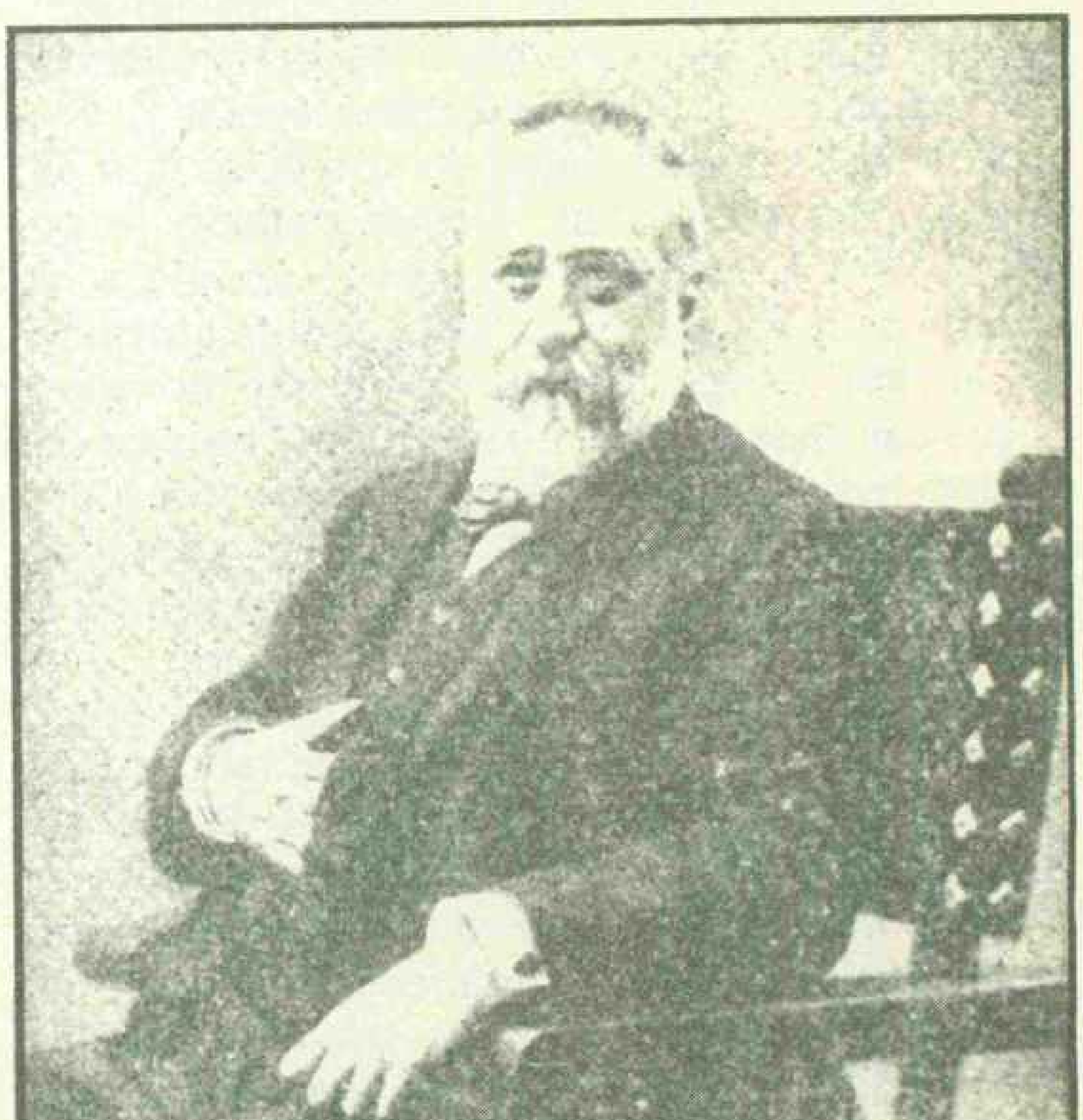
El pico de Tarquino en la costa Sur. (Litografía de L. Marquier).

otro ego, su parte conservadora, materialista. Desea consolidar su posición tanto literaria como económica y para ello solicita su ingreso como azafata al servicio de la Reina Madre. Solicitud que le fue denegada. No se da por vencida y vuelve a buscar recomendaciones para alcanzar su objetivo, sin abandonar su faceta teatral, y en 1849 estrena dos obras que la encumbran: «Saúl y «Recadero». Compagina el teatro con la poesía y empieza a dar síntomas de cansancio y padecimientos nerviosos, que no la dejarán hasta el fin de sus días.

Es una época soberbia en el plano artístico, estrena numerosas obras, entre ellas «La hija de las flores», donde toca el problema de los hijos naturales. Inesperadamente fallece su amigo Juan Nicasio Gallego, quedando vacante la plaza como académico. La Avellaneda, que desde hace tiempo busca una posición, en la presente ocasión aspira al sillón académico que ha dejado su maestro y que, por derecho propio, la pertenece. De nuevo pone en movimiento la máquina de las recomendaciones y emplea su actividad para que los votos le sean favorables. Nadie mejor que ella para ocupar ese puesto, Gallego fue su maestro, su amigo y su consejero durante años, aparte la Avellaneda aporta un brillante historial como poetisa lírica y dramaturga, sus éxitos y su fama hablan por sí solos, pero hay ciertas cosas en este país, que por mucha valía que una mujer tenga le están vedados. La Real Academia de la Lengua es una de ellas. Famosa es su misoginia, tanto, que todavía no ha podido sentarse en uno de sus sillones una mujer, a pesar del tiempo transcurrido. La discriminación es evidente.

En la carta que su amigo el marqués de La Pezuela comunica su derrota en uno de sus párrafos pone: «En mi juicio, casi todos valíamos menos que usted; pero sin embargo, por la cuestión del sexo (y el talento no debe tenerlo), los partidarios de usted sufrimos la pena de no contarla» (8). Nunca aceptó este resultado y sus motivos, y a raíz de ello publicó una serie de artículos que con el título de «La mujer» atacó las instituciones que restringen su partici-

(8) «Una vida romántica - La Avellaneda», por Carmen Bravo-Villasante. EDHASA. Barcelona, 1967.



Marcelino Menéndez Pelayo (1856-1911).

pación y exclamó: «Soy acaso, el único escritor de España que jamás ha alcanzado de ningún gobierno distinción ni recompensa grande o chica. Mi sexo ha sido un eterno obstáculo, y mi amor propio herido ha tenido, sin embargo, que aceptar como buenas las razones que, fundándose siempre en mi falta de barbas, se han servido alegar» (9).

Por si esto fuera poco se entera de la boda de Cepeda, su desengaño es atroz. Otra vez se pone a hacer planes para marcharse, incluso anuncia su regreso a Cuba, que no lleva a la práctica. Es una época fatal, no consigue sobreponerse de un golpe cuando le viene otro, a esto hay que añadirle la enfermedad de su madre y la soledad que la aterra.

En 1846 contrae matrimonio con Juan Verdugo, ayudante del rey don Francisco y gentilhombre de cámara. Los padrinos son los reyes. Por fin, consigue verse dentro de palacio como consorte y rodeada de mimo y gloria. El teatro sigue ocupándola gran parte de sus horas de trabajo, en ellas gesta a «Baltasar». Aunque aparente brillantez, el aspecto económico sigue preocupándola y solicita una pensión al gobierno que le es atendida.

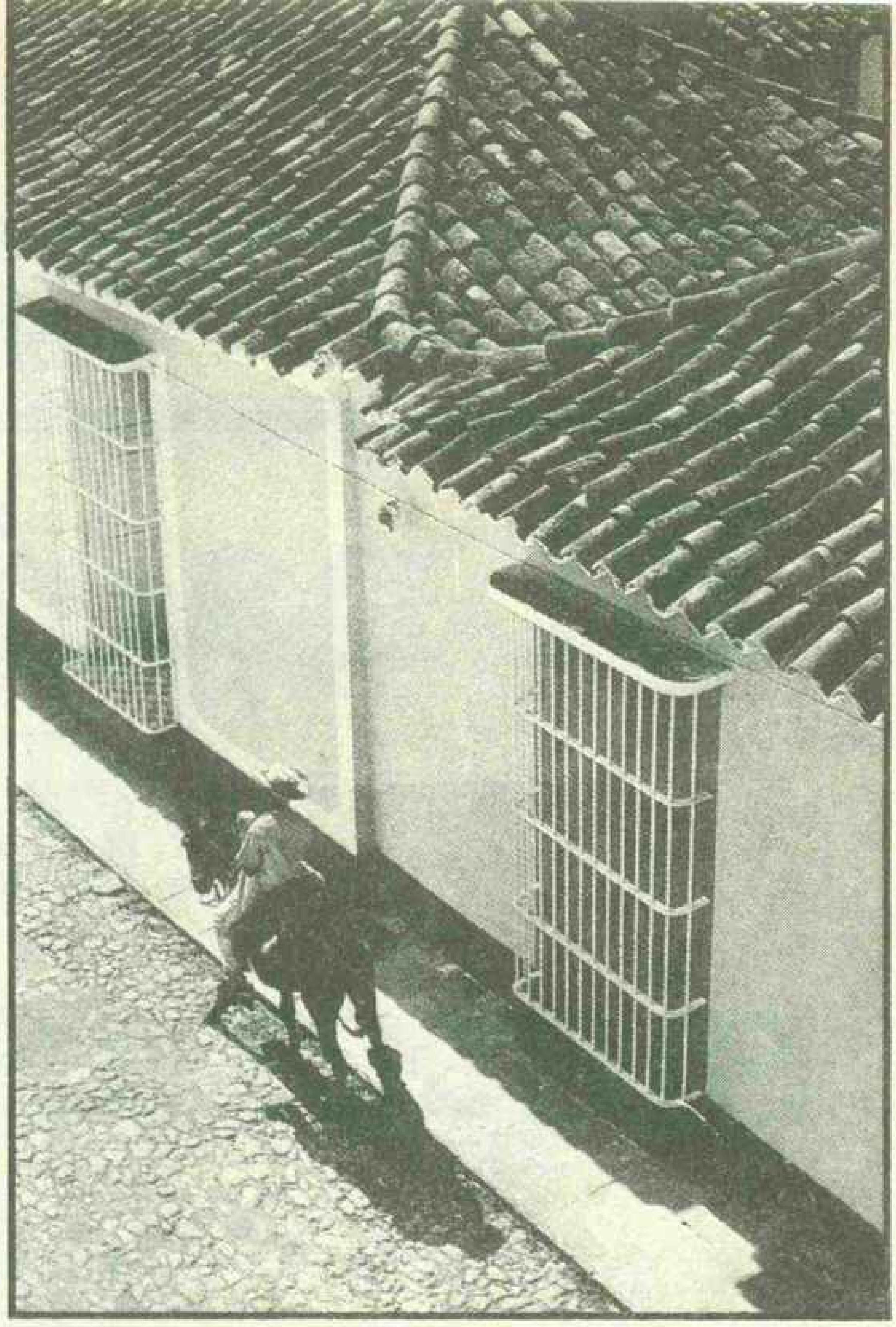
Otra vez Cuba

Su marido es destinado a Cuba y con él emprende el regreso a su país de origen, después de muchos años de ausencia.

(9) Idem.



La Avellaneda en 1860, en la época de su coronación en La Habana.



La Habana. Arquitectura colonial.

Su entrada en La Habana el 24 de noviembre de 1859 es apoteósica. Va precedida de una fama legendaria de amores, desgracias y triunfos. La Avellaneda está en la cumbre, y este desbordamiento llega con su coronación en el Gran Teatro de Tacón de La Habana, el 27 de enero de 1860. Atrás han quedado los tiempos en que estaba prohibida por sus ideas antiesclavistas, ahora con esta postura más cómoda resulta grata.

El reencuentro con su tierra, con su gente, la emociona, nunca les había olvidado, pero el calor al que ya no está acostumbrada la irrita, las jaquecas se incrementan y su carácter se agria. Escribe frenéticamente, pero no todos son agasajos, también sabe que su matrimonio con un representante del gobierno central no agrada a los que tienen ideas independentistas, tampoco comprenden su doble nacionalidad, es cubana de nacimiento y española de adopción, no quiere renunciar a ninguna de las dos cosas.

En septiembre del 63 cesa en el gobierno su marido, y sale para Pinar del Río donde enferma gravemente y fallece. Otra vez sola, otra vez con su dolor a cuestas, siente nostalgia de España y embarca deteniéndose en varios países. Ya en la península reside en Sevilla y prepara la edición definitiva de sus obras completas, que por desgracia rectifica en su mayoría, excluyendo de ellas a obras tan importantes como «Sab» y «Dos mujeres», justo sus obras comprometidas. En su constante peregrinar vuelve a residir en Madrid en 1870. Su salud se ha resentido mucho y fallece el 1 de febrero de 1873. ■ **P. C.**

El nacimiento del sistema liberal

Angel Bahía

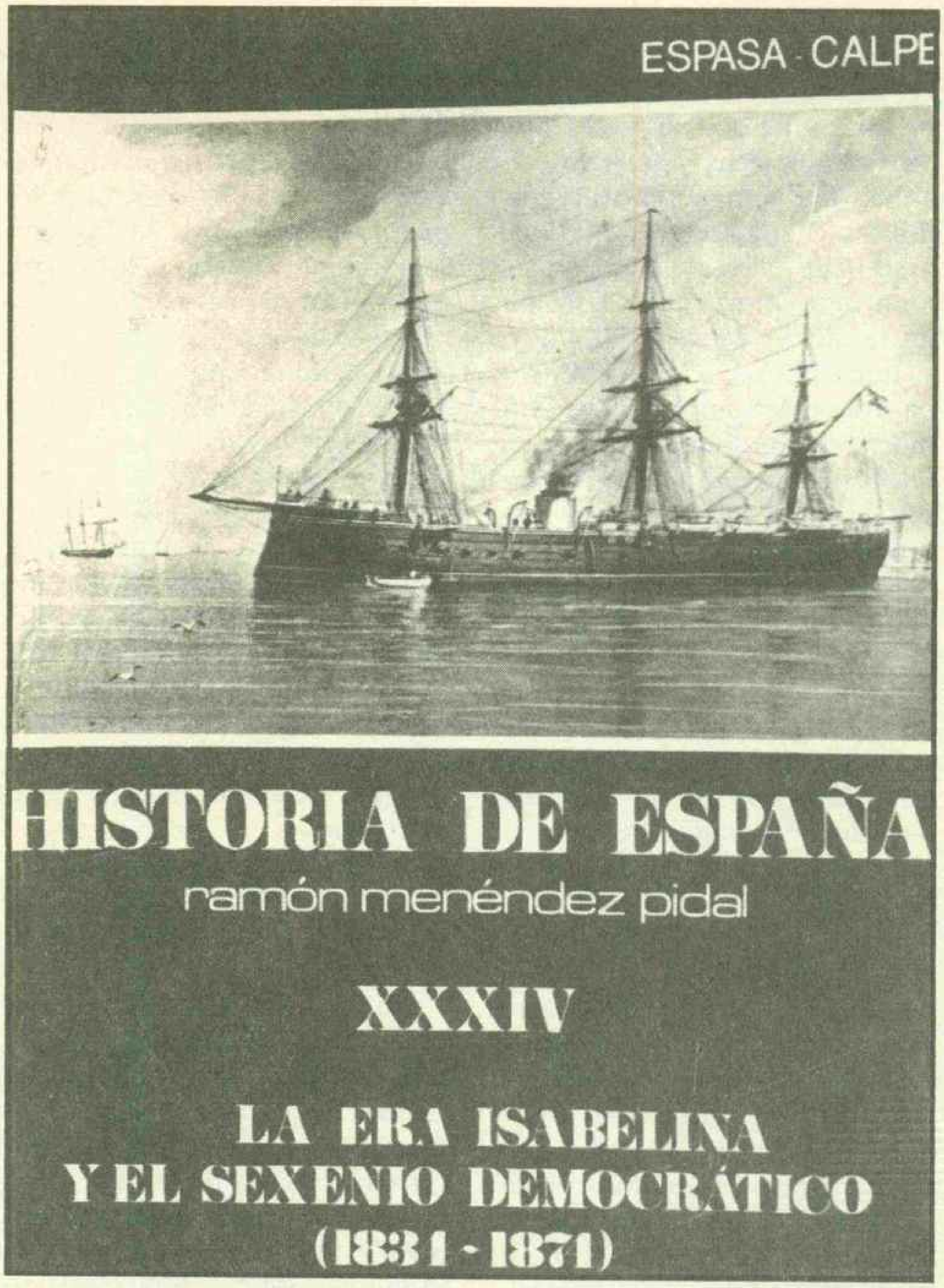
En la actualidad, los temas históricos interesan un público cada vez más numeroso, en parte motivado por el nacimiento en nuestro país de un régimen de libertades políticas que favorece el debate histórico, expurgándolo de la serie de tópicos e inexactitudes en que estuvo sumido durante tantos años. Por otro lado, este aumento del interés por la Historia queda explicado por la profunda renovación, tanto metodológica como temática que han tenido las ciencias sociales en los últimos años y que ha desembocado en la consideración del hecho histórico como una empresa colectiva, superando antiguas concepciones elitistas. Por eso el hombre de la calle se identifica más con los estudios históricos.

EN esa renovación aludida tiene algo que decir el profesor José María Jover Zamora, bien a través de su cátedra de Historia Contemporánea en la Universidad Complutense de Madrid, bien a través de su amplia bibliografía cuyas primeras singladuras entroncaron con la Historia Moderna para acabar centrando su atención en los siglos XIX y XX, sobre todo en los campos de la Historia social y en el análisis de las relaciones internacionales. Una actividad polifacética fruto de una acusada curiosidad intelectual y del ansia de renovación.

Por ello, cuando la editorial Espasa-Calpe le encargó la dirección de su monumental Historia de España, continuando la obra iniciada por el maestro don Ramón Menéndez Pidal, existía la plena seguridad de que los nuevos volúmenes que aparecieran constituirían sólidas aportaciones al saber histórico.

El volumen XXXIV (1) que acaba de salir al mercado confirma nuestras esperanzas. La maestría y el saber hacer del profesor Jover impregnan la totalidad de libro. A vuela pluma interesa destacar una serie de cuestiones. En primer lugar, el título puede parecer a simple vista que no tiene correspondencia con el contenido de la obra, pero «La Era Isabelina y el Sexenio Democráti-

*(1) **La Era Isabelina y el Sexenio Democrático. 1834-1874.***
Joaquín Tomás Villarroya, Julio Aróstegui Sánchez, Francisco Cánovas Sánchez, Fernando Fernández Bastarreche, José Cepeda Gómez, Enrique Martínez Ruiz, José Manuel Cuenca Toribio, Antoni Jutglar i Bernaus, Juan Ferrando Badía, Jorge Maluquer de Motes Bernet, María Victoria López-Cordón Cortezo, María Asunción García Ochoa, Leoncio Cabrero Fernández. Prólogo: José María Joner Zamora. Tomo XXXIV de la Historia de España. Espasa-Calpe. Madrid, 1981.



co 1834-1874», forma parte, de hecho, de una trilogía que será completada con los tomos XXXIII y XXXV, dedicados respectivamente a las bases económicas y a los fenómenos culturales. Por eso, el presente tomo se centra en los aspectos de política interior y exterior. En segundo lugar, debemos destacar que se trata de un volumen coherente en su conjunto, no sobra ni falta nada, no hay lagunas. No es, ni mucho menos, una afirmación irrelevante; con ello, queremos señalar que en este volumen resulta evidente la labor de coordinación del director. Algo que solemos echar de menos en colecciones afines donde la dirección es meramente nominal y acaban por convertirse en cajones de sastre donde cabe todo y unos capítulos pueden contradecir a otros sin que aparezca línea argumental.

Este trabajo de coordinación del profesor Jover es todavía más meritorio si tenemos en cuenta la amplia nómina de colaboradores de diferentes campos de especialización y de distinta línea ideológica. Jover ha sabido combinar la libertad de cátedra y la dirección efectiva con resultados espléndidos. Esto queda ejemplificado en la perfecta y mutua relación existente entre la introducción de 162 páginas —brillante modelo de síntesis y bien escribir— redactada por el propio Jover y los diferentes estudios monográficos encargados a un elenco de reconocidos especialistas, entre los que abundan los jóvenes historiadores.

La evolución política entre 1834 y 1868 aborda los grandes problemas planteados con valiosas aportaciones. Julio Aróstegui se ocupa de la primera guerra carlista; Tomás Villarroya, del proceso constitucional; Francisco Cánovas de la estructuración interna y de la evolución de los partidos políticos; José Manuel Cuenca Toribio de las relaciones entre la Iglesia y el poder político; Fernández Bastarreche y José Cepeda Gómez analizan la estructura organizativa de las fuerzas armadas y su incidencia en el plano político, mientras que Martínez Ruiz estudia la constitución de la Guardia Civil como instrumento de poder encargado del mantenimiento del orden público.

Desde luego nuestra revolución burguesa tuvo unos rasgos específicos propios en su desarrollo, que conforman un modelo en el que quizá van implícitos los traumas y desajustes que emergerán con fuerza en su dinámica posterior. La construcción del Estado liberal-burgués en España fue posible cuando la nobleza de sangre asumió el proceso y lo canalizó. En sus exposiciones tanto Jover como Tomás y Valiente hacen hincapié en la «transacción histórica entre la nobleza y la burguesía» que culmina en una serie de cambios estructurales en el plano político y económico, desmantelando el Antiguo Régimen y permitiendo la incorporación de España a un «ritmo histórico» de corte continental. A la monarquía absoluta del Antiguo Régimen sucede una monarquía constitucional y una administración modernizada, «basada en los principios —escribe Jover— de racionalización, centralismo y uniformización». Por otra parte, las antiguas formas de propiedad son desplazadas por la propiedad burguesa, configurando los soportes socioeconómicos del nuevo sistema. El trasfondo jurídico del cambio es analizado de forma rigurosa y sugestiva por Tomás y Valiente.

El estallido de la primera

guerra civil —la guerra carlista— coadyuba al cambio, acelerando el proceso. En este sentido el planteamiento del tema por parte de Julio Aróstegui es irreprochable. La guerra no se trata únicamente de la exacerbación por la vía bélica de un mero problema dinástico. El contexto en el que se articula es bastante más completo y exige relacionarlo con los movimientos contrarrevolucionarios que estallan en Europa como respuesta a la implantación de estados de cuño liberal-burgués. En el caso español, parecen evidentes las conexiones dialécticas entre el fenómeno carlista y los avatares políticos de la revolución burguesa en sus orígenes.

Parece ya un tópico excesivamente repetido el hablar del país real y del país formal y de los desajustes entre ambos; sin embargo, continúa siendo uno de los temas más fascinantes para el historiador, que los autores del presente volumen no podían, ni debían, pasar por alto porque el desfase entre teoría y realidad política está presente en la España del siglo XIX, incluso a niveles de lo cotidiano. Existe una realidad constitucional —analizada por Tomás Villaroya— que formula con precisión los principios del sistema liberal, pero en cambio la práctica política está viciada, es lo que Jover denomina «malformaciones y suplantaciones de soberanía», que vacía de contenido, de hecho, uno de los principios básicos del liberalismo político: la igualdad de los hombres ante la ley. En la España del siglo XIX hay ciudadanos, pero sigue habiendo súbditos privados de derechos en el plano de lo concreto. El sufragio censitario se encarga de restringir la participación política al contribuyente, a lo que se une el falseamiento del acto electoral, y la importancia de las camarillas palatinas, hecho puesto de relieve por Francisco Cánovas. Como corolario, la participación del ejército, que ha abrazado mayoritariamente a la causa liberal, en política, a través del pronunciamiento, fenómeno al que dedica José Cepeda Gómez unas sugestivas páginas. En suma, una dinámica política llena de traumas y el menor de ellos no fue precisamente la difícil asunción por parte de la Iglesia del nuevo sistema liberal. De ello se ocupa José Manuel Cuenca Toribio, mostrándonos el juego de tensiones que el problema ocasionó, incluso en el propio seno de la Iglesia.

Los aciertos metodológicos continúan a la hora de plantear el Sexenio que no es considerado ni mucho menos como un corte entre dos épocas, es decir como un elemento extraño que interfiere en la continuidad de dos etapas de características similares: la época isabelina y la Restauración. Más bien al contrario, los elementos de continuidad parecen innegables: el Sexenio Democrático vendría a ser la culminación del proceso revolucionario burgués iniciado en los años 30 y profundizado durante el Bienio revolucionario 1854-56. No olvidemos que el Sexenio, incluso en su momento de mayor radicalización durante la primera República jamás traspasó los límites de una «revolución burguesa progresiva». Un Sexenio, por otra parte, cargado de ilusiones, esperanzas, utopías, realizaciones y frustraciones, que es convenientemente analizado por Antonio Jutglar, Juan Ferrando y Jorge Maluquer de Motes, todos ellos especialistas consumados en el tema. El trabajo de Jutglar presenta el esquema de análisis ya clásico de contraponer la «revolución de los acomodados» a la «revolución popular», cargando las tintas en el trasfondo utópico burgués que acompaña al transcurrir político del período 1868-74, cuyo mayor exponente fue el partido republicano federal; a la par, el autor insiste en las diferencias estructurales en el centro y la periferia. De todas formas, las páginas de Jutglar recuerdan demasiado el libro publicado sobre el Sexenio por el mismo autor para la colección RTVE. La exposición de Ferrando se centra en la perspectiva histórica de la Primera República, buscando sus orígenes, y en la actuación de la «burguesía de agitación», término acuñado por José María Jover en su conocido trabajo «Conciencia burguesa y conciencia obrera en la España contemporánea». Del movimiento obrero se ocupa Jorge Maluquer de Motes, con una visión demasiado «catalanista» del problema, comprensible dada la importancia cualitativa del obrero catalán. El lento proceso de concienciación obrera pasa por la radicalización de los mitos burgueses, para posteriormente abandonar el republicanismo federal y crear organizaciones propias de clase.

Muy sugestivas las páginas escritas por María Victoria López Cordón sobre política exterior. El paso de España a potencia secundaria en el concierto europeo de las naciones no es óbice para afirmar la imposibilidad de comprender la dinámica política interior si no se articula en el marco internacional. Ahí están los condicionantes que se desprenden de la Cuadruple Alianza o del intervencionismo en el exterior durante la época de la Unión Liberal. Lo mismo puede decirse sobre la evolución de las colonias y su influencia en la política peninsular. Del tema antillano se ocupa María Asunción García Ochoa, y de Filipinas Leoncio Cabrera, ambos con indudable acierto.

En definitiva, una obra de consulta imprescindible que supera con largueza los límites de un manual, pero que nos tememos tendrá una difusión, socialmente hablando, muy restringida, dado su alto precio. Sería muy útil que la casa Espasa-Calpe sacara al mercado una edición de bolsillo de esta obra. ■ A. B.

NOTA DE EDITORIAL: En el número 84 de TH se publicó un trabajo sobre el proceso de Francisco Ferrer Guardia, de nuestro colaborador Luis Miguel Lázaro Lorente. Con relación a dicho escrito el señor Molins Fernández nos puntualiza: «En ese trabajo el autor alude al Juez Instructor Vicente Llivina, sin hablar del segundo Juez, que es el verdaderamente importante en ese histórico y discutido proceso. El Juez Vicente Llivina tomó las primeras declaraciones a Ferrer y Guardia, pero el día 3 de septiembre de 1909, se ordena insólitamente la formación de pieza separada en el proceso general y se nombra Juez Especial al Comandante que ya era Juez Permanente de Causas, don Valerio Raso Negrini... El Juez Especial señor Raso Negrini es, pues, el verdadero Juez del proceso Ferrer; es el señor Raso quien llevó todo el peso de la instrucción del sumario. Basta para ello leer con detención la causa y leer también los discursos pronunciados por varios Diputados durante el debate en el Congreso de los Diputados en 1911, siendo la primera sesión la del día 27 de marzo del indicado año... Una cosa es la causa que se instruyó contra Ferrer y otros, y cosa muy distinta es el procedimiento dirigido únicamente contra Ferrer.»

Libros recibidos

El lago.—E. L. Doctorow. Argos-Vergara: Primavera 1981. Barcelona, 1981. 262 págs.

Los documentos de Storrington.—Dorothy Eden. Javier Vergara, 1981. 268 págs.

La reina cautiva.—Jean Plaidy. Javier Vergara, 1981. 300 págs.

Vuela por tu vida.—Larry Forrester. Javier Vergara, 1981. 302 págs.

El paladín.—Brian Garfield. Planeta. Barcelona, 1981. 362 págs.

Azteca.—Gary Jennings. Planeta. Barcelona, 1981. 866 págs.

La era de la incertidumbre.—John Kenneth Galbraith. Plaza-Janes. Marzo 1981. 320 págs.

Malinchez.—Jane Lewis Brandat. Plaza-Janes. Febrero 1981. 412 págs.

Masada.—Ernest K. Gann. Plaza-Janes. Febrero 1981. 288 págs.

Vida de Pasolini.—Enzo Siciliano. Plaza-Janes. Febrero 1981. 444 págs.

Prosas de Quevedo.—Raimundo Lida. Editorial Crítica. Grijalbo. Barcelona, 1981. 322 págs.

Olite en el siglo XIII.—Ricardo Ciervide Martinena y J. Angel Sesma Muñoz.—Diputación Foral de Navarra. Institucion Príncipe de VianaConsejo Superior de Investigaciones Científicas. Pamplona, 1980. 452 págs.

Inscripciones romanas del museo de Navarra.—Carmen Castillo, Joaquín Gómez-Pantoja y María Dolores Mauleón. Diputación Foral de Navarra. Institución Príncipe de Viana. Museo de Navarra. Pamplona, 1981. 124 págs. LXXXII láminas.

Prehistoria de Navarra.—Ignacio Barandiarán y Enrique Vallespí. Diputación Foral de Navarra. Pamplona, 1980. 242 págs.

Príncipe de Viana.—Pamplona, 1980.—Año 41. Núm.s 158-159. 250 págs.

Puebla, el hecho histórico y la significación teológica.—O. G. de Cardedal, J. J. de la Peña, J. I. González Faus y J. Martín Velasco. Sígueme. Salamanca, 1981. 360 págs.

Historia general de la Iglesia en América latina: VII: Colombia y Venezuela.—Cehila. Ediciones Sígueme. Salamanca, 1981. 698 págs.

El honor de Dios.—Henry Méchoulan.—Argos-Vergara. Barcelona, 1981. 270 págs.

Los pactos secretos de Franco con Estados Unidos.—Angel Viñas.—Grijalbo. Barcelona, 1981. 334 págs.

Introducción al trabajo de la investigación histórica.—Ciro F. S. Cardoso. Crítica. Grijalbo. Barcelona, 1981. 218 págs.

El hombre malo de Bodie.—E. L. Doctorow.—Grijalbo. Barcelona, 1981. 286 págs.

La Sevilla de Rojas Marco.—Juan Teba. Planeta. Barcelona, 1981. 332 págs.

Charlas con Troylo.—Antonio Gala.—Selecciones Austral. Espasa-Calpe, S. A. Madrid, 1981. 328 págs.

Picasso.—Roland Penrose. Argos-Vergara. Barcelona, 1981. 454 págs, XXVIII láminas.

Libros recibidos

La tercera ola.—Alvin Toffler. Plaza-Janes. Barcelona, 1980. 510 págs.

El desafío mundial.—Jean-Jacques, Servan-Schreiber. Plaza-Janes. Barcelona, 1981 (5.ª edición). 312 págs.

El corto vuelo del gallo.—Jaime Salom. Grijalbo. Barcelona, 1981. 252 págs. (Estudio preliminar de Rafael Abella.)

Mi vida... y otras más.—Dr. Antonio Puigvert. Planeta. «Espejo de España.» Barcelona, 1981. 284 págs.

Historia básica de la España actual.—Ricardo de la Cierva. Planeta. «Espejo de España» (12.ª edición). Febrero, 1981, Barcelona. 592 págs.

Potencia de fuego.—Chris Dempster y Dave Tomkins. Argos-Vergara. Barcelona, 1981. 364 págs.

Cabeza rapada.—Jesús Fernández Santos. Argos-Vergara. Alternativa. Barcelona, 1981. 188 págs.

Daimon.—Abel Posse. Argos-Vergara. Alternativa. Barcelona, 1981. 270 págs.

La España de Carlos II.—Henry Kamen. Editorial Crítica. Grijalbo. Barcelona, 1981. 664 págs.

UCD: La «empresa» que creó Adolfo Suárez.—Javier Figuero. Grijalbo. Barcelona, 1981. 304 págs.

Mi vida con Ramón Franco.—Carmen Díaz, Vda. de Franco. José Antonio Silva. Premio «Espejo de España», 1981. Planeta. Barcelona, 1981. 238 págs.

Lorca-Dalí, una amistad traicionada.—Finalista premio «Espejo de España», 1981. Planeta, 1981. Barcelona, 1981. 254 págs.

Jordi Pujol, honorable corredor de fondo.—Rafael Wirth. Grijalbo. Barcelona, 1981. 260 págs.

La hora violeta.—Montserrat Roig. Argos-Vergara: «Las cuatro estaciones». Invierno, 1981. Barcelona, 1981. 268 págs.

Los últimos días de un presidente.—José Oneto. Planeta. Barcelona, 1981. 188 págs.

Asesinato en el Comité Central.—Manuel Vázquez Montalbán. Planeta. Barcelona, 1981. 290 págs.

Orígenes del capitalismo y del socialismo contemporáneo.—Vicente Rodríguez Casado. Biblioteca de Ciencias Políticas. Espasa-Calpe, S. A. Madrid, 1981. 524 págs.

Etica y política en la sociedad democrática.—A. Llano, J. Ballesteros, J. Chozas, A. C. Pereira-Menaut, J. de Lucas. Biblioteca de Ciencias Políticas. España-Calpe, S. A. Madrid, 1981. 324 págs.

EN ESTE NUMERO DE

TIEMPO DE HISTORIA

Carmen Martín Rubio

Del Madrid de Carlos V



Fuente y Plazuela de la Cebada, en Madrid.
(Grabado del siglo XVI).

EN ESTE NUMERO DE **TIEMPO DE HISTORIA**

Paloma Castañeda

Tula, la criolla



Gertrudis Gómez de Avellaneda. Retrato pintado por Federico de Madrazo en 1857. *(Museo Lázaro Galdiano. Madrid).*